



Una buena amiga

vol. 1

A. M. Irún

Una buena amiga

vol. 1

A. M. Irún



Copyright © 2024 A. M. Irún

Una buena amiga
vol. 1

A. M. Irún

Primera edición: junio 2024

Este libro o cualquier porción del mismo no puede ser reproducido o utilizado de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito de la autora, excepto en el caso de breves citas en artículos críticos y reseñas.

Para obtener permisos de uso, contacta con la autora en [hola\[at\]nicoporfavor.com](mailto:hola[at]nicoporfavor.com)

*Una no sabe
Si es tan brava como aparenta
Hasta que la crisis de los cuarenta
Llegue y me clave su paz violenta, lenta
Me recuerda que la vida es un carnaval
Y se llora si hay que llorar
Pero yo no me olvido de que he venido a jugar*

"San Juan" - Carmen Boza

Capítulo 1

El de los pelos en las orejas

CRIS veía el perfil cortado de Soraya frente a ella. Pegadas a la pared de clase, Soraya junto a la ventana, Cris en el pupitre de atrás. Un par de gorriones picoteaban un gusanito del suelo y el gusanito se retorció del dolor por los aguijonazos de aquellos diminutos, pero afilados picos. Las migas se esparcían por el suelo. Una saltó por encima de las cabezas de los gorriones, y otro gorrión más pequeñito se apropió de ella.

Mientras tanto, Cris repasaba la línea de la frente de Soraya. El pelo le nacía en un remolino, aunque desde ese ángulo no se veía. Luego, la línea bajaba por una nariz fina que se recortaba en un delicado ángulo recto y luego en otro para volver a la cara por las fosas nasales. Cris hacía el recorrido con sus ojos curiosos mientras la profesora de Ciencias Naturales se afanaba por atraer la atención de los alumnos. Al menos, el tema de los planetas no era tan aburrido. La mujer vestía una bata blanca con su nombre pintado con rotulador azul en el bolsillo del pecho. ¿Por qué los profesores vestían con bata? ¿Acaso estaban en un laboratorio y los alumnos eran sus cobayas?

La figura blanca de la profesora, moviéndose detrás de su mesa, no distrajo a Cris, que siguió la línea del perfil de Soraya. La línea continuaba hasta bajar al labio superior, a ese pronunciado camino que acababa en rampa, la rampa de sus labios, gruesos, abultados y sonrosados que tanto habían llamado la atención no sólo de Cris, sino del resto de sus compañeros. Las niñas habían lanzado el rumor de que se había puesto silicona en los labios y que no podía viajar en avión porque se le explotarían. A Cris, que una niña de 10 años se pusiera silicona le parecía una locura, pero el rumor se extendió. A ella le parecían los labios más bonitos que jamás había visto. Le parecían una fresa dulce y jugosa que le apetecía morder. Dio un respingo en su asiento. ¿Era normal desear morder los labios de otra niña? Era la nueva. Había llegado a mitad de curso y su vida todavía era un misterio. Y, claro, los niños rellenaban esos huecos con su imaginación. Y tenían mucha imaginación: que si su padre era Policía y huían de la mafia; que si para recalar en aquel barrio era porque estaban arruinados; que si eran ricos y en realidad lo ocultaban; que si la madre era prostituta... A Cris le enervaban todas esas mentiras. Además, ¿qué más les daba a ellos? ¿Qué sacaban con tanto odio? Al final, acabarían envenenándose. La personalidad de Soraya tampoco ayudaba. Tenía un año más y era algo altiva. Decía palabrotas y tenía una manera de hablar que entonces interpretaban como agresiva, pero que, después lo supo Cris, era una coraza para protegerse de los demás.

—A ver, Echeverri, que te veo muy atenta —dijo la profesora elevando la voz.

Soraya dio un respingo.

Ahora fue Soraya quien dio el respingo. Giró la cara hacia la pizarra, y los alumnos la giraron hacia ella. Cincuenta ojos mirándola. Más los dos de Cris, que ya la miraba de antes.

—¿Qué movimiento de la Tierra marca las estaciones del año? —pregunto la señorita Esther.

Se hizo el silencio. Sólo Cris pudo oír el sonido que la uña de Soraya hacía sobre la hoja del libro abierto, como si tratara de rascar la respuesta.

Le había pillado por sorpresa y la mente se le había quedado en blanco. Rotación y...

¿transfusión?

—El movimiento de la Tierra que marca las estaciones del años es... —dijo Soraya para ganar tiempo.

¿Transacción?

La uña rascaba y rascaba buscando la solución. La compañera de pupitre de Soraya miraba la uña con el labio levantado, enseñando un colmillo. La piel se le había erizado por la dentera que le recorría el cuerpo. Por más que se pasara la lengua por las palas, la sensación de tener una sierra rozándole los dientes no desaparecía.

¿Transfusión? No, eso era lo de la sangre.

Ris, ris, ris, sonaba la uña. El labio de la compañera temblaba sin remedio. Si se supiera la respuesta, la soltaría para acabar con aquel sufrimiento.

¿Trans...? ¿O era tras...? ¿Trasposición?

Cris sólo le veía la coronilla, pero había visto tantas veces el rostro de Soraya que sabía perfectamente qué cara tenía: frente arrugada, cejas estrujadas sobre la nariz, y labios apretados.

—Traslación —le susurró.

Soraya escuchó la voz a sus espaldas, como si fuera su conciencia. Dejó de rascar y miró a la profesora.

—La translación —dijo de inmediato.

—¿Y el que marca los días? —repreguntó la profesora sin disimular su fastidio porque Soraya hubiera acertado la respuesta.

A Cris no le dio tiempo a chivarle la respuesta.

—Rotación, señorita Esther —respondió Soraya con cierto retintín.

—Así es —dijo la señorita Esther—. En fin, continuemos—. La mujer volvió al libro. Parecía haber perdido el hilo de su propia lección. En sus dedos, la tiza daba vueltas y vueltas. Luego se retiró la manga de la bata, dos veces remangada para disimular que le estaba grande, y miró su reloj de muñeca—. Bueno, vamos a dejarlo aquí. Podéis salir al recreo. ¡En silencio! —gritó en cuanto las patas de las sillas comenzaron a arañar el suelo de gres.

No tardaron en sumarse al recreo las otras clases. Los chicos se adueñaban del espacio y en cualquier rincón hacían un campo de fútbol, dejando a veces al deporte rey reducido a su mínima expresión: dos jugadores, un balón, y una portería hecha con dos jerseys. Las chicas quedaban arrinconadas al único espacio donde no se podía jugar al fútbol: unas escaleras exteriores que subían a la biblioteca del colegio.

A pesar de no caer en gracia, Soraya se unía a las chicas de la clase en esa escalera. Allí jugaban a algún juego de dar palmas o, si conseguían conquistar algún espacio, a la goma. Soraya era buena en esos juegos, pero a Cris aquello no le gustaba y solía fallar con las palmas o enredarse con la goma por estar más pendiente del fútbol que de lo que sus compañeras de clase le indicaban. Y ya cuando se sentaban en los escalones y simplemente se dedicaban a hablar, Cris se moría del aburrimiento.

Aquella mañana en que Cris le había chivado la respuesta a Soraya, la chica nueva quiso devolverle el favor. Sin mediar palabra, Soraya la cogió de la muñeca y la arrastró por el recreo. Cris quedó aturdida por su ímpetu que contrarrestaba con la suavidad de sus dedos rodeándole la piel de la muñeca.

Las dos chicas se plantaron en el campo grande, donde los chicos jugaban al fútbol.

—Queremos jugar al fútbol —les dijo Soraya.

—¡Pero si sois chicas y no tenéis ni idea!

—Es darle patadas a un balón, no puede ser tan difícil —dijo.

Cris ladeó la cabeza. El fútbol tenía su complejidad y entendía la reticencia de sus compañeros .

—Yo sé jugar al fútbol —dijo en un susurro.

—Es verdad —saltó otro chico—. La he visto en mi barrio. Juega con algunos chicos mayores.

—Seguro que juega mejor que tú —intervino otro.

Todos los niños opinaron, pero estaba claro que sólo uno tomaba la decisión. El chico en cuestión las miraba con desagrado. Las examinó de arriba abajo. No muy lejos, los profesores vigilaban que el recreo se desarrollara sin que nadie se descalabrara contra el duro cemento. Ese año no ganaban para mercromina. Si el chico se negaba, las chicas podían ir a chivarse a alguna de las profesoras y estas les exigirían que aceptasen a sus compañeras. El resultado era el mismo, pero perdiendo más tiempo de juego. Al recreo le quedaban pocos minutos.

—Una en cada equipo y no estorbéis mucho —sentenció.

Soraya lanzó un grito de victoria y se colocó junto al poste de la portería contraria. A Cris comenzaron a temblarle las piernas: sentía aquello como un examen. Tenía que sacar lo mejor de ella en esos 7 minutos de recreo.

Para que no les quedara otro remedio a sus compañeros que pasarle el balón, Cris conseguía abrir líneas de pase por donde no había. Se desmarcaba, buscaba los huecos, señalaba dónde debían darle el pase, pero nada. Corría en vano.

Rodeado por tres jugadores, el líder se quedó sin opciones. Entonces, vio a Cris y le pasó el balón. Era un balón envenenado, porque con él iban detrás los otros tres jugadores. Y además ahora estaba más cerca de su propia portería.

A ver de qué era capaz la chica.

—¡Venga, Cris, tú puedes! —le animó Soraya que ni hizo amago de sumarse a la presión.

—¡Pero si vas contra ella!

—Pero es mi amiga y la animo.

Al oír aquello, a la presión por ser reconocida como una jugadora más se le sumó la idea de ser vista y admirada por Soraya, la chica nueva de los labios de fresa cuyo perfil se sabía de memoria.

Los tres jugadores se lanzaron hacia ella y Cris hizo lo único que podía hacer para salvar aquella situación: pisó el balón hacia atrás y lo hizo subir por el talón opuesto, luego levantó este y el balón salió volando hacia arriba haciendo un arco que sobrevoló las cabezas de sus contrincantes. Cris se coló entre dos de ellos y bajó el balón con la puntera, lejos ya de la presión. Siguió avanzando con el balón en los pies, ignorando a los compañeros que le pedía que se la pasara como ellos la habían ignorado a ella.

Una bicicleta por aquí, un caño por allá, y se plantó delante del portero. Lo engañó con un amago y coló el balón entre los tres palos instantes antes de que sonara la campana. El primer sentimiento que le inundó fue el orgullo por haberse hecho valer, pero después le sobrevino un sentimiento que no llegó a exteriorizar. Le había resultado tan sencillo haber marcado ese gol que le daba rabia no poder jugar con los chicos en sus equipos los fines de semana. ¡Era mejor que muchos de ellos! ¿Por qué no podía jugar?

—Muy buena —le felicitó el líder—. Mañana puedes jugar con nosotros también.

Cris sonrió agradecida.

—Ey, lo has hecho súper bien —le dijo Soraya.

—Bueno, tú tampoco has estado mal sujetando el poste.

Soraya puso el brazo en ángulo recto, como si quisiera presumir de bíceps.

Las dos se encaminaron hacia clase. De vez en cuando, Cris recibía palmaditas en la espalda de sus compañeros.

—Es una pena que no haya equipos de chicas, ¿verdad? —dijo Soraya. Y al ver que la tristeza asolaba la cara de su nueva amiga, la rodeó con el brazo antes de entrar a clase y le dijo —: Cuando tengas 20 años seguro que juegas en un equipo profesional de chicas.

A Cris le parecía que una persona con 20 años era súper mayor, por lo que los 10 años que la separaban de ella eran una eternidad. Para entonces, el mundo habría avanzado tanto que seguro que cuando ella tuviese 20 años ya habría equipos de fútbol profesional de chicas. Y ella estaría en uno de ellos.

—Sí, seguro —sonrió con su dentadura todavía por desarrollarse. El incisivo derecho apenas era una mancha blanca y el izquierdo se le estaba montando sobre la pala.

30 años y varios juegos de ortodoncias después, Cris seguía enganchada al perfil de Soraya. Seguían en clase, aunque aquí no había que saberse los movimientos de los planetas. Su amiga miraba un pedazo de barro hasta casi atravesarlo. En el anular todavía tenía la marca del sol de su anillo de casada. Sus dedos embadurnados en arcilla líquida. El torno giraba y giraba, y el barro tomaba forma de precioso jarrón. Era como si Soraya hubiera nacido para hacer cerámica. Estaba concentrada. Un mechón suelto de su coleta se le metía en el ojo y ella soplaba hacia arriba en un gesto que a Cris le recordó a su infancia. El mechón volvía a su sitio por un momento, hasta que se deslizó de nuevo por la frente. Con los años, la nariz de Soraya también había sido torneada con gracia. Aprovechó un segundo en el que el barro le dio una tregua para retirarse el mechón con el dorso de la mano. Una mancha de arcilla se le quedó en la frente.

La miró. Luego miró a su torno.

—Pero, ¿te quieres concentrar? Tu jarrón ha perdido la forma —rio Soraya.

Cris volvió a su pedazo de barro. Efectivamente, el jarrón había perdido la estabilidad y ahora parecía más una torre de Pisa.

—No se me da muy bien esta...—“Mierda”. Cris quiso decir “mierda”, pero se mordió la lengua. A ella no se le caía ningún mechón en los ojos porque tenía el pelo recogido en una coleta de samurai—. No se me da bien la arcilla.

—Ni la arcilla, ni las velas, ni la acuarela. Ay, Cris, eres un desastre.

—Vente tú a jugar a fútbol a la Triple L, a ver quién es el desastre entonces —le retó.

Soraya la miró un segundo y sonrió.

—Pues igual voy. Ahora me dejarán entrar, ¿no? —soltó Soraya.

El soniquete de los tornos girar se mezclaba con las conversaciones entre alumnos y los pasos de la profesora yendo de puesto en puesto.

El sol empezaba a caer y la luz dorada entraba en la clase añadiendo una pátina de romanticismo al aula donde los alumnos a solas con sus pensamientos. Gente estresada, perdida o sola que sólo necesitaba un rato para desconectar, para no tocar ni pensar en nada más que no fuera un pedazo de barro.

Soraya era una de esas personas cuya identidad había rebrotado. La luz se marcaba en una fina línea dorada a lo largo de todo su perfil, un agujero de sombra bajo el labio donde Soraya se puso un *piercing* en su adolescencia. Cris recordó las palabras que le dijo cuando le confesó que había descubierto que era bisexual a sus 42 años. “He dado por sentado que la luz de mi habitación sólo tenía una bombilla hasta que esa mujer encendió la otra bombilla y desde entonces veo mejor, más claro, más vivo”. *Esa mujer* había sido una fisio a la que Soraya había acudido por una rotura muscular.

—Ahora que ya tengo los papeles del divorcio podemos ir a ligar juntas —dijo Soraya

concentrada en su torno.

—¿Juntas?

—Claro. ¿Quién mejor que tú para introducirme en el ambiente?

Hablaba en susurros, no tanto por no molestar al resto de alumnos, que hablaban y bromeaban mientras moldeaban sus piezas, sino por la vergüenza que todavía le daban sus propias palabras. Nadie la entendía mejor que ella.

—Quiero acostarme con mujeres, Cris —dijo bajito.

A Cris se le disparó el torno. La profesora se acercó a su puesto para arreglar el desaguisado. Se inclinó sobre ella, y Cris no pudo evitar fijarse en el escote. Era una mujer joven, de las que aún no habían nacido cuando ellas ya correteaban por el recreo.

—Más despacio, con paciencia —le pidió. Le hablaba del barro, pero Cris se lo tomó como una consigna para conquistar a Soraya. La mujer bajó la velocidad del torno. Luego miró a Soraya y se acercó a ella—. Se te da bien la cerámica —dijo al ver que su pieza estaba casi lista—. Tienes buenas manos —soltó de manera sugerente. Luego se pasó la lengua por los labios y sonrió.

—Es súper fácil ligar con mujeres —volvió a susurrar Soraya cuando la profesora se alejó.

La boca de Cris se aupó en una sonrisa postiza. Volvió al torno. Ahora había bares para mujeres como ella y hasta podían casarse, claro. Soraya había llegado en la “época buena” de las personas *queer*, con representación en la tele, derechos conquistados y más libertad. Sin embargo Cris llevaba toda una vida a pico y pala para poder vivir su identidad con libertad.

Tardó mucho tiempo en darse cuenta de que estaba enamorada de su mejor amiga. Durante su adolescencia aguantó que la llamaran “bollera”, “marimacho” o “chicazo” por jugar al fútbol. Total, para nada. A los 20 años no era jugadora de fútbol profesional. Ni ella ni nadie en los 2000. Jugó en un equipo de chicas de otro barrio. Viajes en autobús, equipaciones mal talladas y una liga en la que lo mismo te podías encontrar con una ratona de 14 años a la que le habían falsificado la ficha para jugar, que con una mujerona de 45 que se resistía a dejar el fútbol. Al menos allí conoció a muchas chicas como ella.

Cuando le tocó elegir, optó por estudiar Fisioterapia, para seguir ligada de alguna manera al deporte que le habían vetado jugar.

Su jarrón, moldeado con paciencia, comenzaba a erguirse, a tomar forma. Desde luego, la paciencia era la principal virtud de Cris.

Mientras ella buscaba respuestas a su sexualidad en aquel Internet de 56k, Soraya se enredaba en una relación tóxica tras otra. Todas con hombres. Todas con el mismo final: llorando sobre el hombro de Cris.

—Me voy a hacer lesbiana, que seguro que es más fácil —le decía, y Cris recibía aquellas palabras con esperanza, hasta quedar sepultadas las dos, ella y la esperanza, en toneladas de angustia al ver que Soraya incumplía su amenaza una y otra vez.

La lentitud a la que giraba el torno la enervó y volvió a subirle la velocidad. El tiempo de clase se acababa, y ella apenas había empezado a moldear su pieza.

—¿Pero tienes idea de qué tipo de jarrón quieres hacer? —le preguntó Soraya.

—No sé, Cris, lo que salga —respondió nerviosa.

Su amiga de la infancia seguía hablando de mujeres lesbianas y bisexuales. Ahora se había convertido en una experta en cultura popular sáfica.

Con 30 años, Internet corría ya en ADSL y la velocidad a la que sucedían las cosas comenzó a acelerarse. Cris salió del armario con Soraya, y aunque ella la apoyó, su relación se

enfrió. Cada una tenía su piso, su trabajo y sus relaciones. Salían por diferentes sitios, tenían diferentes estilos de vida, buscaban cosas distintas: Soraya un marido, una casa y un par de niños; Cris, seguir saltando de mujer en mujer hasta que Soraya reparara en que ella siempre le había sido fiel, siempre la había apoyado, siempre había sido la persona ideal para ella.

Aunque cada una había tenido un viaje hacia su autodescubrimiento muy diferente, por fin estaban allí: las dos solteras y con cero unidades de heterosexualidad en sangre. Cris lesbiana perdida; Soraya bisexual recién estrenada. Todas las cartas estaban sobre la mesa. Después de 30 años barajando, jugando al solitario, preparándose el mazo, jugando con otras, Cris tenía la oportunidad de sacar su as de la manga.

—Tienes que ser más paciente, Cris. Visualiza lo que quieres y moldéalo. Despacio.

Recibió un gruñido por respuesta. No había nadie más paciente que ella.

Soraya cogió el alambre y deslizó por debajo del jarrón para sacarlo del torno. Con cuidado lo llevó a la tabla donde se secaban otras piezas del resto de alumnas.

Sin mediar palabra, Soraya colocó su taburete detrás del de su amiga y la rodeó con los brazos. No los tenía muy largos por lo que tuvo que pegarse a la espalda de su amiga. El moño de samurai de Cris le rozaba en la nariz. En cuanto Soraya le agarró de las manos, una corriente recorrió su cuerpo. Sus dedos entrelazados mezclándose con el barro le parecían lo más sensual que había vivido en mucho tiempo, y eso que el último polvo que había echado había sido sobre una mesa de billar. La carga emocional acumulada ayudaba. El corazón latíendole a mil. Cuatro manos, veinte dedos y aún así el barro no lo ponía fácil. Estaba cansado.

—Hagamos un vaso —le dijo Soraya al oído.

Cris tragó saliva y asintió. El barro se colaba entre los dedos y si no fuera por los tatuajes de sus falanges, no podría distinguir cuáles eran suyos y cuáles de Soraya. Su amiga le respiraba en su nuca. No había nada que le pusiera más a tono que un beso en el cuello y notaba los labios de Soraya a dos milímetros de su piel.

Cerró los ojos.

Cuando los abrió, se cruzaron los de la profesora, que las miraba divertida.

—La profesora nos está mirando. Se va a pensar que somos novias y te vas a quedar sin ligar con ella —dijo Cris para picarla, para intentar sonsacarle a Soraya una frase que la comprometiera con el momento, con ella.

—Que piense lo que quiera, Cris —le susurró al oído.

El corazón le latió fuerte. Debajo de la bata se le erizó la piel. Podía constatarlo. Soraya estaba ligando con ella, ¿verdad? Vale. Una clase llena de desconocidos y a la luz fría del teflón no es lo ella había soñado para ese momento, pero lo importante era que ahí estaba. Al alcance de sus manos llenas de arcilla.

—Estamos a punto —dijo Cris soltando un gemidito al final de la frase de manera intencionada.

Soraya rio.

—¡Cómo eres! Mira, ya casi está.

De entre sus manos comenzaba a emerger un vaso alto. Chato, grueso y un poco inclinado. No era lo que había imaginado, pero a Cris le valía. Necesitaba sacarse de entre las piernas ese torno y voltearse, ver la cara de Soraya, decirle que ahora podían usar sus manos para otros menesteres.

El torno se detuvo, pero la entrepierna de Cris seguía dando vueltas. Soraya cogió el cable y sacó la pieza.

—Hacemos un buen equipo.

Cris le dedicó su sonrisa de ligar, la lengua por los dientes, por los labios, y enseñando un colmillo, cuando Soraya por fin se levantó y la miró de frente.

—Muy buen equipo.

La miraba desde abajo, todavía sentada en la banqueta, con el pubis de su amiga a la altura de la boca.

—Este sábado vamos a triunfar —dijo Soraya antes de ir a la mesa a dejar la pieza de Cris.

El barro de los jarrones y floreros se fue secando al mismo tiempo que lo hacía su vulva.

OTRO señor hablando de su libro. Otro señor con pelos en las orejas en su programa. Isabel Romero, reina de las mañanas, miró en la oquedad del escritor aprovechando que este contestaba a una de las preguntas de un colaborador al otro lado de la mesa de debate. La presentadora puso los ojos en blanco. Sí, efectivamente, no sólo tenía pelos en las orejas, sino que también tenía una cosita amarillenta enganchada en ellos. Estaba claro que el escritor no había pasado por las manos de su maquilladora porque esta le hubiera repasado las orejas.

Al volver la vista a su cámara, un foco la cegó fugazmente. Era algo que le pasaba a menudo. Tampoco es que le hiciera falta saber dónde ponía los ojos. Tres años con el mismo programa, se sabía al dedillo cada movimiento de cámara, cada chascarrillo de cada colaborador, cada mota de polvo suspendida en el plató.

—Muy interesante —zanjó Isabel sin saber muy bien qué había respondido el caballero—. Pues ya lo saben, apunten para este verano esta apasionante historia de la II Guerra Mundial como nadie te la había contado.

—¿Y el tuyo? —preguntó el colaborador.

—¿Cómo?

Isabel se humedeció los labios. Mala señal. Perla, el apellido por el que se le conocía al colaborador que la había interpelado, sabía que ese gesto significaba hambre. Había osado retrasar unos segundos el corte a publicidad, esto es, los cinco minutos de escaleta que Isabel aguardaba con ansia para comerse sus galletitas digestivas, mitad azúcar, mitad chocolate con más azúcar.

—¿Que qué libro te llevarías a una isla desierta? —preguntó Perla.

La presentadora se fijó en el pelo engominado del colaborador. Su paso por Turquía había quedado lejos y empezaba a clarear de nuevo. Ahí sí que se afanaban las chicas de Maquillaje y Peluquería. Ese tupé era una obra arquitectónica.

Se obligó a rescatar de su subconsciente las palabras del escritor. Había dicho “‘Guerra y paz’, un buen tocho, ¡y un clásico!”. Previsible.

—Llevaría poesía —respondió serena.

—¿Poesía? —le preguntó extrañado el escritor. Isabel lo miró como si todo él fuera una oreja con una cosa amarillenta atrapada en los pelos y no pudo evitar levantar el labio del asco—. Eso no te duraría ni una tarde. Mejor un libro más gordo, para estar entretenido más días.

Isabel cogió los papeles del guión y los golpeó contra la mesa como si fuera una guillotina.

—No crea: hay más historias en una poesía de Emily Dickinson que en ‘Guerra y paz’ —Y sin darle opción a réplica miró a cámara y dijo—: Les dejamos con un avance de los informativos de hoy. Manuel, ¿nos pones al día?

Sonrisa cálida, cabeza ladeada.

—Aguanta... —le susurró su director por el pinganillo. A Isabel en seguida le llegó el retorno de Manuel, el presentador de las noticias que cogía el testigo de la parrilla y daba paso a

los titulares—. Vale. Estamos fuera.

—Quizá deba ambientar mi novela en la II Guerra Mundial. Todavía no hay suficientes historias sobre la II Guerra Mundial —susurró al micrófono.

—Lo de la novela es en otra ventanilla —le dijo el director.

—Ya, ya.

Isabel despidió al invitado con su sonrisa entrenada de periodista amable con los peces gordos.

—Un programa muy agradable, señorita Romero —dijo el hombre mientras dejaba que le quitaran el micrófono—. Porque es señorita, ¿verdad?

Una guionista se acercó a Isabel por el lado opuesto y la salvó de envenenarse con su propia lengua.

—Mira esto —dijo la guionista.

“Esto” era un post en una red social en el que aparecía una captura de Isabel en primer plano con los ojos en blanco. Sobre la imagen, la captura decía: “Cuando te llevan al programa al señor de turno pero tú querías llevar a la cantante lesbiana”.

Al principio, le horrorizó verse convertida en un meme.

—Es bueno. Estás atrayendo a otro tipo de público, más joven.

—¿Tú crees? ¿No nos ven de manera irónica?

—El caso es que nos vean —le dijeron de nuevo por el pinganillo.

—Lo de los mensajes auto complacientes es en otra ventanilla —respondió Isabel.

La suave risa de su director le acarició los oídos. Llevaban años trabajando juntos en diferentes programas de MediaStar y juntos habían llegado a la conclusión de que no estaban en el trabajo de sus vidas, ese que habían soñado en la facultad que cambiaría el rumbo del periodismo nacional, pero cobraban bastante bien al final de mes.

Isabel entró en Maquillaje sin ocultar su enojo. La sala era alargada. A un lado un gran espejo que ocupaba toda la pared y una mesa llena de productos de maquillaje y accesorios de peluquería. En la pared opuesta, unos sofás y algunas mesas con revistas y periódicos. El equipo lo formaban dos chicas jóvenes y su jefa, una mujer con el pelo rizado y fucsia, y una línea de eyeliner perfectamente pintada.

—¿Quién ha peinado al escritor?

Una de las chicas levantó la mano.

—Lo que le tengas que decir a mis chicas, me lo dices a mí —se le adelantó Diana, la dueña y señora de Maquillaje.

Isabel expulsó aire por la nariz de manera brusca.

—Que les repasen las orejas a los invitados, por favor. No quiero vomitar en directo.

Diana cogió el móvil y le mandó un mensaje. A Isabel le vibró su móvil en la mano. Abrió el mensaje que le había mandado la maquilladora. Un *sticker* de ella misma con los ojos en blanco.

—Te mato.

—Anda, siéntate, gruñona.

Isabel iba a obedecer cuando su móvil comenzó a sonar. Le mostró la pantalla a Diana y cuando esta vio quién era agitó la mano.

—Te cae bronca, seguro.

La presentadora rio y se llevó el móvil a la oreja.

—Mati, queridísima prima, ¿qué tal?

Al otro lado de la línea, la voz de la mujer viajaba a la velocidad de la luz. No por la

física de las llamadas telefónicas, sino por la cantidad de palabras por segundo que Mati era capaz de decir.

—Enhorabuena por tu enésima entrevista a un hombre blanco cis hetero y, a juzgar por su cantidad de *best-sellers*, rico. ¿Para cuándo una entrevista a una mujer lesbiana, trans o bisexual? ¿O a una persona no binaria?

—¡Como si fueran tan fáciles de encontrar!

—Si vinieras a las reuniones de la Asociación de Mujeres Profesionales las conocerías.

La voz, además de disparar palabras, también era lo suficientemente aguda como para escucharse más allá del aparato. Por el rabillo del ojo, Isabel veía el pelo rojo de Diana asintiendo con la cabeza cuando escuchó los reproches de Mati.

—Ya fui una vez y me sentí el centro de atención. No me gustó. Además, no hacían más que pedirme cosas, como si yo fuera su altavoz.

—Nena, es que eres su altavoz.

La presentadora podía imaginarse a Mati en su despacho, reclinada en su silla y con los pies encima de la mesa llena de carpetas y papeles con toda la trama de mujeres lesbianas colocadas en puestos estratégicos de empresas, partidos políticos y otras sociedades.

—No soy el altavoz de nadie. Si acaso el mío.

—Ni siquiera eres tu propio altavoz —le reprendió su prima.

Diana asintió de nuevo. Isabel se giró para darle la espalda. Bastante tenía con una bronca por teléfono como para aguantar que Diana fuera la representación corporal de la misma.

—¿Has llamado para alguna cosa más aparte de echarme la bronca por no ser lo suficientemente pública con respecto a mi orientación sexual o te puedo colgar ya?

—Pues sí, te había llamado para una cosa. Vale que no quieras venir a las reuniones o a los *networking*, pero te he apuntado a mi equipo de fútbol de la Triple L.

—¿La Triple L?

—Nuestra liguilla de fútbol 7 —dijo Mati como si fuera algo obvio—. La Liga de Lesbianas y otras Liantas.

—Ah, esa Triple L. Ya, verás, no voy a poder jugar.

—Aún no te he dicho horarios.

—El rojo me queda fatal.

—Ahora vamos de azul.

—No me puedo arriesgar a un pelotazo en la cara.

—¡Es la idea!

—¿Recibir un pelotazo en la cara?

—Exacto —dijo Mati. Isabel pudo oír el cuero crujir cuando su prima se movió en su silla—. Así las que te vean por la tele sabrán que eres una de ellas. Es como una marca de los Illuminati. Te paso a recoger este domingo.

—No, Mati, yo...

—No hay peros que valgan, como dice tu madre. Compra un pantalón blanco. Yo te puedo dejar unas botas.

—Pero...

—¡Te veo el domingo! —dijo Mati, presidenta de la Asociación de Mujeres Profesionales y, a la sazón, prima de Isabel Romero, reina de las mañanas.

Cuando colgó, Diana le giró la silla para que se sentara. Bromeó con la idea de ver a Isabel de corto, dando patadas a un balón mientras le ajustaba los mechones del recogido que le habían peinado a primera hora. Las otras dos maquilladoras se rieron, así que Isabel no tuvo más

remedio que contraatacar y desviar la conversación a otros lares. Como periodista lesbiana con varios años de experiencia en el armario era muy buena haciendo eso.

—Has vuelto al pelo fucsia —constató la presentadora. Había abierto su paquete de galletas que se confundía entre brochas y paletas de maquillaje sobre la mesa.

—Sé lo que pretendes —dijo la maquilladora.

—No pretendo nada.

Sí pretendía algo. Además de desviar la atención sobre su persona, Isabel quería dejar constancia de que Diana había vuelto a su pelo *natural* tras un tiempo con la melena lisa y oscura que tanto le costaba mantener. Una alegoría de lo que le duraban sus relaciones y del mimetismo en el que caía Diana cada vez que se ponía a salir con una mujer.

—Deja de mirarme así.

—No sé por qué te cambias el pelo —Isabel hablaba mientras masticaba—. O sea, sí lo sé, pero no entiendo por qué lo haces.

Diana le dio un tirón con el peine.

—¡Auch! —se quejó la presentadora.

—Aquí se viene una a maquillarse y peinarse, no a psicoanalizar a tu amiga.

—¿Y quieres dejarme calva como castigo? —dijo Isabel al espejo. El reflejo le devolvió la sonrisa irónica de su maquilladora.

—Haz caso a tu prima y échate una novia, anda.

—Cuando a ti te dure una pareja más de lo que te dura el tinte.

Un nuevo tirón de pelo.

Una cabeza asomó en la sala de Maquillaje.

—¡Un minuto! —dijo el busto.

Isabel se metió la última galletita de manera abrupta en la boca y masticó con ansia. Mejor eso que no decirle a su amiga por enésima vez que no debía sacrificar su personalidad para encajar con la de otra mujer.

“EL amor es como el cometa Halley”, le dijo una vez su padre.

Al padre de Cris se le quedó grabado el paso del cometa Halley por nuestra órbita. Fue un acontecimiento astronómico que no se volvería a repetir en su vida. Por eso se lo tatuó en el hombro. Cris repasaba ese tatuaje siempre que lo veía, y entonces su padre le decía la frase.

“Sólo pasa una vez en la vida”.

Cuatro años más tarde de que el cometa Halley pasara por la Tierra, Soraya llegó al colegio. Entonces, Cris comprendió lo que decía su padre.

Por supuesto, no lo comprendió a la primera. Tardó un tiempo en darse cuenta. Ella sabía lo que era el amor. Lo había visto mil veces por la tele y en los libros. Romeo y Julieta, don Quijote y Dulcinea, Nicole Kidman y Tom Cruise, Pamela Anderson y Tommy Lee, Zack Morris y Kelly Kapowski. Pero nunca había visto una Pamela Anderson con una Nicole Kidman, por mucho que a ambas les hubiera ido mejor que con sus parejas.

Así que sí, tardó mucho tiempo en darse cuenta de que lo que sentía por Soraya era lo mismo que Romeo sentía por Julieta.

Ella era el cometa Halley del Instituto. Una entre un millón. Así de rara se sentía.

—Entonces... ¿Estoy guapa? —le preguntó Soraya.

Y luego estaba Soraya, un planeta hasta entonces desconocido en el sistema solar sáfico que, por misterios de la ciencia, había tenido una conjunción planetaria con su cometa.

Si Cris tuviera que elegir un libro para llevarse a una isla desierta sería un tratado de

astronomía. Así podría completar la lectura mirando al cielo de noche, cuando ya no pudiera leer.

Estaban en mitad de una calle ancha, una avenida de la que partían otras calles del conocido barrio gay por un lateral y del otro lateral, bares de música *heavy*. A veces, aquel espacio lineal y ancho era una coctelera de estilos indistinguibles.

Precisamente Cris parecía salida de un bar *heavy*, con su chupa de cuero, su camiseta negra de tirantes y sus Converse destrozadas. Sólo le faltaba la melena larga y suelta.

—Sí, muy guapa —respondió Cris con apenas media sonrisa asomándole en la cara.

—¿No es emocionante? Mi primera noche en un bar de chicas —Soraya agarró del brazo a Cris—. Y contigo a mi lado. ¿Quién nos lo iba a decir, eh?

—¿Que te iban a gustar las mujeres? Yo lo sabía —dijo Cris con autosuficiencia.

Soraya la hizo detenerse en mitad del paso de peatones. Lejos de las luces de la calle, la oscuridad era el aliado de Cris. Desde esa oscuridad podía ver la sonrisa nerviosa de Soraya, notar sus vibras por la excitación del momento, sentir su aliento apresurado humedeciendo el aire.

—¿Cómo que lo sabías?

—No había más que ver cómo mirabas a la profesora de Dibujo Técnico. Y, en fin, las fotos de Angelina Jolie en ‘Tom Rider’ de tu carpeta.

—Pero porque era una mujer empoderada —Soraya respondió a las dos acusaciones. Seguía atónita. Continuaron la marcha hasta llegar a la otra acera—. Y si lo sabías, ¿por qué no me lo dijiste?

Cris se encogió de hombros.

—Apenas sabía que yo era lesbiana como para decirle a mi mejor amiga que a ella también le gustaban las chicas.

Soraya agitó la cabeza y su cabellera voló al viento. Eran la viva imagen de dos polos opuesto. Al menos, en cuanto a gustos se refería. Si Cris era oscura y aparentemente fría, Soraya era el verano encarnado, con su trencita rubia naciéndole de la nuca y su piel de caramelo.

—Pues ahora ya no tienes excusa. Me vas a enseñar todo lo que sabes de ligar con mujeres. Vamos a ver en acción a la Cris ligona.

—A ver, ligona, ligona...

—Ahora no vengas de santita, que nos conocemos. Y no me extraña que ligués tanto —concedió Soraya. Luego se mordió el labio—. Quiero decir: eres muy... visible.

Cris bajó la cabeza. Si era tan visible, ¿por qué no la había visto hasta ahora?

Se conocían, sí, pero aquel escenario era nuevo para ellas. Nuevo y excitante. Cris sabía que para conquistar a Soraya no podía ir con la quinta marcha puesta. Así lo habían hecho todos su ex y, a la vista estaba, no había funcionado. Debía ir despacio, abriéndose poco a poco, haciéndose ver, dejando la puerta abierta a que entrara a su corazón. Así lo había hecho la mujer que le abrió la grieta de su bisexualidad... entre otras grietas.

—¿Estás preparada para una noche inolvidable? —le preguntó a Soraya.

Su voz sonó sexy, grave, profunda. Lección número 1 de la técnica para ligar con mujeres de Cristina Higuera.

—Totalmente.

Cris volvió a acercarse de manera tan sutil que esta vez Soraya no tuvo tiempo de apartarse.

—¿Estás abierta para lo que pueda pasar, por raro que te parezca? —le susurró a un palmo de su boca.

Soraya abrió los ojos. La pregunta sonaba a augurio, a premonición. Sacudió la cabeza y

sonrió.

—¿Estás intentando ligar conmigo, Cris?

Si hubiera dicho que sí, si hubiera ido de frente, a las claras, estaba segura que hubiera atrapado a Soraya en su red, hubiera caído como caían todas. Pero Soraya no era una más. Soraya era Soraya.

—¡Claro que no! —respondió Cris desviando la mirada—. Venga, vamos.

Las dos mujeres se internaron en la calle entre sáficas y *heavys*.

UN día más, un programa menos.

Maquillaje y Peluquería parecía un campo de batalla. No podían relajarse hasta que Isabel no despidiera el programa.

Las chicas de Diana se afanaban en recoger todo el material. Lo iban metiendo en los cajones y cajas de una maleta grande. Los rulos, la plancha, las brochas, las sombras, los peines y cepillos. Sabían que al día siguiente volverían, pero no podían dejar nada. Esa sala no era suya. Ya no. Desde el ERE, cada programa lo hacía una productora externa, y cada productora tenía a su equipo de maquillaje. Aunque la madre de todas esas productoras fuera la misma.

Una niña sentada en el sofá las observaba. Era Nerea, la hija de Diana. No parecía tener prisa. Miraba cada detalle a su alrededor mientras columpiaba sus pies. Llevaba una media subida y otra bajada. Las tablillas de la falda del uniforme se le derramaban por el sofá. Dos tirabuzones rubios le caían por los lados de la cara. El resto del pelo lo tenía liso.

Isabel entró a Maquillaje.

—¿Me necesitabas...? —Dejó su pregunta en el aire. En cuanto vio a la niña se respondió a sí misma—. ¿Otra vez? No te ofendas, Nerea, pero tu madre es un desastre.

—Lo sé —respondió la niña.

Diana las sonrió reflejada en el espejo. Se estaba maquillando ella misma.

—Creo que está todo —dijo una de las maquilladoras inspeccionando la mesa.

Su jefa apuró la línea del *eyeliner*, lo cerró y se lo dio.

—Ahora ya está todo —le dijo Diana. Luego miró a Isabel. Se dirigió a ella con seguridad y una sonrisa cálida, amable, demasiado amable quizá. Cuando Isabel ladeó la cabeza ya sabía lo que le iba a pedir—. Necesito que te quedes con la niña. Serán sólo un par de horas. Ya has visto que se porta muy bien. Tengo una cita con una chica y no quiero cambiarla porque ya se la he movido varias veces.

—¿Y tu ex-mujer no puede?

—Sí, mira, le digo que se quede a Nerea porque yo tengo una cita con otra y me manda otra vez al abogado para quitármela.

—¿Y por qué tienes una cita cuando te toca a la niña?

—Cielo, porque la vida de lesbiana cuarentona, madre y divorciada es un follón.

Las dos mujeres miraron a la niña que las miraba y sonreía como si la cosa no fuera con ella. Para las madres que tenía, la niña había salido muy bien. Tranquila, silenciosa, responsable.

—¿Y si yo también tengo planes? —dijo Isabel resistiéndose a cumplir con su mandato de buena amiga.

Diana la cogió de los brazos y la echó para atrás, como si quisiera mirarla desde la distancia.

—Quedarte en casa viendo pelis viejas no es un plan, no te engañes. Además, vas demasiado guapa.

Isabel torció el cuello y pidió una aclaración.

—Oh, vamos, ya sabes. Cuando tienes citas con chicas vas en modo Clark Kent: gafitas, pelo recogido, sin maquillar. Quieres que se enamoren de la persona, no de la presentadora —dijo esto último poniendo voz lacrimógena.

—Me gustaría verte a ti en mi papel. ¡Qué fácil es hablar!

—No me das pena. Si salieras de tu cascarón, podrías tener a la mujer que quisieras.

Isabel protestó, pero Diana ya no le oía. Estaba agachada aleccionando a su niña para que se portara bien. La maquilladora se apoyó en su rodilla y se levantó con un quejido. Dio un beso en la mejilla a la presentadora y se marchó tras sus empleadas, que arrastraban las maletas de ruedas cargadas de brochas y lacas.

La presentadora miró a Nerea, que la sonrió con su dentadura llena de huecos.

DIANA se echó un último vistazo al maquillaje en el espejo retrovisor de un coche. El vestido se le subió un poco por las caderas. Con un movimiento de la lengua y haciendo de su dedo un cepillo de dientes se quitó pintalabios de la pala. Se enderezó y se bajó el vestido. Estaba lista. Tiró con brío del asa nacarada de la puerta de la cafetería. Nunca había estado en aquel sitio y se sintió inmediatamente fuera de lugar. ¿Qué hacía una tía como ella, con su minivestido negro, los labios y pelo fucsias y las botas altas en una cafetería que parecía un decorado de la telenovela de época de turno? Miró a su derecha: en una peana, una pequeña estatua de una mujer pintada de negro y oro sujetaba una lamparita. Puro adorno. Todo lo que captaban sus ojos era adorno, opulencia, brillos y destellos, oro y cristal.

—¡Diana! —la llamó una mujer sentada en una mesa de mármol blanco con unas retorcidas patas de hierro forjado.

La maquilladora se acercó a la mesa. La mujer se levantó y le dio dos besos. Tenía la cara blanca, impoluta. Si llevaba maquillaje, apenas se notaba. Un poco de rímel en las pestañas, algo de color en las mejillas, quizá carmín rosado en los labios, pero todo muy natural. Diana agachó la cabeza. Se avergonzó de su maquillaje tan evidente, pero a la chica no pareció importarle. Le sonreía, le hablaba con amabilidad, le tocaba la mano.

—Tenía muchas ganas de conocerte en persona —le dijo.

—Sí, yo también.

—Perdona si he tardado mucho en dar el paso, es que me gusta tomarme las cosas con calma.

Un camarero vestido con camisa y pajarita se acercó a tomarles nota.

—¿Qué quieres tomar? —le preguntó la mujer.

—Lo mismo que tú —se aventuró Diana que le pareció mal pedir un *gintonic*.

—Pues que sean dos poleos menta.

Los ojos de Diana se abrieron ante el abismo. Odiaba el poleo menta. Le hacía sentir que estaba bebiendo pasta de dientes. Afiló los ojos y sonrió a su cita con los labios apretados cuando dio el primer sorbo.

Aquella tampoco iba a ser el amor de su vida.

En Maquillaje, Isabel y la pequeña Nerea estaban sentadas frente a frente. La presentadora se balanceaba en una de las sillas del tocador, mientras la niña seguía moviendo las piernecitas en el aire. La luz de las bombillas del espejo iluminaba la estancia sin dar lugar a las sombras.

—Y... ¿Qué tal en el cole?

—Bien —respondió la niña con timidez.

—¿Cuál es tu asignatura favorita?

—Lengua.

—Oh.

—Y Ciencias.

—Muy bien.

—Y Educación Física.

—Vaya.

—Bueno, todas menos Matemáticas.

—¿No te gustan?

—No las entiendo.

—Mmh. Yo tampoco. Son demasiado abstractas para mí —confesó Isabel no supo muy bien por qué.

La niña abrió los ojos cuando escuchó la palabra “abstracta”, como si la estuviera repitiendo mentalmente para guardársela en su diccionario de palabras que decir en clase.

Se hizo el silencio entre las dos. Se podía escuchar el zumbido de las bombillas. La presentadora miró el reloj. Habían pasado 23 minutos. Miró a la niña y le mostró su sonrisa de anuncios publicitarios.

La niña volvió a releer la habitación con sus ojitos azules. ¿Qué conexiones estaría haciendo? Isabel intentó recordar cómo era ella a su edad. Tampoco le gustaba Matemáticas. No destacaba en ninguna asignatura, de hecho. Tenía el perfil tan bajo en el cole que podría haber pasado por un percherero. Estaba segura de que ninguno de sus compañeros de colegio la recordaban hasta que empezó a salir por la tele. Venía entrenada de casa. Era difícil destacar siendo la tercera de cuatro hermanas. Isabel no era ni la guapa, ni la simpática, ni la estudiosa. Era la otra.

En el instituto elevó algo más su perfil, lo justo para no caer en el destierro social, pero no tanto como para resultar interesante a ningún chico. Pero resultaba que los chicos del instituto estaban interesados hasta en los percheros con tal de que tuvieran un par de tetas bien puestas. Se inventó un novio en el pueblo y coló durante un tiempo. También se buscó a sí misma en aquel Internet de 56k. La comunicación asíncrona de los foros, el espacio seguro de los chats, tan fríos y tan cálidos a la vez, las relaciones a distancia. Aún conservaba un iPod Nano que ganó acumulando puntos de la compañía de autobuses.

Los ojos de la niña dieron con los suyos y volvieron a sonreírse. Desde luego, la velocidad a la que iba a vivir esa niña, con la fibra óptica, los trenes de alta velocidad y el *streaming* a la carta, iba a ser muy diferente de la suya.

Algo cayó al suelo con estruendo en el plató y las dos miraron hacia la puerta.

UNA vez pasado el mal trago del poleo menta, la cita de Diana transcurrió bien. La mujer era divertida sin ser escandalosa, inteligente sin ser pedante, y guapa sin resultar intimidante. Era una media aritmética de lo que se espera de una mujer. Al principio, a Diana le resultó agradable. Le buscaba las cosquillas, picarle con alguna cosilla, hacerle saltar, descubrir ese factor diferencial que la hacía especial. Pero la mujer no se salía del papel. Tenía respuesta para todo, sí, pero siempre era la respuesta correcta, no se salía del tiesto, no tenía chispa.

—Tenías una hija, ¿verdad? —le preguntó la mujer.

—Sí, se llama Nerea. Es muy buena, aunque un poco desordenada. Sabe que para mí es más fácil y rápido ir detrás de ella recogiendo sus cosas que hacerle entender que debe ser más ordenada.

—Bueno, todos los niños son así de pequeños.

—¿Tú tienes hijos?

—No, pero es lo que se suele decir, ¿no?

Efectivamente. La mujer decía lo que se solía decir, como un robot programado para dar siempre la respuesta más probable que le dicta el algoritmo. Diana miró el reloj. Llevaba 37 minutos de cita y se preguntaba cuánto tiempo debería esperar hasta darla por acabada y soltar ese “Bueno, pues nada...” que precede a toda despedida incómoda.

Diana había tenido citas de todo tipo y en función de lo que le apetecía en determinada fase había ido cambiando su bio en la app de citas.

“*Touch and go* sin compromiso. Taras: Recién divorciada. Fumadora. Extras: Tengo una hija de 6 años.”

“Charlar, cenar... y lo que surja. Ex-fumadora. Tengo una hija de 7 años.”

“Dicen que el amor sucede cuando menos lo esperas, y créeme, mis expectativas no podrían ser más bajas ahora mismo. Fumadora. Tengo una hija de 8 años y un perro llamado Shrek.”

“¿Cansada de citas que no llevan a ningún lado? Conmigo podrás ir directa al grano. Me adapto. Soy madre de una niña y tenemos un *yorkshire* llamado Shrek.”

Intercambiaba temporadas de estar a tope en Tinder con momentos en los que desactivaba el perfil, se desinstalaba la app y trataba de ligar por el método tradicional, yendo a bares y discotecas de ambiente.

De hecho, iba a entrar en esa fase en cuanto diera largas a esta mujer que seguía hablando de temas muy interesantes que había escuchado en un *podcast*. A Diana le dolían los pómulos de aguantar la sonrisa, pero se le cayeron al suelo cuando vio aparecer por la puerta del local a su ex mujer. Trece años de relación no pasan en balde, y sus ojos aún seguían imantados para encontrarse en cualquier lugar que coincidieran. La ex también iba acompañada. Al menos, tenía la decencia de seguir con la mujer con la que le engañó. En cuanto la vio, fue directa a su mesa y Diana supo que se avecinaba una tormenta.

—¿Y Nerea? —le soltó a boca jarro.

—Hola, querida, yo también me alegro de verte —dijo Diana—. Es mi ex —le informó a la cita. Por supuesto, la cita sonrió con educación—. Nerea está con Isabel, así que está perfectamente.

—¿Para eso querías la custodia compartida? ¿Para dejar a la niña con la gente de la tele mientras tú te vas por ahí a ligar?

El rostro de la cita comenzó a descomponerse.

—Yo... Debería irme —La cita hizo amago de levantarse, pero la ex le puso una mano en el hombro y la obligó a sentarse.

—Tú te quedas —le dijo—. La que se va soy yo. Directa a llamar a mi abogado.

Diana se puso en pie.

—¡No seas dramática!

—No montes un espectáculo.

—Voy a montar lo que me da la gana. Ser madre no me impide tener citas, esté con la niña o no. Tú fuiste la que nos pusiste los cuernos con esa...

—¿Con esa qué? —preguntó la actual pareja de la ex.

—De verdad, que yo no quiero líos —insistía la cita avergonzada por ser el centro de atención de la clientela de manera tan gratuita. Se sentía pequeñita con todas esas mujeres de pie delante de ella.

—¿Acaso no has tenido nunca un bollodrama? —le preguntó Diana molesta.

La cita hizo valor de la vergüenza y se puso en pie.

—Sois unas... maleducadas. Por mujeres como vosotras tenemos mala fama las lesbianas.

—¿¿Perdona?? —preguntaron Diana y su ex al unísono.

—Las mujeres somos mejores que todo esto. Somos más tranquilas, más inteligentes, no caemos en las vulgares dinámicas de poder de las parejas heterosexuales alimentados por los roles de género del patriarcado, los celos posesivos y la violencia estructural.

—¿Eso también lo has oído en un *podcast*? —preguntó Diana.

La cita recogió su chaqueta y su bolso y exhaló un bufido por la nariz antes de marcharse.

—Te he hecho un favor —le dijo la ex.

Diana no pudo más que asentir.

EL ruido en el plató sólo había sido una silla al caer. Nada sin importancia, aunque lo suficientemente intrigante como para sacar a Isabel y Nerea de la zona de confort que había sido la sala de maquillaje.

Al abrir la puerta, los ojos de Nerea se encontraron con un universo más grande para explorar. Rebotaban de un lado a otro intentando capturar todos los detalles a la vez. Los focos en el techo, los raíles de las cámaras, los decorados de los informativos...

—Parece una nave espacial.

—¿Te gusta el espacio? —le preguntó Isabel.

La niña asintió.

—¿Quieres ser astronauta?

—¡No! —respondió Nerea como si le hubieran hecho una propuesta indecente para su edad—. Me gustan las historias de ciencia ficción.

—¿Quieres ser escritora de novela de ciencia ficción?

Nerea volvió a asentir.

La presentadora salió al pasillo y le tendió la mano a la niña. Tenía una sonrisa traviesa, juguetona.

—¿Sabes? Yo también tengo que escribir un libro —le confesó la presentadora.

Llevó a la niña a plató de su programa. Tenían unos minutos hasta que empezaran a preparar el decorado contiguo para otro programa.

—¿De ciencia ficción?

—No, hija, no. A mí no me van a dejar tanta libertad creativa.

Isabel le pidió a Nerea que se sentara en el sillón. Era un sillón incómodo. Lo habían encargado así porque no querían que el entrevistado se apoltronara ofreciendo un mal plano. En ese sofá había que sentarse bien. Ni siquiera invitaba a apoyar la espalda, por eso todos los que pasaban por ahí parecía que tuvieran un palo metido por el culo.

Isabel se sentó a su lado con el *core* apretado para estirar la espalda. Giró la cabeza a cámara. Ningún piloto rojo le indicaba cuál era, pero daba igual. Era siempre lo mismo.

—Hoy nos acompaña la autora de ciencia ficción dos veces ganadora del premio Nébula y candidata al Nobel de Literatura Nerea Gracia. Buenos días, Nerea, un placer tenerte aquí con nosotros.

—Un placer para mí —dijo la niña metida en su papel. Sonreía y movía los hombros totalmente encantada de aquella falsa atención mediática.

—Tu última novela es todo un éxito. Enhorabuena.

—Muchas gracias. Me costó mucho escribirla. Gasté varios bolis.

—Oh, veo que eres una autora tradicional que prefieres la materialidad del papel y la tinta

frente a la volatilidad del ordenador y la nube.

—Bueno, es que no tengo ordenador.

—Cuéntanos de qué va tu historia —preguntó Isabel.

Las tablas le ayudaban a soslayar momentos incómodos, espacios en blanco o respuestas aleatorias para seguir con la escaleta al minuto. Era una virtud de la que estaba orgullosa y a la vez la avergonzaba en cierta manera ya que le impedía traer a personajes más interesantes a su programa.

La niña comenzó a hablar.

Otra de las virtudes de Isabel de la que se sentía orgullosa y avergonzada a la vez era la capacidad de abstraerse sin ser detectada. Hacer viajes interiores, divagar con su mente, repasando la lista de la compra, pensar en aquella frase que se le había quedado grabada del libro de su mesilla... Mientras por fuera parecía la persona más interesada en la conversación de su interlocutor. Y a su vez lo estaba. Debía estarlo si quería hacer una entrevista. Era como si tuviera dos cerebros trabajando en paralelo. Así, mientras Nerea le contaba que su novela iba de un extraterrestre que hacía una parada en la Tierra para recargar su nave en las estaciones de recarga solar de un centro comercial donde entraba en una tienda y conocía a una dependienta que le hace reír, ella se preguntaba en cómo iría la cita de Diana, en por qué se empeñaba en saltar de cita en cita, por qué saboteara sus relaciones posteriores a su divorcio y por qué luego tenía el morro de decirle a ella cómo llevar su vida sentimental.

La respuesta a la primera pregunta llegó en ese momento. Por el superpoder que le daba ver por el rabillo del ojo, Isabel distinguió una figura detrás de una cámara. Era apenas una sombra negra, perfilada por los focos del decorado. De al lado que empezaban a coger fuerza, pero ella enseguida pudo distinguir que se trataba de la figura alta y voluptuosa de su amiga.

Desde la distancia, Diana escuchaba a su hija. Había escuchado mil veces lo mismo que le estaba contando a Isabel, pero ahí sentada, bajo el tímido fulgor de las luces indirectas por fin se la creyó. Sin duda, Nerea era lo mejor que tenía en la vida, el mejor regalo que le había dado su ex y, a la vez, la mayor de sus condenas.

Sí, a pesar de tener dos madres que apenas se escriben, ella sería una gran autora de ciencia ficción.

Capítulo 2

El de la cita a cuatro

LAS luces de la discoteca iban y venían haciendo un efecto estroboscópico en el que Soraya en un momento estaba en un lado de la discoteca y al instante siguiente en el opuesto. Se la veía entusiasmada, dejándose camelar por diferentes mujeres. Al final, a juzgar por el tiempo que pasaba con ellas, se había quedado entre dos. Una parecía algo mayor que ellas, rozando los 50. Movía su cuerpo con soltura al compás de la música. A Soraya le flipaba la gente que bailaba bien. La otra candidata tenía el pelo fucsia y aunque no parecía que tuviera tanta habilidad en la pista, se movía con gracia y cada interacción con Soraya le arrancaba una carcajada.

Cris la veía acodada en la barra de la discoteca hasta casi atravesar con la mirada a su amiga de la infancia. Giró ligeramente el cuerpo para coger el botellín que acababa de pedir y se topó con una joven a su lado.

—¿Tú no bailas? —le preguntó.

Cris la escaneó mientras daba un trago. Tendría veintipocos años y era bien parecida, pero si había algo que le daba más pereza que iniciar una relación, era hacerlo con una chica tan joven como aquella.

—No sé bailar —le respondió antes de volver la mirada hacia Soraya.

—Pues llevas un rato mirándola. Ya podrías haber aprendido algo —le respondió la chica.

Descubierta, Cris dejó de beber. Usaba tres dedos para coger el botellín. Sus tres dedos mejor ejercitados. La habilidad para bailar de Cris era, por el contrario, terrible. Había intentado diversos métodos de aprendizaje, incluyendo observar obsesivamente al amor de su vida, pero con ninguno había logrado resultados positivos, entendiendo como positivo enlazar más de dos pasos sin pisar, tropezar o empujar a nadie. Hasta fue a clases de salsa porque un rollete que tenía era profesora. Desastre absoluto. Toda la habilidad que tenía con su cuerpo la había gastado en el fútbol y en la cama.

—Venga, ven a bailar conmigo. No puede ser tan terrible —insistió la joven.

—Créeme, sí lo es. Me han llegado a dejar por lo mal que bailo.

Aunque el comentario estaba basado en hechos reales, la chica se rio como si hubiera contado un chiste buenísimo. La música sonaba atronadora, así que Cris pensó que le había oído otra cosa. O quizá se riera por miedo a que Cris hubiera dicho algo gracioso y ella hubiese sido incapaz de oírlo por aquel volumen atroz. La chica tampoco insistió.

Soraya se acercó a Cris y bebió de su botellín como si acabara de llegar a meta tras una larga maratón.

—¡Tía, es súper fácil ligar con mujeres! —gritó de tal manera que hasta la joven que acompañaba a Cris la escuchó.

—No creas —intervino.

Cris censuró su intromisión con una mirada fulminante a la que la joven respondió con un guiño.

—No sé con cuál irme —dijo Soraya señalando a dos mujeres que bailaban en la pista—. La de la derecha es tremendamente divertida, pero la otra baila muy bien. ¿Te imaginas cómo

folla? ¡Oh, Dios mío! Hablo como si estuviera en un mercado ¿Las estoy cosificando?

—Las discotecas son un mercado —volvió a entrometerse la joven.

—¿Y por qué no te vas a ver otro género? —le preguntó Cris asegurándose de que la oyera por encima de la música.

La chica volvió a reírse a carcajadas.

Cris se giró de nuevo hacia su mejor amiga.

—Soraya, no creo que aquí encuentres el amor. Llevo demasiado tiempo en esto como para saber que...

—Oh, Cris, no vengo buscando el amor, precisamente— soltó Soraya sin dejar espacio a la duda de lo que quería decir, pero por si acaso, se fue directa a la mujer que bailaba bien.

Las dos mujeres bailaban creyendo que estaban en ‘Instinto Básico’, pero sin ningún hombre mirándolas, sólo Cris. Pese a lo dantesco que le parecía aquello, no podía apartar los ojos de esos dos cuerpos frotándose, iluminados de manera intermitente y esquiva por las luces del bar.

—Joder, estás pilladísima, eh —escuchó que le dijo la joven—. Yo estuve en tu lugar y, si me permites un consejo: déjalo, déjalo ahora que estás a tiempo. Déjalo —insistió— antes de que te arrastres por la madriguera del conejo, nunca mejor dicho, y dejes de saber quién eres.

Lo que le faltaba a Cris: que una mocosa le diera consejos de amor. ¿Qué sabía esa cría de lo que había entre ella y Soraya? ¿Qué sabía ella de cómo habían llegado a ese punto, donde las líneas paralelas de sus vidas por fin se cruzaban?

No iba a permitir que volvieran a salir disparadas cada una en una dirección.

EL volumen de la tele estaba alto. Daba igual que apenas fueran las 8 de la mañana. Tenía que estarlo para que se escuchara por encima del ruido de las máquinas. La madre de Soraya respiraba fatigosamente. Aún así sonreía. En la tele, el hombre del tiempo daba el parte meteorológico en el programa de Isabel Romero.

—En resumen, la próxima semana tendremos cielos despejados y sol, aunque no nos abandonará el frío, por lo que no guarden los abrigo todavía —En la pantalla desapareció el mapa meteorológico y Charlie, el hombre del tiempo, dio unos pasos para colocarse en el centro de su porción de plató—. Aprovecho para anunciar que me jubilo el mes que viene, así que ya me queda menos para mi “eterna primavera”.

Realización pinchó la cámara del plano general para que apareciera Isabel en la mesa.

—Muchas gracias, Charlie. Te echaremos de menos. Aunque, pensándolo bien, por fin podrás predecir el tiempo sin equivocarte... aunque sea tu propio tiempo libre.

El hombre rio y una ráfaga dio paso a la pausa publicitaria.

—Esta mujer es tremenda —dijo la madre de Soraya. Luego echó a reír. O algo parecido. Soltó una expectoración y entre medio se coló un “ja, ja”.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó su marido. Se acercó a ella y le cogió de la mano.

La mujer asintió. Trataba de recolocarse en el sillón y su marido y su hija le ayudaron a mover los cojines de la espalda.

—¿Hoy no ha venido Félix? Él sabe cómo colocarme bien los cojines —le preguntó la madre.

—No, hoy salía tarde de trabajar. Pero te manda muchos besos —mintió Soraya.

—Trabaja demasiado. Será tarde cuando se de cuenta de que la vida es un suspiro —dijo.

Aunque se refería a su marido, Soraya se sintió aludida. Si la vida era un suspiro, ella, a sus 42, ya había pasado el momento de la inhalación. ¿Cómo de larga sería su exhalación? ¿Habría entrado ya en ella? Sacudió la cabeza para espantar el pensamiento de su propia muerte.

La vida era una suspiro y ella estaba conteniendo la respiración.

—Mamá, ¿tú sabías que Isabel Romero es lesbiana?

—¿Le gustan las mujeres?

—Sí, de hecho...

Su madre la interrumpió antes de que siguiera.

—Bueno, ya sabes qué vida lleva la gente de la tele. Las drogas están a la orden del día. Se divorcian a cualquier hora. Se casan constantemente. Así siguen en el candelero para que les sigan llamando. Esta gente viven de llamar la atención.

Tosió para terminar de echar toda su bilis.

—Si la mujer es feliz... —dijo el padre que dejó la frase sin acabar.

En esa casa, sólo una persona tenía el poder de terminar las frases.

—¡Claro que es feliz! ¿Tú sabes lo que cobrará?

—Entonces ahora Isabel te cae mal.

—No me cae mal porque sea... Eso. Mientras no haga alarde en la tele. No tengo por qué saber de su vida privada.

La conversación la estaba incomodando. A todos. Era como el picor alrededor de una postilla. Cuanto más rascabas, más se estrechaba el cerco del escozor. Soraya, sin embargo, quería arrancar la postilla del todo, ver la herida sangrar.

La madre tosía.

Allí no sólo no había permiso para terminar las frases. Tampoco lo había ni para hilvanar un pensamiento que fuera más allá de la presencia de la muerte.

EL vestuario estaba lleno de mujeres cambiándose de ropa. A Isabel le dio pudor verlas desnudas. Había confianza entre ellas. Se conocían. Se hacían bromas. Se preguntaban por la semana para ponerse al día. Alguna la miraba con recelo, otras con admiración. Isabel escuchó muchos nombres y apenas pudo retener unos cuantos.

—Toma —Mati le dio una camiseta azul—. Has traído pantalón blanco, ¿verdad?

Isabel levantó su bolsa de deporte hasta ponerla a la altura de sus ojos. Una mujer se acercó a ella con unas botas de fútbol en la mano.

—¿37 o 38? —preguntó. Apenas disimulaba el entusiasmo que le producía prestarle unas botas a Isabel Romero.

—Déjame las del 38. Me he traído unas plantillas, por si acaso.

El “por si acaso” era en realidad proteger sus pies de unas botas malolientes con la horma de los pies de otra persona. Cuando cogió las botas le sorprendió que no olieran mal. La mujer las debía haber puesto toda la semana en la terraza con toneladas de talco en el interior.

—Gracias —dijo.

—Es un placer. ¿De qué juegas?

—Sin atosigar —Mati apartó a la mujer con la mano. Pese a su pequeño tamaño, su prima intimidaba bastante—. De momento, empiezas en el banquillo. Es fútbol 7. No hay límite de cambios. El fuera de juego lo marca una línea en el campo. Ya la verás. Aquí todas jugamos de todo.

—Casi no me acuerdo de cómo se jugaba.

—No te preocupes. Nunca fuiste muy buena. Aquí mi prima —dijo dirigiéndose al resto de mujeres del vestuario con su voz de pito—, aprendió todo lo que sabe de mí.

—Entonces estamos apañadas —dijo una mujer al fondo.

Hubo risas. Isabel rio con timidez.

—Haré lo que pueda. Tampoco era tan mala.

El equipo contrario, vestía de rojo. Se hacían llamar las Diablas Rojas e iban primeras en la liguilla. El equipo de adopción de Isabel, llamadas Mateam, eran las últimas.

El frescor de la mañana le golpeó el rostro cuando saltaron al campo. Mati le dio una última advertencia.

—El césped artificial quema que no veas, así que procura no ir al suelo.

Era como una consigna grupal. Las mujeres de su equipo se esforzaban lo justo: no iban a balones divididos por temor a hacerse daño y no hacían *tacklings* por miedo a rasparse las piernas.

El sol estaba en lo alto e Isabel se ponía crema cada quince minutos.

—Ahora entiendes por qué vamos las últimas, eh —le dijo la mujer que le había prestado las botas.

Muchas de las componentes de las Diablas Rojas podían haber sido perfectamente internacionales si la profesionalización del fútbol femenino hubiera llegado treinta años antes. En seguida se fueron en el marcador con dos goles cuando el Mateam apenas había inquietado la portería contraria.

—¡Isabel! —Mati se aproximó a la banda con el pulmón en la boca del estómago.

La presentadora se levantó de un salto y salió al campo.

—¿Dónde me pongo?

—Por ahí —le dijo su prima sin concretar mucho.

—Banda derecha, Isabel —le gritó alguien en el campo. Una compañera pasó por su espalda y le susurró—. A ver si podemos pillarle la espalda a esta lateral.

Cuando Isabel recibió el primer balón se sintió torpe. El calentamiento apenas le había servido para hacerse al tacto del esférico, y casi no se acordaba de cómo era eso de correr dando pataditas a una pelota. Siguió la sugerencia de su compañera. En cuanto recibió un buen balón, lo coló entre la lateral y la central del equipo contrario. La delantera del Mateam corrió hasta él y consiguió golpearlo antes de que llegara la portera, que se confió demasiado.

Celebraron el gol como si hubieran ganado una Champions. Se vinieron arriba. Y no hay nada que incentive más la temeridad que pensar que puedes ganar un partido. Comenzaron a ir al suelo, a frenar jugadoras, a pelear balones divididos. El juego de las Diablas Rojas ya no parecía tan peligroso. Tuvieron que esforzarse en combinar mejor, en correr más, en ser más rápidas.

De nuevo, un balón se coló a la espalda de la lateral, pero la receptora en este caso fue Isabel. Corrió a por él. Tenía el rostro colorado por el esfuerzo, la coleta deshecha, le sudaba el bigote. Aún así estaba disfrutando como una niña. Controló el balón. Iba a encarar a portería cuando la lateral recuperó su posición y le hizo una segada. Le dio al balón, pero Isabel no estaba preparada para el impacto y notó un pinchazo en la rodilla.

Se fue al suelo entre gritos de dolor.

—¡Penalti, penalti! —gritó Mati.

—Pero si le he dado al balón —se defendió la lateral.

Isabel seguía retozando en el suelo. Pensaba que se iba a morir.

—No te preocupes, aquí tenemos de todo. ¡Que venga la fisio! —ordenó Mati.

La fisio ya se estaba acercando cuando Mati se desgañitaba llamándola.

—Estoy aquí —anunció—. A ver, deja que mire.

En torno a Isabel se formó un círculo para que la fisio la atendiera al abrigo. La mujer comenzó a palparle la rodilla. Se la pinzaba con una de sus grandes manos mientras con la otra le obligaba a doblar la pierna.

—¿Te duele?

—¡Qué manos más calientes tienes! —exclamó Isabel. No hacía calor precisamente y se esperaba unos témpanos por dedos.

La fisio sonrió ligeramente. Isabel se fijó un poco más en ella. El dolor parecía remitir conforme le tocaba. Tenía el pelo negro y una coleta estilo samurai. Se le marcaba la mandíbula y bajo la misma se veían algunos tatuajes en el cuello. También tenía tatuajes en los dedos. A ella sí le quedaba bien el rojo.

—Sí, ya sabes lo que dicen —dijo una voz del círculo—: Manos calientes, corazón frío.

—Es manos frías, corazón caliente —corrigió otra.

—Pues eso, al revés.

A la fisio se le acentuaron las arrugas de los ojos. Isabel se inclinó un poco más. Se fijó en el gesto concentrado de la mujer que intentaba abstraerse de los comentarios y hacer su trabajo. Sus manos seguían en su pierna. Los tatuajes de los dedos eran letras. Leyó. En la mano izquierda formaban la palabra “cora”. En la derecha podía leerse “coño”. La presentadora entornó los ojos. Menudo cuadro de tía.

—Cuando vayas a balones divididos, ve con fuerza —le aconsejó la fisio.

—No era un balón dividido —protestó Isabel.

—Esto es fútbol, no la tele. Ya sabías a lo que venías.

—¿Ves? Corazón frío —se escuchó en el círculo.

—Os estoy oyendo, ¿vale? —dijo la fisio.

—¿Ahora tienes sentimientos, Cris? —preguntó Mati.

Cris ignoró el comentario. Palpó el gemelo de la presentadora de una manera que a Isabel le pareció brusca y, sin embargo, sensual.

—Si quieres seguir viniendo, necesitarás más músculo —le dijo.

La fisio se levantó obligando a Isabel a verla contra la luz del sol. Debía estar horrible. A la rojez de la cara y el pelo pegado por el sudor, se le sumaba ahora un ojo guiñado y unos labios cortados y entreabiertos por la sequedad de la boca.

—Un par de semanas de reposo y se te pasará.

—¿Y cómo pretendes que trabaje?

Cris le ofreció su mano y, de un tirón, aupó a Isabel. Quedaron frente a frente. Isabel tuvo que poner las manos delante para no darse de morros con la mujer.

—A ver, que te pasas el programa sentada, tampoco te va a suponer mucho cambio.

El círculo se abrió para dejar salir a Cris.

—¿Pero esta de qué va?

—No se lo tengas en cuenta —le dijo su prima—. Será fisio, pero mucho tacto no tiene.

Isabel siguió el resto del partido desde el banquillo, con una bolsa de hielo en la rodilla. No volvió a jugar y se dedicó a ver a todas esas mujeres jugando, riendo y, en definitiva, tejiendo una red de contactos entre patadas en la espinilla y goles.

—Juega como folla —dijo una en alusión a Cris.

—¿Salvaje y exultante?

—Iba a decir que parecía un caballo desbocado que siempre acaba metiendo gol, pero sí, salvaje y exultante queda más poético.

Las dos mujeres suspiraron.

Los comentarios sobre el resto de mujeres se mezclaban con las conversaciones de negocios. Una le decía a otra que puliera la propuesta comercial para añadir esto y quitar lo otro, así, en su empresa, entraría más fácil. Otra le prometía adelantarle la cita en la clínica de fertilidad.

Al final iba a tener razón Mati de que eso era como los Illuminati pero con mujeres lesbianas y bisexuales.

IBA a ser un rollo de una noche, pero Soraya no sabía que había noches que duraban semanas.

Cris la había aleccionado bien en sus salidas. Usaba todos sus trucos para ligar: lo de la voz grave, lo de sonreír y luego pasarse la lengua por los labios mientras miraba la boca de la otra mujer, lo de usar cualquier excusa para acariciar alguna porción libre de piel. Todo eso se lo había enseñado usándola a ella misma como ejemplo. Nunca le podría agradecer aquel acompañamiento tan personalizado que le estaba haciendo en el mundo sáfico.

Aprendía con ella en la barra y luego se iba a la pista a poner en práctica lo aprendido.

Aquella mujer del pelo fucsia la había enganchado bien. Literalmente porque Soraya vivía amorrada a su entrepierna. Se conocía mejor su vulva que su cara. El sexo oral se le daba bien, daba igual el genital que fuera. Los gemidos de su amante que se sujetaba al cabecero de la cama daban cuenta de ello. Lamía sus labios como si fueran caramelo hasta que su amante se desgastara de placer, hasta que el sabor del coño fuera indistinguible del de su saliva.

Cuando Soraya levantó la cabeza su barbilla brillaba. Diana le agarró del mentón y le lamio la cara.

La dulce y tierna Soraya comía coños con el ansia de un bebé mamando. Y a juzgar por la expresión de felicidad de su amante, no lo hacía nada mal.

No podía esperar a contárselo a Cris.

EL joven futbolista resoplaba a dos carrillos. Una gota de sudor le resbalaba por la sien, enrojecida por el esfuerzo. Estaba sentado sobre una camilla y agarraba una goma con las dos manos. El otro extremo de la goma hacía tope en un talón. El chico subió la pierna y a Cris le pareció que la cicatriz de la rodilla del chaval le sonreía. Luego la pierna bajó, y la rodilla se puso triste.

—Más despacio, no tenemos ninguna prisa —le pidió Cris.

—Quiero llegar al final de temporada.

—Y yo quiero que tengas una carrera larga y fructífera. Si fueras ahora la rodilla podrías llegar al final de la temporada, pero te romperás otra vez y adiós carrera. La tuya y la mía.

El chico bufó y bajó el ritmo. No era la primera vez que Cris lidiaba con un futbolista tan joven y con tantas prisas. Este, además, era hijo de un entrenador de la cantera del FC Asogan, por lo que debía ser más celosa todavía con su recuperación.

Terminaron con el ejercicio y Cris le dejó descansar unos minutos. Sin poder mirar el móvil, el joven se quedó embobado mirando la tele anclada en una esquina. El jefe de Cris la había puesto ahí para poner vídeos promocionales de la clínica en bucle. Al poco tiempo se dio cuenta de que tenía que sacar el pendrive, meter los vídeos promocionales nuevos, volver a meter el pen, y así con cada oferta. Finalmente, quitó el pendrive y dejó puesta la tele. Cris desconocía quién la encendía o apagaba, ni quién seleccionaba el canal para ver, el caso es que ahora en pantalla estaba Isabel Romero, entrevistando a una joven que, según rezaba el grafismo en la parte inferior de la pantalla, se trataba de la diputada más joven del parlamento. Cris miró la tele de soslayo.

—Está buena, ¿verdad?

—Un poco joven para mí.

—No, no, me refiero a la presentadora, a la Romero.

Cris miró al chaval y luego volvió a fijarse en la tele. Examinó a la presentadora cuando

estaba en plano. Bonito pelo, bonito traje, bonito maquillaje. Muy diferente a su primera impresión.

—Es todo artificial. Luego al natural no es nada del otro mundo. ¿A ti te gusta?

—Me da morbo.

—¡Pero si te doblará la edad!

—Por eso...

—Además, es lesbiana. No tienes ninguna posibilidad con ella.

—¿Quién es lesbiana? —Un hombre entró en la habitación y saludó con un choque de manos al futbolista—. Máquina, ¿qué tal te está tratando la jefa?

El jefe, en realidad era él.

—Me está destrozando, como siempre.

El hombre miró a la pantalla.

—Ah, la Romero. Sí, una gran pérdida.

—O una gran victoria —dijo Cris.

El hombre se volvió a ella.

—No flipes. No juegas en su liga.

Cris quiso responder que en realidad sí, pero eso llevaría la conversación a otros lares y ella quería salir pronto.

Luego, el jefe se giró al futbolista.

—¿Hoy no hay entradas?

—No, tío. Están todas pilladas ya.

El hombre chascó la lengua con fastidio. Saludó al futbolista antes de despedirse de ambos.

—Venga, a las paralelas —ordenó Cris—. ¡Y ponte de espaldas a la tele!

Al terminar la sesión con el futbolista, Cris sacó el móvil del bolsillo del pijama. Le había parecido oír una notificación y, efectivamente, ahí tenía un mensaje de Soraya.

Soraya: Te invito a comer este jueves en El Mohicano. Besitos.

Se le quedó colgando una sonrisa tonta el resto del día.

“ESTAMOS fuera” era la frase favorita de Isabel. No es que no le gustara su trabajo. Lo amaba. Pero le consumía tanta energía que le dejaba todo el cuerpo agarrotado. Una vez hasta se le subió el gemelo en mitad de una entrevista. Al día siguiente, la prensa rosa teorizaba sobre si se había pasado o no con el ácido hialurónico porque el gesto que se le había quedado en la cara era desconocido en ella. Por eso, cuando escuchaba a su director por el pinganillo decir que estaban fuera, que el programa había terminado, Isabel se desinflaba como un globo y sólo deseaba llegar a casa, anudarse el pelo en un moño, ponerse el pijama y ver películas en blanco y negro.

Sin embargo, hoy tenía otros planes.

Entró en Maquillaje y, nada más verla, Diana giró la silla para que se sentara. La maquilladora se había planchado el pelo y parecía otra.

—Te voy a subir un poco las sombras y te pondré un carmín más oscuro. Con esto y el vestido verde estarás preciosa.

Sus chicas habían recogido el resto y Diana les dio permiso para que se marcharan, que ella ya recogería lo suyo.

—¿Te hago un recogido? —le preguntó mirándola en el espejo.

Isabel lo sopesó un momento y asintió. Ya que iba, iba con todo.

—Podrías acompañarme —le pidió a Diana—. Así no me preguntan por si tengo novia o no. Es siempre lo mismo...

—No puedo, cielo. Hoy tengo una cita. ¿Por qué no les dices a la prensa que estás escribiendo tu primera novela? Así desvías la atención —sugirió Diana. Estaba tan cerca del rostro de Isabel que la presentadora notaba el aire cálido de su boca.

—Porque no estoy escribiendo mi primera novela.

Diana removi6 su maletín en busca de un pintalabios.

—Pues empieza a hacerlo. Todas las presentadoras tienen ya su libro publicado.

—Todas las presentadoras no son yo. En algo me tendré que diferenciar —dijo Isabel con los labios estirados mientras Diana le pasaba el perfilador.

—En que eres lesbiana. ¿Te parece poca diferencia?

—Entonces le das la razón a los periodistas que consideran que lo único interesante de mí es que soy lesbiana. ¡Soy algo más que eso!

—Cariño, que de no ir al sarao este te ibas a meter en la cama a ver películas más viejas que nosotras.

Isabel hizo oídos sordos. Para subrayar sus palabras, Diana le ahuecó el peinado e intoxicó a su amiga con litros de laca, como si fuera una de esas señoras que van una vez a la semana a la peluquería a cardarse el pelo.

—Yo me siento como una jovencita. Esta mujer que he conocido es... No sé cómo explicarlo. Si la vieras... Está recién salida del cascarón. Una auténtica monada.

—Me apiado de ella.

—Le he escrito un poema.

—Ay, pobre.

—Está más salida que el pico de una plancha y sólo quiere acabar la noche en la cama, y no a ver películas antiguas, no sé si me entiendes.

—Creo que las neuronas me dan para entender a lo que te refieres.

—Mira, me he hecho una trencita con el pelo de la nuca, como ella.

—Ya empezamos.

—Yo creo que es la definitiva —siguió la maquilladora.

—Eso lo he oído antes.

—La estoy tratando como una reina. El otro día fuimos al teatro. ¡Al teatro! ¡Yo! Se me hizo un poco incómodo eso de tener a los actores delante, fingiendo que me creo que son personas diferentes.

—¿Rompían la cuarta pared?

Diana pensó un poco.

—No, no se rompió nada.

—Me refería a... Déjalo.

—El caso es que ella me quiere presentar a su amiga, en plan formal, ¿sabes? —dijo Diana—. Debe ser un poco rancia.

—Me apiado de ella también.

La maquilladora giró la silla y la miró con dramatismo.

—Necesito que vengas. Así te presento a mi novia.

—No quiero conocer a ninguna de tus novias, que cuando me encariño lo dejáis.

—Esta no, esta es para siempre.

—Lo mismo dijiste de las anteriores.

—Venga, porfa, ven con nosotras.

Isabel saltó de la silla y revisó en el espejo que no tuviera ningún pelo fuera de lugar. El vestido verde que descansaba en el sofá completaría el *look*.

—¿Me ayudas a ponérmelo? No quiero despeinarme.

—Sólo si vienes.

—Diana, venga, que al final llegaré tarde.

Parecía como si los ruegos de la presentadora le entrasen a Diana por un oído y le salieran por el otro. Permanecía parada, con los brazos cruzados y actitud fanfarrona, sabiéndose dueña de la situación.

Isabel taconeó enrabiada..

—Está bien. Iré a que me presentes a tu nueva novia.

Entonces sí, Diana se abalanzó sobre ella y le llenó la mejilla de besos.

—Ahora vas a tener que retocarme otra vez —le reprendió.

CRIS echó un último vistazo a su aspecto en un reluciente escaparate. Usó sus dedos como un peine y se colocó los mechones del flequillo a su gusto. El corte de pelo que le acompañaba desde su salida del armario era todo lo que ella había deseado: fácil de manejar y mantener. En su día le pareció arriesgado. El pelo cortado a tazón no queda bien a todo el mundo. A los pocos días ya se arrepintió de no habérselo cortado antes. Y no había querido cortárselo antes para no evidenciar su pluma. Por lo visto, había peinados que te hacían más lesbiana y ella, que lo era, no quería hacérselos. No quería dejar en evidencia algo que era real. No al menos antes de que ella lo asumiera como real.

Tan ensimismada estaba en su disertación sobre peinados y lesbianismo que no se dio cuenta de que el escaparate frente al que estaba era el de una librería de temática *queer*. El trabajador colocaba con esmero una de las últimas novedades literarias. El chico de la tienda miró a Cris a través del cristal. Se dio cuenta de que estaba repasando su aspecto y le mostró su apoyo con el pulgar levantado. Cris sonrió con timidez. Dudó unos instantes. Al fin, entró en la tienda y preguntó al chico por algún libro para regalar.

—Pues últimamente entran muchas mujeres preguntando por Emily Dickinson. No sé por qué.

Cris levantó una ceja. Intentó adivinar cómo recibiría Soraya un libro de poesía. No habían tenido nunca una conversación literaria, aunque sabía que le gustaba leer.

—Imagino que es porque Emily tuvo una relación con su cuñada y ahora las lesbianas querrán leer sus poemas entre líneas, para verse reflejadas —continuó el dependiente.

A Cris se le levantaron las dos cejas.

—¿Te lo envuelvo?

—No, no quiero que parezca que es un regalo —respondió Cris.

—Pero es un regalo, ¿no? —El dependiente estaba confuso.

—Sí, bueno no. Voy a hacer como que lo llevaba encima y que me lo acabo de terminar y se lo prestaré.

El dependiente fue a la caja con el libro y un runrún en la cabeza sobre lo complicadas que hacían las cosas las bolleras.

Consciente de lo tonto que había sonado, Cris concedió.

—Bueno, vale, envuélvelo.

Salió a la calle. Notó algo extraño en su cara. Le dolían las mejillas y no recordaba haberse dado ningún golpe jugando al fútbol. Se palpó la cara y entonces entendió de dónde venía la molestia. Estaba sonriendo como una chiquilla.

Iba sonriendo por la calle en un día gris. Los viandantes la miraban extrañada, como si fuera una loca en esa ciudad frenética y puntual. Protestaban por chocar con ella, por no seguir el ritmo de la corriente. Fue a cruzar un paso de peatones y un autobús pasó por delante. En el lateral, la cara de Isabel Romero con parte del equipo de su programa sonreían a la gente. “Información y entretenimiento de buena mañana” ponía en el anuncio. Se le escapó una risa porque la recordó con el atuendo de futbolista.

El Mohicano era un bar moderno, de arquitectura diáfana y grandes ventanales. Tan grandes que se podía ver a la gente desde fuera. Esa era, en parte, la idea. Era el bar de moda y estar dentro significaba ser especial también. Y eso se tenía que ver desde la calle. Sin embargo, tanta transparencia cayó a Cris como un jarro de agua fría. Plantada en la acera, con el libro en el pecho y con la gente pasando apresurada por su espalda, pudo ver que aquella cita no era para Soraya y ella solas. En una mesa, en el medio de la sala, Soraya tomaba algo con otra mujer de melena lisa y rubia, como la de su amiga, que le acariciaba la mano y le limpiaba la comisura de los labios con delicadeza.

Cris pudo ver cómo Soraya miraba su reloj y después dirigía sus ojos hacia la puerta. La estaba esperando. Los ojos de Soraya rodaron por los ventanales hasta que dieron con la figura de su amiga mirándola. A Cris se le puso una sonrisa en la cara. Tan falsa como repentina, pero creíble, a juzgar por el entusiasmo con el que Soraya la saludaba con la mano y la invitaba a entrar.

Cris arrancó el papel de regalo como si estuviera arrancando su propia piel a tiras. Lo estrujó haciendo una bola, como si estuviera espachurrando su propio corazón, y tiró la bola a la papelería, como si estuviera tirando a la basura 30 años de amor.

Luego entró al bar.

MIENTRAS Cris compraba el libro, Soraya miraba con impaciencia el móvil.

—Soraya, mi amor, no estés nerviosa. Todo irá rodado. ¡Yo siempre caigo bien! —dijo Diana.

Pero pese a las palabras de cariño, Soraya no estaba tranquila. Se había arreglado en parte para la ocasión y en parte porque para comer en el Mohicano había que ir arreglada, aunque sólo fuera para celebrar que habías conseguido reservar mesa para cuatro.

Soraya hizo ademán de volver a mirar el móvil y Diana le puso la mano encima.

Isabel podía pensar lo que quisiera, pero aquel nuevo maquillaje que ahora usaba más sutil en tonos tierra le dulcificaba el rostro. Y la blusa blanca con los pantalones beige le daba un toque sofisticado. Además, el rubio ceniza le disimulaba mejor las canas y le hacía parecer más joven que su antiguo tono fucsia. Tenía el argumentario listo para cuando Isabel comenzara con sus acusaciones de mimetizarse con sus parejas.

—¿Te acuerdas cuando nos conocimos? —le preguntó Soraya.

—Fue hace tres semanas. Más me vale.

—Eras tan divertida.

—Sí, pero esa noche bien que te fuiste con la que bailaba bien.

—El destino es caprichoso.

—Y tú más —dijo Diana antes de inclinarse ligeramente para besar a su novia.

Su novia... Hacía tanto que no decía esa palabra y se sentía... rara. Rara, pero bien. Como en una nube. Algo le decía que esta vez sí, que Soraya era la definitiva, que encajarían como dos cucharas en el cajón de los cubiertos.

Soraya se ruborizó. No estaba acostumbrada a esas muestras de cariño en público. Y menos con una mujer. Miró a su alrededor y nadie pareció escandalizarse.

—Aquí nadie te conoce, cariño. ¿No ves que son todo gente moderna? —rio Diana.

Pero Soraya o no entendió la broma o la ignoró deliberadamente, concentrada como estaba en otear a todos lados en busca de su amiga. Por fin, el cuello de Soraya se estiró al mirar por la ventana. Saludó a una mujer con el pelo corto y tatuajes en las manos que tenía la sonrisa congelada. Diana no se había hecho una idea de cómo sería la famosa Cris pero desde luego no era así como se la imaginaba.

CONFORME Soraya se acercaba hacia ella, embutida en ese vestido ajustado que le marcaba su preciosa silueta, con su pelo rubio de peluquería cara y su piel bronceada, a Cris se le olvidó todo. Se le olvidó a qué había ido, de dónde venía, quién era. Entonces, Soraya la abrazó y su perfume la inundó. Terminó por derretirse. ¿Por qué no se paraba el mundo ahí mismo? O mejor, ¿por qué no volvían al recreo, cuando Cris era la estrella de fútbol y Soraya su más ferviente admiradora?

Un camarero les pidió paso y la vida adulta le explotó en la cara.

—Ven, quiero presentarte a alguien —le dijo su amiga.

Soraya le dio la mano y Cris siguió la línea desde esa mano hasta la mano que le cogió en el patio de recreo, cuando la llevó a donde los chicos para que jugara al fútbol. Sus vidas, desde entonces, ya no se habían cruzado. Habían transcurrido paralelas, unas veces se acercaban, otras se alejaban, pero siempre en vías diferentes. Y ahora que sus líneas parecían estar más cerca que nunca, ahora que la tenía de nuevo agarrada por la mano, le iba a presentar alguien. ¿No se suponía que no quería relaciones? Hasta hace nada no sabía ni que le gustaban las mujeres y ahora su novia es una extraña, una mujer cualquiera, una mujer que no era ella.

—Igual te suena —le dijo Soraya cuando su novia y su amiga se dieron dos besos—, la conocí en la discoteca.

—Pues no —respondió Cris con sequedad.

—Claro, es que entonces llevaba el pelo de otro color —dijo Diana—. Tranquila, que no vas a estar de aguantavelas. Ahora viene mi amiga. Lo que pasa es que aún es más tardona que tú.

Cris iba a protestar ante el adjetivo, pero era obvio que la puntualidad no era su fuerte. Debía elegir sus batallas.

Se sentaron, Soraya en medio de las dos. Ya era difícil estar relajada en El Mohicano, siempre alerta por mantener un rollo *cool* y desenfadado, como si no te hubiera llevado tres horas de espera sólo hasta que te cogieran el teléfono para reservar y fingir que, milagrosamente, la única fecha que te daban disponible te iba como anillo al dedo, pero es que además Cris tampoco ayudaba, era consciente. Le temblaba la pierna debajo del mantel y las flores del jarrón que había en el centro tiritaban con la vibración.

—Soraya es una persona increíble —Diana se dirigió a ella. Se lo dijo como si ella hubiera tenido algún mérito en el desarrollo de su persona.

—Sí, lo es —respondió Cris con sequedad.

—Y nuestra relación es... ¡la host...! ¡Es fantástica! —corrigió la maquilladora—. Llevamos casi un mes juntas y es como si nos conociéramos de toda la vida, ¿verdad, cari?

Soraya se incomodó en la silla.

—Bueno, sí... Nos estamos conociendo.

A Cris le llamó la atención el cambio de jerarquía en la definición de su relación. Olió la sangre.

—¿Estáis en una relación u os estáis conociendo? ¡Aclaraos! —rio de manera exagerada.

—Tampoco hace falta que etiquetemos lo nuestro, ¿no? —Soraya se dirigió a Diana—. Estamos... fluyendo.

—A ver, sí, fluimos —Diana le hablaba a Cris—, pero digamos que ya hemos desembocado en un río. Y todos los ríos van al mar, ¿a que sí, cari?

Diana achuchó a Soraya y esta se dejó querer.

—Por supuesto.

Aunque el pelo de Diana era ahora rubio, y no el fucsia original con el que la vio en la discoteca, Cris empezó a recordar. En aquel *pinball* en el que Soraya estaba inmersa, yendo de un lado a otro de la pista, entre la que bailaba bien y la que le hacía reír, la tal Diana era la que le hacía reír. Diana soltaba una ocurrencia tras otra y Soraya no paraba de troncharse.

—Diana es maquilladora en la tele. Tiene un talento increíble, ¿ves? —Soraya acercó su rostro al de Cris que sintió su aliento demasiado cerca. Se suponía que tenía que mirar sus ojos, porque Soraya no hacía más que parpadear, pero ella no podía quitar la mirada de su boca—. Me lo ha hecho en diez minutos.

—El maquillaje, eh. Lo otro lo hago más pausadamente, jeje —dijo Diana.

Soraya se sonrojó y le golpeó en el brazo. Diana volvió a achucharla y a colmarla de mimos. Soraya, de nuevo, se dejó querer. Luego sacó la lengua y se mordió el labio inferior.

—Diana tiene una hija —soltó.

La boca de Cris se abrió ligeramente para digerir la paradoja. Soraya la miraba con cierta culpabilidad. Desde que se casara había dado largas a su entorno con el tema de los hijos, primero a su ex marido y luego a sus padres, inventándose mil historias con tal de no decir que no quería tener hijos, que no se veía capaz, que no le había nacido ese instinto del que todo el mundo hablaba. Y ahora, ahí la tenía, la heteraza de Soraya con una pareja mujer y una hija.

—¡Pero aún no me la ha presentado! —se justificó.

—¿Tú no tienes hijos, Cristina? —preguntó Diana.

—No. Y a estas alturas no creo que los tenga. Tardé bastante en salir del armario —se justificó Cris.

—Cris es la típica lesbiana que cumple con casi todos los patrones, ¿sabes? —dijo Soraya—. Jugaba al fútbol, no le gustaban los vestidos ni el maquillaje, y le aburrían las “cosas de chicas”.

—¿Y cómo es que tardaste tanto en darte cuenta? —quiso saber Diana.

A Cris se le endureció la mandíbula. La amiguita de Soraya había tocado hueso.

—Me llamaban marimacho y bollera en el colegio por jugar al fútbol. Disculpa si pasé de puntillas por mi sexualidad durante mi juventud. Fue en defensa propia.

Rodó los ojos por todos los lados: la mesa, las flores que seguían temblando, las caras de la gente, la decoración del local; cualquier cosa le valía con tal de mirar a aquellas dos mujeres que no paraban de darse arrumacos delante de su... ¡De su nada! Mucho bar moderno pero ahí nadie les había tomado nota todavía.

Los ojos de Cris siguieron rodando hasta que, enmarcada en la puerta de El Mohicano, vio la figura de Isabel Romero. Cris pensó que era otro anuncio. Había pasado de casi no saber cómo era su cara a verla en todas partes. En el campo de fútbol, en la tele de su clínica, en la publicidad del autobús o en las marquesinas de la calle. Parecía una política autoritaria que no quería que ningún súbdito la olvidara en lugar de la presentadora de un *magazine* matinal.

Quizá fueran lo mismo.

Sin embargo, la figura comenzó a moverse, a hacerse más grande, más tridimensional. A la fisio se le cruzó la fugaz idea de que los anuncios eran cada vez más realistas, antes de darse

cuenta de que la presentadora se dirigía hacia ellas.

De que se dirigía hacia ella.

ISABEL se quedó unos segundos enmarcada en la puerta. Lo bueno de ir a sitios como El Mohicano era que nadie la miraría demasiado. Allí todos se creían especiales, extraordinarios, y fingirían no reparar en la presencia de una estrella de la tele.

Buscaba con la mirada el pelo fucsia de su amiga, pero no daba con él. Un brazo en alto agitándose le llamó la atención.

El meme se hizo carne e Isabel puso los ojos en blanco. La mimesis de Diana con su nueva pareja había comenzado. La maquilladora tenía ahora el pelo rubio y vestía en tonos claros. Isabel sonrió, se quitó las gafas de sol y se acercó a la mesa.

Conforme recortaba metros, iba escaneando el rostro de las otras dos acompañantes. La nueva pareja de Diana era guapa, eso era innegable. Entendía por qué le había llamado la atención a su maquilladora. Estaba por ver si era la mujer que podría completar su constante vacío tras el divorcio.

A dos pasos de llegar a la mesa, identificó el tercer rostro y se cagó en Diana, en su prima Mati y en lo pequeño que era el ambiente sáfico de la ciudad. En una milésima de segundo, debía decidir qué postura adoptaba con la fisio: ¿fingir que no la conocía y esperar que ella le siguiera el rollo o confesar que en realidad ya se conocían y que hasta había habido tocamientos con el consiguiente vacile de Diana?

Hubo un lío de besos y presentaciones cuando Isabel llegó a la mesa, que además se juntó con el camarero preguntándoles qué iban a tomar. Isabel saludó con dos besos a Diana, que estaba pidiendo un *gin-tonic*.

—¿Tan pronto? —le reprendió la presentadora.

—Lo estoy necesitando —le susurró al oído—. Esta es Soraya, mi novia.

—Oh, la persona que ha conseguido que Diana vaya al teatro. Y la que le ha hecho volver al rubio, por lo que veo. Yo querré una cola *zero*, por favor.

Soraya rio.

—¡Vaya fama tienes, amor! —Soraya e Isabel se dieron dos besos. La novia intentó mantener el control de su cuerpo, disimular la impresión que le producía tener delante a la famosa reina de las mañanas. Isabel detectaba estas cosas—. Disfrutó muchísimo la obra, ¿verdad, Diana?

Sentada, con el libro todavía en el regazo, Cris veía aquel baile torpe de besos y abrazos con expresión apática.

—Yo querré un botellín de cerveza. La más amarga que tengas —dijo.

Las tres mujeres repararon en ella. Ni en sus mejores noches de fiesta había recibido tanta atención.

—Esta es mi mejor amiga, Cris —dijo Soraya.

Isabel movió la ceja de manera imperceptible. Cris movió su ceja también, como si hubiera captado el mensaje. Se aguantaron la mirada. Se hablaban sin abrir la boca. Se habían reconocido mutuamente, eso estaba claro, pero Isabel necesitaba que Cris le ayudara en esto. Sin embargo, la fisio parecía no tener intención de inmiscuirse en su dilema, o hasta de estar disfrutando del mismo. Ante la pasividad de Cris, Isabel abrió la boca para hablar. Entonces sí, la mujer reaccionó.

—Encantada de conocerte —dijo Cris. Le tendió la mano sin levantarse siquiera de la silla.

—Igualmente.

Le sonrió con alivio. La presentadora apenas pudo retener su mano unos segundos, puesto que la fisio la soltó en seguida.

“Manos calientes, corazón frío”.

Isabel notó la mano huérfana y desvió la mirada para no descubrirse. Sus ojos cayeron en el libro que descansaba en el regazo de Cris. Lo que debieron ver el resto de mujeres fue la mano de Isabel yendo directa a la entrepierna de la fisio.

—Dickinson —Cogió el libro y el aire volvió a correr. Le dio la vuelta para leer la contra, lo manoseó. El tacto de la cubierta reparó la orfandad que sentía su mano tras soltar la de Cris—. No lo hubiera dicho.

—¿El qué no hubieras dicho? —preguntó Diana siempre perspicaz.

La boca de Isabel se abrió pero no salió ninguna palabra. Las había expuesto, había revelado el secreto entre ella y la cuarta mujer en discordia.

Cris le arrebató el libro.

—Imagino a que se refiere a que con estas pintas no sea lectora de poesía. La gente de la tele es así de prejuiciosa— soltó. Isabel la asesinó con la mirada y ella sonrió victoriosa. Por un lado la había salvado y por el otro le había metido una puya—. Sin embargo, tiene razón: no es para mí —concedió Cris ante la confusión de Isabel—. Lo he comprado para ti.

La amiga arrastró el libro por la mesa con suavidad, bajo la curiosa mirada de Diana, y llegó hasta Soraya. Antes de que Cris retirara la mano de la cubierta, le agradeció el regalo con una caricia.

—Muchas gracias, Cris—dijo Soraya—. Hoy mismo lo empezaré.

—Hoy tenemos planes, Sorayi —le dijo Diana.

Isabel puso los ojos en blanco y a Cris se le escapó una sonrisa por ver al meme en carne y hueso. Isabel no pudo creer la sonrisa tan bonita que tenía la mujer que nunca sonreía. Grande, espaciosa y con un par de hoyuelos a cada lado. Cris la cazó y dejó de sonreír.

—Bueno, la discoteca siempre va a estar allí.

—Y el libro también.

Se hablaban con tono suave, pero con un tonillo exasperado.

La sonrisa maliciosa de Cris se enturbió con el cristal del botellín que el camarero le estaba poniendo delante. Sonrisa que mantuvo hasta que se topó con la ceja levantada de Isabel mirándola fijamente.

DESDE la distancia emocional, Isabel seguía con interés aquel teatrillo de tres personajes con diferentes objetivos. Entre platos, la fisio, siempre seria y repantigada en la silla, lanzaba dardos envenenados a la pareja.

—Una hija, eh —dijo Cris—. Tu madre se pondrá super contenta --El culo de su botellín de cerveza golpeó la mesa y la espuma amenazó con salirse por el cuello.

—Mi madre no sabe nada. Ya sabes el panorama.

—Pero se lo ibas a contar, ¿no? —dijo Diana.

—No. Esto ya lo hemos hablado.

Soraya se ponía cada vez más nerviosa.

En su programa, Isabel había muchas historias de amor, pero la mayoría eran ficticias, representaciones más o menos guionizadas para entretener al gran público. Aquello, sin embargo, era real, tangible; podía empatizar con ellas. Podía empatizar con la mirada de auxilio que Soraya le estaba enviando. Isabel dio un trago a su bebida. Dejó que las burbujas le hicieran cosquillas en la nariz y le aguaran ligeramente los ojos.

—Y dime, Soraya, ¿cómo descubriste que eras bisexual?

Soraya sonrió con alivio. No era su tema favorito, pero cualquier cosa antes que mediar entre su novia y su amiga.

—Pues pasaba por una época de mucho estrés —dijo sin entrar en detalles—, y un día me dio un tirón muy fuerte en la espalda. Caminaba doblada. ¡Parecía el Jorobado de Notre Dame! —rio, pero nadie le siguió. Cris y Diana habían escuchado esa historia antes—. Fui a una fisioterapeuta con un bono de diez sesiones. Las primeras eran tan normales. La fisio tendría unos 30 años y no era especialmente guapa. Tampoco fea. Era muy amable, eso sí. Y me fui abriendo. Imagínate: yo desnuda de cintura para arriba y con la cabeza encajada en el hueco de la camilla. Hablaba del trabajo, de mi matrimonio, de mi madre. Las conversaciones se tornaban cada vez más... picantes. Y en la última sesión...

—Un momento —la interrumpió Isabel—. ¿Por qué no acudiste a Cris? Ella es fisioterapeuta, ¿no?

—Sí, pero la clínica en la que trabaja es bastante top y seguro que no tendría hueco.

—Bueno, no me preguntaste —respondió Cris.

—¿Y tú eso cómo lo sabes? —quiso saber Diana.

—¿Que cómo sé que no me preguntó? —dijo Cris.

—No, no. Tú —Diana señaló a Isabel—, ¿cómo sabes que Cris es fisio?

Isabel se quedó petrificada. La experiencia le decía que aquellos interminables segundos en los que no estaba hablando en realidad no eran tales, sino apenas un instante retorcido por la relatividad del tiempo.

—Coincidimos en la Triple L —contestó Cris, y añadió—. Una jugadora de su equipo se lesionó y yo la atendí.

—¿La Triple L?

—Sí... —Isabel todavía titubeaba—. La liga de fútbol 7 que organiza Mati.

—¿Fuiste a jugar? Quería ir a verte. ¿Por qué no me dijiste nada? —preguntó Diana.

—Fue un secuestro. No me dio tiempo de avisarte —mintió Isabel.

—Vaya, vaya... Así que ya os conocíais de antes. No era necesario que lo ocultarais —Soraya miraba a Cris con cierto resquemor.

Cris se sentó recta en la silla y se sacudió la inseguridad.

—Conocer, conocer... No diría tanto. Además, con las pintas que llevaba ella apenas la reconocí.

—¿Qué pintas? —preguntó Isabel indignada.

—Pues de corto y con el pelo todo sudado por la frente.

—No, si encima tendré que llevarme a la maquilladora a jugar a fútbol.

—Por favor —intervino Diana.

—No me refiero a... Déjalo.

—Es broma —concedió Cris—. Estás en un equipo de mantas y a ti se te veía muy competitiva.

—Yo sólo me lo paso bien si compito. Para ir a medias, me quedo en casa.

—Brindo por ello —Soraya alzó su copa—. ¡Por ir a por todas!

Isabel alzó su vaso y Diana también se sumó.

—Venga, Cris. ¡A por todas!

—¿A por todas? —preguntó la fisio con un brillo en los ojos.

Levantó su botellín. El brillo y tintineo de los cristales las envolvió. Por un momento, Isabel se sintió una más. Podía llegar a disfrutar de aquella extraña amistad. Cris la borde, Soraya la indecisa, Diana la alocada e Isabel la...

—¿Y tú qué tal, Isabel? —le preguntó Soraya interrumpiendo sus pensamientos—. ¿Tienes alguna relación?

—¡Soraya! —le reprendió Diana—. Eso no se pregunta. Isabel está harta de que la prensa le pregunte eso, como para que encima lo hagamos sus amigas.

Amigas, amigas... Tampoco. Isabel levantó los codos de la mesa, una retirada a tiempo.

—Lo siento. Yo...

Isabel recogió la servilleta de su regazo y la dejó a un lado del plato, como si amenazara con levantarse e irse.

—No pasa nada, tranquila —dijo—. Mi problema es que no puedo salir con cualquier mujer. Estoy sometida a mucha presión y no todas lo soportan.

A Cris se le escapó un gruñido por la garganta. Las tres mujeres la miraron.

—¿Algo que comentar, Cristina? —preguntó la presentadora. Se inclinó, volvió a apoyar los codos sobre la mesa y enlazó los dedos de las manos. Era su posición de periodista inquisitiva. La fisioterapeuta no sabía lo que se le venía encima.

—Oh, vamos, ¿ir por la jeta a saraos y sitios que los mortales no podemos ni soñar con pisar? Guau, menuda presión.

—Esa es la parte que se ve, por supuesto —Isabel estaba calmada. Sabía lo que jodía a un entrevistado que ella, pese a los ataques, siempre mantuviera la calma.

—¿Que te regalen ropa y cosas a cambio de una fotito en redes sociales? Pf, durísimo —siguió Cris.

—Insisto en que esa esa la parte que se ve. La que no se ve...

—Sí, lo que no se ve es Isabel acaba todas las noches viendo pelis antiguas en su sofá más sola que la una—dijo Diana.

Aunque hizo el comentario con toda su buena intención, Isabel hubiera preferido que su amiga no hubiera dicho nada. Ahora, la extraña se pensaría que es una sosa, todo fachada que, cuando le apagan los focos ya no tiene nada que aportar. No era precisamente el relato que quería contar de ella misma.

Sin embargo, Cris no dijo nada. Ni un comentario, ni una puya. Se quedó mirando la botella de cerveza, rascando la pegatina como si la vida le fuera en ello.

—Algún día deberías venirte a uno de esos saraos a ver si te parecen tan divertidos como crees —la retó Isabel.

—Pf —soltó Cris con indiferencia. Dejó de rascar la pegatina y se levantó de la silla—. Me voy a mear.

LA cerveza le hacía mear. La regla tampoco ayudaba. No tenía que haber bebido cerveza. Ahora la parejita feliz y la estrella de la tele la estarían criticando. La verdad es que no había sido su mejor carta de presentación. Cris hizo un repaso a sus intervenciones desde el momento que cruzó la puerta de El Mohicano: gruñona, contestona y, en definitiva, resentida.

Y encima todo ello delante de la mismísima Isabel Romero.

—Joder.

Escuchó la puerta del baño abrirse y se le cortó el pis.

—Puedes seguir. Por mí no te cortes —dijo la voz de Isabel al otro lado.

Cris metió la mano en la caja metálica del papel higiénico. Lo único que tocó fue el rollo de cartón dando vueltas.

—Esto... ¿tienes papel?

La carcajada de Isabel dejaba a las claras el placer que le daba aquella situación. Cris

esperó mientras la presentadora rebuscó en su bolso. No pareció encontrar nada y entró en uno de los urinarios.

—En este hay papel. ¿Cuánto necesitas?

¿Que cuánto papel necesitaba? Sólo había hecho pis, eso debía dejarlo claro. Pero la sangre de la regla requería una buena cantidad de papel. Aunque si le decía que cogiera un buen puñado, la presentadora se pensaría que habría cagado y, mira, lo que le faltaba. Decidió ser sincera.

—Estoy con la regla.

—Ah, ahora entiendo cosas.

Cris rio para adentro.

Escuchó cómo Isabel daba dos buenos tirones al rollo de papel y se lo pasó por debajo de la pared del urinario.

Cuando Cris salió, musitó un “gracias” que quedó ahogado bajo el ruido del grifo.

—Ya veo que estás totalmente recuperada de la rodilla.

—Está perfecta. Eres buena.

Cris se encogió de hombros. Podría haberse echado flores o haber hecho algún comentario con doble sentido, pero no dijo nada más. Ante la reina de las mañanas mejor mantener la boca cerrada.

—¿Por qué te gusta? —le preguntó Isabel a bocajarro.

La pregunta le cayó como un rayo. La tía iba directa a su línea de flotación.

—Porque sí —Cris respondió de manera instantánea, mecánica. Se arrepintió. No le había preguntado si le gustaba Soraya, había preguntado el porqué, sin dejarle opción a negarlo.

Una buena periodista y una buena fisio en el baño de un bar de moda.

—Si te sirve de consuelo, tampoco creo que duren. A Diana le suelen durar poco las amantes. Como dice la canción: Lo que le gusta en el amor es empezar.

—Pues no, no me sirve. Me canso de esperar —Isabel cerró de golpe la cajita de maquillaje con la que se estaba retocando.

Había algo de familiaridad en aquella situación.

—Esperando no se consiguen cosas. ¿Por qué no te declaras?

—Porque las cosas con Soraya no funcionan así —respondió Cris—. Oye, ¿y a ti qué más te da?

Isabel guardó la caja en su bolso y se quedó un momento mirando el interior. Cris también echó un vistazo. Había visto hace poco un vídeo de ella mostrando lo que llevaba en su bolso y aquel contenido era muy diferente a ese. Donde en el vídeo aparecía una libreta y un bolígrafo “para anotar cualquier idea que me surja”, ahora había un panfleto que le habían dado en la calle. Donde en el vídeo había un botellín de agua de material reciclado, ahora había una botella de plástico con un culo de agua caliente. Donde en el vídeo aparecía un juego de maquillaje impoluto “para retoques de último momento” ahora había una polvera deshecha, con más fondo que maquillaje, metida en un pequeño neceser junto a un carmín con el hueco de sus labios hendido en la cera y un pringue negruzco que un día fue máscara de pestañas.

—Me da rabia. Me da rabia desde la sororidad —dijo Isabel mientras cerraba el bolso—. Como mujeres lesbianas tenemos la oportunidad de hacer las cosas bien, hablándonos, apoyándonos, entendiendo las inseguridades y miedos de la otra persona...

—¿Me vas a dar la chapa lesbofeminista? Qué poco en público —la interrumpió Cris. Y para evitar oírla, metió las manos bajo el secador y el sonido atronador del aire saliendo cortó el discurso de Isabel.

DESDE que salió del armario, las mujeres lesbianas le pedían en redes que fuera más pedagógica en su programa y más combativa en sus apariciones en otros medios. Isabel Romero había sido declarada la nuera de España varias veces, incluso cuando se supo que era lesbiana. Estaban empezando a salir sus primeras detractoras. Ella era una privilegiada con un contrato millonario con una cadena que presumía de progresista en un programa que veían dos millones de personas, muchas de ellas madres o abuelas de personas LGTBIQ+. Por un lado, le pedían representar a las mujeres lesbianas de su edad, pero cuando rehuía las preguntas sobre su sexualidad, o hacía gracietas o se ponía sarcástica, le decían que no se lo estaba tomando en serio y que estaba dando mala imagen al colectivo. Le pedían que fuera la lesbiana perfecta, fuera lo que fuese eso, pero ella estaba muy lejos de ser siquiera una mujer perfecta.

El sonido del secamanos se detuvo e Isabel sintió un alivio momentáneo. Cuanto más atendía a las exigencias externas, menos se escuchaba a sí misma. Así que Cris iba a cargar con toda la bilis que la presentadora llevaba dentro.

—Si siendo amigas no ha visto nada en ti que la haya enamorado, no creo que lo haga ya.

Cris le lanzó una mirada incendiaria. Llevaban un rato en silencio, habían dejado la conversación atrás por lo que seguramente no entendía a qué venía aquel comentario tan hiriente y, sobre todo, tan cierto.

—Oye, tú eres una engreída —le soltó—. Sólo porque salgas en la tele no quiere decir que seas mejor que yo. Y no me vengas ahora de abanderada de las lesbianas porque te tuvieron que sacar del armario a rastras.

Isabel recogió con parsimonia su maquillaje. Ella tampoco sabía por qué había cargado contra una persona que ni le iba ni le venía, y que probablemente no fuera a volver a ver más, pero sentía que debía mantenerse firme y no mostrar debilidad.

—Bueno, esta engreída se va a la inauguración de una discoteca de ambiente, a ver qué pesca —dijo antes de enfilarse la salida.

—Ojalá un herpes genital.

A Isabel se le escapó una carcajada que rebotó en las paredes del baño.

Capítulo 3

El del giro de guión

ERA imposible. Imposible. Vamos, ni de coña. Era increíble que aquella lengua que ahora repasaba cada recoveco de su sexo apenas tuviera kilómetros. Diana ronroneó como un Rolls Royce.

Le había tocado la jodida lotería con Soraya. No podía dejarla escapar. Era un ángel bajado del cielo con una habilidad para el sexo oral propia del demonio.

Agarró con sus uñas de gel las sábanas de la cama. Le resultaba difícil saber dónde terminaba el satén y dónde comenzaba su piel. Estaba completamente fundida en el placer.

Soraya tenía una mano en su culo y la otra le acariciaba el vientre abultado, la cicatriz de la cesárea, los pezones erectos. Le metió dos dedos en la boca y Diana los lamió. Apenas veía nada. Los ojos entreabiertos. La poca luz que entraba en ellos era blanquecina. La maquilladora supuso que tenía los ojos tan entornados que se estaba viendo el cerebro.

Rio.

Gimió.

Volvió a reír y volvió a gemir. Su cuerpo ya no sabía cómo manejar la corriente eléctrica que le subía por su espina dorsal. En seguida la electricidad le inundó el cuerpo. La energía llegaba a cada poro de su piel, los pelos erizados.

Y en la punta de la lengua, una frase le ardía.

Soraya escaló por su torso, las manos en los pechos como dos agarres dispuestos para su ascenso a la cumbre. La besó. Su boca le supo fresca, amarga y con un punto de aspereza, como un té caliente en la campiña inglesa, aunque ella jamás hubiera tomado té en la campiña inglesa.

La frase seguía latiendo. Bajo los ojos de Soraya habían nacido dos bolsas. En algún lado debía guardar toda la inocencia de su mirada cuando le comía el coño a una mujer.

Había llegado el momento.

—Soraya, quiero presentarte a Nerea. Creo que os caeréis bien.

Su amante se acurrucó bajo su axila.

—¿Te parece bien?

—Mmmh —asintió Soraya escondida.

Diana saltó de alegría por la campiña inglesa.

EL amor es un mapa que creamos sin saberlo. Un montón de marcas en un plano para la primera mirada, el primer beso, el primer te quiero. El mapa que Cris tenía de su no-relación con Soraya contenía multitud de marquitas en aquel barrio que les permitió madurar, lejos de las calles que las vieron crecer. Aquí la primera mirada intensa; aquí la segunda, más perfeccionada; allí la tercera con mordidita de labio; aquí donde le cogió de la mano por primera vez para cruzar un paso de peatones en rojo; allí donde le dijo que era lesbiana.

A Cris no sabía qué le jodía más, si que Soraya estuviera saliendo con otra mujer que no era ella tras años soportando su sempiterna heterosexualidad con un soso, o que llevara a Diana mujer a los sitios a los que ella le había llevado.

Estaban pisoteando su mapa.

Bajo la sombra de una gorro de pescador creyendo que así no llamaba la atención, las siguió por los escenarios de su cortejo, los mismos que ella había usado con nulos resultados. Siguió a la pareja feliz por la cafetería marroquí que servían té moruno a muy buen precio; por el parque con la rosaleda escondida donde el calor no llegaba; por las callejuelas de suelos de piedras y paredes encaladas más apartadas donde los turistas no entraban, tan estrechas que era imposible no rozarse las manos al caminar. Si Soraya giraba la cara, el rostro que veía en sus recuerdos era el de Cris, y ahora lo estaba cubriendo por el de Diana.

Un pelotazo en la cara hubiera dolido menos.

—¡Qué sitios tan bonitos me enseñas!

—Como que se los enseñé yo —susurró Cris asomada tras una esquina.

—Aunque no me gustan tanto como este —dijo Diana llevando una mano fugaz a la entrepierna de Soraya.

—¡Diana! —acertó a decir Soraya entre las risas y el sofoco.

Entraron a un bar nuevo. Territorio desconocido para Cris. Procurando no ser vista, apoyada en la pared exterior, examinó el nuevo escenario. Se asomaba de manera intermitente por el ventanal. La pareja se había sentado en una de las mesas del fondo. Había una barra de punta a punta. Sopesó diferentes estrategias para entrar sin ser vista.

De puntillas, se movió al otro lado de la pared, junto a la puerta, esperando a un grupo numeroso que le permitiera entrar al bar oculta entre los cuerpos.

Esperó y esperó, pero sólo entraban parejas o personas solas. Una pareja podría servirle si conseguía esconderse tras ellos.

Las seguía viendo darse besos y caricias. Era demasiado para ella. Se rindió. Ofuscada, se ajustó la mochila a los hombros y se apartó de la pared sin mirar. La mala suerte hizo que se cruzase en el camino de otra mujer que doblaba la esquina. Chocaron.

—Lo siento, disculpe —dijo Cris.

La mujer llevaba una gorra blanca, gafas de sol, y un pañuelo subido hasta las orejas. A juzgar por ese atuendo, cuya guinda era una gabardina beige, parecía que ella también estuviera espiando a alguien.

—No pasa nada —respondió la mujer.

—¿Isabel? —Cris reconoció la nariz de líneas cuadradas de la presentadora.

—Mierda —Isabel dio una vuelta sobre sí misma. Quería volver por donde había venido —. No, no soy yo.

—Isabel, ¿estás bien?

La presentadora exhaló un largo suspiro de culpabilidad.

—Sí, estoy bien —Se bajó el pañuelo y se retiró las gafas. Tenía puntitos rojos bajo las mejillas, y algunos más en la frente—. Vengo de ponerme ácido hialurónico. No me debe dar el sol.

—Por un momento pensé que era una reacción alérgica por la medicación del herpes genital.

—Muy graciosa. Me voy a casa.

Isabel se enfundó las gafas. Apenas había dado un par de pasos cuando estuvo a punto de chocar con una pareja. Consiguió esquivarla, pero reconoció uno de los culos en cuanto lo vio alejarse. Lentamente, se giró hacia Cris y volvió sobre sus pasos.

—¿Sabías que Diana y tu amiguita estaban aquí? ¿Las estabas espiando?

Cris hizo dibujos en el suelo con su zapatilla.

—Espiar suena muy fuerte si lo dices con esa gravedad.

Era difícil interpretar la mirada de la presentadora tras sus gafas de sol.

—Te acompaño.

—¿Qué?

—Venga, vamos, que se escapan —Isabel tomó la mano de Cris y siguieron a la pareja—. Tengo que escribir una novela. La cadena me lo pide, ya sabes, para la promoción.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—Que tú eres mi protagonista.

Cris se zafó.

—¿Tu protagonista?

—No te pongas digna ahora, que estás espiando a tu amiguita, eh.

—Deja de llamarla “mi amiguita”. Ya no tenemos 7 años.

La presentadora volvió a cogerle de la mano y tiró de ella. Mientras le explicaba que su audiencia llevaba meses cayendo y que MediaStar le había sugerido lo de la novela para hacer promoción, Cris notaba la suavidad de su piel. Las uñas largas y cuidadas de Isabel contrastaban con sus pellejos mordidos y las uñas al ras.

Siguieron cogidas de la mano, persiguiendo a Diana y Soraya, pese a que ya no hacía falta tirar de Cris. La presentadora en horas bajas, con su gabardina, sus gafas de sol y su gorra, junto a la fisio de las futuras estrellas del fútbol, con su mochila al hombro, su gorro de pescador y las uñas al ras. Era raro de narices y, sin embargo, ahí estaban, jugando a ser detectives.

Diana y Soraya giraron a la derecha, cruzaron un paso de peatones y siguieron recto.

—Diana tiende a perderse en sus parejas. Me pone mala —dice Isabel, como justificándose por hacerle eso a su amiga. La mujer andaba rápido. De vez en cuando, se paraba y se giraba hacia Cris—. ¿Nos han visto?

—Creo que no.

La presentadora se giró despacio para corroborarlo. Con la gorra y las gafas de sol, parecía una actriz de cine clásico en una comedia romántica. Una Audrey Hepburn esquivando a su severo padre con la complicidad del encantador actor de moda. Si debía elegir, Cris era Rock Hudson.

Siguieron paseando de la mano aunque apenas sentía el tacto. Era como si ya se hubieran fundido en una extraña familiaridad.

—El otro día dijiste que con Soraya no funciona lo de declararse.

—No.

—¿Por qué?

La pareja cada vez se alejaba más. Cris ralentizó el ritmo y no ayudó a recortar distancias.

—¿Qué pasa? —preguntó Isabel. La examinó de arriba abajo. Ella también reparó en sus manos enlazadas y por fin se soltó—. ¿Por qué es una idea tan ridícula para ti?

—Porque... porque... —Los ojos de Cris rodaban perdidos por el suelo, evitando la mirada curiosa de la Isabel-Audrey, que deslizó sus gafas por el puente de la nariz para mirarla mejor. Entendía a la gente que iba a su programa y comenzaba a largar de lo lindo. La presentadora tenía ese poder. Te tocaba con la varita mágica de su atención y te sentías en deuda. ¿Por qué si no iban a contarle a una extraña sus movidas?—. Porque...

Ya daban por perdida a la pareja.

—Tu amiga Soraya no puede ser tan perfecta —dijo Isabel. Cris iba a protestar, pero la mujer siguió hablando—. Diana siempre encuentra los fallos a sus amantes. Esa es su tara. Su ex la dejó por su niñera y ya no ha vuelto a entregarse a una mujer desde entonces. El otro día me contó que le había presentado a Soraya a Nerea, su hija. Es como si hubiera pasado por fin de

pantalla —Isabel le tiró de la camiseta y Cris se dejó arrastrar. Se hicieron a un lado en la calle para no molestar a los viandantes—. Te cuento todo esto para que sepas que esto no lo hago sólo por el libro; no quiero que vuelvan a hacer daño a mi amiga.

Bajo el tejadillo de un edificio restaurado, las dos mujeres parecían desubicadas. Las grandes piedras biseladas que componían la fachada, las arcadas de medio punto en las ventanas, el exagerado voladizo sobre la puerta, escoltada por dos grandes columnas estriadas con los capiteles floreados. Y delante ellas como un anacronismo, un *glitch* en aquel juego de detectives de medio pelo.

—Te toca —le apremió Isabel.

Podía no tener amigas, estaba claro, pero Cris tampoco estaba segura de que una presentadora de la tele que quería usarla para escribir un libro fuera a ser su mejor aliada.

—Soraya no...

A Cris le pareció ver un *flash* por el rabillo del ojo. Una prueba más de que había un fallo en ese juego en el que era cómplice de una estrella de la tele. De nuevo otro, y otro. Los flashes se hicieron más visibles, más aparentes. Los *paparazzi* ya ni se molestaban en disimular. Cuando se dio cuenta de lo que pasaba, Isabel ya corría lejos de ella.

—¿Quién eres? —le preguntó un fotógrafo que no paraba de hacerle fotos a ella.

Cris se vio rodeada de una nube de destellos brillantes que le impedían ver quién estaba detrás de cada cámara.

—Yo... Soy... —Titubeó. Luego entendió que no podía titubear delante de la prensa rosa. Lo había visto muchas veces: una muestra de debilidad, un gesto fuera de lugar, una mala palabra y ya abría portadas. Sólo los que entendían su papel dentro de aquel circo sobrevivían. Levantó una ceja y se puso la mano en el pecho—. Yo soy Cristina —dijo con orgullo—, reina de Suecia, duquesa de Bremen y princesa de Verden. Hija de Gustavo II Adolfo y de María Leonor de Brandeburgo...

Los fotógrafos le lanzaban preguntas como por ejemplo si era la nueva novia de Isabel o si llevaban mucho tiempo juntas. Mientras, ella iba repasando los hitos más importantes de la vida de Cristina de Suecia.

—Fundé la Universidad de Helsinki y la Orden del Amaranto...

Los *flashes* fueron a menos. De ahí no se podía rascar nada.

Isabel se iba a partir de risa cuando lo viera.

WIKIPEDIA

La enciclopedia libre

Isabel Romero

Artículo | [Discusión](#)

Isabel Romero Clement (Distrito Central, Adamstown, 11 de abril de 1984) es una periodista y presentadora de televisión. En la actualidad presenta el matinal ‘De buena mañana’ que se emite en 5 TV, una de las cadenas de MediaStar, de lunes a viernes de 9:00 a 13:30.

Biografía

Licenciada en Periodismo por la Universidad Central de Adamstown. Durante el último año, obtuvo una beca Erasmus en la Università di Milano Statale (Milán, Italia). Posteriormente realizó un máster en Periodismo por la Escuela de Periodismo de Reamonde.

Su primer contacto con los medios le viene de la mano de una beca en la emisora WRS 89.5 de Wickby, en el programa ‘Desayuno informativo’ durante el verano de 2003.

Desde octubre de 2005 a junio de 2009 trabaja en Italia. Allí hace sus pinitos en televisión de la mano del veterano presentador de MediaStar Fulvio Vitali quien ve en ella “una bellísima estrella emergente”. No obstante, Isabel Romero termina por denunciar a Vitali por abuso de poder y acoso sexual.

De vuelta en 2009, vuelve a la que había sido su casa, a la WRS 89.5 de Wickby, donde destaca por sus entrevistas y sus editoriales ácidas e inteligentes.

En 2009 da el salto a la radio estatal donde traduce a clave nacional el programa que venía haciendo en la WRS 89.5. Su crítica de la gestión de la crisis económica que estaba librando el país en ese momento le vale para que, con el cambio de gobierno, de el salto a la televisión pública en 2015.

En paralelo, sigue con el litigio abierto con Vitali. En 2014 se da la primera vista oral y en 2015 el juicio en Italia, que libera de los cargos al presentador italiano ya que considera que “manosear menos de 10 segundos no es acoso sexual”. Romero recurre el caso al Tribunal de Apelación. “MediaStar y Vitali se equivocan si piensan que me voy a rendir”, dice a la salida del Tribunal de Roma. La sentencia genera una gran consternación en Italia y varias figuras públicas de calado internacional se suman a las protestas en redes sociales.

En 2016, la cadena 5 TV ofrece a Romero un programa de entrevistas similar al que venía haciendo en la televisión pública. Ese mismo verano, la cadena es comprada por MediaStar y Romero es despedida antes de terminar la temporada.

En 2017 la nueva cadena Tele8 la ficha como colaboradora en ‘Aquí y ahora’ con una sección sobre política internacional.

En 2018 sale del armario en la editorial de dicho programa tras la publicación de unas fotos de ella con una mujer en actitud cariñosa en un paseo por la ciudad de Nueva York. En el editorial Isabel Romero critica que le han arrebatado su libertad de llevar su vida en la intimidad, como la había llevado hasta entonces, y reconoce que “jamás me he sentido más vulnerable en mi vida”. En una conversación grabada, Vitali reconoce que él contrató los servicios de un detective para sacar las fotos de la periodista y usarlas contra ella en el nuevo juicio.

En 2019, y tras ganar finalmente el juicio a Vitali, es nombrada por la revista ‘Money’ como una de las mujeres más influyentes del país. Vitali es despedido de MediaStar.

En 2020 vuelve a 5 TV donde presenta y dirige el *magazine* matinal ‘De buena mañana’. El fichaje genera gran controversia entre la comunidad LGTBIQ+ que acusa a Romero de vendida por trabajar para la cadena que defendió a su acosador y que la sacó del armario. “Aunque no lo crean, las mujeres como yo no tenemos muchas opciones donde elegir para desarrollar nuestra carrera”, se defendió Romero en la revista ‘Pose’.

Vida personal

Durante su estancia en Italia se la relacionó con la actriz Emilia Ferretti, con quien se casó en 2008 [Discusión].

Desde 2018, no se le ha vuelto a ver con otra mujer en público, algo que critica la comunidad LGTBIQ+ que veía en ella la oportunidad de visibilizar a las mujeres lesbianas de más de 40 años.

NI el padre de Soraya era un policía amenazado por la mafia, ni su madre una prostituta. Los Echeverri eran una familia de clase obrera como la del resto de compañeros de clase de Soraya. Se habían mudado al barrio a mitad de curso porque el padre hizo algo que entonces era algo poco común: cambiar de trabajo. El traslado trastocó a la familia, pero se adaptaron rápido. Un barrio y otro daba lo mismo. En todos había algún parque, una panadería, una carnicería, una pescadería, un colegio, quizá un economato, puede que hasta una mercería, y, con suerte, unos recreativos. Los mismos problemas con soluciones parecidas.

La pequeña Soraya supo cómo encajar en aquel recreo de suelo de hormigón. Se apalancó en la singularidad de Cris y juntas formaron un tándem inseparable hasta el instituto. Cuando les tocó elegir, Cris optó por Ciencias y Soraya por Humanidades. Le gustaba leer teatro, conocer los mitos de la Antigua Grecia, aprender historia a través del arte y romperse el coco con Filosofía.

Así absorbió una conciencia de clase alimentada por una profesora a la que admiraba mucho y puesta en práctica en las calles, donde acudía a manifestaciones de toda índole. En casa, siempre obedecía las órdenes de sus padres, que para eso se esforzaban por darle una educación:

se portaba bien, no tomaba alcohol y volvía pronto a casa. En aquellos paseos de vuelta a casa después de una salida de noche, Cris la acompañaba. Sus conversaciones solían girar sobre lo mismo: lo superiores que se sentían por no haber acabado borrachas o drogadas como las otras chicas de la clase.

—A nosotras nos gustan otras cosas, ¿verdad? —le decía Cris.

Luego llegaba a casa y le mandaba un zumbidito por MSN para avisarle de que había llegado bien. Y entonces se pasaban la noche escribiéndose.

Pasaban las tardes juntas en casa de alguna de las dos, haciendo deberes, riendo, viendo la tele o escuchando en modo *repeat* el último disco del momento. Cuando suenan los Backstreet Boys siempre le viene Cris a la cabeza.

Pese a la oposición de su madre, Soraya se graduó en Trabajo Social. La única batalla que ganó. Su Tratado de Versalles: casarse con un buen chico. Sin embargo, cuando llegó la hora de tener un hijo, le entraron las dudas. El mundo era tan cruel y ella estaba tan perdida... No era capaz de quedarse embarazada y pensó que aquello era una señal. La tristeza se colaba por las arrugas del rostro de su madre.

La crisis sanitaria colapsó el centro social en el que estaba trabajando. Al parecer, los servicios sanitarios no llegaban hasta allí. Los menores migrantes no eran la prioridad. Se dejó la piel y sufrió varias recaídas.

—Te desvives por niños que no son tuyos y a los tuyos no los dejas vivir —le dijo su madre.

Entonces, se rompió.

Cargaba demasiado peso a su espalda. No sólo el del centro, sino también el de las expectativas puestas sobre ella como mujer: sé buena hija, buena esposa, buena vecina, no levantes la voz, no llares la atención.

Los días que Soraya era fértil, su ex marido y ella hacían el amor dos veces al día. Al principio fue excitante, pero luego acabó convirtiéndose en una tortura. Ninguno de los dos lo disfrutaba. Era un mero trámite. Algo seco y doloroso. Los días previos a la ovulación, el cuerpo de Soraya se ponía en alerta, en tensión. Cuando su marido la tocaba era como una mujer de piedra. Rígida, dura. Fría.

La última vez que lo intentaron, una embestida de su ex la hizo pedazos, como un martillo hidráulico penetrando en el cemento.

Para colmo, el hombre entendió mal los gritos que Soraya estaba profiriendo y aceleró sus acometidas. El dolor le bloqueó las cuerdas vocales. Era una mujer con la boca abierta y la cara desencajada. Golpeó con el puño a su marido hasta hacerle daño. Le costó entender que quería que parara.

La visita al fisio lo cambió todo.

Como Soraya no tenía página de Wikipedia, Isabel no disponía de todo este contexto. Lo que sí sabía Isabel es que a Soraya le gustaba oler la fruta antes de comprarla.

WIKIPEDIA

La enciclopedia libre

Discusión:Isabel Romero

Artículo | **Discusión**

Isabel Romero está casada con Emilia Ferretti desde octubre de 2008. Ver artículo publicado el 26 de junio en ‘Il Giornale del Mattino’, con el título "no creo que mi vida sea interesante". Véase documento escaneado en la segunda referencia —@Codiperrer 12:48 2 ago 2019

↳ El artículo de ‘Il Giornale del Mattino’ se basó en esta entrada para afirmar eso en su artículo. Si lees atentamente, verás que el artículo dice que esa información "aparece en Wikipedia". Lo que sucede ahora es que Wikipedia se referencia en el artículo, que a su vez se referenció en Wikipedia. Eso no puede tomarse como algo fiable. Ahora bien, si el tema del casamiento fuera cierto, habría más fuentes (fiables), con toda certeza. No las veo. En fin, la afirmación debe ser retirada para cumplir con Wikipedia:Biografías de personas vivas. Por favor, no la añadas de nuevo sin fuentes fiables (¿adicionales?) que la soporten. —@Xacso 17:41 8 sep 2019

↳ Además, las uniones civiles no se aprobaron en Italia hasta mayo de 2016, así que difícilmente podrían estar casadas. Wikipedia:Matrimonio entre personas del mismo sexo en Italia —@MindyPerez 7:42 10 dic 2019

↳ Si leéis atentamente, el artículo de ‘Il Giornale del Mattino’ dice: "casada con Emilia Ferretti, un dato que incluso aparece en Wikipedia en sendas biografías y que Isabel ni oculta ni pregona". Por tanto, eso no significa que Wikipedia haya sido la única fuente del periodista. Sobre lo de las uniones civiles, hablas de la aprobación a nivel nacional, pero desde 2004 varias regiones italianas ya registraban uniones civiles, válidas a nivel local. Puglia lo hizo en 2008. Ferretti es de Bari, región de Puglia. En resumen, si no aparece una nueva fuente que lo desmienta, se debe dar credibilidad a ‘Il Giornale del Mattino’. —@Codiperrer (discusión) 08:35 10 dic 2019

↳ ‘Il Giornale del Mattino’ es fuente fiable, pero la referencia se basa en el artículo de Wikipedia, así que en este caso es una retroalimentación que descalifica la referencia. Saludos —@Andrea (discusión) 15:11 27 abr 2019

↳ Tenemos una referencia de ‘Il Giornale del Mattino’ que lo da por verídico, y cero referencias que lo dan por falso. ¿Eso permite borrar la información? Mas bien parece que hay intereses por ocultar el dato. —@Codiperrer (discusión) 11:28 2 may 2019

↳ ¿Pero qué noticia es que Isabel Romero no está casada con Emilia Ferretti? Por favor, un poco de rigor, que luego la Wikipedia carga mala fama. Y ellas no tienen por qué desmentir una noticia falsa. Es el periodista de origen el que debe aportar la prueba. —@Andrea (discusión) 12:21 4 may 2019)

SORAYA se llevó el melocotón a la nariz. La pelusilla blanquecina le hizo cosquillas,

pero disfrutó unos segundos del dulzor de su olor. Llevaban varios minutos al sol y el calor había acelerado su maduración delante de sus ojos.

Parecía una mujer sacada de un anuncio. Era correcta en sus gestos, dulce con las palabras, suave con la mirada. Si Isabel podía apreciarlo desde la distancia prudencial que la separaba, entendía por qué Diana podía haberse colgado por ella. A Diana le iban este tipo de mujeres.

La frutería había dispuesto el género por colores haciendo que la porción de acera que ocupaba pareciese un arco iris.

Soraya seleccionó tres melocotones y rellenó los huecos con melocotones de las filas superiores, tal como le gustaba a la dueña.

—Tengo un aguacate que parece mantequilla para tus tostadas de este fin de semana —le dijo la tendera.

—Pues deme uno.

La señora sonrió sin mostrar los dientes. Sus ojos quedaron ocultos bajo los pliegues de sus párpados. Pesó el aguacate en la báscula y lo metió en la bolsa de tela que Soraya había sacado del bolso.

—¿Alguna cosa más?

Soraya se mordió el labio.

—¿Cuál diría que es la fruta favorita de los niños?

La tendera resopló.

—Depende del niño. Si se la das pelada y cortada en dados, en realidad, cualquier fruta. Tengo unas cerezas muy buenas. Siempre les gusta hacer lo de ponérsela en las orejas.

—Póngame un puñado y probamos.

Antes de entrar a trabajar, Soraya se detuvo en una farmacia para comprar crema solar y se detuvo durante un buen rato en el escaparate de una agencia de viajes para mirar cruceros. Era educada con los dependientes, paciente en las esperas, atenta al caminar por la acera. Parecía un fantasma levitando por la ciudad: ligera y transparente.

En un semáforo, una niña se fijó en ella. La miraba de arriba abajo, como si estuviera ante una princesa del pueblo. Soraya, quizá consciente de estar siendo observada, de ser ejemplo para esa niña, esperó a que el semáforo se pusiera en verde para cruzar.

Esto fue un viernes. Isabel pudo notar que la mujer estaba contenta por la inminencia del fin de semana. Sus labios apuntaban a una grabadora de bolsillo que había comprado para sus labores de espía... de escritora. Por supuesto, llevaba su gabardina beige, las gafas de sol y la gorra blanca. Tomaba café con hielo en una terraza frente al centro donde trabajaba Soraya.

Las altas rejas lo hacían parecer más una cárcel que una residencia de menores. Algún niño se acercaba a ella en el patio y le preguntaba alguna duda. Ella sonreía, le acariciaba la cabeza y el niño volvía con sus amigos contagiado por el buen rollo.

Isabel afiló sus ojos detrás de las gafas. Miró el reloj. Le rugían las tripas. La jornada de Soraya iba a terminar en breve así que estiró el ayuno hasta verla salir por la puerta.

Un coche aparcó en doble fila frente al centro. Eso era nuevo. Isabel sacó su móvil y le tiró unas cuantas fotos. Una compañera del centro saludó al conductor antes de entrar. Se agachó para asomarse por la ventanilla y estuvieron un rato hablando.

Soraya salió del edificio, rodeó el coche y, antes de meterse en el asiento del copiloto, miró a ambos lados, como si quisiera asegurarse de que no la veía nadie.

El coche arrancó de nuevo bajo la atenta mirada de Isabel.

LA lista mental de cosas malas de su trabajo que Cris hacía cada vez que le sonaba el

despertador estaba lidiando con críos que se creían estrellas de fútbol y la nómina tan corta que recibía. Lo segundo lo compensaba con visitas a domicilio para sacar un dinerillo extra y con una cuidada estrategia para extraer el máximo partido de su lugar de trabajo: cargar el móvil, desayunar en el *office*, llenar la botella de agua, calentar la comida en el microondas. Como una ratona, iba buscando las grietas del sistema. Lo primero, lo de los futbolistas que se creían estrellas de fútbol, se lo cobraba con invitaciones a partidos.

No eran muy habituales ya que estos jugadores que Cris trataba todavía tenían poco peso en el equipo, pero cuando caían, Cris se aseguraba de hacerse con un par para ir con su padre o su hermano o, como caso extremo, algún compañero de clínica.

En esa ocasión fue diferente.

En su trabajo nadie podía acompañarla. Ni siquiera su jefe, que parecía no tener vida social.

—¿Hay puente y yo no me he enterado? —preguntó Cris cuando se topó con una negativa tras otra.

Preguntó a su hermano si le apetecía acompañarla. Sin embargo, el joven ya tenía planes. “Me jode mucho, eh. Va a ser un partidazo”.

Luego le preguntó a su padre, pero seguía resintiéndose de la operación de cadera y no creía estar para esos trotes. “Al siguiente me apunto”.

Después preguntó a Soraya que le respondió con otra negativa. Iban a ir al parque de atracciones con la hija de Diana. “[emoji de la montaña rusa]”.

Podía probar a meterse en el grupo de las compañeras de equipo, pero hacía días que nadie comentaba nada y sabía que no tenía buena fama como amiga. Sospechaba que tenían un grupo aparte sin ella y que ese sólo lo usaban para anunciar la hora y el lugar del partido.

Repasando su lista de contactos se dio cuenta de que más allá de su familia, de sus compañeros de clínica y de la amistad guadianesca de Soraya no tenía más amigos con la confianza suficiente para invitarles a ver un partido de fútbol.

Con las diferentes mudanzas emocionales junto con algún que otro malentendido que no se habló en su día había ido perdiendo todas sus relaciones que ya fueron, de por sí, muy superficiales. En ese armario de su adolescencia, donde no había muchos referentes lésbicos, le resultó difícil confiar su orientación sexual a un adolescente alborotado por las hormonas. Había visto romperse amistades por cualquier chorrada y que luego las partes fueran aireando los secretos de la otra sin ningún pudor por el mero convencimiento de que la otra parte estaba haciendo lo mismo. Cris entendió pronto que la amistad es un elemento de diferentes densidades que sólo se puede calibrar en la madurez. A falta de mejores herramientas, se protegió vagando en ese espacio intermedio en el que no se enteraba de todos los cotilleos, ni la echaban en falta, pero tampoco le preguntaban mucho por su vida ni interesaba a nadie. De vez en cuando, algún listillo decía eso de “Cris las mata callando” haciendo alusión a que era más inteligente o interesante de lo que aparentaba, a lo que Cris solía responder la famosa frase de Groucho: “Más vale estar callado y parecer tonto, que hablar y confirmarlo”. Risas, comentarios y a otra cosa, mariposa.

La presión que guardaba dentro se disparó en la universidad, cuando por fin pudo abrir la boca muchas veces. Entre comentarios tontos e inteligentes, pudo ir conformando una personalidad que había estado en pausa demasiado tiempo.

Solo por su afán de mantenerse cerca de ella, había podido mantener la amistad con Soraya.

Así que Cris fue sola al estadio. Aunque le encantaba ver el fútbol, ir sola le resultaba

incómodo. Se sentía pequeña cuando se cruzaba con la marabunta de aficionados de uno u otro equipo, no podía comentar en alto las cosas que iba viendo, ni apostillar con nadie acerca de la estrategia del equipo o los movimientos de los jugadores. Aquel FC Asogan - Reamonde City no iba a ser tan emocionante como le hubiera gustado.

Para mayor escarnio, la entrada era VIP así que su soledad iba a ser exponencialmente más visible dentro de aquel box con capacidad para ocho personas.

—Buenas —saludó Cris con timidez cuando llegó.

Una azafata se presentó y, mientras le acompañaba a su asiento, le preguntó si era la primera vez que iba a la zona VIP del estadio. Le explicó que en el descanso habría un cáterin y que ella estaba allí para ayudarle en lo que necesitara durante el partido. Batir de pestañas, lengua recorriendo los labios. A veces Cris se pensaba que todas las mujeres estaban tratando de ligar con ella.

Había llegado pronto y el box estaba medio vacío. Sólo una pareja mayor ocupaba sus asientos. Ella había ido a la peluquería para la ocasión y vestía un conjunto de falda y chaqueta estilo Chanel más propio de una comunión que de un partido de fútbol. Él llegaba una bufanda del Asogan como si fuera una estola y se frotaba las manos ansioso.

—¡Qué emocionante! —dijo la mujer en dirección a Cris.

Cris sonrió y giró la cabeza hacia otro lado para evitar que le dieran la tabarra. No funcionó.

—Nos ha dado las entradas un sobrino, que se las dieron en el trabajo. Él se iba de viaje con su mujer. No están pasando una buena temporada, ¿sabes? Y como su tío es muy forofo...

La mujer le pasó la mano por la chepa a su marido.

—Va a ser un buen partido —dijo Cris.

Luego volvió a girarse. El estadio era imponente. Las butacas de colores se iban llenando de gente poco a poco. Encuentros quincenales entre vecinos de asiento, el bocadillo bajo el brazo, el olor del césped recién regado, la prensa deportiva a pie de campo.

Sonrió y se imaginó allí abajo. Le daba igual su papel. Guardia de seguridad, periodista, entrenadora, jugadora. Cuanto más cerca del círculo central mejor.

—Pa, pa —dijo para sí moviendo en los pies un balón invisible. Ella distribuía el balón, ella centraba, ella remataba. Ella quería la gloria, aunque fuera en su imaginación.

Por la escalerilla vio bajar de nuevo a la azafata. Le sonrió. Cris pensó que iba a felicitarle por su gol. Agitó la cabeza ante tremenda estupidez. A la azafata le seguían dos hombres jóvenes vestidos de chino y camisa con una mujer que, pese a llevar una gorra blanca y unas gafas de sol, Cris reconoció enseguida. Se giró. Intentó hacerse pequeña, pero estaba segura de que la presentadora reconocería ese corte de pelo a tazón hasta de espaldas. No podía creerse la mala suerte que tenía.

—Mira, Isabel, piensa que es como una rueda: tú escribes el libro, lo publicamos con la editorial del grupo, haces entrevistas y te promocionas, y nosotros vendemos tu novela y luego la convertimos en serie para la cadena o en película para la plataforma mientras sigues escribiendo otra novela. Y así dos o tres veces. No más. Con los derechos de las novelas y de las pelis te quedará un buen pico. Te compras un barco y ya nos mandas a freír espárragos si quieres.

—¿Qué necesitas? —le preguntaba el otro hombre—. ¿Quieres un negro?

—¿Un qué?

—Una escritor fantasma —corrigió el primero.

—¡No! La escribiré yo.

—Entonces, ¿tienes algo ya?

—Con la murga que me estáis dando desde hace semanas como para no haberme puesto a... —Isabel enmudeció. En efecto, había reconocido ese pelo a cazón— ...a pensar algo.

—Tiene que ser novela negra.

—O romántica. Las dos venden bien.

—Sería romántica, con un toque de misterio —dijo Isabel—. Una de ellas guarda un secreto.

—¿Una de ellas? —preguntó uno de los hombres confuso.

—¿Estás pensando en una novela lésbica?

Las orejas de Cris se movieron hacia atrás como las de un gato.

—¿Tenéis algo en contra de eso?

Hubo un silencio que se rompió con el silbato del árbitro dando comienzo al partido.

—Bueno, lo hablamos luego —zanjó uno de los hombres.

La primera parte estuvo llena de ocasiones y buen juego. Hubo un gol visitante anulado, y al final, ambos equipos se fueron al descanso con el marcador a 0.

EL tren pasó como una ráfaga colorida y vertiginosa. Como una ola llegaban los gritos de las personas al pasar por un *loop* o al caer por una pendiente. De fondo, la música se mezclaba con los mensajes por megafonía y el zapateo nervioso de Nerea.

—Si te subes en esta, serás ya una adulta —le dijo su madre.

—Diana, no le digas eso. La vas a confundir —susurró Soraya.

Había procurado que la niña no la escuchara, pero Nerea era muy despierta y entendió las dudas de Soraya.

—¿No seré una adulta? —preguntó la niña.

—Sí. Bueno, no. No es que bajes de la montaña rusa con ocho años más, pero es como una prueba de madurez, ¿sabes?

Nerea escrutó el rostro de Soraya en busca de alguna señal que le indicara que lo que decía su madre no era verdad. Apenas estaba empezando a conocer el significado de la confianza, y hasta su propia madre le había dicho que no se fiara ni de su propia madre. Soraya se sintió examinada y aguantó el pulso. Parecía que estuvieran jugando a un serio.

—Tu madre soy yo, eh. Y te doy permiso —dijo Diana al ver que Nerea miraba a Soraya.

—Creo que no puedo subirme a esa montaña rusa, mamá. No soy lo suficientemente alta.

—Está bien, está bien —concedió—. Entonces nos subiremos solas Soraya y yo.

—¿Qué? No, no... —dijo Soraya—. No podemos dejar a Nerea sola.

—Es verdad. No es lo suficientemente mayor —dijo Diana y luego le sacó la lengua a su hija.

No es que Soraya tuviera miedo a las montañas rusas, era a la adrenalina a lo que temía. En un estado de calma o incluso de ligera excitación podía controlar sus actos, ser la mujer reflexiva y sensata que era. Pero en cuanto la adrenalina se apoderaba de su cuerpo no era responsable de sus actos. Le pasó con la fisioterapeuta: el nerviosismo al ver que se terminaban sus sesiones disparaba su locura y disminuía su cordura. Con Félix igual: lo dejó en un momento de excitación colectiva cuando salieron a celebrar la Copa que ganó el Asogan. El día más feliz y más triste de su ex marido. En momentos de acaloramiento, el cerebro de Soraya se apagaba y afloraba el delirio.

—Podemos ir a la casa de los espejos —sugirió Nerea dando saltitos.

—¡Pero si aún se te nota el golpe en la frente que te has dado antes! —Diana hablaba entre risas—. Lo mejor será que comamos algo. No estamos pensando con claridad.

Nerea chilló.

—Algodón de azúcarrrrr.

—¿Otro? —preguntó Soraya—. Te va a doler el estómago.

Ya se iban a moverse cuando a Soraya le sonó el móvil. Diana miró la pantalla y luego la miró a ella con preocupación.

—No será nada —dijo Soraya—. Id a por comida. Os espero aquí.

—¿Segura?

—Sí, sí —Soraya deslizó el botón verde y, antes de que pudiera saludar a su padre, Diana le dio un beso fugaz—. Hola, papá. ¿Ha pasado algo?

LA azafata las acompañó al área donde se había dispuesto el cáterin. Era una sala diáfana con mesas altas. Un camarero les ofreció bebida y Cris eligió una copa de cerveza. Los camareros iban pasando con bandejas de canapés y ella elegía los que le parecían más caros. Desde la distancia, y mientras comentaba el partido con la pareja mayor, Cris miraba a Isabel que bebía aburrida de su copa de vino blanco. Los hombres seguían comiéndole la oreja, probablemente, tratando de convencerla para convertir su novela lésbica en una hetero para asegurarse una mayor audiencia.

Isabel cruzó un par de miradas con Cris, pero esta las desvió en cuanto hacían contacto visual. La presentadora se disculpó, dejó la copa en una mesa y enfiló el camino al baño. Por el camino, agarró a Cris del brazo y la arrastró con ella.

—No tengo ganas de hacer pis —protestó.

—Pero yo sí.

—¿No será por el herpes genital?

Isabel le hizo un momo y entró al cubículo del baño.

Durante su estancia, Cris probó diferentes posturas para apoyarse en la encimera de los lavabos de manera casual, pero interesante.

Cuando Isabel salió del cubículo, Cris la esperaba apoyada con las manos, haciendo que sus tríceps resaltaran bajo la camiseta.

—Lo cierto es que lo pillé, así que ten cuidado con lo que me deseas porque ejerces un extraño poder en mí —dijo Isabel lavándose las manos junto a Cris.

—Deseo... —Cris se volteó y miró a Isabel a través del reflejo—. Deseo que esos dos tipos dejen de darte la turra con la novela.

—Me han tendido una trampa —Isabel sacó dos papeles para secarse—. La cadena está emitiendo el partido y nos han invitado a algunos presentadores y periodistas, pero sólo yo he sido la agraciada de compartir butacas con dos directivos del grupo editorial —Tiró el papel a la basura—. ¿Y tú qué haces aquí?

—Uno de los futbolistas que tratamos nos dejó un par de entradas en la clínica, a modo de agradecimiento, ¿sabes?

—¿Qué futbolista?

—Está en el banquillo. No creo que juegue hoy. Quizá hacia el final del partido, para comprobar sensaciones.

—¿Y tu acompañante?

Cris se encogió de hombros.

—No he encontrado a nadie con quien venir.

Isabel asintió lentamente como comprendiendo la soledad de Cris al decir esas palabras. Las dos mujeres se quedaron calladas, una frente a la otra.

—Tu cara —dijo Cris haciéndose un círculo delante de su nariz—. Está mucho mejor.

—Lo sé —contestó Isabel que se echó un vistazo en el espejo—. Entonces... ¿Me puedo

sentar contigo ahora? La verdad es que tengo algo que enseñarte.

—¿A mí?

—Sí.

Cris abrió los ojos con sorpresa tratando de imaginar qué podría enseñarle una presentadora de televisión a una mujer del montón como ella.

—Está bien. Siéntate conmigo. Pero no me hago responsable del matrimonio que tendrás al lado.

De vuelta al *box* VIP, la mujer del matrimonio reconoció a la presentadora, y lejos de mostrarse discreta, se lo soltó a su marido entre un montón de aspavientos.

—Esta es la mujer que te digo que me gusta. Me encanta tu programa. Eres más guapa al natural. ¿Esa es tu novia?

—No, no, es una amiga.

La presentó así una vez más cuando Isabel se disculpó con los directivos y les dijo que la segunda parte la vería con “su amiga Cris”. La fisio sintió un extraño hormigueo en el estómago. No podía evitar sentirse especial. Acababa de ascender de mera conocida a amiga.

NOTABA cómo le iban creciendo las arrugas encima de las cejas. Se frotó la frente en un vano intento por borrarlas.

—Ya, ya sé que me puedes llamar sin que tenga que pasar algo, es solo que... ¿Qué? En el parque de atracciones. He venido con... Unas amigas —Soraya ahuecó su mano en la zona inferior del teléfono para bloquear el ruido exterior—. No, él no ha venido. Se ha quedado en la ciudad. Sí, mañana nos pasamos. ¿Todo bien? ¿De verdad? Vaaale. Un beso.

Se quedó unos instantes mirando la pantalla del móvil hasta que esta fue a negro. Siempre se le quedaba un poso en el estómago cuando mentía a sus padres, y el poso era tan grande que casi no había era espacio para la comida. Un perrito caliente apareció frente a sus narices.

—Con pepinillo y cebolla, ¿verdad? —dijo Diana.

—No, Diana, ya sabes que los vinagrillos me dan acidez.

Diana sonrió y sacó de su espalda un perrito caliente sin extras.

—Claro que lo sé.

Soraya sonrió. Se inclinó para besar a Diana antes de que se le avinagrara el aliento cuando escuchó que alguien la llamaba.

—¿Soraya? ¿Soraya Echeverri?

La mujer que la llamaba llevaba un niño dormido en brazos. Iba acompañada de un hombre alto, con barba recortada y gafas de sol, que a su vez llevaba de la mano un niño de la edad de Nerea.

—Adela... Casi no te había reconocido —dijo Soraya al ver a su antigua vecina.

—Balón gástrico —La mujer se golpeó un par de veces el abdomen.

—Estás fantástica. Ya lo estabas antes, eh.

Diana escrutó a la mujer. Tendría diez años más que ellas por lo que no podía ser compañera de clase.

—Claro, por eso me llamaban la ballena del barrio.

Luego, Diana miró a Soraya, esperando a que la presentara. También la mujer miró a Diana y a Nerea.

—¿Y tus padres qué tal? —siguió Soraya. Se retiró nerviosa un mechón de pelo.

—Bien. Vendieron el piso y se fueron a vivir a Reamonde.

—¡A la buena vida! Claro, por eso ya no los veo por el barrio.

—Sí, se lo merecían ya. Oye, ¿y tu madre qué tal está?

La cabeza de Soraya iba de un lado a otro, dando a entender que no muy allá, pero sin atreverse a verbalizarlo.

—Bueno, sólo espero que no sufra mucho.

—Gracias, Adela.

De nuevo, el cruce de miradas que Soraya ignoró convenientemente.

—Bueno, este es mi marido y mis dos hijos.

Por corresponder, Soraya ya no podía hacer como si no fuera acompañada.

—Ella es Nerea —Puso su mano sobre la cabeza de la niña—. Y ella es su madre, Diana —Una pausa. ¿Qué relación adjudicarle? Tampoco es como si fuera a ver a Adela más veces. No le importaba si estaba con cuál o tal persona—. Una buena amiga.

La mujer sonrió a Diana que enseñó los dientes sin mucha gracia.

—Bueno, ya nos veremos —dijo Adela. Su marido se despidió también y la pareja siguió su camino al aparcamiento.

Sólo cuando los perdió de vista se atrevió a mirar a Diana, que la miraba con cara de vinagrillo.

—¿Una buena amiga? ¿En serio?

—¿Qué más le da a ella?

—¡Pues precisamente por eso! Si ya me vas a ocultar de gente a la que no vas a volver a ver en la vida, apaga y vámonos.

—No te estoy ocultando.

—Soraya, no somos amigas. Nos comemos el coño.

—Coññññño —repitió Nerea con las pupilas dilatadas.

Diana le confiscó el algodón de azúcar.

—Sabes que contigo soy muy feliz, que te quiero. Con eso debería bastarnos.

—¿Me quieres? —Diana la miró desafiante.

—Por supuesto.

—Pues dame un beso. Aquí, ahora. De los húmedos.

—Diana, por favor.

—¡Venga!

—Te he dado muchos besos hoy. Seguro que hasta Adela nos ha debido de ver de lejos en alguno de ellos.

—Pues quiero otro —Diana señaló su alrededor. En torno a ellas se había creado un círculo, como si la corriente de personas les estuviera dejando su espacio para la discusión, no fuera que estallara por algún lado.

Soraya exhaló y puso los ojos en blanco.

—No tengo ningún problema en hacerlo —dijo. Se aproximó a ella y le dio un pico.

—He dicho de los húmedos.

—Con lennnnnngua —dijo Nerea. Los dientes empezaban a chirriar.

—Esta niña no va a dormir esta noche —Soraya intentó desviar la atención.

—Eso ya es problema de su otra madre —Diana la miró con malicia—. Ahora, mi beso.

—Está bien, está bien.

Soraya tomó aire por la nariz. El pecho se le hinchó, los botones de la camisa entallada que llevaba se abrieron y dejaron ver porciones intermitentes de su piel, como si por cada ojal fuera a salir un Superman dispuesto a salvar la ciudad, a salvar su relación. Agarró a Diana de la cintura. De repente, había crecido diez centímetros. Iba a ser verdad que de las montañas rusas bajabas siendo más adulta. Atrajo el cuerpo de su novia hasta que sus pechos quedaron

aplastados. Y entonces le dio un beso que en seguida se hizo húmedo.

Las dos mujeres estuvieron unos segundos besándose. Nerea daba palmadas alrededor de ellas. Si quería hacerlo discreto, falló en su misión.

Se separaron. Soraya miró a su alrededor. Todo parecía igual.

LAS dos mujeres se acomodaron en sus asientos y también a su compañía mutua.

—¿Y vienes mucho por aquí? —preguntó Isabel.

—De vez en cuando. Antes era abonada, pero se puso muy caro para mí. Me sentaba por... —Cris se acercó a Isabel y señaló el fondo Sur del estadio— ...allí.

Al girarse, Isabel notó el aliento de Cris muy cerca de su mejilla.

—Yo dejé de venir hace tiempo. La gente me reconocía —La presentadora señaló a la mujer con la cabeza—, me soltaban puyitas o comentarios, y dejé de disfrutar de venir al estadio.

—Hasta ahora —dijo Cris.

—Hasta ahora —ratificó la presentadora.

La azafata les trajo un par de cervezas.

—Podría acostumbrarme a esto —Cris se reclinó en el asiento.

—Eso es lo malo, que te acostumbras. Es importante tener un lugar al que anclarte.

—¿Y tú lo tienes?

Isabel le dedicó media sonrisa cubierta de espuma blanca.

—No estamos aquí para hablar de mí.

“¡Uy!”. La grada se exaltó ante una oportunidad de gol del Asogan que se marchó fuera por un pelo.

—¡Ya! Yo venía a ver un partido de fútbol y ahora me veo envuelta en un misterio. ¿Qué es eso que tenías que enseñarme?

Isabel sacó su móvil y, antes de enseñárselo a Cris, le dijo.

—Antes de que me juzgues, que sepas que esto lo hago como profesional en busca de una historia que escribir.

—Vale... —dijo Cris con una ceja alzada.

En el móvil de la presentadora, Cris pudo ver una serie de fotos de Soraya subiéndose a un coche. Aunque se notaba que las había tomado de lejos, los rostros se veían bastante nítidos y reconocibles.

La grada rugió pidiendo una tarjeta amarilla ante la entrada de un jugador rival. El árbitro no lo dudó y de su bolsillo sacó la primera amonestación del partido.

—Pedazo de *zoom* que tiene tu móvil.

Isabel metió su mano en el bolso.

—Repito: no me juzgues —dijo, y extrajo un pequeño telescopio con un acople para móviles.

—¿Eres el inspector Gadget?

—Que sepas que es muy útil —se defendió Isabel—. Mira.

La presentadora encajó la lente en su móvil y enfocó al campo. Siguió varios lances del juego con la mira telescópica mientras Cris los veía en la pantalla del móvil, tan cerca que parecía que estaba a ras de suelo.

—¿Y con esto hiciste las fotos?

—Sí.

—¿Y por qué le haces fotos a Soraya?

—Ya te lo he dicho: por la novela que esos pesados quieren que escriba.

—Imagino que a tu amiga Diana le parecerá bien.

—Mi amiga Diana no sabe que espío a su novia. Obviamente.

Rieron. A Cris se le marcaban los hoyuelos cuando sonreía.

De nuevo, la grada alborotada por una jugada dudosa que esta vez el árbitro no sancionó. “¡Sigan, sigan!”.

El partido estaba calentito.

El corazón de Isabel también. La complicidad que buscaba en Cris volvió a despertar el cosquilleo de su estómago. Era fácil estar con ella, jugar a odiarse, a ser lista y rápida para soltar el comentario más mordaz con su sonrisa pícaro. Y la sonrisa de Cris era tan cara de ver...

El runrún de la grada cambió de tono para empujar un contraataque. El extremo del Asogan recibió el balón dentro del área sobrepasando a su marca por la espalda. Al primer toque, antes de que le tapara un central del City, pasó el balón a su compañero que venía en carrera. Isabel le agarró la mano a Cris y se inclinó hacia delante. El delantero amagó con su cuerpo hasta que el portero hincó una rodilla en el suelo, y entonces picó el balón para meterlo en la portería.

El estadio rugió para cantar el gol. Las chicas se sumaron a la ola de aplausos. El hombre del matrimonio abrazó a su mujer, y luego a Isabel. Su mujer le echó la bronca por osar tocar con esa confianza a su presentadora favorita. Isabel se acercó a ella y la abrazó también. La señora se sintió bendecida. El hombre abrazó a Cris, y Cris a la mujer. Y entonces... Entonces se quedaron las dos paradas. Sabían lo que tocaba, pero no sabían si la otra estaba abierta a un abrazo. El marido seguía emocionado, incapaz de contener la alegría en su cuerpo. Uno de sus espasmos empujó a Isabel que, casi por no caer, abrazó a Cris.

Y fue... raro.

No sabían dónde poner las manos, cómo encajar sus pechos, hasta dónde ir con la pelvis.

Ellas se sintieron incómodas, pero desde el exterior, la visión era bien diferente.

—Pues haríais buena pareja —dijo la mujer del matrimonio.

Isabel se soltó rápidamente. Si la mujer lo había visto, decenas de personas a su alrededor también y no quería dar una imagen equivocada.

—No, ella no es mi tipo —respondió Isabel dedicándole la sonrisa de las promos.

Se mordió la lengua. Miró al suelo, esquivando los ojos de Cris. No quería saber si albergaban alivio o dolor.

Los jugadores volvieron al medio campo y la grada fue, poco a poco, bajando decibelios. Se sentaron.

—Es su ex marido —dijo Cris sin apenas mirarla—. El de la foto. Es su ex. Aún van a casa de Soraya fingiendo ser un matrimonio.

—¿En serio? ¡Qué fuerte! —exclamó Isabel, y al ver que Cris no se escandalizaba tanto como ella, insistió—. ¿Y te parece normal?

—Has pedido antes que no te juzgue por ir de detective por la vida, así que no la juzgues tú a ella. Además, insisto: ¿a ti qué más te da?

El golpe fue directo a los riñones e Isabel se incomodó en su asiento.

—Pues me da porque Diana es mi amiga, y no se merece que la engañen así.

—Ah, ¿pero no era para tu novela?

—Oye, pensaba que esto era un *win-win*. Yo saco mi historia, Diana deja una relación tóxica y tú estás ahí para consolar a Soraya.

—Si eres la escritora de esta historia, no deberías intervenir en ella. La estás adulterando —dijo Cris con la voz áspera.

—Cielo, si no intervengo, nos vamos otros 30 años vista para que haya algo interesante en esta historia.

Entonces fueron los riñones de Cris los que se resintieron.

Ni el partido ni la conversación ofrecieron nada nuevo a partir de ese momento. Un descuento innecesario cuando ya nadie quería seguir jugando.

SIEMPRE había sido un búho. Isabel se sacó la carrera estudiando por las noches, cuando su piso, el bloque entero, estaba en silencio. Por eso, en el momento en el que le ofrecieron el programa de la mañana sabía que, pese a ser una gran oportunidad, lo iba a pasar mal.

Y así fue.

Llegaba a Maquillaje con la sábana pegada al culo y unas ojeras hasta el suelo. Menos mal que estaba Diana para arreglarle la cara y el ánimo.

Poco a poco fue cambiando sus hábitos y, paradojas de la vida, iba a resultar que el ocaso era lo que peor le sentaba. A eso de las 8 de la tarde los párpados empezaban a rendirse y unas bolsas con sueño acumulado aparecían bajo sus ojos. Tras años con ojeras por las mañanas, la edad le había recompensado con un buen despertar, no sólo en su ánimo, sino también su rostro. Su rutina de *skincare* nocturna algo tenía que ver. Se levantaba con la piel de una quinceañera, los párpados se mantenían en su sitio y las únicas bolsas que veía eran las de la compra.

Sin embargo, aquella mañana la edad no perdonó y se reflejó en toda su expresión. Que Diana tuviera un aspecto jovial y un ánimo vivaracho lo hacía más evidente aún.

—Bueno, bueno, ¿y esa cara?

—Buenos días a ti también, Diana.

Isabel se sentó en una silla y dejó que la maquilladora comenzara a obrar el milagro.

—¿Has pasado mala noche?

—Me he despertado a las 4 de la madrugada y ya no he dormido.

—Uy, uy, ¿qué estás tramando?

—¡Nada! Es por la novela —dijo rápidamente la presentadora—. Está dando vueltas en mi cabeza y cuando abro un argumento ya no paro hasta cerrarlo.

Diana tenía el dorso de la mano apoyado en su pómulo mientras la maquillaba. Era suave y estaba caliente. Parecía una almohada. A Isabel le dieron ganas de dormir.

—¿Qué tal el finde? —preguntó para mantenerse despierta.

—Muy bien —respondió Diana sin disimular su alegría.

La llegada de los colaboradores más madrugadores comenzó a animar el ambiente. Las conversaciones se cruzaban entre ellos. Los mismos comentarios, las mismas bromas.

—Fuiste a ver el torneo de verano, ¿no, Isabel? —le preguntó Perla—. Te enfocó la tele.

—¿Ah, sí? —a Isabel empezó a quemarle el culo en el asiento. Desde que le pillaran en Nueva York con su ex, había sido extremadamente cuidadosa con la prensa. Había construido un muro de modales rectos e indetectables para no levantar más polvareda de la necesaria sobre su vida privada. Pero durante el partido se le pasó por completo y se preguntó si la comodidad de estar con Cris había tenido algo que ver.

—¿Era tu novia?

—¿Quién?

—La chica de al lado, la del pelo cortado a tazón.

Diana se despegó y miró a Isabel escandalizada.

—¿Fuiste con la amiga de Soraya al partido?

—No, no —Isabel se levantó dando por bueno el maquillaje. Se quitó el babero de papel y lo encestó en una papelera—. Coincidimos en la grada, eso es todo.

—Os enfocaron hablando amigablemente —insistió el colaborador.

—¿Tú quieres seguir en este programa la siguiente temporada? Pues calladito.

—¿Qué tiene que callar? ¿Por qué no me lo has contado? —insistió la maquilladora.

—Porque acabo de venir, Diana. No pasó nada. Sólo coincidimos en la zona VIP y en la segunda parte nos sentamos juntas porque quería quitarme de encima a los ejecutivos del grupo que me estaban dando la chapa con lo del libro.

La respuesta, y especialmente el ánimo encendido de Isabel, convencieron a Diana.

—Yo creo que no le caigo bien —dijo la maquilladora.

—Sí, bueno, no. Quiero decir... Es un poco suya también. No hay por dónde pillarla. Hablamos de fútbol, básicamente.

Charlie, el presentador del tiempo que pese a su avanzada edad seguía haciendo del diminutivo su distintivo, llegó y Maquillaje se inundó de Brummel. Pese a que era de los últimos en la escaleta, se coló, y se sentó con Diana. Nadie protestó porque ya lo conocían. Además, le quedaban dos telediarios. Literalmente.

—¿Qué tal en el parque de atracciones? —preguntó Isabel.

Se había sentado en el sofá y ojeaba distraída una revista de cotilleos, tal como hacía su abuelo con las esquelas, para asegurarse de que no aparecía en sus páginas.

—Muy bien —dijo Diana con entusiasmo—. A ver, íbamos con Nerea y no podíamos montarnos en las atracciones para adultos, así que tendremos que volver cuando sea más mayor.

A Isabel le sorprendió lo lejana que marcaba Diana la línea del horizonte de su relación con Soraya. Bizqueaba. Un ojo en su amiga, en la expresión de su cara al hablar de su novia. Con el otro ojo miraba la revista.

¡Zas!

Ahí estaba la esquila, aunque ella siguiera viva.

Tres fotos lejanísimas de ella y un borrón llamado Cris, abrazadas tras el gol, hablando con las cabezas inclinadas, riéndose. No recordaba haberse reído con Cris, pero ahí estaba la foto como prueba.

A las tres fotos acompañaba una breve nota.

Romero se divierte con una buena amiga

Isabel Romero, la carismática presentadora que cada mañana ilumina nuestras pantallas, por fin ha sido vista en una faceta mucho más íntima y personal, lejos del brillo y el ajetreo de los estudios de televisión.

Acompañada por una buena amiga, Isabel ha demostrado que su vida fuera de cámara está llena de momentos tan reales y emocionantes como los que comparte frente a ella.

Las fotografías, tomadas durante un partido de fútbol en el que el FC Asogan se jugaba el liderato a tres partidos de finalizar la liga, capturan a Isabel y a su acompañante en una serie de gestos que trascienden la simple amistad. Entre risas compartidas, miradas cómplices y gestos de afecto, la química entre las dos es innegable. Mientras el mundo sigue el juego en el campo, parece que Isabel y su buena amiga juegan un partido propio, donde la complicidad y la conexión son las verdaderas protagonistas.

Isabel cerró la revista y la lanzó al otro extremo del sofá.

Diana tenía la cabeza levantada y soplabla a la cara del hombre del tiempo. Tenía la máscara de pestañas en alto, planeando sobre la cabeza de Charlie. Resaltar las escasas pestañas de aquel hombre era una tarea que requería de toda su concentración. Debía marcarlas bien, pero que parecieran naturales y evitando que se hicieran grumos. Cuando terminaba, el hombre salía de la sala de maquillaje con los brazos por delante, como un zombie, y se ponía bajo un chorro de aire acondicionado para evitar que se le escurriera el rímel. Ya fue meme una vez y no quería más sustos antes de su jubilación.

—Soraya... estaba casada, ¿no? —preguntó la presentadora.

—¡Siguiente! Sí, lo estaba. Está en trámites de divorcio ahora mismo.

—Mmmh —asintió Isabel. Necesitaba un hilo del que tirar para decirle que había visto a su novia metiéndose en el coche de su ex. Diana se lo puso fácil.

—Si no fuese porque aún fingen estar juntos por su madre, ni se verían.

Al parecer, todo el mundo estaba enterado de la jugada y a nadie le parecía mal.

—¿Cómo es eso? —preguntó Isabel.

La cabeza del regidor asomó por la puerta.

—Cinco minutos.

El aviso puso en alerta a Isabel que saltó como un resorte. Veinte años en la tele y aún se ponía nerviosa antes de hacer el programa. Se acercó a Diana con la cabeza ladeada, mostrando interés en la respuesta que tenía pendiente.

—Pues eso, su madre está muy enferma y para lo que le queda en este planeta, Soraya no quiere darle el disgusto de que se está divorciando del yerno perfecto.

—Un poco raro, ¿no?

—¿El qué?

—No sé... A mí no me gustaría que mi madre se muriera sin conocer una parte importante de mí.

—Corazón, tu madre se enteró por la prensa.

Isabel salió hacia plató con el puñal todavía fresco en su pecho.

MATI se sentía un detective de los años 50 en su despacho decorado con muebles pesados y maderas oscuras, ofreciendo whisky a su invitada mientras ella bebía apoyada en su gran mesa, como si sentada delante no estuviera su prima Isabel, sino una *femme fatale* en busca de su marido desaparecido.

—Te crees guay, ¿verdad? —le dijo Isabel después de echar un trago. Paladeó el licor. Estaba realmente bueno.

—He soñado con esto desde pequeña, ya lo sabes —respondió Mati acariciando la mesa.

Si sus hermanas jugaban a las casitas o a las compras, ellas dos jugaban a ser policía y ladrón, correteando por los jardines de los abuelos, subiéndose a la higuera, saliendo a la carrera cuando el abuelo les perseguía con la gayata.

—No me has llamado para recordar viejos tiempos.

—No —Mati, además de ser presidenta de la Asociación de Mujeres ProfesionALES y prima de Isabel Romero, era representante de la reina de las mañanas, además de otras figuras del cine y la televisión—. Tengo tres noticias para ti —le dijo.

—Empieza por la buena, por favor —le rogó Isabel.

—No hay buena.

—Vaya. Esto sí que no lo vi venir —La presentadora dio otro trago al whisky, pero esta vez le supo más amargo—. ¿Qué ocurre?

Mati se bajó de la mesa, la rodeó y se sentó en su silla, un opulento modelo *vintage* de cuero tan feo como caro. Del cajón del escritorio sacó una revista. Isabel gruñó.

—Ya lo he visto.

—¿Te has liado con la fisioterapeuta de manos calientes y corazón frío de las Diablas Rojas?

—Se llama Cris. Y no, no nos hemos liado, así que dile a la periodista que deje de inventarse cosas.

—Yo sólo te pido que tengas cuidado. No es de fiar —le advirtió Mati.

—No pasó nada. Sólo coincidimos en el palco VIP del Arena.

—Esa es otra —Mati se reclinó en el respaldo. Sólo le faltaba tener un puro en la boca porque la actitud de mafiosa la llevaba de serie—. Se suponía que te habían llevado para cerrar los flecos de la novela con los de la editorial.

—Yo los cerré —dijo Isabel.

Su prima se incorporó. Apoyó sus pequeñas manos entrelazadas en la alfombrilla de cuero verde, a juego con la silla, que protegía la madera de roble de la mesa. Ahora que no llevaba la coleta que solía ponerse para jugar al fútbol su pelo encrespado brillaba al contraluz de la ventana.

—¿Ya han aprobado el argumento de tu novela?

Isabel se escurrió en la silla. Sus vertebras pasaron una a una por el respaldo de madera.

—Isabel.... ¿han aprobado el argumento de tu novela o no?

La presentadora protestó como una niña.

—Es que yo quiero escribir una novela romántica lésbica, pero no me dejan. Dicen que tiene que ser negra. O un romance histórico. Tú siempre me dices que tengo que representar al colectivo, ¿verdad? Pues mira, no me dejan.

La sonrisa se instaló en el rostro de Mati.

—¿De verdad vas a escribir una historia de bolleras?

—Si me dejan...

—Vale, no te preocupes —Mati se frotó las manos. Ya se relamía con la conversación que iba a tener con la editorial—. Déjame eso a mí. Hablaré con ellos.

La luz que hacía reflejos en el pelo de su prima, también rebotaba en su vaso de whisky y un pequeño arcoiris se reflejó en la porción de mesa que Isabel tenía delante.

—¿Cuál es la segunda noticia?

Mati suspiró. Volvió a abrir el cajón y sacó una carpeta de cartón. La abrió y acercó a Isabel el papel que contenía.

—De verdad, Mati, usa un ordenador —Miró la hoja. Ya sabía lo que era—. Me lo podías haber pasado por mensaje.

—No hubiera reflejado la gravedad del asunto.

—No seáis exagerados. No es tan grave.

—Llevas tres semanas por debajo del 9% de *share*. Patricia García-Molina lleva el mismo tiempo por encima del 12%. Te está destronando.

—Es más joven. Y tiene más tetas. Su programa es una sucesión de segmentos aleatorios, *product placement* y polémicas sin sentido —se quejó Isabel.

—Prima, te juegas la renovación.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que me ponga a bailar el éxito del momento en mitad de una entrevista?

—No, claro que no. La reina de las mañanas no hace eso. Hasta que tú dejes de ser la reina de las mañanas. Querías cambiarte de casa, comprarte un chalé, ¿no? Pues ya puedes meterle caña a tu equipo —Mati se reclinó y le dedicó una mirada cómplice—. Ya sabes que hay un segmento muy fiel e intenso al que podrías atraer si tan solo chascaras los dedos.

La lengua de Isabel restalló contra sus dientes.

—No voy a usar mi sexualidad para salvar mi contrato.

—No estás usando tu sexualidad para nada, Isabel. De hecho, no la estás disfrutando. La estás sufriendo —Mati se puso en pie para adoptar la posición de detective atormentado. Se colocó frente a su prima y la miró con gravedad—. Te guste o no es un elemento más de tu personalidad. Y quieras o no —señaló la revista— otros ya están haciendo uso de ella. Esta imagen borrosa de ti con una mujer en portada les ha hecho vender un 9% más de revistas. ¿Entiendes lo que te quiero decir, Isa?

Isabel asintió.

—Lo que me lleva a la tercera mala noticia.

—Ay, ya lo había olvidado. ¿Qué puede ser peor que me estén destronando y que me hayan sacado una novia que no es? —Isabel se frotó el puente de la nariz.

Mati suspiró de manera profunda antes de hablar.

—Emilia Ferretti está en el país. Ha venido a grabar una telenovela.

El alma de Isabel se salió de su cuerpo unos segundos. Dio unos pasos por la habitación, luego viajó a Italia. Los Alpes la terminaron por dejar helada. Cuando volvió a posarse en el cuerpo de la presentadora, el vello se le había puesto de punta. Bebió de un trago lo que le quedaba del whisky. Del puro hielo pasó al fuego. Tosió. Tosió tan fuerte que pensó que se le iba a salir el alma otra vez.

—Ay, Mati —dijo entre estertores.

—Y eso no es lo peor.

—¿Pero es que hay más? —protestó Isabel lloriqueando.

—Va a ir a la fiesta de despedida de Charlie. Te la vas a encontrar.

—Pues no voy —Isabel posó su cabeza en el estómago de Mati.

—Sí vas a ir. Ya tienes comprometido el vestido.

—No puedo. No me siento con fuerzas para verla.

—Lo sé.

—Tú vas a ir también, ¿verdad? ¿Podríamos ir juntas? —rogó Isabel mirándola a los ojos.

—Claro, para nada queda de perdedora que vayas a una fiesta de gala con tu prima porque sabes que va a estar ahí tu ex.

Isabel fingió que lloraba. Mati le acarició la espalda.

—Ea, ea —la calmó como las calmaba su abuela después de recibir el bastonazo de su abuelo—. Aunque, pensándolo ahora...

La carita de Isabel emergió de entre las faldas de su prima.

—¿Qué? ¿Qué has pensado?

—Hay una manera de ir a la fiesta y resolver todas tus movidas —dijo su prima con media sonrisa. La media sonrisa que ponía cuando se le ocurría una travesura—. Sólo tienes que encontrar una mujer con la que se te vea en la fiesta.

—Ah, vender mi sexualidad.

—Ay, hija, qué pesada eres. ¿Sabes dónde vas a terminar con tanta integridad? En el 7% de *share*. Adiós libro, adiós chalet y adiós carrera. Y sí, sé lo mal que lo pasaste con Lara y con que te sacaran del armario. Estaba allí retirándote los mechones mojados de lágrimas de la cara, ¿recuerdas? Pero ya estás viendo que tu sexualidad vende, que las mujeres de la Asociación te admiran y que hay un montón de mujeres más ahí fuera que te apoyarán en esto.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Que cómo lo sé?

Mati se despegó de su prima y rodeó la mesa. Sacó otra carpeta de cartón ganándose el *meme* de Isabel Romero con los ojos en blanco en vivo y en directo, y colocó delante del rostro de la presentadora una hoja de papel.

—Estos son los resultados de un sondeo que hice sobre tu figura entre las mujeres lesbianas del país.

—¿Has hecho un sondeo sobre mí?

—Sí, mandé muchas cartas con pago franqueado.

—De verdad, Mati, que estamos en el siglo XXI ya.

—Pues a ver si te enteras tú.

Isabel gruñó y le arrancó la hoja de las manos a su prima. Miró los resultados. Un 92% veía como positivo o muy positivo que introdujera temas LGTBIQ+ en su programa; un 97% vería como positivo o muy positivo que se dejara ver en público con una pareja mujer; y un apabullante 99% entendió el malestar que sintió Isabel cuando la sacaron del armario y entendían que necesitara tiempo para encontrar un lugar desde el que hablar.

Sólo de pensarlo, a Isabel ya le subían las pulsaciones. Echó en falta el whisky. Tomó un par de inspiraciones profundas. Un timbre sonó en su móvil, como si le indicara que el tiempo de reflexión había terminado y debía tomar una decisión.

Leyó el mensajes que había recibido.

Cris: Soy Cris. Necesito un puto giro de guión. Invéntate algo.

Sus dos cejas se levantaron. Luego bajó sólo una.
Sonrió.

Ahí tenía a su nueva pareja de baile.

¡POR supuesto que a Soraya se le daba bien ver y distinguir pájaros! Todo se le daba bien. Cris la miraba y la admiraba.

El sol brillaba ya en lo alto y una ligera brisa engañaba al termómetro, pero no a Cris, que se embadurnaba la cara con crema solar cada media hora.

—¡Un milano real! —señaló Soraya al cielo.

El resto de avistadores siguieron al dedo y apuntaron con sus prismáticos. Aunque Cris enfocó sus lentes apenas vio un borrón en el cielo.

La afición de Soraya de esa semana era avistar pájaros. A Cris aún le pesaban las ojeras del madrugón.

—Así es. Se les distingue por la cola en forma de flecha, ¿la véis? —dijo la guía.

—Y eso son unas lavanderas, ¿no? —El dedo de Soraya bajó a ras de río, donde dos lavanderas jugaban a perseguirse mientras volaban por encima del agua.

El resto de aficionados viraron sus prismáticos.

—Buen ojo —le dijo la guía—. Muy buen ojo —repitió dándole un repaso a la figura de la nueva ornitóloga.

Soraya se retiró los prismáticos y sonrió. Se le habían quedado dos marcas en forma de círculo alrededor de los ojos. Le levantó el pulgar a Cris. Las dos llevaban gorra para proteger su mirada de los rayos del sol. Eran dos niñas en una excursión del colegio. Cris le devolvió la sonrisa.

Hicieron un parón para almorzar. Según la guía, parecía que las aves se sabían observadas y se escondían en las ramas de los árboles. Les convenía hacerse los despistados para que volvieran a surcar los cielos.

En aquella zona del río, alejada de la ciudad, el paisaje era más agreste. El suelo era irregular, fruto de la erosión y la acumulación de sedimentos. En un par de montículos se sentaron Cris y Soraya. Lo hicieron apartadas del grupo, en un trozo de tierra a la sombra de un gran olmo.

—Me gusta cómo llevas el pelo ahora —le dijo.

Cris se acarició la cabeza. No se había hecho nada especial, pero al quitarse la gorra, el pelo de la frente se le había pegado a la parte de arriba y parecía que tenía un tupé. Soraya se le acercó. Extendió el dedo corazón para colocarle un mechón que se había escapado, y lo recogió con los demás.

—Ahora mejor.

El dedo acarició la mejilla de Cris como una estrella fugaz, ardiente y efímera.

—Menudo careto llevas. ¿Saliste anoche? —le preguntó.

Cris negó con la cabeza mientras sacaba su almuerzo.

—El otro día mi madre me preguntó por ti —dijo Soraya antes de dar un mordisco a su bocadillo—. Me preguntó si te habías casado.

—¿Y qué le dijiste?

—Le dije que no y meneó la cabeza así, como con decepción. Dijo: Pobres de sus padres, lo que han tenido que aguantar.

—¿Aguantar el qué? —preguntó Cris.

—Pues tú me dirás: una hija lesbiana y un hijo gay. Eso para mi madre es doble pecado.

—Menuda antigualla está hecha.

—¿Sabes qué es lo gracioso? —El sol volvió a salir y cegó momentáneamente a Soraya—. Que ahora está viendo a Isabel por la tele y le cae bien. Empiezan a caerle bien las lesbianas.

Las que son hijas de otras mujeres que no son ella, claro.

—Es lo que tiene la representación *queer* en la tele. Aunque Isabel es un poco estirada —dijo Cris.

—Como inalcanzable, ¿verdad? Imagino que es el papel que interpreta.

Cris pensó en la zona VIP, en el abrazo, en sus encuentros en los baños, en la cercanía de la presentadora. Debía ser triste tener que interpretar un papel.

—La verdad es que es guapa —dijo Cris.

Las dos amigas miraban hacia el río. A veces, los destellos del sol en el agua las cegaban, volvían la cara y se miraban. Cris advirtió las pecas que le salían a Soraya en la nariz por el sol. Le ofreció su crema.

—¿Sabías que está casada? —dijo Soraya con la boca llena. Hizo una bolita con el papel de aluminio del bocadillo.

—¿En serio?

—Bueno, no estoy segura. Eso se comenta. Con una actriz italiana. Ni siquiera Diana lo sabe seguro. Es como un tema tabú —Soraya guardó la bolita en su mochila y sacó su móvil. Buscó “mujer de Isabel Romero”—. Mira, Emilia Ferretti se llama.

La primera imagen que salía de la mujer era un fotograma de una película que hizo hace veinte años en la que aparecía con poca ropa. Era la viva imagen de la mujer italiana tipo: alta, morena, de grandes curvas y mirada felina. De hecho, la habían apodado como la nueva Sophia Loren. En la actualidad, seguía manteniendo la misma belleza que en sus primeras películas, pero con la expresión diáfana y serena de quien está de vuelta de todo.

—Guau —exclamó Cris.

Estaba claro que a Isabel le gustaban más femeninas. Ella y Ferretti estaban en polos opuestos del espectro de la pluma lésbica. Fue una bajada a la realidad. Una violenta caída, más bien. Se acordó del abrazo en el palco, del “no es mi tipo” de Isabel. Recuerdos de un Vietnam en el que las chicas rechazaban a Cris por ser demasiado masculina. Desafiar la expresión de género de manera tan visible disuadía a muchas de sus pretendientes de entablar relaciones con ella fuera del armario.

Y por supuesto, Isabel no iba a ser menos. Una cosa era que se supiera que fuera lesbiana y otra que la relacionaran con una marimacho como ella. Y más siendo famosa.

En otra imagen, se veía a Ferretti pasear con una mujer por las calles de Milán sobre un titular que especulaba sobre si eran pareja o sólo “buenas amigas”.

—Uy, ¿y esto? —preguntó Soraya. Hizo *scroll* con el dedo y justo debajo de la foto de Ferretti con su actual pareja había una de Isabel con otra misteriosa mujer en el palco VIP del Asogan Arena.

Cris miró el móvil y enseguida se sintió identificada. Dudó si confesar a Soraya que era ella. Su cara eran tres píxeles gordos y podía esquivar la conversación. Sin embargo, no podía engañar a su amiga de toda la vida.

—Pero si eres tú, tía —exclamó entre risas—. ¿Te has ido al fútbol con Isabel y no me has dicho nada?

—No, no, sólo coincidimos en el palco. Eso es todo.

Soraya la miró con escepticismo. Repasó la imagen de su amiga. Cris se sintió examinada, como si Soraya estuviera sopesando si ella podría ligarse a la reina de las mañanas. Finalmente, se echó a reír.

—¿Te imaginas? Tú liada con Isabel, es que me parto.

—Sí, es gracioso —dijo Cris intentando reír también.

La risa de Soraya fue a más. Algunos de sus compañeros de excursión la chistaron. Estaba espantando a las aves.

—A ver, no es tan, tan gracioso —Cris empezaba a sentirse ofendida por tanta risa.

Esa no era la conversación que esperaba tener con Soraya cuando la invitó a salir a pasear por el campo.

—Ay... —Soraya se limpió el rabillo del ojo—. Tienes que sentar la cabeza —Extendió sus piernas en el suelo. Tenía las puntas de las botas de montaña llenas de polvo. Dio dos golpecitos y algunas trizas cayeron al suelo—. Mírame a mí. He pasado de un matrimonio infeliz a tener una familia.

—Sobre eso... —Cris aprovechó el momento—. ¿No crees que vas muy rápido? Diana es tu primera pareja mujer.

Esa sí era la conversación que esperaba tener con ella.

—Ya sé que es la primera, pero no me hace falta más para saber que me viene bien.

—Pero ella es muy intensa, y alocada, y tú necesitas algo más... Tranquilo. No quiero meter mierda, pero te conozco y no creo que sea la indicada para ti.

—Cris, ¿y quién es la indicada para mí? Todo el mundo decía que Félix y yo éramos perfectos y míranos —Soraya se revolvió en el sitio para colocarse frente a ella—. ¿Tú no estarás yendo de mujer en mujer esperando a la mujer perfecta, no? Te lo digo porque nunca llega. Las cosas no llegan, Cris. Hay que hacer que ocurran.

A Cris le entró una bocanada de aire por la nariz. La frase de Mr. Wonderful le sentó como una patada en el hígado. Con lo inteligente que era Soraya, ¿cómo podía estar tan ciega?

Y con lo brava que era con otras mujeres, ¿cómo achantarse así con Soraya y ser incapaz de confesar sus sentimientos por ella? Era sólo valorar la idea y ya se le ponía un no-sé-qué en el esternón.

—Diana me ha pedido que me case con ella —susurró.

A Cris se le salieron los ojos y el no-se-qué se le subió a la cabeza. Se mareó. Menos mal que ya estaba sentada. De lo contrario, hubiera tenido que esforzarse por mantenerse en pie.

—¿Qué dices?

—Pues eso: que me ha pedido que nos casemos.

—Pero si apenas has firmado los papeles del divorcio con Félix. ¿Y tú madre? ¿Qué dice? —Cris se odiaba a sí misma por sacar la carta de la madre, pero no veía otra alternativa.

—¿No entiendes lo difícil que es esto para mí? —se defendió Soraya—. Mi madre se muere y hay una gran parte de mí que está deseando que lo haga pronto. ¡Joder! —Soraya se puso en pie de un salto. Se sacudió con rabia el trasero del pantalón, tan fuerte que parecía que se estaba azotando a sí misma.

—Lo... Lo siento, perdón —Cris tropezó con sus propios pies cuando se puso en pie.

—Ya sabes lo intensa que es Diana —Soraya hablaba al horizonte—. Le he pedido tiempo. No sé si me entiendes.

La tristeza arrasó con el rostro de Soraya. Se le cayeron las mejillas, los ojos se le humedecieron y sus labios empezaron a tiritar. Cris le acariciaba el hombro.

—Me lo merezco, ¿verdad? Me merezco ser feliz —dijo Soraya al borde del llanto.

—Claro que sí, Soraya —dijo Cris.

—Me merezco esta felicidad que siento con Diana, ¿a que sí?

Cris enmudeció. Tenía la boca ligeramente abierta y frente a ella, una mujer sedienta de sus palabras.

—Después de tanto mal de amores, me lo merezco, ¿no? —insistió Soraya.

La cabeza de Cris comenzó a moverse. Aunque su mente y su corazón no quisieran, el cuerpo respondía por ella.

—Sí, Soraya, te mereces la felicidad que te da Diana.

Soraya rio aliviada y la abrazó muy fuerte. Tan fuerte que rompió en mil pedazos el no-sé-qué del esternón.

Luego se agachó para recoger su mochila y sus prismáticos. Se pasó la mano por las mejillas y sonrió.

—¿Vamos?

Cris la vio ir hacia el río, liviana. Se había quitado un peso de encima. Ella misma se lo había quitado.

Recogió su mochila de un tirón y se la echó al hombro. Quería volver a casa para llorar, o golpear cosas, o ambas cosas a la vez, pero estaba lejos.

Antes de unirse al grupo, sacó su móvil y escribió.

Cris: Soy Cris. Necesito un puto giro de guión. Invéntate algo.

Capítulo 4

El de la fiesta de jubilación

HABÍA pedido un giro de guión y se lo estaba dando. Cris no acababa de entender dónde se había metido cuando cruzó el umbral del ático de Isabel.

Estaba en la casa de la presentadora más popular entre la comunidad LGTBIQ+, mal que le pesara. La había invitado a pasar como si fuera una prima suya, le había preguntado si quería tomar algo y le había invitado a que se sentara en su sofá y ella le había dicho que sólo tomaría té porque estaba de ayuno y que prefería no sentarse porque no quería profanar el sofá de la reina de las mañanas con su culo de plebeya. Todo esto, con Isabel sin maquillar, con un moño mal hecho y vestida con bata y pantuflas. Muy lejos de su imagen de la tele. Así de poco le importaba gustar a Cris o no.

Y aún así, estaba bellísima.

—Es... Es muy bonito —acertó a decir Cris cuando entró.

A su espalda, Isabel le contaba que sí lo era, pero que quería cambiarse a una casa.

—Fuera de la ciudad, con piscina y jardín. A veces aquí es difícil vivir.

—Suenan bien —añadió Cris por decir algo.

Cualquier silencio de más de dos segundos la torturaba. No quería ser un personaje soso. No quería parecer una novia insulsa.

El ático tenía una de las paredes llenas de grandes ventanales y el espacio abierto que era la cocina, el comedor y el salón quedaba bañado por una luz grisácea fruto de la pelea que estaban teniendo las nubes de tormenta y el sol. Cris examinaba el perfil de Isabel mientras la presentadora ponía una tetera al fuego y le hablaba de lo que su *coach* literaria le había dicho el día anterior.

Tampoco había silencios de más de dos segundos. Isabel se encargaba de ello con su intensa verborrea.

—Es como que tengo muchas ideas, pero cuando me siento a escribir y veo la hoja en blanco, mi mente se solidariza y también se pone en blanco. Entonces me ha dicho mi *coach* que pruebe a usar el método del copo de nieve.

Isabel empujó la taza de té por la superficie de la encimera. Se colocó de medio lado para estar de cara a Cris y la tela de la bata se abrió dejando ver el pijama que llevaba debajo.

—Te estoy aburriendo, ¿verdad? —preguntó.

—Para nada —Cris cogió la taza y sopló. Al parecer, la presentadora también temía parecer una aburrida—. En la universidad hice un semestre de Creación Literaria. Necesitaba créditos y me dijeron que en esa clase el profesor era majo y se aprobaba fácil.

—Pero estudiaste Fisioterapia, ¿no?

—Sí, soy fisioterapeuta con un cuento publicado en el revista de la facultad de Ciencias de la Información —dijo Cris con el pecho henchido.

—¡Ja! —rio Isabel—. Me encantaría leer ese cuento.

Cris se puso nerviosa. No esperaba ese tipo de interés por parte de Isabel. Aún dudaba de qué hacía allí, de si era real. Además, acababa de recordar que, si bien ocultado bajo una capa de metáforas, el cuento narraba su historia de amor con Soraya de una manera bastante cursi. Estaba

segura de que Isabel sería capaz de quitar todas esas capas para entender el mensaje y se reiría de ella.

—Ehm, bueno, es una chorrada. Y no tiene tantos giros de guión como tu novela —Quiso desviar la atención.

—Va sobre Soraya, ¿verdad? —La presentadora entornó los ojos. La había pillado—. Me va a costar escribir sobre alguien tan diferente a mí. Nunca me he... —Isabel se mostró dubitativa sobre qué expresión usar—. Imagino que nunca he estado tan enamorada de alguien como para entender lo que sientes por ella.

Un silencio. Demasiado largo. Rápido, que alguien diga algo.

—Son sus ojos —confesó Cris. La frase no pasó por su cerebro sino que salió del estómago, sin procesar. De manera inmediata, sintió un gran alivio. Salvo a su jefe, al que se lo contó en una cena de empresa y sólo tras varias copas de alcohol, no le había confesado a nadie que llevaba décadas enganchada a su amiga del colegio. Fue liberador. La presión del pecho se fue drenando y respiró con más calma, con más aire, con más pulmones.

—¿El qué?

—Me encantaban sus ojos —siguió drenándose Cris—. Me encantaba mirarlos y me flipaba cuando se clavaban en mí. Me sentía bendecida. Prendada se dice. Simplemente, sabía que estábamos hechas para mirarnos.

—¿Y ahora?

—Tenemos los mismos ojos, ¿no? —respondió Cris pensando que con eso lo explicaba todo.

—Tenéis los mismos ojos, sí, pero la mirada cambia —dijo Isabel. Ladeó la cabeza cuando se escuchó a sí misma—. ¿Puedo usar eso en mi novela?

—Voy a tener que cobrarte derechos de autor —Cris rio y le dio un golpe en el hombro. Luego le pidió disculpas por haberla tocado.

Isabel rio con ganas. Sin maquillaje, Cris pudo apreciar varias pecas, diminutas y oscuras, desperdigadas a ambos lados del rostro de la presentadora. Tenía otra en el lóbulo de la oreja derecha y una última en la garganta. También tenía una cicatriz en la barbilla.

—Cris, yo... —Isabel se mordió el labio—. Quiero agradecerte lo que vas a hacer por mí.

—No, no, yo quiero agradecerte lo que vas a hacer por mí.

Isabel dejó su taza en la encimera y juntó las yemas de sus manos. Cris le había visto hacer ese gesto en su programa. Lo usaba cuando quería imprimir seriedad a un asunto.

—No, de verdad. Lo que vas a vivir esta noche es... Agotador. Vas a ser mi pareja. Te van a mirar, te van a juzgar, les vas a parecer poco para mí —dijo. Se acercó a ella y le puso la mano encima de la suya. Sus dedos taparon la palabra “cora”. El color de sus pieles contrastaba con el gris de la encimera—. Sólo quiero advertirte de que esta noche no va a ser fácil para ti.

Vale, no sólo estaba en el piso de Isabel Romero sino que ahora la mano de la presentadora la estaba acariciando. El frío del cuarzo le traspasó la piel y sintió un extraño calor en el pecho. La fisio retiró la mano y se rascó la nariz.

—¿Qué me vas a contar, Isabel! —dijo Cris. De repente, le sonó rarísimo llamarla por su nombre—. Me la voy a pasar viendo a Soraya en brazos de otra mujer. Sé que va a ser difícil. De verdad, estoy preparada.

Las dos mujeres se miraron con una extraña complicidad. Dos corderitas a punto de meterse en la boca del lobo.

Isabel retiró primero la mirada.

—¿Me enseñas lo que has traído?

Sobre el sofá de color crudo, Cris abrió la funda que había llevado y sacó su traje pantalón oscuro de bodas, bautizos y comuniones. En una percha, había colgadas tres camisas de diferentes colores y estampados. Remataba el look unos mocasines de charol y tacón bajo.

—¿Pensabas llevar esto? —preguntó la presentadora.

—¿Qué le pasa?

—Que parece que se lo has robado a tu primo pequeño.

—¡Me costó una pasta!

—No quiero ofenderte, pero...

—Tarde —Cris cogió una manga y la meneó. Parecía que llevaba de la mano un niño fantasma—. Es el traje que me puse en la boda de Soraya.

Isabel se acercó a ella. Instintivamente, Cris se encogió.

—Sigue.

—Yo... La vi caminar hasta el altar agarrada del brazo de su padre. Iba guapísima, radiante, como se suele decir.

—Me lo puedo imaginar. Es una mujer muy bella.

—Cuando nuestras miradas se cruzaron... —siguió Cris—. Vi una sombra de duda en sus ojos, y me la esquivó.

La presentadora le pasó una mano por el hombro y siguió por la parte alta de la espalda.

—Cris —le dijo—, eso no es un recuerdo; es una escena de ‘Rosas rojas’.

El tono era burlón, pero el comentario no le sentó nada bien. Cris comenzó a recoger las prendas.

—Esto es una pésima idea. No sé ni por qué he venido.

—Eh, eh —susurró Isabel. Se acercó a ella de nuevo y apoyó las manos en sus hombros para detenerla. Le buscaba los ojos—. Estamos aquí para ayudarnos mutuamente. Tenemos un trato. Tú te haces pasar por mi pareja esta noche y yo te ayudo a conquistar a Soraya, ¿recuerdas?

—Es una pésima idea, Isabel. ¿Tú y yo juntas? Nadie se lo va a creer. Soraya no se lo va a creer.

—Hemos salido en la revista. Ya habrá empezado a hacer sus cábalas.

—¿Tú crees? ¿Y si se piensa que ya no me interesa? ¿Y si cree que me ha perdido?

—Es de lo que se trata —De nuevo, las yemas de los dedos pegadas, remarcando cada palabra—: hacerle ver que eres carne de novia, no de amiga. Que te vea como una mujer deseable, Cris.

—Porque tú me desees.

—Bueno, vamos a hacer entender que sí —titubeó Isabel.

—Pero no vamos a posar en el *photocall*.

—No, nada de *photocall*. Charlie me mataría por robarle el *show*.

—Estos jueguecitos de fingir ser novias para que se ponga celosa... No sé. Me siento como si fuera una cría —Cris se sentó abatida en el sofá.

—Soraya también —Isabel se sentó a su lado. Le puso una mano en la rodilla. Luego la retiró—. Soraya también te ve como una cría. Tiene todavía anclada esa imagen de ti, de cuando erais pequeñas. Por eso hay que cambiarla.

—Ya la he cambiado. Me corté el pelo —Cris se tiró de un mechón del flequillo para demostrarlo.

La presentadora sonrió con candidez.

—Pues no ha sido suficiente. Soraya no te ha visto como mujer en estos treinta años. Tiene que verte. Y para eso estamos aquí.

—No me digas. Ahora viene una escena tipo ‘Pretty Woman’ en la que me pruebo varios vestidos que tú has seleccionado de manera totalmente desinteresada para mí sin tener en cuenta mis gustos ni mi personalidad, únicamente con el objetivo de encajar mi imagen en algo más femenino y atractivo para la mirada masculina.

Isabel sonrió. El tono burlón había vuelto.

—Exacto.

—Tú novela va a ser un cliché con patas —dijo Cris.

—Y voy a ganar una pasta con ella.

—No sé si a las lesbianas les va a gustar esta escena.

—Pues la haremos cortita —respondió Isabel caminando al otro lado de la habitación—.

¡Ven!

Cris la siguió. Entraron en lo que parecía una habitación de invitados, pequeña y coqueta. En la lámpara de la habitación había varios vestidos colgados. Le horrorizaron todos. Cualquier cosa que le supusiera tener la entrepierna al aire le producía espanto.

—El rojo no, demasiado encaje —comenzó a descartar Cris—. El azul tampoco, la gasa me pica. El blanco... No me gusta ese escote.

—Pues sí que va a ser corta la escena—dijo Isabel. Cogió el vestido negro antes de que Cris le encontrara alguna pega y la empujó hacia la cama—. Prueba este vestido mientras yo voy llamando a maquillaje y a la peluquería.

—¿A Diana?

—No, ella está en un hotel maquillando a todo el *staff* del programa. Nosotras vamos por libre.

Cris cogió el vestido y se lo pegó a su cuerpo. Una vez se quedó sola, miró a su alrededor. No parecía que hubieran pasado muchos invitados por esa habitación. Casi se apreciaba el olor a recién pintado. La cama tenía una colcha blanca impoluta, las paredes también eran blancas, el armario, la mesilla. Parecía una gran caja blanca. Colgó el vestido en el pomo del armario. La falda arrastraba un poco por el suelo. Cris quiso comulgar vestida de marinerito y su madre no la dejó. Quizá Isabel se refería a eso cuando decía que Soraya la veía como cuando eran pequeñas, siempre en vaqueros y camiseta. Estaba tan preocupada en repeler la mirada masculina que se olvidó por completo de cómo era eso de sentirse atractiva con ella misma.

—En fin —se dijo—. Si quieres tener resultados diferentes...

No tardaron en llegar la peluquera y el maquillador. Isabel golpeó la puerta.

—¿Cómo vas?

—Me vendría bien algo de ayuda para subirme la cremallera por detrás —respondió Cris entre resoplidos.

La puerta se abrió pero quien entró no fue Isabel, sino las profesionales. La peluquera era una mujer con cuerpo en forma de pera que hablaba sin parar.

—Pelo cortito. Me gusta, así tengo menos trabajo. ¿Cómo lo sueles llevar? ¿Así sin más? Ah, que te haces un tupé de vez en cuando. ¿Pero un tupé en plan bien o uno en plan sigo anclada en los 80? Bueno, es igual. Yo te haré uno en plan bien. Te vamos a dejar que no te va a reconocer ni tu madre. ¿Tienes madre, no? Las madres son a veces un poco coñazo. La de Isabel, por ejemplo, quiere más a sus cachorros que a sus cuatro hijas. ¡Cuatro hijas! Todo mujeres, ¿te lo puedes creer? No sé cómo nos se les cayó la casa encima con tanta raja.

El maquillador era más discreto. Era inevitable serlo con aquella compañera tan habladora. Le preguntó a Cris qué tipo de maquillaje solía usar y cuando esta le dijo que ninguno, movió la cabeza, como si se esperara esa respuesta.

—En mi caso, la idea es que, aunque vayas con un vestido precioso y un peinado magnífico, seas capaz de reconocerte, que estés cómoda, ¿sabes? —le dijo mientras le subía la cremallera del vestido.

Cris se abandonó a ese agujero de conejo en el que se había metido. Se imaginó a Isabel con dos orejitas de conejo y un reloj de bolsillo arrastrándola hacia su madriguera diciendo “Tienes que hacer algo diferente”, en lugar de “Llego tarde, llego tarde”. Aunque esta expresión también hubiera valido.

30 años tarde, concretamente.

—¿Me dejarías meter tijera? —le preguntó la peluquera poniéndole un móvil delante.

En el móvil había una foto de una famosa actriz con el pelo corto, descargado por un lateral y con el flequillo escalonado por encima de los ojos.

—Mete tijera —dijo Cris avanzando un trecho más en la madriguera.

El maquillador tenía dos pendientes en una mano y la paleta de sombras en la otra. Miraba los pendientes, la paleta y la cara de Cris de manera alterna. Optó por un juego de pendientes largos con brillantitos rosas y siguió maquillando a Cris.

—¿Sabes a quién me recuerda esto? —dijo la peluquera como si Cris no estuviera.

—Sí. Y más vale que no la mientes si no quieres instalar la bajona en esta casa —respondió el hombre.

Los ojos de Cris iban de una a otro.

—¿Os referís a Ferretti? —preguntó.

Se miraron entre sí. El maquillador miraba a la peluquera, negaba con la cabeza, como si quisiera impedir que hablase. Pero la peluquera, si lo entendió, no hizo caso, y abrió las compuertas de su verbo.

—A Lara. Una chica como tú. Bueno, como tú no, que tú eres de otro rollo. Era un amor, un sol. Dulce, amable, cariñosa. Isabel la quería tanto...

—¿Qué pasó? —Quiso saber Cris.

—Nada, no pasó nada —La brocha del maquillador golpeaba el rostro de Cris, castigándola por su curiosidad.

—Pues que se fueron a Nueva York y les hicieron fotos. Y la pobre no pudo aguantar la presión de tanto fotógrafo y tanta atención. Dejó a Isabel a las puertas del altar, como quien dice. La pobre no ha vuelto a salir con nadie. Dice que todo lo que toca lo pudre.

El maquillador le agarró de la barbilla.

—Tú a callar, eh. No te hemos contado nada.

Cris abría y cerraba los ojos cuando se lo pedía. La peluquera había terminado hacía unos minutos y había salido de la habitación para peinar a Isabel.

—Bueno, espero que te guste —dijo finalmente el hombre.

—No es a mí a quien le tiene que gustar —respondió Cris. Se puso en pie. Había un espejo en la habitación y se dirigía allí para ver el resultado final cuando el maquillador se puso en su camino y le interfirió la señal.

—Si no te gustas a ti misma, malamente vas a poder gustar a nadie más. Así que sí, esto te tiene que gustar a ti.

Lo soltó con tal gravedad que Cris no tuvo otra que asumir la evidencia.

—Está bien.

Cris cerró los ojos y tomó aire. El hombre se apartó. Cris soltó el aire lentamente y abrió los ojos.

Luego se le abrieron todavía más.

—Joder.

—¿Te ves?

Era ella y a la vez no lo era.

Una máscara para el baile en el que todo era posible.

—Me veo.

Cris daba vueltas sobre sí misma, se acercaba al espejo a ver el maquillaje, se miraba el pelo. El hombre le iba explicando por detrás por qué había elegido ese tono y cómo el corte de pelo le suavizaba las facciones y le acentuaban los tatuajes del cuello.

—Me veo y me gusta —sentenció Cris.

—Estupendo. Vamos a enseñárselo a Isabel.

Un hormigueo recorrió el cuerpo de Cris y se instaló en los pies. Aquellos tacones eran sorprendentemente cómodos.

SIEMPRE que se maquillaba para algo que no fuera la tele se sentía disfrazada. Al contrario que Cris, no era capaz de verse a sí misma bajo la capa de polvos y la máscara de pestañas. Con lo bien que estaría ella con su moño y su pijama tumbada en el sofá viendo una de Audrey Hepburn o de Elisa Wilson. Odiaba las alfombras rojas, los *photocall*, las fiestas con famosos... Por mucho que su prima insistiera, para ella era imposible encontrar el amor en esos escenarios de cartón piedra.

—Tampoco hace falta un gran peinado, Luiza. Es sólo una fiesta de jubilación —le dijo a la peluquera.

La mujer le hizo caso omiso y siguió retocando mechones y echando laca a pesar del gesto adusto de su clienta.

Isabel escuchó cómo se abría la puerta de la habitación de invitados a su espalda. En el fondo, llevar una pareja falsa a este tipo de fiestas era una deliciosa ironía de la que pensaba disfrutar toda la noche.

—Tu chica está lista —anunció el maquillador.

—No soy su chica —dijo Cris. —No es mi chica —dijo Isabel a la vez, las últimas gotas de laca todavía cayendo en su pelo.

—*Whatever*.

Isabel se levantó de la silla y deseó no haberlo hecho, porque tuvo que agarrarse al respaldo cuando vio a Cris.

—Oh —acertó a decir. Sus labios se quedaron haciendo un círculo.

Miró los tacones. Parecían hechos para sus pies. Todo el atuendo parecía estar hecho para Cris, como si hubiera sido tejido sobre su propia piel.

—¡Verdad! —exclamó Cris ladeando ligeramente el cuerpo.

Las transparencias dejaban ver una buena porción de su espalda, los músculos asomaban bajo la seda, le daban vida a la tela y a su vez, la tela, le daba sentido a la piel. Hasta los tatuajes parecían dibujos hechos con los hilos del vestido.

La presentadora no dijo nada. Se tomó un momento para recuperar el dominio de sus piernas. Desde fuera, parecía una diva que se negaba a ceder unos centímetros de poder. Por dentro su cuerpo ardía en llamas. Era como si Cris atrajese todo átomo de energía de la habitación, los de Isabel incluidos, y los absorbiera para quedarse con su luz.

—Estás...

Apenas podía reunir unas pocas neuronas para componer una frase con sujeto y predicado. ¡Ella! Por primera vez en mucho tiempo, la presentadora, periodista y futura escritora Isabel Romero se había quedado sin palabras. Era Cris, de eso estaba segura. Pese a haberse

llevado toda la luz, Isabel todavía podía ver su altivez, su seguridad, su gestualidad masculina enmarañada en un vestido ajustado. Pero ahora, además, era capaz de ver más cosas en ella. Su paciencia por lograr un objetivo, su fidelidad a sí misma por encima de todo, su capacidad de amar a una mujer con una profundidad que atravesaba el tiempo.

Y unos ojos preciosos.

Y unos hombros aterciopelados.

Y una cintura suave y sinuosa.

Se arrepintió de haberle dicho que no posarían juntas en el *photocall*.

Tras el colapso inicial, Isabel recuperó algo de su autonomía y, por fin, cedió un metro a Cris.

—Soraya te verá.

Cris dio una vuelta más sobre sí misma haciendo volar la parte baja de su vestido y la energía volvió a repartirse por la habitación.

—¿Por qué me miras así? Pareces embobada.

Con el aplomo que dan docenas de entrevistas incómodas, Isabel respondió:

—Es que estás muy guapa, de verdad. ¡Hemos cumplido el objetivo, chicas! —felicitó al maquillador y a la peluquera que se ovacionaron a sí mismos.

—No te preocupes —dijo Cris—. Mañana me verás en vaqueros y se te pasará.

—¡Ja! —Isabel se colocó en mitad del salón. No podía dejar de sonreír—. ¿Y yo? ¿Estoy guapa?

Cris se encogió de hombros.

—¿Sólo así? —protestó la presentadora.

—No sé. Tú estás acostumbrada a estas cosas —dijo Cris señalando a las profesionales, que recogían sus cosas satisfechas por el trabajo bien hecho—. Tú siempre estás guapa.

—Yo siempre *tengo* que estar guapa —matizó Isabel. Cogió un rulo que había en el suelo y se lo entregó a la peluquera—. Si no fuera por ellas, mi autoestima estaría por el suelo. ¿Tú sabes la cantidad de críticas que recibo en redes sociales? Me dicen que no las lea, pero a veces es imposible escapar de ellas. A mi madre le encanta compartirlas conmigo —Abrió los brazos resignada—. Así que sí, necesito que de vez en cuando alguien me diga que estoy guapa.

Cris asintió.

—Está bien, está bien. Yo te lo diré cuando te vea guapa —dijo—. Pero que conste que tengas la aprobación de una fisio con nulo sentido de la moda no tiene mucho valor.

—Tú dímelo y yo ya decido si tiene valor o no.

Isabel aguantó la mirada de su invitada que, finalmente, la desvió hacia el suelo antes de que pudiera ver su sonrisa.

DIANA regresó a casa con los brazos cargados de bolsas de la compra, un arcoíris de productos frescos asomando por los sacos de papel con la promesa de una dieta más equilibrada que durará tanto como dure su fuerza de voluntad.

Desplegó el llavero del puño y escuchó unas voces dentro. Al principio, pensó que eran las de Soraya y Nerea, pero algo no le cuadraba.

Al empujar la puerta, pudo escuchar unas voces que resonaban desde el salón. Se le heló el corazón al reconocer la risa caballuna de Carmen.

Entró despacio, preparándose para lo que iba a ver. Ahí estaban, Soraya y Carmen, enredadas en una conversación que parecía fluir sin esfuerzo, como si se conocieran de toda la vida. El contraste era tan grotesco que dolía. La dulce y amable Soraya charlando como si nada con la malvada Carmen, la mujer que las abandonó por otra.

Sus pasos vacilaron, las bolsas de repente se sintieron más pesadas mientras permanecía congelada en el umbral.

—¿Dónde está Nerea? —preguntó.

Carmen fue la primera en levantar la vista. Sus ojos se encontraron con los de Diana con una mezcla de desafío y diversión, como si hubiera estado planeando este momento durante meses. Soraya se giró después, su sonrisa viró de la inocencia al desconcierto al registrar la expresión de Diana.

—Diana, hola —saludó Soraya, su voz teñida de una torpeza inédita. —Carmen acaba de venir a por Nerea. Oh, está en su habitación.

—Bien, pues ya se la puede llevar. ¡Nerea!

—¿Irse? Si acaba de llegar.

—No te preocupes, Soraya —Carmen le tocó una pierna y se levantó—. Ha sido una conversación deliciosa.

—Ha sido una conversación deliciosa— le hizo la burla Diana—. No seas cabrona, Carmen.

—¡Diana! —exclamó Soraya.

—Cariño, no te metas. Y no vuelvas a meter a Carmen en mi casa.

Soraya también se puso en pie para hacer aquel triángulo algo menos irregular.

—No seas grosera, Diana—reprendió Soraya.

Nerea apareció por el pasillo. Llevaba su mochilita a los hombros. Tiró de la camiseta de su madre. Diana se agachó para escucharla.

—No te enfades con Soraya, porfi.

—Pórtate bien, ¿vale? —le respondió Diana dándole un beso e ignorando deliberadamente la petición de su hija—. Adiós, Carmen.

Carmen sonrió con una malicia que sólo Diana entendió. Se las sabía todas de su ex. Era experta en dejarla mal. La loca de Diana, mira cómo se pone echa una hidra sólo porque su ex y su novia estén tomando café tranquilamente.

Diana se hizo a un lado, pero no fue suficiente. Carmen pasó a su lado y, con la excusa de coger de la mano a Nerea, le golpeó un pecho con su hombro.

—Adiós, querida —se despidió.

Aún pasaron unos segundos hasta que Diana pudo moverse otra vez. Fue directa a la cocina.

—No había necesidad de ponerse así —comenzó a decirle Soraya yendo tras ella. En la cocina, se encontró a Diana colocando las cosas en su sitio.

—He comprado esta marca de yogures. Estaba de oferta.

—¿Ves? Tan típico de ti. No hablas las cosas, Diana.

—No hay nada que hablar, Soraya —le dijo blandiendo una lechuga—. Esa mujer me puso los cuernos.

—Pero es la madre de tu hija. Tenéis que llevaros bien.

—Perdona que no seamos todos tan perfectos como tu ex marido y tú.

—Se llama madurez.

—Se llama madurez —Diana le hizo la burla.

—¡Ogh!

Dejaron la conversación en pausa mientras colocaban la compra. Por unos minutos, sólo se oía el ruido de las latas en la despensa o el de los cajones de la nevera abriendo y cerrando. Ni una palabra. Sólo el lenguaje de los reproches silenciosos de la convivencia.

Cuando terminaron de recoger, se quedaron sin la excusa de no hablar. Para demostrarle que sí podía ser una persona madura, Diana se sentó en la mesa de la cocina y le pidió a Soraya que hiciera lo mismo.

—Todo empezó con un inocente café —comenzó a relatar—. Una vecina simpática, una bienvenida amable, y dos meses después, las pillé en la cama.

Soraya arrastró la mano por el hule de estampado tropical y agarró el brazo a Diana. La miró con ternura. Quizá una ternura algo sobreactuada, no porque no la sintiera así, sino porque para romper el muro que había levantado Diana necesitaba poner todo su afecto sobre la mesa.

—¿Crees que te voy a engañar? ¿Es eso?

—¡Claro que me vas a engañar, Soraya! Todas nos engañamos —dijo Diana sin saber muy bien qué quería decirle, qué quería decirse a sí misma.

—Mi amor, yo no te voy a engañar, ¿me oyes? —Soraya se puso en pie y la abrazó por detrás para llenarla de besos—. No ves que soy una persona madura —dijo entre risas.

Diana se dejó querer. Soraya era una amante consumada y sus labios de fresa recorriéndole el cuello la estaban poniendo a tono.

A veces le daba rabia lo fácil que era de engañar.

—¡Venga! —dijo Soraya—. Tenemos trabajo que hacer esta noche.

A Diana le sobrevino el cansancio adelantado de todo lo que tenía por hacer.

LA imagen del *photocall* era una enorme foto de Charlie con la cara planchada y la sonrisa blanqueada. Así se aseguraba de estar en todas las fotos que salieran en las revistas, como un Gran Hermano omnipresente que todo lo ve.

Era el día de su despedida y el presentador del tiempo mostraba sus dientes ensanchando las comisuras de los labios todo lo que le daba de sí el bótox. Parecía que se le hubiera paralizado la cara. Saludaba a sus invitados, les decía unas palabras amables, algún chascarrillo, posaban juntos, lluvia de *flashes* y gritos de los fotógrafos, “¡aquí, aquí!”, y siguiente invitado.

Después del *photocall* había una fila de periodistas por la que los invitados tenían que pasar sí o sí antes de entrar a la sala. Era el peaje que había que pagar para tener repercusión mediática de una fiesta que había costado una pasta.

Los fines de semana, el lugar era una discoteca de moda ubicada en una antigua fábrica de tabaco. Isabel había ido alguna vez a aquella discoteca y se había quedado prendada con la brutalidad del edificio: la estructura, la mampostería, las enormes vigas de metal.

—Te va a encantar el sitio —le dijo a Cris como si la conociera de siempre—. Bueno, si te gusta el estilo industrial, claro.

Tenía que decirle algo a Cris. Una hora antes a la presentadora no le hubiera importado hablarle sin más, como no le había importado recibirla en su casa con el moño deshecho y las pantuflas. Pero ahora no, ahora le importaba lo que esa fisioterapeuta de manos grandes y calientes pensara de ella. Se masajeó las sientes. Iban en un coche. Las dos sentadas en la parte de atrás, sin apenas hablar ni mirarse. Los átomos de energía se habían convertido en un agujero negro denso y pesado que se comía cualquier gesto, cualquier palabra entre ellas.

—Esto... —Isabel se giró en el asiento—. Te tengo que pedir una cosa.

—Sí, claro —Cris entendió a la primera. Formaba parte del acuerdo—. Cuando lo consideres dile al chófer que pare y yo continuo andando. Me hago cargo.

Cris sonrió, y aunque no era su sonrisa bonita, a Isabel le pareció franca. Le miró el pelo. Su peluquera había hecho un trabajo estupendo con aquel corte a tazón.

—Yo... Lo siento —comenzó a disculparse la presentadora.

—Entiendo la situación, Isabel, de verdad. No somos novias y no quieres que la prensa

nos haga fotos. Yo quiero que Soraya me vea y tú necesitas tu historia. De verdad: te agradezco mucho todo lo que estás haciendo —Volvió a sonreír de manera sincera—. Yo seré tu historia.

—¿Ya no me vas a cobrar derechos de autor?

—Eso ya lo veremos —rio Cris.

La presentadora ordenó al conductor que se detuviera un momento. Antes de salir, Cris arrugó las cejas.

—¿Qué pasa? —preguntó Isabel.

—Tienes algo ahí.

Cris se acercó a ella y extendió el dedo índice. Isabel lo notó acariciando el cartílago de su oreja. El dedo rozó unos segundos su piel y la caricia la obligó a cerrar los ojos.

—¿Ves? —Cris le mostraba orgullosa una mota blanca que temblaba en su yema. Sopló y la mota blanca desapareció. Ni siquiera la vieron volar. Simplemente, se esfumó —¿Te imaginas que sales con eso en las fotos?

Isabel rio fuerte. Tan fuerte que asustó a Cris. Pero necesitaba hacerlo, necesitaba oír su risa, o gritar, para forzar una sordera que le impidiera escuchar lo que sus ganas le decían.

Ajena a esta vorágine, Cris salió del vehículo. Movía la cabeza a un lado y a otro para asegurarse de que el vestido no se arrugaba ni lo pisaba, pero en ningún momento se giró para despedirse.

El coche arrancó de nuevo.

ISABEL tenía razón: el edificio era impresionante y bello. La brutalidad de la estructura y la antigüedad de los materiales, que se dejaba ver entre las grietas del cemento y el óxido del hierro, contrastaba con los focos y las luces de neón. Cris bajó la vista y se topó con la imagen del *photocall*, que le le pareció entre divertida y siniestra. El retrato estaba sobre un fondo azul con un montón de logos de marcas que habían patrocinado la fiesta de jubilación y un texto con letras grandes y brillantes: “Farewell, Charlie”. Había *fans* haciendo pasillo en la acera y un par de personajes de la tele se hacían fotos con ellos antes de entrar al edificio. Cris pasó por detrás y avanzó hasta que se encontró con un hombre alto vestido de traje negro que le cortó el paso. Detrás de él se asomó un joven flacucho con un portapapeles.

—¿Nombre?

Cris dijo su nombre y apellidos, y rezó para que Isabel se hubiera acordado de incluirla. El chico buscó y buscó pero no encontró nada en una primera pasada.

—¡Ah! Aquí estás —dijo por fin corroborando que no existía nadie para él que no estuviera en esa lista. Sacó un subrayador e iluminó de amarillo el nombre de Cris. El hombre de negro se hizo a un lado para abrirle paso.

El bullicio era tremendo. Los *flashes*, los gritos, las risas. Era una locura. Imposible no dejarse llevar por tanta atención, por tanto protagonismo.

Cris estiró el cuello porque había reconocido el color del vestido de Isabel. Los tacones le daban una nueva perspectiva de la vida que no le disgustaba del todo. Localizó a la presentadora. Se había hecho fotos con seguidores y ahora esperaba su turno en el *photocall*. Hablaba con el que sustituiría a Charlie como hombre del tiempo, un chico joven y alto con un poco de pluma. Cris rio: Al final Isabel iba a convertir su programa en un desfile del Orgullo.

Se quedó esperando en el *hall*. Se sentía tan fuera de lugar que necesitaba la presencia de Isabel de inmediato, antes de que la descubrieran como la impostora que era.

Miró el reloj. Quizá Soraya ya estuviera dentro. Se le aceleró el corazón. Pensó en varias frases para decir. “Gracias, gracias, tú también estás muy guapa. Vaya, como siempre. Más guapa que el día de tu boda”. Bueno, eso era difícil. “Estás preciosa con ese vestido, pero me

encantaría arrancártelo con los dientes”. Cris se rio de su propia ocurrencia. Podía ser una ligona empedernida, a veces, una caricatura de sí misma, pero con Soraya era diferente. Tenía que ser diferente. Debía ser especial. Ojalá Isabel tuviera razón y Soraya por fin la viera.

CON un ojo puesto en los dos peldaños y el otro en Charlie, Isabel subió a la tarima. Lista para ser fusilada por el pelotón de fotógrafos. Posaba con su sonrisa promocional, perfeccionada con los años. Entre dientes hablaba con Charlie.

—Estás guapísima, como siempre —dijo el hombre.

—Gracias, tú también estás fantástico.

Recibía los halagos de la prensa y ella soltaba ingeniosos chascarrillos para hacerles reír totalmente ajena al ataque de nervios que estaba viviendo su acompañante. Bastante tenía con los suyos. La temida pregunta se acercaba y no por repetida le sentaba mejor. Había probado a responder de todas las maneras: siendo honesta, siendo borde, graciosa, pasivo-agresiva, solicitando que no le volvieran a preguntar lo mismo siempre... Pero nada, en cuanto dejara de sonreír para las fotos, cruzaría por el temido pasillo, le harían una pregunta profesional para engancharla y luego se lo soltarían.

Una joven con carpeta y pinganillo le dijo que ya valía de fotos, que entrara a la discoteca. Isabel miró hacia el otro lado para ver quién estaba en la fila para posar con Charlie. Otra chica le indicó el camino hacia el pasillo de periodistas. Subió al *photocall* Perla, uno de sus colaboradores. No era el que mejor le caía, pero le vino bien para retrasar su encuentro con la prensa.

—Estás guapísima —le dijo el hombre.

Isabel dio una vuelta sobre sí misma de manera teatral, desprendiéndose del falso cumplido.

—Gracias —Le dio dos besos. Los *flashes* les cegaban—. Tú también estás muy guapo. Deberíamos volver a fingir que somos pareja.

—O un trío —dijo Charlie con fingida sonrisa. Le estaban quitando protagonismo.

La chica de la organización volvió a llamar a Isabel, que hizo como que no la oía.

—Querida, es mi momento —le dijo el colaborador—. Tienes que meterte ya a la boca del lobo.

—¿Lobos o hienas?

—Un respeto, que son del gremio —le dijo.

Charlie la empujó disimuladamente. Isabel se recogió el vestido y la resignación. Bajó los dos escalones que la llevaban al espacio para la prensa. Ahí estaban, armados con sus cámaras y micrófonos una veintena de profesionales sedientos de frases originales para sus totales. Por un momento, tanto color en las esponjas de los micrófonos le pareció un campo de flores.

—Isabel, se acerca el final de temporada. ¿Nos sorprenderás con un nuevo magazine de tarde este verano?

Pregunta trampa.

—Bueno, ya sabes que yo estoy siempre disponible para la cadena. Mi equipo tiene muchas ideas nuevas y estamos deseando desarrollarlas en el espacio que nos propongan.

Puestos a mandar mensajes, Isabel abonaba el camino para cambiar de cadena, si hiciera falta.

—Isabel, en más de una ocasión has confesado que tu prenda favorita es el pijama. Pero claro, Charlie bien merece ponerse guapa y salir de casa, ¿no?

Comentario divertido para relajar al entrevistado.

—Por supuesto. No siempre uno se jubila delante de la pantalla.

—¿Has venido sola... otra vez?

La pregunta de siempre.

—Sí, he venido sola.

Y ya. No dijo nada más. Al periodista se le había congelado la cara, a la espera de que Isabel siguiera con alguna de sus excusas o algún chascarrillo. Con el lío de Cris no le había dado tiempo a pensar en nada. Como la presentadora no dijo nada, el periodista insistió:

—¿Seguimos sin encontrar el amor?

—Oh, vaya, ¿tú también estás soltero? Al final va a resultar que la soltería es una nueva pandemia.

Ahora sí, risas entre la prensa.

—¿Has hablado ya con Emilia?

—¿Con quién? —A Isabel se le puso el corazón en la garganta.

—Con Emilia Ferretti. Está en España para grabar una serie. ¿No lo sabías?

—De hecho es en 5TV, así que seréis compañeras de cadena —comentó otro periodista.

Aunque sabía que podían sacarlo a colación, Isabel seguía aturdida. Buscó algo a lo que asirse a la realidad más allá de la barrera de periodistas. Encontró a Cris con expresión perdida, haciéndose a un lado para no entorpecer el camino de quien sí sabía dónde estaba y a dónde iba, pidiendo disculpas cada dos segundos.

—Seguro que le va muy bien. Es una gran actriz —acertó a decir sin quitar un ojo a Cris. En su búsqueda de algo a lo que aferrarse en aquel entorno tan ajeno, la fisio también dio con ella y le sonrió. Pese a la distancia, Isabel distinguió los hoyuelos en sus mejillas.

—Quizá surja de nuevo el amor y retoméis una historia que quedó pendiente.

—¿Eso es una pregunta o un fanfic? —respondió Isabel.

Risas.

Había vuelto Emilia, pero ella ya no era la misma.

O eso quería creer.

Perla bajó a la zona de prensa y los periodistas perdieron el interés en la presentadora. Él iba a casarse y reclamaba atención para contar sus planes de boda.

Isabel se sacudió la duda como si fuera un bicho del hombro y fue al encuentro de Cris.

TENÍA una situación privilegiada entre los privilegiados. Diana conocía a todo el mundo y todo el mundo la conocía en esa fiesta, pero cuando saliese por la puerta de la discoteca, con Soraya de la mano, no tendría a ningún fotógrafo acechándola. Siempre lo pensaba mientras saludaba a presentadores, *influencers*, periodistas y colaboradores con los que había trabajado, a los que había maquillado ella o sus chicas en algún momento a lo largo de los 15 años que llevaba en el mundillo de la tele. Dentro ya de la discoteca, presentaba a Soraya como su pareja. Desde Carmen, no había presentado a nadie. Había echado de su vida a muchas mujeres maravillosas por pura desconfianza. Carmen había arrasado con todo. De aquella relación se quedó con Nerea y con un enorme pozo de recelos, temores y cautelas que engullía a todas sus parejas. Las famosas *red flags* que a veces no llegaban ni a *pink* y a Diana ya le estaban saltando. Una longitud de onda ligeramente cercana al rojo le hacía saltar las alarmas.

—Bueno, bueno, bueno, ¿a quién tenemos aquí? —El protagonista de la noche se acercó a la pareja.

—Charlie, qué envidia me das —le dijo Diana—. Jubilado y tan joven. Pareces Benjamin Button.

—Ya sabes el secreto: ejercicio, una dieta equilibrada y un buen cirujano —Rieron—. ¿A quién tengo el honor de conocer?

Diana se hizo a un lado para presentar a Soraya, que emergió de las sombras como una diosa griega. Caminó para ponerse a su lado con la agilidad y la gracia con la que había sacado a Diana del pozo. Vestido dorado, piel tostada, ojos miel y pelo rubio recogido en una alta coleta. La imagen deslumbró al hombre del tiempo.

—Es Soraya, mi pareja.

El hombre se acercó a Soraya y le besó la mano con pleitesía.

—Es todo un honor que hayas descendido del mismísimo Olimpo para venir a mi fiesta.

A Diana le vino a la mente el meme de Isabel con los ojos entornados por la enésima expresión del heteropatriarcado.

Soraya se ruborizó, no tanto por sentirse halagada como por ser objeto de tremenda horrerada.

—Parece que Isabel y tú os habéis puesto de acuerdo —dijo Charlie, y ante la extrañeza de Diana, se explicó—: Ella también ha venido con su pareja. Es más mona. Parece un pajarillo asustado bajo la lluvia.

—Ah, sí, es verdad —dijo Diana que prefirió fingir que sabía de lo que hablaba—. Bueno, Charlie, enhorabuena. Espero que disfrutes tu merecido descanso.

—¿Descanso? ¡Ahora empieza lo bueno! —respondió el hombre del tiempo—. ¡Qué empiece la fiesta! —gritó.

Los invitados alzaron sus copas al oír la arenga.

—Pasadlo bien —se despidió.

Soraya miró a Diana con incredulidad. Diana miró a Soraya con desconcierto.

—Isabel ha venido con su novia.

—Eso ha dicho, sí —corroboró Soraya.

—Pero, ¿qué novia ni qué ocho cuartos? Si a mí no me ha dicho nada.

Soraya no sabía qué responderle. Estaba tan guapa que a Diana se le olvidó inmediatamente de lo que estaban hablando hasta que la presentadora hizo su aparición al otro lado de la habitación.

—Hablando de la reina de Roma —dijo Soraya.

—¡Isabel! —la llamó Diana desde lejos.

No podía ver quién la acompañaba. La figura negra se escabullía en las sombras de aquel espacio deliberadamente mal iluminado. Isabel la saludó desde la distancia, y con mímica le dio a entender que debía saludar a unas personas antes de ir a su encuentro. Por fin, un foco de luz iluminó la figura de la pareja de la presentadora, y las dos mujeres la reconocieron.

—¿Esa no es...? —preguntó Diana forzando la vista para asegurarse bien antes de hablar.

Las luces volvieron a bajar para dar comienzo a la fiesta. A pesar de ir embutida en un vestido negro de gasa, Soraya la reconoció al instante.

—Cris —afirmó.

La pareja quedó definitivamente a oscuras.

SI Isabel se sentía como un pez fuera del agua en ese entorno, lo disimulaba muy bien. Demasiadas promesas, demasiados invitados indeseados, demasiadas entrevistas incómodas. Era como un comodín de la baraja, como esa regla no escrita que te hace vencedor del juego, la Barbie que mantienes intacta, la diplomática de quienes todos desconfían. Cris la veía lanzar besos al aire, sonreír, soltar chascarrillos para hacer reír a la gente para que le confiaran sus secretos. “¿Qué tal tu madre? ¿Ya está mejor? Me alegro. Mua, mua”, le dijo a una señora cogiéndola de las manos. “¿Dejas de presentar los informativos para venirte a mi programa a que se te hunda la reputación?”, le dijo a otra entre risas. Y entre medias, la noticia. La falsa noticia.

Pero lo hacía tan bien que todo el mundo la creía. “Cris es mi pareja. ¡Qué va! Llevamos un año ya. Creo que ya me tocaba encontrar a alguien como ella”. Y la miraba, y le apretaba la mano. Y Cris le devolvía la mirada sin saber si era real o una promo de bombones.

Se acercó un camarero, pero no llevaba una bandeja de dulces, sino una de champán. Cris cogió dos copas.

—Debes estar sedienta de tanto hablar —le dio una copa a Isabel.

La presentadora se dio la vuelta para dar la espalda a la montaña de mentiras que acababa de soltar. Un momento para ella sola. Dio un trago largo y dejó la copa en la bandeja de otro camarero.

—¿Qué tal estás tú? —le preguntó.

—Me siento muy rara, la verdad. Desubicada.

Un pajarito debajo de la lluvia. Isabel le cogió la mano de nuevo.

—Si te sirve de algo, todos nos sentimos raros. Hay poca verdad aquí —Miró sus manos entrelazadas.

—Ya, claro. No sé si es buena idea...

Cris no pudo acabar su frase. Alguien saludó a Isabel y la presentadora tuvo que dar la vuelta para seguir subiendo su montaña de mentiras. Le apretaba la mano con tanta fuerza que casi le hacía daño. Cris le respondió con un buen apretón y la presentadora aflojó la tensión.

—¿Te has enterado? —le preguntó una mujer a Isabel. Había cierta maldad en el tonito con el que hizo la pregunta.

De nuevo, Isabel apretó con fuerza. Cris la observó de perfil. Tenía el gesto sonriente congelado. Era como si hubiera dado una vuelta de tuerca más al engranaje de su sonrisa promocional. Algo la inquietaba. Para intentar calmarla, le acarició la mano con el pulgar. Isabel le devolvió el gesto. Cris conocía a la mujer malvada. Era una actriz de series y telenovelas. Y sí, solía hacer de mala. La actriz reparó en Cris. La escaneó de arriba a abajo. Los ojos se detuvieron en sus manos entrelazadas. Cris estaba tan pegada a Isabel que parecían un *pack* indivisible.

—Oh, vaya —dijo.

Isabel le presentó a Cris.

—Me sorprende que Charlie te haya dejado usar su fiesta para presentar por fin a una pareja formal.

—No he pasado por el *photocall* con ella, así que no ha protestado.

—¡Qué honor! —dijo la actriz—. Somos los primeros en conocerla. Bienvenida a este mundo de luz y de color. ¿Eres actriz? ¿Periodista?

Cris fue a responder, pero Isabel se adelantó.

—No, no es nada de eso. No pertenece al mundillo y por eso me gusta.

—Un lugar para desconectar, ¿no?

Hay algo de sabiduría en la maldad. Cris alzó las cejas al oír aquello. Empezó a encajar las piezas que pendían en el aire, levitando alrededor de Isabel. Se le conocían dos relaciones. Una con una famosa actriz que la dejó mal, y otra con una desconocida que la dejó peor. Entendía que la presentadora no quisiera saber nada del amor. No era que se resistiera a ser un referente, a ser visible. Lo que no quería era pasar de nuevo por una relación y que esta le volviera a romper el corazón. Como una mortal más.

Iba a resultar que la reina de las mañanas tenía más capas de las que creía. Cris era testigo de cómo se desprendía sólo para sus ojos una de sus capas.

—¡Isabel!

Una voz reconocible la llamó desde lejos.

—Ahí están —le susurró Cris.

Isabel les hizo un gesto.

—Bueno, espero que la serie sea un éxito. El plantel es muy bueno.

—Ya tendremos tiempo de hablar de eso.

A la actriz no le dio tiempo a terminar la frase porque en ese momento la luz se apagó. La gente comenzó a gritar de la emoción. Cris notó que Isabel tiró de ella.

—Necesito que me de el aire un momento —le dijo.

Aprovechando la complicidad de la oscuridad, las dos mujeres se escabullieron hacia una salida lateral. Los asistentes atentos a la pantalla no se dieron cuenta de la raja de luz que se abrió ni de las dos mujeres que salieron por ella.

EL escenario cambió por completo.

El aire también.

Cris la seguía con la mirada mientras ella daba pasos perdidos en el callejón. Su vestido verde drapeado en la cintura le impedía respirar.

—Podemos irnos, si quieres —le sugirió.

—Sólo necesito un momento. Estas cosas me absorben mucha energía.

Isabel se detuvo, levantó la cabeza, dejó que el aire le acariciara el rostro. Respiraba profundamente, intentando recuperar la calma.

—Me ha parecido ver a Emilia entre la gente. No estoy segura.

—Vaya.

—Con lo tranquila que yo estaba. Casi había olvidado mi etapa italiana.

—En tu etapa italiana pasaron muchas cosas que no tienen por qué definirte —le soltó Cris.

—Otra buena frase para la novela. Dios, deberías escribirla tú —Isabel rio y el aire entró de nuevo en sus pulmones. Miró con complicidad a Cris, a la que también le hizo gracia el comentario—. Seguro que tú sabrías tratar a Emilia. Le bajarías los humos.

—No te creas todo lo que las amigas de Mati dicen de mí —respondió Cris.

—No, si ya me estoy dando cuenta de que en el fondo eres una niña enamorada esperando a que la miren.

—¿Acaso no lo somos todas? —Cris la retó con la mirada.

Dios, estaba guapísima. Jodidamente sexy. Era tan diferente a Emilia y a Lara. No le hubiera importado nada que en ese momento fuera la Cris de la que hablaban las amigas de Mati, la mujer fría y sin sentimientos, y le hiciera el amor ahí mismo, contra la pared desconchada, entre bolsas de basura y contenedores, su mano debajo del vestido, dejarla con las piernas temblando y luego, si te he visto, no me acuerdo.

Volvió a quedarse sin aire. Inspiró. Olió la basura. Bajó a la realidad.

—Desde luego, fue un amor intenso. Lo mío con Emilia, digo —La presentadora se acercó a Cris para hablarle de frente—. Recibimos acoso, nuestras carreras se resintieron. Creo que eso hizo que nos encerráramos todavía más en nuestra cárcel de amor. La ruptura fue... No fue una ruptura, en realidad. Tuve que exiliarme, por así decirlo, pero ella no quiso, no pudo acompañarme. No la culpo. Por mucho que la rechazara, su familia dependía de ella. No lo vi, pero me enteré de que renegó en medios de nuestra relación. Solo así podía seguir trabajando. Tarde o temprano me la acabaré encontrando y no sé... No sé cómo reaccionaré, qué pasará, qué me dirá.

Luchaba por no llorar. No quería estropear el maquillaje. No ahora que sabía que podía toparse con la actriz italiana.

—¿Qué te gustaría que te dijera?

—¿Lo siento? No sé. La verdad, no sé. Yo estaba tan bien con mi vida ahora. La había olvidado. Jugaba con mujeres —señaló a Cris—. A ver, entiéndeme...

—Lo nuestro es consentido. No te preocupes —dijo Cris.

A Isabel le hizo gracia el comentario. La puerta del callejón amortiguaba el ruido de la discoteca y los graves se colaban por el metal. La música había comenzado.

—Lo que quiero decir es que entiendo a Diana y te entiendo a ti. Sé lo rota que está ella porque yo también lo estoy. O lo estuve. Conozco esa desesperación por encontrar a una persona que no te falle. Y cuando la encuentras, vives con un gato en el pecho, achuchable y peludito, pero que podría dejarte el corazón hecho trizas en cualquier momento.

—¿Ves? Al final tú también tienes una escritora dentro —bromeó Cris.

La presentadora le miró a los ojos con una intensidad que tenía olvidada. Se asustó de sí misma, de lo que su cuerpo le decía.

—Y te entiendo a ti, Cris —siguió Isabel—. Entiendo tu ansiedad, entiendo los años de espera, entiendo que te arrastres.

—Bueno, arrastrarme...

—Lo que quiero decirte —Isabel se acercó tanto que podía percibir el perfume masculino de Cris—. Lo que quiero decir es que no escribo esta novela por presiones del grupo o para darme fama: la escribo para entenderme a mí.

Crisladeó la cabeza.

Como buen personaje televisivo que era, la cosa siempre iba sobre una misma.

—Y si me entiendo a mí, muchas mujeres podrán entenderse a través de esta historia. Es eso lo que me pedís, ¿no? Que sea vuestra voz.

Cris volvió a ladear la cabeza.

No le podían pedir que fuera la voz de las mujeres lesbianas y no pretender que ella fuera el centro de la historia.

Cabeza a la izquierda.

Aunque no fuera su historia.

Cabeza a la derecha.

Pero sí la usaría para contar la suya.

Cabeza al centro.

¿Sería tan buena escritora como para hacer eso?

—¿En qué piensas?

Isabel le había agarrado la muñeca.

—Pienso que... Eres más compleja de lo que pensaba —respondió Cris. Se zafó de Isabel para retirarse un mechón invisible del flequillo—. ¿Y qué hacemos con la vuelta de la actriz italiana? Ese giro de guión no lo has visto venir.

Isabel fue hacia la puerta. Sus uñas arregladas y pintadas elevaban el plástico negro del picaporte. Ellas mismas, entre contenedores y palés tirados, sublimaban el escenario. No era su sitio. Se habían vestido para ser vistas, no para esconderse en un callejón aterradas de miedo.

Le tendió la mano.

—Tendremos que averiguarlo.

Era una invitación a la aventura. Isabel no dudó en rogar con la mirada a Cris para que la acompañara.

Además, literalmente, estaban en un callejón sin salida.

Se estaba mostrando vulnerable, se había abierto a ella, ya no podía darle más a Cris. No

al menos esa noche. Su mano seguía en el aire. La fisio la miraba con la boca entreabierta y la duda en los ojos. La piel de su cuello y su pecho se había inundado de ronchas rosáceas.

Por fin, le cogió la mano y entrelazaron los dedos.

—Vamos —dijo.

Cris tenía la mano helada.

—POR ahí vienen. ¡Disimula! —dijo Soraya.

—¿Disimular el qué?

De repente, se le había bajado a los pies toda la seguridad que Soraya tenía en sí misma. El pecho hinchido se le había caído; las comisuras de los labios, en cambio, tiraban hacia arriba. Se le veían hasta los premolares. La diosa del Olimpo era una mortal mal.

—¿Acaso no te parece raro?

Soraya le hablaba entre dientes.

—¿Que estén juntas?

Isabel y Cris se abrían paso entre la gente. Ahora la presentadora pedía a quien le saludaba que esperara, que primero tenía que hablar con su maquilladora favorita.

—Míralas, pero si parecen novias.

—Conociendo a Isabel, si la ha traído a una de estas fiestas, será porque lo son.

—Pero si apenas se conocen.

—Nosotras tampoco nos conocíamos.

—No me compares, eh, no me compares.

A lo que Diana fue a responder, la nueva pareja se plantó frente a ellas. Los comentarios se cruzaron en el momento en que intercambiaron besos.

—Esto sí que no me lo esperaba —dijo Diana.

—Ya ves.

—Enhorabuena, supongo —dijo Soraya.

—Gracias.

Soraya no podía dejar de mirar a Cris. Era ella y a la vez era una mujer diferente. Cris lo notó. Isabel lo notó. “*Soraya te verá*”. La única que parecía ajena era Diana.

—Bueno, bueno... ¿Cómo fue la cosa? —quiso saber la maquilladora.

Isabel miró a Cris. Soraya miró a Cris. Mientras la primera la miraba con sus ojos transparentes, la segunda la escaneaba con curiosidad.

—Coincidimos en un partido de fútbol. Ahí encontramos puntos en común y nos empezamos a conocer.

—Se lo decía antes a Soraya, que si la has traído aquí es que vais en serio.

Se miraron de nuevo.

La aludida seguía mirando a Cris. Había visto ese cuerpo muchas veces, pero no así, ceñido en un vestido. Era raro ver a Cris con algo ceñido. Era como si dejara ver su cuerpo sólo a quien ella decidiera. Habían ido a la playa y a la piscina juntas. Soraya había visto ese cuerpo en multitud de ocasiones, pero nunca *así*. Aunque lo hubiera tenido delante un millón de veces, era como si hubiera estado ciega. El esplendor que vivió cuando descubrió, entre aceites y vendajes, que podía disfrutar también del sexo con mujeres, que lo ansiaba como quien ansia recuperar el tiempo perdido, no era nada en comparación con la luz que desprendía Cris en ese momento.

—Bueno, las dos llevábamos un tiempo enganchadas a amores pasados y hemos decidido darnos una oportunidad a nosotras. Sin presiones —respondió Cris.

—Qué sano todo —espetó Soraya.

No se creía nada. ¿Cris enganchada a un amor del pasado? Eso era mentira. O por lo

menos a ella nunca se lo había contado.

—¿Amores pasados? ¿Te refieres a Ferretti? He oído que...

A Isabel se le amargó el gesto.

—¿Y tú a quién te refieres, Cris? —interrumpió Soraya inclinándose hacia su amiga.

La nueva pareja apenas podía intervenir en el interrogatorio. La música tampoco ayudaba.

—¿Os parece que hablemos esto en otro momento? Creo que nos toca pasárnoslo bien, ¿no creéis? —dijo Isabel.

La nueva pareja se metió de lleno en la fiesta. Isabel lució su perfil más público, más simpático y dicharachero. Hablaba con todo el mundo, llamaba a Cris para presentar a este o al otro. Cris, por su lado, hizo un esfuerzo por mostrarse simpática y agradable.

Bailaban, bebían y reían. Isabel repasaba la figura de Cris en cuanto tenía ocasión. Cris se esforzaba por no parecer un pato mareado cuando movía los pies al ritmo de la música. Pero no se besaban. Soraya las observaba desde la distancia, con los brazos cruzados y la cadera ladeada. Pese a los intentos de Diana de sacarla a bailar, apenas movía la cintura.

—No se besan —le dijo Soraya a Diana.

—¿Quiénes?

—Isabel y Cris. No se han besado en toda la noche.

—Y eso es malo por... —quiso saber Diana—. Oye, ya sé que es raro para ti, porque Cris es tu amiga y eso, pero deja que disfruten. Ya las has oído. Están juntas para despegarse de sus antiguos amores. Y ya te digo yo que Isabel lo necesitaba.

—¿Y Cris? ¿De qué amor será? Si me conozco su vida de pe a pa y no se ha enganchado con una tía nunca.

—Pues igual es que no la conoces lo suficiente —le espetó Diana.

Soraya se llevó una mano al pecho para mostrar la indignación que había sentido con aquel comentario. Diana se encogió de hombros.

—Voy a hablar con ella.

Y a lo que su novia quiso agarrarla del brazo para frenarla, Soraya ya estaba hablando con Cris. Las luces de colores hacían serpentinas en su cara, jugaban a cambiarle el color de los ojos, el tono de la piel, el maquillaje. Tenía la sensación constante de que era una Cris diferente, que se la habían cambiado, que no estaba siendo ella misma. Seguro que lo hacía por encajar en los estándares de Isabel Romero, y eso no lo podía permitir.

—No os besáis —les dijo por encima de la música—. Si tan enamoradas estáis, ¿por qué no os besáis?

Las dos mujeres se volvieron hacia ella confundidas.

—No estamos enamoradas. Nos gustamos y nos estamos conociendo —dijo Cris con calma.

—Pero habréis follado.

—¡Soraya! —le recriminó Diana cuando llegó a su lado.

—Soraya nada. Creo que Isabel está utilizando a Cris para que le hagan fotos.

Las cuatro miraron alrededor en busca de algún fotógrafo, pero no había nadie.

—He pasado sola el *photocall*, si tanto te interesa.

—No tenemos por qué justificarnos, Isabel —intervino Cris que seguía manteniéndole la mirada a su amiga de la infancia.

—Es que me preocupo por ti, Cris —Soraya bajó un par de tonos—. No quiero que te hagan daño.

—¿Daño? —Cris entrecerró los ojos— ¡Pero si eres tú la que...!

La presentadora no le dejó terminar la frase. Agarró a Cris de la cara y le dio un beso en los labios. Un beso torpe e incómodo que sorprendió a todas. A Cris la que más. Estaba de medio lado, con el cuello estirado, atrapado en las manos de Isabel. La presentadora se despegó despacio. Mantuvo los ojos cerrados y los labios apretados unos segundos. Luego los abrió y limpió la marca de pintalabios que le había dejado a Cris bajo la nariz.

—Vaya mierda de beso. Ahora entiendo por qué no tienes novia —bromeó Diana.

Soraya le rio la gracia lo que enervó a Cris.

La fisio se volvió hacia Isabel. La atrajo de la cintura con fuerza. Su cuerpo parecía papel entre sus manos. La apretó contra su pelvis. Isabel ladeó la cara. Miraba expectante los labios de Cris. Se repasó los suyos con la lengua. Estaba preparada. Cris se acercó a ella. Fue apenas imperceptible, en un nanosegundo sacó la lengua y sus labios brillaron con las luces de neón. Luego, estiró el cuello para besar a Isabel despacio, suave. Frunció el ceño concentrada. Ojos cerrados Casi podía verse la sangre palpitando en las sienes.

Parecían dos chiquillas que hubieran olvidado dónde estaban, cómo comportarse en público, casi excitadas por besarse ante la mirada de propios y extraños. Movían las mandíbulas rítmicamente. La luz esquiva de los focos de la discoteca dejaba ver algún intercambio de saliva. La presentadora se colgó en el cuello de Cris y esta le agarró la cintura con más fuerza. Y las luces, cómplices de la nueva pareja, jugando a colorear la escena, a pintar arco iris en sus mejillas.

Soraya se quedó sorda. La música sólo eran vibraciones en su cuerpo. Hubiera deseado haberse quedado ciega para no presenciar aquello. Sentía una mezcla de vergüenza y envidia. El beso se tornó húmedo, hambriento. Como dos mujeres que llevaran años vagando por el desierto y por fin encontraran un oasis. Así se besaron Isabel y Cris delante de las sorprendidas narices de Soraya que, por primera vez en su vida, se preguntó cómo sería besar a su mejor amiga con ese hambre.

Capítulo 5

El de que se pasan el juego

DONDE estaba la panadería, ahora había un local vacío con el cartel de “Se alquila” en la pared, blanca y descascarillada. La mercería era ahora un negocio de cambio de divisas. La carnicería resistía, pero la pescadería había caído tras la llegada al barrio de una cadena de supermercados. El barrio de Cris y Soraya había cambiado. El patio de su colegio había cedido una parte a la presión inmobiliaria y había quedado reducido a su mínima expresión.

—Ahí me compraba yo cigarrillos a 25 céntimos —dijo Soraya, y se asustó al momento. Había sonado a batallita de abuela.

—¿En el locutorio? —preguntó Félix.

—Antes eran unos recreativos.

—Qué guay. En mi barrio no había recreativos.

Su ex no era un mal tipo. Un poco soso, pero no era malo. Trabajaba en un banco. Sonreía a las abuelas, compadreaba con los autónomos, comentaba memes con sus clientes más jóvenes. Se amoldaba muy bien a su interlocutor. Su alta estatura, la barba cuidada y la camisa bien planchada gustaba a todos.

Félix condujo hasta el final de la calle. Comenzó a silbar. Estaba contento. Siempre lo estaba cuando fingían ser pareja de nuevo. Se ponía en su papel de yerno perfecto y cedía el paso a los peatones con una sonrisa, aparcaba el coche a la primera, abría la puerta del portal a la vecina, y saludaba con un afectuoso abrazo a su suegro.

—¿Qué tal está hoy? —preguntó Soraya a su padre en la entrada de su casa.

El olor químico de la enfermedad, una mezcla del caucho de los guantes de látex y al flúor que le hacían tomar de pequeña en el colegio, había cubierto el olor a flores secas de los popurris que su madre siempre ponía por toda la casa.

—No está muy católica —respondió el hombre.

A Soraya le pareció que su padre había envejecido de repente. El agotamiento se reflejaba en su cara. Besarle, sin embargo, a ella le hacía rejuvenecer tanto que se sentía de nuevo una niña.

Cruzaron el pasillo hasta el salón. Su madre estaba sentada en un sillón reclinable. Cuando vio a su hija, sonrió.

—Pensaba que eran los de paliativos, pero mejor que seas tú.

Soraya se acercó, contuvo la respiración y abrazó a su madre con delicadeza. Félix llegó por detrás y esperó paciente su turno.

—Hola, Carmina, ¿qué tal estás? —le preguntó.

—He tenido días mejores y también peores, así que no me voy a quejar.

En estas visitas, la conversación era un calco de las anteriores. Un poco ponerse al día con otro tanto de reproches por no haber tenido hijos. Soraya prefería los días que iba a visitarla sola. Sacaban los álbumes de fotos y su madre le iba contando las historias que había detrás de cada una. Soraya la grababa en secreto con el móvil. Lo ponía encima de la mesa con la excusa de que igual la llamaban y ahí iban cayendo una tras otra las palabras de su madre, como una descarga de la memoria de una persona en un dispositivo externo para mantenerla eterna. En las

visitas en las que iba sola Soraya no tenía que fingir que seguía casada con Félix, ni que su negativa de tener hijos no venía impuesta por una infertilidad sino por una decisión de los dos. En esas visitas, todavía era la niña que jugaba en el patio de colegio que con aprobar todas y caminar derecha ya hacía feliz a su madre. Cuando hacía las visitas con Félix se sentía peor. Era llevar la farsa de su identidad al extremo. Y era, paradójicamente, cuando más tentaciones tenía de decirle la verdad, de romperle el corazón y acabar de una vez por todas.

—Mamá, yo...

Félix compadrecaba con su suegro, y al oír aquello, le puso una mano en el hombro a su ex mujer. Soraya sintió un alivio inmediato. Félix podía ser un soso, como decía Cris, pero era un buen tipo. Seguro que encontraría a la mujer ideal para él.

—Verás, mamá... Félix y yo...

Iba a contárselo. Por mucho que su ex marido le apretara con fuerza el hombro, iba a decirlo. Iba a decirle que llevaban separados meses porque llevaban años distanciados, pero que estaban bien y que se seguían cuidando. Le iba a contar que había descubierto que era bisexual, que había conocido a una mujer maravillosa con una hija que adoraría si la conociera, que le había pedido que se casara con ella.

—¿Sabes que el cáncer comenzó cuando nos dijisteis que no podías tener hijos? — interrumpió la madre como si se viera venir la confesión de su hija.

El comentario cayó como una bomba en mitad de la sala. Una bomba de hidrógeno que los dejó a todos helados. La madre tosió. Aún le quedaba veneno por echar antes de morir.

—En realidad, eso no lo podemos saber, Carmina —dijo Félix.

—He echado cuentas —dijo la mujer—. No es que os culpe, por supuesto, pero sí he leído que los disgustos pueden desencadenar enfermedades.

Soraya levantó el culo del asiento dispuesta a defender su inocencia, pero Félix la empujó hacia abajo. La absolución de su madre era ficticia, una manera de poner sobre la mesa el sentimiento de culpa para que alguien se hiciera cargo. Como si la mujer supiera en el fondo que no habían tenido hijos por decisión propia. Quería dejarle las cosas claras a su madre. No soportaba ni un minuto más sus comentarios dañinos. Ella también había echado cuentas de cuándo empezó su madre a martillarle con su chantaje emocional, y fue cuando le vino la regla. Abrió la boca y, de nuevo, la mujer comenzó a toser. Si comenzó de manera fingida o no, no lo podía saber. Pero sí era obvio que finalmente la tos se apoderó de su cuerpo y lo hizo convulsionar. Algunas gotitas de sangre cayeron en el sofá.

—¡Qué desastre! ¡Qué desastre! —dijo la mujer entre carraspeos sin especificar si se refería a su inminente muerte, a las manchas en la tapicería o a la infertilidad de su hija. Tampoco importaba. Ella le daba la misma relevancia a las tres cosas.

CON las piernas cruzadas y la cabeza apoyada en la mano; con un pie sobre la rodilla y la mano extendida sobre el reposacabezas; con las piernas juntas y la taza de té en las manos. Isabel veía a Cris moverse en su sofá como si en lugar de viscoelástico, los cojines tuvieran brasas. Se suponía que tenía que mostrarse despreocupada y relajada, pero parecía estar más nerviosa que la propia presentadora.

—¿Por qué no te relajas? —le preguntó Isabel.

—Porque no estoy para nada tranquila.

La entendía. Diana le había propuesto tomar un café en parejas y a Isabel le pareció una idea tan horrible que no tuvo más remedio que aceptar. El beso la había dejado trastocada, era evidente. Y para colmo, puso su casa como escenario. Si iba a pasarlo mal, al menos que fuera jugando como local.

La presentadora se sentó a su lado con una infusión humeante en las manos. Dudó un momento, pero finalmente posó la mano en la rodilla de Cris.

—Lo... lo pasé muy bien en la fiesta —dijo castigándose a sí misma por titubear—. Hacía tiempo que no iba a una de esas fiestas y no me la pasaba deseando irme a casa.

Tenía el rostro despejado. Pese a que la tarde caía, una ligera capa de maquillaje le iluminaba la mirada. El pelo sujeto en un recogido que le ayudaba a tensar las patas de gallo. Se había pasado un buen rato frente al espejo del baño para dejar su aspecto milimétricamente descuidado.

—Yo me sentía un poco desubicada al principio, con tanto famoso. Era como ver la tele en 3D —dijo Cris.

—Bueno, ya has visto, al final somos gente normal.

Cris miró a su alrededor. Era la segunda vez que estaba en el ático de Isabel.

—Normal, normal... Yo no podría ni soñar con un piso así.

—Seguro que tu casa es muy bonita.

—Mi casa es una leonera. Acaparo demasiadas cosas para los pocos metros que tengo.

—¿Y qué tipo de cosas acumulas? —Quería hablar de tantas cosas con Cris. Necesitaba saberlo todo de ella porque con cada detalle que conocía, más a gusto se sentía.

Cris soltó un airecillo por la nariz.

—Chorradas que debería tirar: pases de congresos, entradas de conciertos, hasta tengo uno de esos dedos de gomaespuma de una vez que fui a un partido de baloncesto.

—¿Y por qué no las tiras?

Cris se encogió de hombros. Sus dedos ágiles giraban la taza en sus manos.

—Tengo mala memoria y los objetos me activan los recuerdos.

Y entonces Isabel se imaginó a Cris yendo a un congreso, a un concierto con alguna amante, a un partido de baloncesto con algún familiar.

—Una vez entrevisté a un diógenes —Isabel se incorporó y dejó su taza en la mesa.

—¡Yo no soy diógenes! —Cris le seguía con la mirada. Si una vez le intimidó estar ante una figura mediática, desde luego, había perdido ese temor con ella.

—Habría que ver tu piso.

—¡Ni de coña! —Aunque no fuera la intención de Cris la expresión punzó un rincón del corazón de Isabel —Se te caerá el concepto que tienes de mí.

—No creo... —La presentadora intentó imprimir a su voz algo de sentimiento. Estaba desentrenada.

—¿No crees? O sea, que tienes un concepto de mí.

—Yo tengo un concepto de todo el mundo, querida —Isabel se puso en pie. Quería y no quería mostrarse a Cris. La dicotomía de siempre: quería presumir de pareja, cumplir con su papel de representante del colectivo, pero eso suponía que la relación acabara hecha añicos por los rumores y la exposición mediática—. ¿Has acabado tu té? —Se asomó a la taza de Cris. Estaba intacta—. Da igual.

—Tienes la garganta de titanio. Todavía está ardiendo.

—Viví en Londres un tiempo. Esta es la temperatura adecuada por la que el té debe pasar por tu garganta.

—Ya, claro, si quieres un úlcera de estómago.

—Pues a decir verdad la tengo —Isabel volvió al sofá y se sentó junto a Cris. Apoyó el codo en el respaldo y la cabeza en su mano. La miró directamente a los ojos—. Y me quitaron el apéndice. Y también tengo endometriosis.

—¿Vas a contarme todo tu historial médico?

—Ya te lo he contado.

—¿Sólo eso? ¡Eso no es nada! —rio Cris. Por fin, parecía relajada—. Yo tengo cicatrices de puntos de sutura por todo el cuerpo. De pequeña era bastante cafre.

—¿Y dónde tienes cicatrices?

—Dónde no tengo cicatrices, querrás decir.

—¿Estás exagerando un poco, quizá, Cris? —Debía disimular para que no se notara que se le llenaba la boca de azúcar cada vez que decía su nombre.

La fisio levantó la cabeza y miró al techo. Isabel quiso hablarle y ella le pidió que no la interrumpiera con un dedo levantado.

—57 puntos de sutura.

Isabel abrió los ojos.

—Esos son muchos.

—Ya te lo he dicho. En la rodilla derecha me operaron de menisco. La izquierda la tendría limpia si no fuera porque a los 8 años me caí de la bici. ¿Ves? Aquí tengo otra —Se señaló en la frente una cicatriz de unos diez puntos casi inapreciable—. Jugando al fútbol. Un balón llovido y dos mujeres que fueron a por él en el salto. Y, efectivamente, la otra se llevó la peor parte. Una conmoción cerebral que le hizo pasar la noche en observación. Ganamos ese partido, por cierto.

—No me digas más, ¿con un gol tuyo de cabeza?

—No —rio Cris—. Yo era mediocentro defensivo.

—El cerrojo.

—Cinturón de castidad, me llamaban.

Cris rio. Una risa inédita en ella, de las que sólo ofreces cuando estás cómoda con la persona, con la boca abierta y la cabeza para atrás, para que la carcajada salga libre por la garganta. La comodidad de Isabel, sin embargo, iba en detrimento. Se movía inquieta, no sabía dónde posar los ojos. Cris había conseguido mantener el corte de pelo que le hicieron para ir a la fiesta de Charlie, y aunque vestía vaqueros y camiseta, estaba resplandeciente, como si siguiera llevando el vestido negro y los zapatos de tacón.

—¿Te acuerdas de lo que me dijiste el otro día, cuando te vi con el vestido? —se lanzó Isabel. Era de esas ocasiones en las que luego se arrepentiría de no haberse mordido la lengua, de sacar a la periodista rápida y ácida con las palabras antes que a la cuarentona introvertida e insegura—. Dijiste que cuando te viera en vaqueros y camiseta se me pasaría.

—¿El qué?

—No lo sé, eso dijiste —Su lengua fue más rápida que sus dientes—. Pero no se me ha pasado.

—¿El qué?

—No lo sé —respondió Isabel. Sintió las brasas de los cojines, pero su cuerpo no se movía, sus ojos no se movían, anclados como estaban a los de Cris.

La fisio le aguantó la mirada. Ahora las brasas saltaban entre ellas. ¿Cuánto tiempo es demasiado tiempo para mirarse así y que ninguna de las dos salga calcinada?

—Vas a tener que aprender a describir mejor las cosas, escritorcilla.

Isabel sonrió. Sabía perfectamente cómo describir las cosas. *Esa* cosa. Había leído mucha poesía para poder hacerlo. Poesía de la cursi, de la que sólo aparece en los libros. Tenía un verso en la punta de la lengua, listo para salir y condenarla definitivamente, cuando Cris cortó de raíz cualquier conato de incendio.

—Soraya estaba muy celosa cuando el beso, ¿lo viste? —preguntó.

El verso se hizo cenizas e Isabel notó las cosquillas en su garganta cuando se las tragó.

—No, no lo vi. Tenía los ojos cerrados.

—Yo miré de reojo. Estaba celosa. La conozco.

—Eso es bueno —dijo Isabel. Sonrisa promocional—. Es lo que querías.

Cris se incorporó. Se sacudió el culo. Un gesto involuntario que a Isabel no le pasó por alto.

—Diana estará bien, ¿verdad? Cuando Soraya la deje, digo.

Isabel iba a responderle que iba muy deprisa, que igual Soraya no podría o no querría dejar a Diana, que todo era fruto de su imaginación mezclada con recuerdos de hace 30 años, pero prefirió callar.

Lo que tuviera que pasar, que pasara rápido y sin dolor.

—De Diana me ocupo yo. No te preocupes —dijo con aspereza en la voz.

Pese a que quiso imprimir seriedad, Cris entendió otra cosa.

—¿Te gusta? —preguntó su invitada escandalizada.

—¡No! Es mi amiga. Tú tienes la cabeza devorada, eh.

—Ay, perdón.

Miraron el reloj de la cocina. La pareja estaba al caer.

—Sobre caricias y besos... —insinuó Isabel.

—No sé, lo natural. Me tocas así cada vez que pases por mi lado, ríes mis gracias, me miras con amor.

—Está bien —Isabel dio una palmada—. Creo que podré hacerlo. ¿Y tú?

—Bueno, para reírme de tus gracias tendrías que decir algo gracioso, pero el resto lo tengo controlado.

Isabel le hizo la burla. El timbre del portero automático sonó.

—¿Quieres escuchar algo gracioso de verdad? —Isabel fue hasta el telefonillo y sin preguntar quién era, apretó el botón. Esperó a que los engranajes del ascensor comenzaran a funcionar—. Diana y yo ya estuvimos liadas un tiempo.

—¿¿Qué?? —Los ojos de Cris saltaron de sus órbitas. Fue hasta ella—. ¿Y lo sabe Soraya? No creo que lo sepa, porque te miraría con odio. ¿Y qué pasó? ¡No me puedes dejar así!

—A esto se le llama un *cliffhanger* —dijo Isabel agarrando el pomo de la puerta—. Es para que sigas leyendo a esta escritorcilla.

Cris le dedicó una sonrisa abierta y una mirada asesina.

Isabel alzó un par de veces una ceja antes de abrir la puerta.

La parejita feliz ya no parecía tan feliz. Diana y Soraya venían discutiendo, se escuchaban sus voces en el vestíbulo. Sólo pararon cuando vieron la puerta entreabierta. Ellas también llevaban de serie la sonrisa promocional.

—¿TODO bien?

—Fenomenal —respondieron al unísono Diana y Soraya.

Las dos mujeres entraron en casa de la presentadora. Soraya disimuló su envidia. Estaba impresionada por el ático. Reconocía alguna de las pinturas y esculturas que lo decoraban, y supo apreciar el suelo que pisaba.

—¿Roble? —preguntó.

—Merbau —Isabel respondió con cierta altivez.

—Oh.

A Cris no se le escapó los gestos de inseguridad de Soraya: se tocaba el pelo, le temblaba

el ojo, sonreía enseñando los colmillos. Normal. Estaba ante Isabel Romero, mujer referente, inalcanzable para todo el mundo salvo para su mejor amiga que, para colmo, vivía en un ático con suelos de 70 pavos el metro cuadrado.

La presentadora las llevó al salón. Cris las esperaba parada en mitad de la estancia, donde pocos días antes Isabel la miraba embobada cuando ella lucía un vestido negro y un corte de pelo nuevo. Entonces cayó. Era eso a lo que se refería la presentadora con que no se le había pasado. La había visto en vaqueros y camiseta y no se le había pasado. Era eso.

—Estás empanada, Cris. ¿No vienes a recibirme? —preguntó Soraya.

Embobada, pensó Cris. Ella también estaba embobada. Se sacudió su confusión y fue a la entrada. Tres pasos. Uno, dos, tres. Casi tropieza en el segundo.

—¿Qué te pasa? —preguntó Isabel intentando no reírse de su torpeza.

—Nada —sonrió—. Nada, ¿por? —Isabel la miraba extrañada. Soraya miraba a Isabel mirando a Cris. Diana miraba a Soraya, mirando a Isabel, mirando a Cris—. Seguro que Diana ha estado más veces que yo en esta casa. No quería hacer de anfitriona para que no se sintiera rara —se justificó.

—Por supuesto —dijo la maquilladora, y se hizo paso para ir directa a la cocina. Ella misma abrió el armario de la encimera y cogió el café—. Con leche, ¿verdad, Soraya?

—Así da gusto ser anfitriona —dijo Isabel. Rodeó a Cris por la cintura y la llevó al salón — ¿Todo bien? —le preguntó al oído.

—Sí, sí —Cris se retiró un mechón de la frente para evitar mirar a Isabel a los ojos.

—Ten paciencia. Parece que ya hay roces entre ellas —Luego se dirigió a sus invitadas —. Bueno, ¿qué tal acabasteis la fiesta? Nosotras agotadas.

El tonillo de Isabel pedía a gritos una lectura más allá de sus palabras. Cris la censuró con la mirada. Estaba siendo demasiado obvia.

—Nosotras también la acabamos bien, ¿verdad, Diana?

Diana también regañó a su novia en silencio.

—Si por bien te refieres a que dormimos culo con culo porque no sé qué mosca te había picado, sí, dormimos debuten —dijo la maquilladora.

Soraya le rio la ocurrencia como si hubiera sido lo más gracioso que había escuchado en la vida. Le puso la mano en el brazo que sostenía el cazo con el café molido. A Diana casi se le cae la molienda a la encimera.

—Pero bueno, las protagonistas aquí sois vosotras. Contadnos, ¿cómo os conocisteis? —preguntó Soraya.

—Estabas delante cuando se conocieron, cariño —dijo Diana que seguía lidiando con los botones de la cafetera.

—Bueno, ya. Me refiero a cómo se desarrolló la cosa, porque nosotras las dejamos yéndose cada una por una calle. Y, sinceramente —miró a los ojos a Cris que se sintió intimidada—, yo no vi chispa en ningún momento.

Las mejillas de la fisio no podían soportar tanta presión. Y eso que el interrogatorio no había hecho más que empezar. Se mordía el interior de los carrillos y su cara parecía una calavera. Isabel le pasó la mano por la espalda. Las pulsaciones le aumentaron todavía más.

—En realidad nos conocimos unos días antes, jugando al fútbol —explicó Isabel—. Fui a jugar una pachanga a la Triple L y me lesioné. Resulta que Cris jugaba en el otro equipo y me curó.

—El poder de las fisios —soltó Cris. La mano de Isabel en su espalda empezaba a resultarle familiar, reconfortante, íntima—. Ya sabes lo que es eso, ¿verdad, Soraya?

Bum. ¿De dónde había salido eso? Ah, sí, de su resentimiento por haberse abierto a una mujer que no era ella.

Soraya la miró con medio labio levantado. Cayó en la cuenta de su gesto y rectificó.

—¡Por supuesto!

La cafetera por fin empezó a hacer ruidos. Diana había conseguido hacerla funcionar y pudo atender a la conversación.

—O sea, que cuando os presentamos en El Mohicano, ya os conocíais —dijo la maquilladora señalando a ambas de manera alterna.

—Sí —respondió Isabel.

—No —contestó Cris a la vez.

—Sí nos conocíamos, pero no nos habían presentado oficialmente —se explicó Isabel—. ¿Recuerdas que fuimos al baño juntas?

—No me digas que os liasteis en el baño? —preguntó Diana que traía los dos cafés y fue una invitación a que se fueran sentando en el sofá. Dejó el de Soraya en la mesita que separaba los dos sofás y se sentó junto a ella—. Porque eso sí que no es propio de tí.

—¿Cómo que no es propio de mí? Tú no me has conocido en mis buenos tiempos —protestó la presentadora.

Cris la miró y deseó haberla conocido en sus buenos tiempos, aunque, como Diana, dudara de que hubiera tenido de eso.

—¡Pues claro que los he tenido! —Isabel se removió en el sofá. Volvían las brasas.

—Pero no nos liamos en el baño —se apresuró a aclarar Cris—. Aunque sí surgieron... ¿chispas?

Miró a Isabel para confirmar que la trama podía ir por ahí.

—Podría decirse que sí —corroboró Isabel en su papel de escritora—. Cuando coincidimos en el palco VIP del Asongan Arena ya nos acercamos más, hablamos, intercambiamos los teléfonos.

—Qué casualidad, ¿no? Lo de coincidir en el palco, digo —saltó Soraya con los dientes apretados. Dio un sorbo a su café para calmarse, pero la cafeína le fue directa a la punta de la lengua—. Quiero decir, primero en el fútbol, luego en El Mohicano, después en el Arena... ¿Qué probabilidades había? ¿Una en un millón? Pf, guau —dijo sin disimular su ironía.

Por primera vez en mucho tiempo, Cris empezaba a no reconocer a Soraya. Sí, era ella: con su pelo rubio y su piel bronceada, pero, al mismo tiempo, sus gestos, su voz eran diferentes.

Y no estaba tan segura de que le gustara esa Soraya.

—Una entre un millón —paladeó Isabel. Se giró despacio hacia Cris. La miró como si, efectivamente, fuera una entre un millón—. A ver si lo nuestro va a ser más especial de lo que nos pensábamos.

Cris deseaba que el sofá se la tragase. Quedarse perdida entre dos cojines, junto con el mando a distancia, las palomitas que no llegan a explotar y la pelusilla del pijama. Soraya rabiaba. Isabel le apretaba las tuercas, pero ya no sabía si actuaba o hablaba desde un lugar más profundo del que habían pactado. Al fin y al cabo, Isabel actuaba cada día. Lo mismo te anunciaba una marca de compresas que entrevistaba a un político al que odiaba aguantándose la ganas de vomitarle encima toda su bilis, literal y metafórica. Sin embargo, le había dicho que no se le había pasado eso, y eso no estaba en el guión.

—Bueno, yo voy muchas veces al palco VIP, con invitaciones —se justificó Cris.

—Yo no —saltó Isabel—. Fue mi primera vez. Y reconozco que no tenía muchas ganas, pero me dije: ‘Anímate, Isabel, que las cosas bonitas no pasan en casa’.

—Me lo voy a hacer una camiseta con la frase —dijo Diana.

Las otras mujeres la miraron como si hubieran olvidado su presencia.

—Pero, vaya, que nos estamos conociendo —Isabel parecía disculparse por tanto azúcar—. Poco a poco. ¿eh, Cris?

Cris asintió.

—¿Y vosotras qué? ¿Cómo lo lleváis? —preguntó Isabel para desviar el protagonismo y que Cris pudiera emerger de las grietas del sofá—. ¿Estabais discutiendo cuando habéis llegado?

—Sí —respondió Diana.—No —dijo Soraya al mismo tiempo.

Se miraron.

—Bueno, una peleílla de novias. Si no, sería muy aburrido —dijo Soraya—. Oye, y como famosa que eres, ¿cómo decides cuándo presentar a tu novia a los medios?

—¡Soraya! —le reprendió su novia.

Cris volvió a meterse entre los cojines del sofá.

—Tranquila, Diana, es una buena pregunta.

—No lo es. Es una pregunta impertinente —La maquilladora se volvió hacia Soraya.

—Yo... Lo siento —se disculpó Soraya. Se recompuso. El cuerpo sufrió una sacudida, como si un espíritu maligno hubiera salido de su cuerpo. Por fin Cris reconoció a su amiga—. Era sólo curiosidad. Ya sabes, Isabel es de las pocas mujeres lesbianas visibles y, no sé, quería saber...

Isabel se levantó y se llevó las tazas vacías.

—La historia de siempre —dijo mientras se dirigía a la cocina—. Mi vida no es mía, sino de todas las mujeres lesbianas del país.

Diana se levantó y le ayudó a recoger.

—No le hagas caso, Isabel —dijo la maquilladora—. Las que te conocemos sabemos lo que hay. Cuando estés lista, lo dirás. Sea Cris o sea otra persona.

En el sofá se quedaron Cris y Soraya solas, pero ya no eran las mismas. Por lo menos, Cris. Se sentía sucia, embarrada como estaba en la mentira de su relación con la reina de las mañanas. Había conseguido parte de su objetivo, que Soraya se pusiera celosa, pero no lo sentía como una victoria. Y no sabía si era porque el objetivo no estaba conseguido todavía o porque no lo estaba consiguiendo de la manera más honrada.

—Perdona si estoy siendo demasiado incisiva, Cris —dijo Soraya. Se levantó de su sitio y arrastró su trasero hasta sentarse junto a ella—. Solo quiero protegerte.

Las chispas volvieron a surgir cuando Soraya le puso la mano en la rodilla. Cris miraba esa mano como si fuera la primera vez que lo hacía. Las venas abultadas por encima de los tendones, los nudillos marcados, las uñas arregladas. Eran muy diferentes a las manos que le robaban el pegamento de barra en clase, tan suaves y rechonchas, pero seguían siendo las manos de Soraya que ahora estaban encima de su muslo y lo acariciaban ajena al calor que Cris estaba sintiendo en su interior.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó Isabel al volver de la cocina. Sonrió para mostrar sus incisivos.

Soraya mantuvo la mano en la rodilla, marcando territorio. Cris carraspeó y miró a Isabel con culpabilidad. Luego reflexionó. No debía disculparse. Habían venido a eso.

—Le estaba diciendo a Soraya que tuviera cuidado. Es su primera relación larga.

—Bueno, Cris tiene 40 años, cariño —dijo Diana detrás de Isabel—. Yo creo que ya es mayorcita y sabe lo que hace. Además —rodeó con el brazo la cintura de la presentadora—, Isabel es una tía increíble. Y se merece ser feliz.

Isabel sonrió a su amiga.

—Gracias.

Diana le dio un beso en la mejilla y se sentó junto a Soraya. Le agarró una mano. Isabel se sentó al otro lado de Cris y le puso una mano en la otra rodilla. El enorme sofá empezaba a hacerse pequeño. La fisio miraba las dos manos sobre sus pantalones rotos. Si la de Isabel se moviera un milímetro, su dedo anular tocaría la piel que le asomaba por uno de los jirones. Sólo pensarlo le producía una descarga eléctrica. Maldita la hora en que se compró unos pantalones tan modernos.

—No es nada serio —se disculpó Cris.

—Pero estamos muy a gusto, ¿verdad? —dijo Isabel y le dio una palmadita en la pierna.

—Tampoco hay que forzar las cosas —dijo Soraya, dando otra palmada sobre el muslo de Cris.

—No estamos forzando nada —Isabel apretó en la rodilla pidiendo algo de apoyo a Cris.

—Mejor, a Cris no le gusta que la fuercen —Soraya también imprimió presión en la pierna de su amiga.

—¡Bueno, ya está! —De un manotazo, retiró ambas manos. Sentía que debía poner paz entre su mejor amiga y su novia falsa pero no supo por quién tomar partido.

—Sí, ya está —Diana le echó un capote—. Venga, saca el Party y piquémonos de verdad. A ver qué pareja está mejor compenetrada.

—¿De verdad quieres jugar al Party, amor?

—Sí, les vamos a meter una paliza. Ellas sólo llevan un par de semanas y nosotras prácticamente vivimos juntas.

—¿El Party? —preguntó Isabel.

—El Party —repitió Diana mientras despejaba la mesita de café para hacer sitio al tablero.

Isabel dio una palmada a sus rodillas y se levantó en busca del juego de mesa.

Cris miró a Soraya por encima de la chepa de Diana, que seguía afanada en retirar las velitas, revistas de decoración y figuras difíciles de definir que decoraban la superficie de la mesa. Buscaba la mirada cómplice de su mejor amiga. Ellas deberían jugar juntas al Party y aplastarían a sus parejas. Sin embargo, Soraya tenía la mirada clavada en un punto vago entre las patas del sofá y la zapatilla de Cris, como si se estuviera asomando al abismo que se acababa de abrir ante sí.

LA experiencia no fue un grado y Diana y Soraya fallaban estrepitosamente en cada prueba. La maquilladora no se lo podía creer.

—¿Pero cómo dices esa marca de leche si en casa usamos la que yo he dicho?

—Ay, nunca me he fijado —se disculpó Soraya.

Su gramófono sólo tenía un disco, el amarillo, y porque no correspondía con ninguna prueba de sincronización, ya que se correspondía a una pregunta de cultura general que Soraya había acertado.

—¡Nuestro turno! —exclamó Isabel cogiendo el dado.

—Lo estás gozando, ¿verdad? —dijo Diana.

La presentadora miró a su amiga y en esos ojos la maquilladora supo leer el entusiasmo y emoción que estaba viviendo. No la culpó. En gran medida, se alegró por ella. Por fin había encontrado una mujer con la que se entendía, que le hacía reír con su mímica y sus sonidos, y con la que podía relajarse un domingo por la tarde jugando al Party con unas amigas, como una

persona normal. No la había visto así desde Lara.

Isabel lanzó el dado y movió el gramófono por el tablero.

Diana miró a Cris. Reía cualquier ocurrencia de Isabel, le acariciaba la espalda cuando estaban sentadas. Por fin veía a la Cris agradable y ocurrente de la que tanto le había hablado Soraya.

El gramófono cayó en una casilla verde.

—¡Dibujar! Por fin —dijo Isabel.

—Ay, mierda, Isabel dibuja muy bien —dijo Diana.

—Qué bien. ¿Hay algo que Isabel no haga bien? —preguntó Soraya.

El comentario generó cierta tensión. Diana notó la mirada acusatoria de Isabel pidiéndole que amonestara a su novia, pero la ignoró. Sí, Isabel era su amiga, pero a quien tendría que aguantar de morros toda la noche si le decía algo era a su novia. Calló.

—¿Dibujas bien? —preguntó Cris—. ¿Me dibujarás como una de tus chicas francesas?

Cris se tiró en el sofá y puso su mano junto a la mejilla, imitando a Kate Winslet en la famosa escena del ‘Titanic’.

Todas rieron la gracia salvo Soraya.

—Dejad vuestro jueguecitos sexuales para otro momento —pidió.

Así como Cris sacaba su lado más agradable, a Soraya se le agriaba el carácter con cada prueba. Al final Diana sí iba a tener que darle un toque a su chica.

—No sabía que eras tan mala perdedora —le reprochó con tono seco.

—No soy mala perdedora, es que... —Soraya buscó una excusa—. Se hace tarde y tu ex tiene que traer a Nerea.

Diana miró el reloj. Se le había pasado el tiempo volando.

—Aun queda una hora.

—No te preocupes, Diana, en veinte minutos hemos acabado con vosotras —se burló la presentadora.

En efecto, la habilidad de Isabel con el lapicero era asombrosa. Lo movía sobre el papel con soltura haciendo un trazo firme y decidido. Cris la miraba por encima del hombro, muy pegada a su mejilla.

Y entonces Diana lo supo. Supo que Cris estaba perdidamente enamorada de Isabel. Era evidente. El dibujo era evidente, y aún así Cris seguía pegada a la presentadora, aspirando su aroma, sintiendo su piel cerca, fingiendo no saber lo que Isabel estaba dibujando.

También supo que, a pesar de todo, era competitiva. Diana capturó los ojos de Cris hacia el reloj de arena que consumía sus últimos granos.

—¡Un búho! —soltó Cris antes de que se consumiera el tiempo.

—¡Sí!

Isabel soltó el lapicero y abrazó a Cris. Había algo incómodo en el abrazo como si no terminaran de acoplarse como les gustaría.

—Por nosotras no os cortéis, eh —dijo Diana—. No somos *paparazzi*. Esto es lugar seguro, ¿verdad, mi amor?

Soraya asintió con una sonrisa falsa.

—Aún no hemos ganado —dijo Cris separándose de Isabel.

—Sí, no cantemos victoria todavía.

A Diana le parecían de lo más monas, como unas adolescentes recién salidas del armario que no saben hasta dónde pueden llegar con sus muestras de afecto aunque ambas quisieran ir a muerte con todas las moñadas posibles. Las miraba con los codos apoyados en las rodillas y la

barbilla en sus manos. Las *shippeaba* a muerte y en su cabeza no hacía más que pensar en nombres para ese barco.

Isabel volvió a coger el dado.

—Marcas —dijo cuando el gramófono se detuvo en la casilla correspondiente.

—En esta caéis dijo —Soraya se adelantó y cogió una tarjeta. Sonrió. Leyó para sí misma antes de hacerlo en voz alta—. A la de tres debéis decir una marca de... motos —Y sin dar pausa, comenzó a contar—: 1, 2 y 3, ¡Ya!

Cris e Isabel apenas tuvieron tiempo para mirarse. De manera instintiva se cogieron de las manos y las agitaron cuando dijeron su respuesta.

—¡Mitsubishi! —dijo Isabel.—¡Mitsubishi! —respondió Cris.

Las dos se miraron con la boca abierta.

—¿Mitsubishi? ¿En serio? —repitió Soraya incrédula.

—Yo qué sé —dijo Cris—. Era la que tenía González. ¿Te acuerdas de lo que fardaba a la salida del insti?

—En mi instituto también había un tío que presumía de Mitsubishi —rio Isabel.

—¿Ves? Si es que estáis echas la una para la otra —dijo Diana—. Os voy a llamar Crisabel.

La pareja le rio la ocurrencia.

Soraya se incorporó de nuevo.

—Vamos a saltar directamente al disco que os falta, que se hace tarde.

Aunque tuviera razón, Diana no entendía qué mosca le había picado a Soraya. Su dulzura había tornado en aspereza y le estaba amargando la tarde. ¿Acaso no podía disfrutar como ella lo estaba haciendo del nacimiento de un *ship* que podría transformar la visibilidad lésbica del país?

Soraya se inclinó sobre la mesa y cogió una carta de pregunta. Diana quiso asomarse, pero su novia no le dejó espacio. Arrastró la carta por la mesa, la subió por su rodilla, su muslo, su torso y, una vez salvada la curvatura de sus pechos, se la colocó delante de la nariz.

—Leo —dijo Soraya. Hizo una pausa demasiado larga—. ¿Cómo se llama la actriz italiana protagonista de telenovelas como “Destinos cruzados”, “Secretos de amor” y “Anhelos de mujer”?

A juzgar por la palidez repentina de su rostro, a Isabel se le había bajado la sangre a los pies.

—¿De verdad pregunta eso? —Diana volvió a inclinarse sobre Soraya, que, de nuevo, ocultó la carta entre sus manos.

—Yo no tengo ni idea —dijo Cris—. ¿Tú, Isabel, te la sabes? ¿Isabel?

Cuando Cris se giró para verla, la presentadora tenía la cara pálida y le temblaba un párpado.

—Venga, que esta te la tienes que saber —dijo Soraya.

—¡Tía! —Diana permanecía incrédula ante el comportamiento de su novia.

—¿Isabel, estás bien? —Cris agitaba la pierna de la presentadora, intentando hacerla reaccionar.

—Emilia Ferretti —contestó por fin.

—Oh —Cris entendió.

Isabel se puso en pie.

—Ya recojo yo, no os preocupéis. No hagas esperar a tu ex. Le sabía malísimo cuando llegabas tarde —dijo Isabel en un murmullo.

Su tono de voz parecía cansado, como si responder a la pregunta le hubiera supuesto un

esfuerzo equivalente a escalar el Everest. En cierto sentido, así lo era. El descenso siempre es más complicado que el ascenso. Su historia con Emilia Ferretti la había dejado destrozada y Diana siempre detectaba ese agotamiento en su voz en las contadas ocasiones que le habló de ella.

—¿Segura? —preguntó Diana ya en pie.

—Sí, tranquila —dijo Cris—. Me quedo yo con ella. No te preocupes.

—No, tú te vas también —le ordenó Isabel.

Cris buscaba los ojos de Isabel, pero estos le eran esquivos.

—Podemos ver una peli. O un partido. Creo que televisan el...

—Por favor, Cris, necesito estar a solas.

—Pero no puedo...

—Cris —Isabel la miró con dureza—. Vete con ellas, por favor.

Ni sonrisa promocional, ni voz de presentadora, ni gestualidad de la nuera perfecta. Ahí sólo estaba Isabel en carne viva.

Diana arrastró a Soraya a la puerta de casa. Le apretaba fuerte del brazo, pero Soraya no protestaba. Cris las siguió sin quitar ojo a Isabel.

—Te llamo luego —dijo.

Cerraron la puerta. Diana y Cris se quedaron unos segundos escuchando en silencio, esperando no sabían muy bien qué. Un lloro, un lamento. Pero no se oyó nada.

—¿Cómo has podido preguntar eso? —le reprendió Diana a Soraya.

La mujer se encogió de hombros. Parecía hacerse pequeña por momentos.

—Íbamos a llegar tarde y sólo quería terminar el juego. Sabía que esa pregunta se la sabría. Lo siento. Lo siento de verdad. No sabía que... Cris, lo siento mucho. Perdón. No sabía que le dolía tanto lo de su ex.

Parecía arrepentida de verdad. Volvía a ser la Soraya de siempre. Diana la miraba a ella y miraba a Cris. La fisio seguía con la mirada clavada en el suelo, pensativa.

—¿Estará bien? —le preguntó a Diana.

—No, pero cuando está en la mierda, prefiere estar sola. Cosas de famosos.

Soraya se mordía el pulgar, su frente arrugada por los remordimientos.

—Soy basura —dijo.

—Pues un poco, la verdad —le dijo Diana.

—No sé qué me ha pasado ahí dentro. Me he puesto nerviosa. Isabel es tan... No sé.

—¿Famosa? —respondió Diana—. La primera vez que entré en su piso para prepararla para un bolo me hice cacota. Literal. Le dejé el baño apestado. Me puse muy nerviosa. Es como entrar en un agujero negro en el que sale lo más estúpido de una. ¿No te pasó a ti, Cris?

El timbre del ascensor sonó. Habían llegado abajo.

—La verdad es que no —dijo antes de marcharse por otro lado.

—Claro, por eso a Isabel le gusta tanto Cris —dijo Diana mirando a Soraya—: Porque le hace sentir una persona normal.

Diana sonrió satisfecha por su conclusión sobre Crisabel y le pasó desapercibida la cara de pánico que puso su novia.

SORAYA: Lo siento mucho, de verdad. Perdón, perdón, perdón.

Soraya: Estoy en la mierda más absoluta.

Soraya: Vale, te he dejado en la mierda. Tu mierda es peor y la he creado yo. Lo siento.

Diana: Soraya se arrepiente mucho. No se lo tengas en cuenta. Ella no tenía ni idea de tu historia con Emilia.

Isabel: Es una bocazas.

Diana: Sí. Sólo espera que un día puedas perdonarla.

Isabel: Si es la elegida, no me va a quedar más remedio.

Diana: Además, es la mejor amiga de tu novia. Se os ve muy enamoradas.

Isabel: No me cambies de tema.

Soraya: La he cagado. Como Diana en su primera visita a tu casa, que te dejó pestazo, jeje.

Soraya: Soy imbécil. Menudo chiste de mierda.

Soraya: Joder, perdón por hacer chistes de mierda sobre mierda.

Cris: El Asogan va palmando. ¿Lo estás viendo?

Isabel: Sí. Está claro que les damos suerte. Tendremos que ir a verlos.

Cris: A ver si me dan entradas otra vez y te llevo.

Isabel: Puedo pedir las a la editorial.

Cris: Deja, deja, que te darán la chapa con el libro.

Isabel: Verdad.

Cris: ¿Qué tal estás?

Isabel (escribiendo... | en línea | escribiendo... | en línea | escribiendo...)

Diana: ¿Es cierto lo que he oído?

Isabel: ¿El qué?

Diana: Que la vas a entrevistar.

Isabel: No me queda más remedio. Ya está de promoción.

Diana: ¿Y cómo lo vas a hacer?

Isabel: Pues mira, ella se sienta en el sofá y yo le hago preguntas.

Diana: Hombre, ya, me refiero a ti, a cómo vas a estar.

Isabel: Sentada también.

Diana: Que te den.

Isabel: Yo también te quiero.

Soraya: No me odies, porfi. Te pido mil perdones. No tengo justificación.

...

Isabel: ok

Isabel: Lo de Soraya me ha dejado en la mierda.

Cris: No se lo tengas en cuenta, ella no sabía.

Isabel: Nadie sabe nada porque nunca lo he contado a nadie.

Cris: Puede ser.

Isabel: Mi discreción a veces también me castiga.

Cris: No te fustigues. Tío, ¿cómo puede fallar eso?

Isabel: Por otro lado, se nota que lo hizo porque estaba celosa.

Cris: Si estaba en boca de gol casi [sticker de Isabel Romero con los ojos en blanco]

Cris: ¿Celosa?

Isabel: Mamona.

Isabel: ¿Y tú cómo puedes no saber las telenovelas que hizo Emilia?

Cris: No soy muy de telenovelas, la verdad.

Isabel: No, tú eres más peliculera.

Isabel: Ya me puedes maquillar bien.

Soraya: ¿Qué?

Isabel: Perdón, me he confundido de chat.

Isabel: Mierda, le he escrito a Soraya sin querer.

Cris: Jajajaja, ¿qué le has dicho?

Isabel: Quería escribirle a Diana y me he confundido.

Isabel: Este partido no lo ganan.

Diana: Sí, te dejaré perfecta [emoji de beso con corazón]

Isabel: ㄟㄟ

Isabel: Oye, Cris, ¿te puedo pedir un favor?

Cris: ¿Otro?

Isabel: ¿Cómo que otro? ¿Qué favores te he pedido yo?

Cris: Fingir ser tu novia.

Isabel: Pero si fuiste tú la que lo propuso.

Cris: No, fuiste tú.

Isabel: Fuimos las dos.

Cris: Jajaja, venga, dime.

Isabel: [Dirección de Google Maps] Aquí el sábado a las 9:50AM.

Cris: Encima me vas a hacer madrugar en finde [sticker de Isabel Romero con los ojos en blanco]

Isabel: Te mato.

Capítulo 6

El de la ocasión fallada

CAÍA una lluvia fina, de esa que parece que no cae, pero que acaba calando. Isabel veía a los turistas con sandalias y calcetín caminar pegados a las fachadas de los edificios, engañados por el clima. Apuró su salida. En días como ese, no quería ser quien era. El taxi esperaba en la puerta. Los intermitentes iluminaban el suelo de naranja.

Isabel cogió un paraguas y bajó.

La ciudad con lluvia era otra ciudad. Más tráfico, más luces, más rugidos de motor, más sonidos de claxon. Aumentaba la entropía. Todo podía pasar. Cerró la puerta y los sonidos se amortiguaron.

—A MediaStar, por favor.

En Maquillaje la esperaba Diana. Se sentó en la silla. Por fin un poco de orden en aquel desorden ya conocido. Inhaló profundamente.

—¿Estás preparada? —le preguntó Diana mirándola en el espejo.

—No, pero bueno. Es lo que toca.

—Piensa que ya no estás en el mismo lugar que cuando la conociste: Ahora eres toda una mujer. ¡Y hasta tienes una relación!

Isabel sonrió amargamente. La ironía.

—Tienes razón —respondió en un murmullo—. Aún así, quiero que me maquilles guapa y sexy.

—¿Seguro? Notará que es por ella.

—Y lo es.

La maquilladora se encogió de hombros. Cuando terminó con Isabel le sopló con suavidad en la cara. Era la manera de decirle que ya podía abrir los ojos y mirarse al espejo.

Isabel se quedó impactada de ver su propia imagen en el espejo. No parecía ella. Justo lo que necesitaba para enfrentarse a la entrevista.

EMILIA Ferretti llegó más tarde de lo que la productora le había indicado. Quizá para compensar su retraso, se mostró amable y simpática con todo el mundo. La perfecta vecina italiana. Repartía besos, daba abrazos, se mostraba encantada de conocer hasta al regidor. De vez en cuando, miraba por encima de las cabezas, buscando el rostro de Isabel en el plató.

Ella también estaba nerviosa.

—¿Puedes darme un toque seductor a la mirada? —le preguntó a Diana con un fuerte acento italiano.

Diana sonrió.

—Por supuesto.

Con el soplado final, Emilia se miró al espejo.

—*Perfetto* —dijo llevándose los dedos a los labios y lanzando un beso al aire.

Aquello no se lo quería perder Diana. Ni ella ni nadie. Salió al plató y se quedó detrás de las cámaras. Emilia esperaba a un lado del decorado a que Isabel le diera paso. Alguien decía que ya iban dos minutos por detrás de las escaleta. Dos minutos menos que Isabel haría de entrevista.

—¡Estamos fuera! —gritó el regidor —Treinta segundo.
Diana entró rápida en el plató. Se excusó diciendo que le había visto un brillo a Isabel.
—Dos minutos menos de entrevista, eh. Perra vieja —le dijo a la presentadora.
Isabel sonrió.
—¿Estás preparada? —preguntó Diana mientras le daba un par de brochazos.
A sus espaldas, Emilia se colocaba en el sofá del decorado.
—Sí. No. No sé —respondió— Ha pasado tanto tiempo...
—¡Veinte segundos!
Una persona entró a plató y quitó un papel del suelo.
—¡Quiero a todo el mundo fuera ya!
Dianaapuró.
—¡Maquillaje, fuera!

ISABEL se acercó al sofá. Emilia todavía era un borrón para ella.

La actriz era como la etiqueta de esa camiseta que te encanta cuando te la pones, pero que nunca te acuerdas de quitar. Y rasca, y pica, e incomoda. Calculó: 14 años. 14 años desde la última vez que vio a Emilia tan cerca. Aeropuerto de Milán. Su vuelo salía a las 2 de la tarde. Comieron juntas, apresuradamente, en una cadena de restaurantes dentro del propio aeropuerto. Había gente por todas partes. Si alguien las reconoció, nadie las interrumpió. Al menos les dieron eso. Aunque si no podían tener una de sus eternas sobremesas, aquello no era una comida; era un trámite. Emilia se dedicó a mirarla sin decir nada. Ya no se le ocurría nada que decirle. Esos ojos azules y profundos los tuvo clavados Isabel durante las tres horas de vuelo y 14 años más.

Se sentó en el sofá.

Esos ojos azules y profundos. Otra vez.

Volvió a Milán, pero no al aeropuerto, sino a la habitación de hotel, unas horas antes.

El polvo más triste de sus vidas.

—¡Diez segundos!

¡Cuánto se puede llegar a vivir en diez segundos!

Se miraron de reojo. Una sonrisa fugaz. Emilia también estaba nerviosa. Lo notaba, le llegaban su *vibrazioni alterata*, que decía ella. Se sentían vigiladas. Más allá de las tres cámaras que las apuntaban, había miles de personas que las estaban vigilando. Cualquier sonrisa de más, cualquier aleteo de sus pestañas, cualquier gesto sería capturado y comentado en las redes sociales. “Donde hubo fuego...”, comentarían unas. “Entrevista fría”, dirían otras. Como si fueran las protagonistas de una telenovela del que la audiencia nunca acaba de estar satisfecha.

Emilia alargó la mano por el sofá y le apretó la rodilla. Se miraron a los ojos, se reconocieron, sonrieron.

—Tres, dos... —el regidor se quedó con el dedo levantado en el aire. Luego lo bajó y apuntó a la presentadora.

Isabel tomó aire. Más de lo que necesitaba para respirar, pero no tanto como para que se le notara que le había cambiado el ritmo a sus pulmones. La cámara la enfocaba a ella.

—Esta semana se estrena ‘Más terrible será la venganza’, la nueva serie de esta cadena para las noches de verano. Y hoy viene a presentarla una vieja amiga —se giró. Plano general de las dos en el sofá—. Emilia Ferretti, ¿cómo estás?

Aplausos.

El programa se hacía con público en directo. Otra cosa que Isabel odiaba. No sólo su actuación debía traspasar la pantalla, sino que también debía convencer a los que estaban sentados a dos metros de ella.

Más aplausos. Demasiados aplausos. El regidor hacía aspavientos hacia el público para regular su intensidad. Emilia Ferretti era una estrella internacional. Había sido un milagro ficharla para una serie diaria y debían hacer que se sintiera querida.

Las dos mujeres se sentían como gladiadores de un circo romano. Habían soltado a los leones. Se conocían. Lo sabían. Eran animales televisivos. Sabían qué tocaba ahora. Ya habría tiempo de hablar después.

—Encantada de volver a España. Siempre me acogéis muy bien.

Los aplausos aflojaron poco a poco.

Esos ojos de Emilia eran una puerta de entrada al pasado que Isabel tenía tentaciones de cruzar. Su vida actual era como arrastrarse en un campo de barro y espinas de metal. Gente mirándola y juzgándola, una relación falsa, un ático minimalista, un sofá demasiado grande. En su pasado le esperaba una cama revuelta un domingo por la mañana con las campanas del *duomo* sonando a lo lejos. Debía mantenerse en el umbral. Es lo que había conseguido consensuar en la mesa de redacción. Si la habían traído a su programa era, precisamente, para aprovechar ese *feeling* que tenían hace 14 años. Y por el morbo, por supuesto. El morbo sube las audiencias. Sin embargo, Isabel quería mantener la profesionalidad. Debía mantenerse en el umbral de esa puerta al pasado. Caer a un lado o a otro podría herirlas de nuevo.

En el umbral. Era un sitio donde Isabel se sentía cómoda. Demasiados años viviendo en el umbral. La fuerza de la costumbre. Pensó en Cris.

—Para nosotros es un honor —dijo de manera mecánica.

Pensó en Cris retirándose un pelo de la frente, pero en su recuerdo tenía los ojos de Emilia.

—El honor es mío. De verdad —dijo la actriz. Esperaba la réplica, pasar de los formalismos y las frases hechas a la entrevista. Sin embargo, Isabel se quedó callada. El silencio es un asesino del ritmo televisivo. Siguió—. Y estoy deseando empezar a rodar, porque la historia es... Maravillosa.

Emilia era una estupenda actriz, pero no engañaba a Isabel. Seguramente, el guión le parecía un horror, de esos que dan tantos giros que Emilia, probablemente, hubiera olvidado ya quién era el asesino. Pero era un trabajo y le pagaban bien.

Siguió sin decir nada. Escuchaba y asentía, pero sus labios estaban apretados. Pese a que su culo hacía contacto con el sofá, su mente estaba fuera del plató, saltaba de recuerdo en recuerdo como una ardilla en un bosque. De un café con Emilia en Bari Vecchia a un Starbucks en Nueva York con Lara, a un té en el sofá con Cris, y vuelta a Italia.

Su cuerpo temblaba como si su mente viajara en un viejo tren. Emilia tuvo que sentir su *vibrazioni*.

—Y así retomo viejas amistades —la actriz le golpeó la rodilla.

Por fin, Isabel reaccionó. Su mente voló hasta ellas, flotó sobre el plató.

—De viejas nada —dijo como un resorte.

Rieron falsamente.

También el público rio falsamente.

Isabel comenzó la entrevista como una autómatas. Su mente viaja a Italia, luego volvía. La exposición, el juicio, el real y el social, el señalamiento, el hostigamiento de los medios, de sus propios compañeros. Emilia y ella habían vivido todo eso juntas. La actriz también había estado viviendo bajo el umbral en Italia. Nadie la entendía mejor que ella.

Esa era la historia que necesitaba contar.

Cuando terminó de hablar con Emilia, Isabel no recordaba nada. Ni las preguntas que

había hecho, ni cómo había movido las manos, ni el tono de su voz. Había disociado de tal manera que dudó de que realmente hubiera pasado.

Sólo sintió un enorme peso que se quitaba de encima, una nube negra que volaba ya a otra cabeza. Quizá, a la de la propia Emilia.

—¿Ha estado bien? —preguntó la actriz.

—Creo que sí.

Las dos se pusieron de pie. Enseguida vino un técnico a quitarle el micro a la actriz. Le acompañó Diana, para retocar el maquillaje a Isabel. La presentadora agradeció tener como apoyo a su fiel escudera.

—Deberíamos quedar a tomar un café... y charlar —sugirió Emilia.

A Isabel no se le escapó el movimiento de labios de Diana, entre sorprendida y emocionada. La actriz la miraba suplicante. Necesitaba esa conversación con urgencia. Isabel, por su parte, necesitaba saber si era lo suficientemente fuerte como para desprenderse de la mirada de Emilia 14 años después.

—Hay un Starbucks aquí abajo.

—¿Pretendes matarme?

Rieron.

—Buscaremos un hueco —dijo Isabel. Ya se encargaría la Romero del futuro de cumplir esa promesa.

Emilia asintió.

SOBRE su mesa, entre el desorden de papeles y carpetas, un sobre. Sin abrirlo, Cris ya sabía de qué se trataba. Su nombre estaba escrito en él. En el reverso, el escudo del FC Asogan.

—Los dejás muy contentos —dijo su jefe asomado a la puerta. Vestido con ropa de calle aún daba el pego y se ligaba a alguna mujer los fines de semana, pero con el pijama puesto, parecía un tipo cualquiera que ha pasado una mala noche.

—Sólo hago mi trabajo.

—¿Vas a ir con tu *amiga* Soraya —le preguntó con retintín.

—Pues no, listillo —La voz de Cris se fue apagando conforme se dio cuenta de que Soraya ya no era su primera opción para ir al Arena. Ni siquiera había pensado en su padre o su hermano.

—Oye, si no tienes a nadie, yo estoy libre.

Su jefe no era mala compañía para ir a un partido de fútbol. Era diferente. Decía ir con el tercer equipo, los árbitros, y comentaba cosas de ellos, cómo se movían por el campo, si estaban lejos o no de la jugada, cómo se comunicaban entre ellos. Deformación profesional de su antiguo trabajo.

—Gracias, pero sí tengo a quién llevar.

El hombre se acercó moviendo las caderas de manera exagerada.

—¿Acaso estamos saliendo con alguien?

Usó el plural mayestático para ganarse la confianza de Cris, pero ella lo hizo literal para seguirle el juego.

—¿Estás con alguien? —le preguntó.

—Puede ser. ¿Estás tú con alguien? —respondió el jefe levantando la barbilla.

—Puede —dijo Cris imitando el gesto.

—¡Estupendo! Un día organizamos una cita doble con nuestras parejas imaginarias.

El hombre salió del despacho de Cris dejándola con una sonrisa. Se sacó el móvil del bolsillo y escribió:

Cris: Tengo entradas para el Asogan. ¿Te hace?

Su pulgar planeó unos segundos sobre la pantalla del móvil. Sólo era un partido de fútbol. No había que darle tanta importancia. Quizá unas birras después, nada más. Pero si Isabel aceptaba iba a pasar buena parte del finde con ella, entre su plan misterioso del sábado por la mañana y el partido de la tarde. Y eso ya era lo más parecido a una relación que Cris había tenido.

Los carrillos se le hincharon e hizo el ruido de una trompeta.

—A tomar viento —dijo cuando el dio al botón de enviar.

Y como si esperara que lo leyera en directo, fue a la habitación de rehabilitación para ver el programa de Isabel en la tele de la esquina.

—¡Cuánto tiempo! —le dijo el jefe, que estaba sentado en una camilla comiendo unos frutos secos.

En la pantalla, Isabel entrevistaba a Emilia Ferretti. La presentadora parecía una abeja, siempre con la pregunta adecuada en el momento preciso, aguijoneando con comentarios inteligentes, divertidos. La actriz no se quedaba atrás. Respondía con doble sentido, se mostraba franca y profesional, sonreía en la medida justa, miraba a Isabel a los ojos con una mezcla de dulzura y admiración. Había magia, había chispa.

—Menudo tonto se llevan estas dos —dijo el hombre—. Yo creo que al final se volverán a liar. Si es que no lo están ya.

Cris le escuchó, pero hubiera preferido no hacerlo. Una bola pesada se le colocó en cada gemelo. Estaba en tensión. Si daba un paso, le daría un tirón, así que se quedó allí de pie, con los brazos cruzados, mirando la tele, mientras el jefe seguía comentando la entrevista. Cris jamás se había esforzado tanto por volver a un estado de calma que le relajara los músculos. Había corrido dos maratones, tres triatlones y decenas de duatlones, y nunca había sufrido tal tensión en sus músculos.

—¿Estás bien, Cris?

No, no lo estaba. Tenía fama de distante, de mujeriega, de insensible, pero, cómo no iba a serlo. Cómo no iba a mantener las distancias con las mujeres si cada vez que le gustaba una como para correr la maratón de su vida con ella, ellas corrían los 100 metros lisos hacia otra meta.

—Sí, sí.

Necesitaba salir de ahí. Tenía que moverse. Dio un paso, apoyó el pie. Todo en orden. Dio otro paso, apoyó el pie. *Clac*. El gemelo se le enganchó en la corva. Como por envidia, el otro también se subió. Se le doblaron las piernas y, pese a sus intentos de agarrarse a algo cercano, todo lo que agarraba cedía. Así que acabó tirada en el suelo cubierta de una torreta de colchonetas y pelotas de goma.

PUNTAL, Cris llegó a las 9:50 a la dirección indicada. Había tenido que coger dos líneas de metro, y al salir del mismo, el ruido de la ciudad se había apaciguado, las calles se habían ensanchado, el verde de la vegetación era el protagonista. Paseó hasta el punto de encuentro y no tardó en ver de lejos a Isabel, que llegaba en dirección opuesta.

—La puntualidad es una cualidad que adoro en una mujer —dijo.

—Pues entonces, adórame —dijo Cris, y al instante carraspeó, arrepentida por haber soltado esa ocurrencia.

Fuera lo que fuese a decir Isabel, se mordió la lengua.

—¿Puedo saber qué hacemos aquí? He tenido que coger dos metros, sólo con eso ya te he

pagado el favor.

—¿Entonces ahora yo estoy en deuda contigo?

—Ajá. Y suma lo del palco VIP.

—Me vas a salir cara —le dijo la presentadora, sus ojos clavados en los suyos—. Ahora en serio: vamos a ver una casa.

—¿Para ti?

—Sí, para mí, ya te dije que vivir en el centro me empezaba a agobiar. ¿Qué le voy a hacer? Me estoy convirtiendo en una anciana. Y, por mucho que protestes, esto no está tan lejos. Es como estar en la ciudad, pero sin todo el ruido y la contaminación.

—Y los *paparazzi*.

—Exacto. ¿Ves? Ya piensas como una famosa. Me gusta —Isabel le tocó la nariz con el índice. Se quedaron unos segundos mirándose, estudiándose—. Vamos, la agente inmobiliaria ya debe estar esperándonos.

Caminaron hasta una calle privada. Isabel le contaba que había visto el chalet por Internet y que le pareció ideal para ella. Espacioso, pero sin ser muy grande. Podría dar fiestas y acomodar a unas cuantas personas.

—Cuando se la mandé a mi madre me dijo: “Demasiado grande para una soltera sin hijos”. Mi madre no desaprovecha una oportunidad para mostrar su decepción por mi estilo de vida.

—A Soraya le pasa igual —dijo Cris, y se arrepintió al instante. No era el momento de hablar de Soraya. Lo notó por cómo Isabel la miró, como si se estuviera aguantan las ganas de soltarle uno de sus aguijonazos.

Un par de minutos más de caminata en un tenso silencio e Isabel se detuvo.

—Es aquí.

Timbró el telefonillo.

Cris sólo podía ver un murete cubierto de hiedra y un gran árbol que tapaba la fachada de la casa de la vista de los extraños. Se escuchó el sonido de apertura e Isabel empujó la puerta metálica con la cadera.

—Vamos —la invitó.

Fue como entrar en un mundo nuevo. Había un gran jardín al entrar y un camino de piedra caliza que llevaba a la entrada principal. El chalet tenía la fachada blanca, con grandes ventanales y un tejado de pizarra de ángulos incomprensibles.

—Buenos días, Isabel —La agente inmobiliaria le estrechó la mano. Luego miró a Cris.

—Ella es Cris. Valoro mucho su opinión, así que me ayudará a tomar la decisión.

—Estupendo.

Cris tardó en reaccionar. Resonaban en su cabeza las palabras de Isabel. Cómo de sola debía sentirse para que valorara más la opinión de una mujer a la que conocía de hacía dos días que de alguien de su entorno más cercano.

Al ver el jardín, Cris ya hubiera comprado el chalet, pero el interior le terminó de conquistar. La planta baja estaba prácticamente abierta al jardín que rodeaba la casa. Había un salón al este y otro al oeste. Andaba rezagada, observando todo con sus ojos de trabajadora precaria. El salón de invierno, como le llamaba la agente, tenía una moderna chimenea horizontal con un hueco para la leña. La cocina tenía una enorme isla en el centro con barra a un lado y efecto cascada al otro. Cris no pudo identificar el material con el que estaba hecha la encimera, pero tenía pinta de ser caro. Nevera de dos puertas, inducción con campana incorporada, dos hornos y un microondas en torre y una mesa de madera maciza para comer. Cris sólo podía

pensar en lo que costaría limpiar todo eso.

La agente le iba contando a Isabel todas las comodidades de la casa. Calefacción radiante, placas solares, gas natural, aerotermia.

—Te aseguro que la factura de la luz es más baja de lo que crees.

Salieron al jardín trasero y casi se dan de bruces con la piscina. Era una alberca de líneas cuadradas y agua cristalina. Junto a la piscina, un solarium, y junto al solarium, el baño más grande que había visto Cris, que volvía a conectar con la casa.

Aceleró sus pasos para llegar a Isabel.

—Tiene una cascada —susurró.

Isabel rio.

—¿Te imaginas bañarte bajo ella?

¿Que si se imaginaba? A partir de ahora pensaba ser la mejor amiga de Isabel.

—A los salones de invierno y de verano, se suma este exterior, ideal para ver el atardecer.

—El Parque Grande queda cerca, ¿verdad? —preguntó Isabel.

La agente asintió y señaló la dirección que llevaba al gran pulmón de la ciudad.

—Es un espacio ideal para salir a correr —dijo Isabel al aire.

—Pero si tú no corres —rio Cris.

—Pero tú sí —respondió la presentadora, esta vez, mirándola a ella directamente.

Le estaba mandando algún tipo de mensaje pero Cris no lo llegaba a entender. Todo era complicado con Isabel. No sabía qué perfil le mostraba. ¿La presentadora de la tele que sabe cómo actuar en todo momento o la mujer vulnerable que necesita una amiga? ¿La persona que le estaba haciendo un favor o la que se lo estaba pidiendo?

—¿Subimos a las habitaciones?

La agente interrumpió el soliloquio interno de Cris. El pudor la sobrevino. Ahí ella tenía poco que decir. Era el espacio más íntimo de la casa, y no consideraba que su opinión fuera a aportar nada.

—¿Cómo que no? ¿Y dónde crees que vas a dormir cuando vengas?

—Ah. Claro —respondió Cris.

No iba a ser ella quien contradijera a su nueva mejor amiga.

La casa tenía cinco habitaciones y dos baños arriba. Cada habitación tenía una terracita. Eran como habitaciones de hotel. Todas tenían cama de matrimonio y papel pintado en la pared de la cabecera. Los armarios estaban ocultos o empotrados, los suelos eran de una cálida madera en espiga que les acompañaba por toda la planta superior.

—Este es el dormitorio principal —dijo la agente. Y miró a Cris—. La cama es *king-size*, el baño tiene lavabo de dos senos, ducha, bañera, bidé y taza. Despertar aquí y ver amanecer desde la cama es una experiencia muy guay —se le escapó—. No es que yo lo haya vivido, ni nada, claro. Me lo he imaginado.

Isabel ignoró la acusación manifiesta de la chica y fue a la cama. Se tumbó de espaldas. Miró a la izquierda y vio su reflejo en el espejo del armario.

Eso sí que Cris lo vio y lo entendió. Isabel se estaba imaginando en esa cama con alguien. No tenía por qué ser ella. Podía ser Emilia, perfectamente. Igual la casa era para ellas dos, pero Isabel no se lo quería decir todavía porque en el fondo no confiaba del todo en ella.

—Tienes que probar este colchón, Cris, es una pasada —le dijo Isabel.

Cris fue directa al baño, huyendo de la invitación. No quería que Isabel la viera roja como un tomate. Había estado con decenas de mujeres y era ella la que las hacía sonrojar. Eso era nuevo para Cris.

Estaba equivocada: aquel sí era el baño más grande que había visto en su vida. Sería la iluminación LED de detrás del espejo, o el olor a cedro y menta, o la luz del sol que entraba delicada por la ventana, pero sí, Cris pudo imaginarse bañándose allí después de salir a correr por el Parque Grande y bajar después a hacerse unos huevos revueltos en aquella inducción con campana incorporada y hacerse un café de máquina y salir a tomárselo junto a la piscina, mientras Isabel tomaba el sol y leía lo que llevara escrito de su novela, o un guión de un anuncio, o una revista del corazón en la que ella no salía porque vivía en un castillo con su princesa.

—¿Vienes, Cris?

¡Qué tonterías estaba pensando! Por supuesto que se veía ahí. Cualquiera se ve viviendo en una casa como esa, pero esa no era su vida. Era una vida para gente como Isabel o Emilia. O para Isabel y Emilia. Más allá de eso, todo era un espejismo.

—Voy.

E Isabel también era un espejismo. Mujeres como ella jamás se fijaban en mujeres como Cris. Ella era la antítesis de Emilia y de Lara, a quien había buscado por Internet roída por la curiosidad. Mujeres femeninas, de cuerpos rotundos, sonrisas abiertas y miradas felinas. Un vistazo en el espejo: ella era un palo de andares toscos y nula expresividad en la cara.

Volvió a la habitación, esa habitación que no estaba hecha para ella.

—La casa es una pasada, Isabel —le dijo.

La presentadora estaba tumbada en la cama. Movía los brazos y las piernas como si estuviera haciendo un ángel en la nieve.

—Te lo dije.

—Os espero abajo —dijo la agente.

Cris la siguió con la mirada, como si fuera lo más interesante en ese momento, aunque lo más interesante fuera ver a Isabel tumbada en la cama, relajada.

—Venga, tumbate.

—No me voy a tumbar en el picadero de la agente.

Isabel se rio mientras se incorporaba. Se quedó un momento viendo la ventana, imaginándose que amanecía. Se desperezó como si acabara de despertarse.

—He dormido fenomenal. ¿Tú has dormido bien?

—¡Ja!

—¿Eso es un no? Pues bien que has roncado.

—¡Yo no ronco!

—Claro, tú no te oyes. Pero roncas. Aunque ya roncas menos que antes —dijo Isabel—. Se nota que correr por el Parque Grande te va bien para los pulmones.

Cris la dio por perdida. ¿Quería jugar? Pues iban a jugar.

—Hay que limpiar este baño, y el de invitados, y el de abajo.

—Lo hará el servicio.

—¡El servicio, claro! Se me había olvidado.

Isabel alzó las cejas.

—Pierdo dos horas en ir y venir del trabajo.

—Pero si has puesto una pequeña clínica en la casa de invitados y los vecinos del barrio están encantados con tu trabajo. Te pagan mejor que tu antiguo jefe.

—¡Ja! —Cris se mordió el labio. Tenías los ojos puestos en Isabel que la miraba expectante—. El agua de la piscina está fría.

—Para tus calentones.

A Cris se le escapó una carcajada.

—Tienes respuesta para todo, eh —Fue rauda a la cama, agarró un cojín y se lo tiró a la cara—. Pues respóndeme a esto.

Isabel cogió otro cojín y se defendió. Estuvieron peleando un rato entre risas hasta que cayeron exhaustas sobre la cama.

—Mira, ya te da igual tumbarte en el picadero de la agente.

—Aún me da algo de grima, no creas. Es como mancillar la intimidad de un fantasma, o algo así.

—Has cagado en mi baño, no me vengas ahora con vergüenza.

—Ay, no digas eso —rio Cris.

—Menudo pestazo me dejaste. Olí tu caca dos días seguidos.

—¡Mentira! —Cris cogió otro cojín y se lo lanzó a la cara—. Mi caca no huele.

—Tú caca huele a mierda, como la de todo el mundo. La caca es lo más democrático que hay. Cuando yo estaba nerviosa al empezar en la tele, en Italia, me imaginaba a la gente cagando, y se me pasaba. Al final, todos somos personas, ¿no?

Cris se tumbó junto a ella.

—Yo no te imagino cagando. Tú eres...

Isabel se incorporó y le tapó la boca antes de que Cris siguiera.

—No lo digas.

La presentadora la miraba con los ojos muy abiertos.

—No lo digas. No digas que soy perfecta, por favor —le rogó.

Cris negó con la cabeza. Isabel estaba encima de ella, respirando sobre su pecho agitado. Todo lo que veía era a Isabel con el cabello cayendo a los lados como dos cortinas y los carrillos deformados por la gravedad.

—Tú no. No lo vas a decir, ¿verdad? No vas a decir que soy perfecta y entonces voy a tener que fingir también delante de ti que soy perfecta y no voy a tener ningún espacio, ninguna persona con la que poder ser yo misma.

Cris volvió a negar.

—¿De verdad?

Asintió.

La presentadora retiró la mano lentamente, y después se levantó de la cama.

—En realidad iba a decir que como buena periodista que eres seguro que cagas signos de puntuación.

Ahora era Isabel la que estaba en fuera de juego. Se quedó unos segundos reflexionando sobre la ocurrencia de Cris hasta que por fin estalló en una carcajada.

—¿Signos de puntuación?

—Sí, en plan un zurullo grande y largo y uno como una bolita: una exclamación.

La risa de Isabel retumbó en la habitación.

—Eres genial, Cris. ¡Genial!

La presentadora se incorporó y se puso en pie. Cris se quedó tumbada. “Genial”, repetía mentalmente. Miraba a Isabel dar pasos por la gran habitación, acercarse al ventanal, asomarse al baño. Se mordía el pulgar. Esos detalles no se apreciaban en la tele, pero Isabel tenía el pulgar derecho devorado por sus dientes.

—Entonces, ¿la vas a comprar?

—¿Qué opinas tú?

—Es una decisión tuya, Isabel. A mí me parece una pasada de casa.

—Ya puede serlo. Cuesta un millón y medio.

Cris se incorporó de golpe y se mareó.

—¿¡Un millón y medio!?

—Creo que puedo bajarle a un millón y cuarto.

—¡Me da igual! Sigue siendo más de 200.000.

—Obvio que es más de 200.000. ¿En qué mundo vives?

—En el mundo real, Isabel —Cris colocó los brazos en jarra.

—Dijo la que me va a invitar al palco VIP —Isabel la imitó.

—Es lo único que puedo ofrecerte —dijo Cris dolida. La presentadora había sido su primera opción, por encima de su padre, de su hermano y de Soraya, y aún así para la presentadora parecía poco. Se enrabietó—. Discúlpame si no soy una afamada actriz italiana a la que le abren las puertas sólo con pestañear.

—¿A qué viene eso ahora? —Isabel cambió de actitud para amoldarse a las dentelladas de Cris.

—No sé, Isabel. ¿Para qué necesitas esta casa si no? No es la casa que compartirías con una persona cualquiera. Es una casa para dos estrellas de la televisión, para seguir encerradas como lo estabais en Milán, sin que os moleste la prensa.

Una sombra cruzó los ojos de Isabel. Cris jamás había visto esa expresión de enfado y tristeza en el rostro de la presentadora. Aun no había abierto la boca y ya sabía que la había cagado.

—Vete a la mierda, Cris —dijo con la voz áspera, y se fue.

EN un microcosmos pasan infinidad de cosas, inapreciables al ojo humano. Un parpadeo, un temblor, una división celular y todo cambia sin que nada cambie. En aquel microcosmos de pies fríos y manitas bajo la manta todo estaba cambiando y ninguna era capaz de verlo porque todo parecía igual.

Unos pasos se escucharon por el pasillo. Cortitos, rápidos. Los talones desnudos de Nerea golpeaban el parqué. Diana y Soraya dejaron de magrearse en el sofá.

—Que viene, que viene.

La cabecita de Nerea asomó por la apertura de la puerta.

—Mami, tengo miedo —dijo.

—¿De qué tienes miedo, cariño?

Nerea se tomó la pregunta como una invitación y corrió hacia ellas para meterse bajo la manta.

—Creo que hay algo debajo de la cama.

—Cariño, tienes 10 años ya como para creer en esas cosas.

En la tele, un anuncio de seguros alarmaba sobre los riesgos de los *okupas* y Soraya rio ante la ironía.

—Pues entonces igual es un ladrón —Nerea señaló la tele—. Ven a verlo.

La maquilladora suspiró.

—Ahora vengo —le dijo a Soraya, y le dio un beso en los labios.

Mientras Diana inspeccionaba todos los rincones de la habitación de Nerea (bajo la cama, en el armario, hasta el cajón de los calcetines), Soraya miró su móvil. La película seguía reproduciéndose de fondo en la tele, pero apenas le interesaba. Ya no recordaba cuándo vio una película entera del tirón y sin mirar el móvil cada cinco minutos. Su ex marido había subido a Instagram una foto de su escapada. Eran dos copas de champán con un mar al fondo. “Contigo todo es posible”, rezaba el texto. De momento, la tapadera de que seguían siendo marido y mujer les funcionaba. Su ex jugaba al misterio en las redes sociales, como si Soraya y él vivieran un

segundo noviazgo, aunque en realidad estuviera comenzando una nueva relación. La brecha tecnológica entre la generación de sus padres y la de ella le salvaba de preguntas incómodas.

Otra que también jugaba al despiste era Isabel. Apenas salía nada de su vida personal en su Instagram. Fotos de posados urbanos mezcladas con promociones de productos. Quizá hasta los posados fueran promociones también. Todo muy medido, muy calculado para que pareciera natural. Una vida de cartón-piedra que mucha gente envidiaba. Incluida la propia Soraya. Buscó entre las fotos publicadas algún elemento de Cris. Sus gafas de sol en la mesa de una terraza, un trozo de tela de alguna de sus prendas, la esquina de su móvil asomando en algún plano. Pero nada. Cris no existía en el Instagram de Isabel.

El Instagram de Cris era un páramo de cuatro fotos mal hechas, la más antigua de 2018.

Así no se podía *stalk*ear.

CRIS tenía razón. Ahora sí que le estaba pareciendo un trayecto larguísimo. Y estar enfadada con tu copiloto lo hacía todavía más tedioso.

Una copiloto que no hacía más que disculparse de manera torpe.

—Isabel, no quería decir eso. Lo siento.

—Sí querías —dijo sin quitar la vista de la carretera. Y antes de que Cris siguiera hablando, puso la radio a un volumen atroz.

Cris bajó el volumen.

—¿Podemos hablar?

—No tenemos nada de qué hablar —dijo Isabel y volvió a subir el volumen. La canción era horrible. Fingió que se la sabía para ocupar su mente, llevarla lejos de allí.

—Ven conmigo al fútbol y lo hablamos —gritó Cris.

—No me apetece.

—Aunque sea por las croquetas y el jamón.

La muy perra sabía por dónde ganarla. Aún así, negó con la cabeza. Los pensamientos se le agolpaban, y se le mezclaban ahora con un *dembow* sobre un hombre viendo a una mujer bailar.

—Lo sabes, Cris. Sabes lo mal que llevo lo de Emilia.

—Os vi muy cómplices en la entrevista.

—Pero, ¿por qué eres tan bocazas?

—No lo sé.

Hablaban a gritos por encima de la música.

—Aún no sé por qué me gustas tanto con lo idiota que eres.

Cris abrió los ojos. Se inclinó sobre la radio y bajó el volumen.

—¿Qué has dicho?

—Nada —Isabel se sintió pequeña. Casi no llegaba a los pedales del coche—. Mira, un sitio.

—Entonces, ¿vienes al partido conmigo?

—Tengo hambre —gruñó.

El silencio duró poco, lo que tardó Isabel en escuchar el coche de su parachoques con el guardabarros del coche de delante. Después, siguió aparcando al tentón hasta que dejó su viejo Audi encarcelado.

A Soraya le parecía tan extraña esa pareja. Tan fortuita. Cuántas carambolas había tenido que hacer el destino para juntar a dos perfiles tan diferentes. La pachorra de Cris frente al poderío de Isabel. El Instagram pelado de una, frente al escaparate de la otra. El estilo casual y

desaliñado de la fisio, frente al armario lleno de marcas de última moda de la presentadora. ¿Qué conversaciones tendrían? ¿Qué es lo que le gustaba de la otra? Soraya era incapaz de dar con la tecla. Algo le picaba en la nariz.

Diana volvió al salón y se acurrucó de nuevo bajo la manta.

—¿Otra vez en Instagram? ¿No te había saltado hace rato la notificación de límite de tiempo?

—Sí, pero la he descartado.

—Entonces, ¿para qué te la pones? —preguntó Diana entre risas.

—No sé. Por ser consciente —Soraya movió las manos para zafarse de la respuesta—. Oye, escucha, me tienes que hacer un favor.

—Claro, dime.

Las dos miraban sin mirar la película. Habían tardado más de media hora en ponerse de acuerdo para elegir una película y ahora ninguna de las dos se atrevía a decirle a la otra que la quitara y pusiera otra cosa.

—Llama a Isabel ahora y pídele que te pase con Cris.

—¿Qué? ¿Para qué?

—Es sábado. Estarán juntas, ¿no?

—Imagino. ¿Pero para qué quieres que me pase a Cris? ¿Por qué no la llamas tú?

—Para saber si están juntas. ¿Me explico?

Diana parpadeaba perpleja.

—No.

Soraya suspiró con impaciencia. Se revolvió en el sofá.

—Mira, estas dos no pegan nada, y yo creo que no son pareja.

—¿Otra vez con eso, Soraya? ¿Y por qué estarían fingiendo?

—¡No lo sé! Quizá Isabel quiera utilizar a Cris para dar celos a la Ferretti. ¿No es mucha casualidad que justo que ahora que está la actriz en España, ellas dos estén saliendo?

—No están aireando su relación en redes sociales —dijo Diana señalando el móvil de Soraya, al que le había saltado una nueva notificación de exceso de tiempo en Instagram.

—No sé qué pretende Isabel de Cris, pero lo pienso averiguar. Tengo que proteger a mi amiga.

—Tu amiga está bien.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo he hablado con Isabel.

—¿Has hablado con Isabel de Cris? —Soraya se giró hacia su novia. Dio por imposible la película. El guión que tenía entre manos era mucho más interesante y, por qué no decirlo, la implicaba más.

—Sí, claro, en Maquillaje.

—¿Y qué te ha contado?

—Pues que se lo pasa bien con ella, pero que quiere ser cauta. No quiere que le pase como con Lara. Oye, ¿y por qué no le preguntas a Cris directamente? —quiso saber Diana. Su pelo rizado y rojo se movía como un muelle—. ¿No sois tan amigas?

—Porque no quiero cagarla. Ella es muy reservada con su vida sentimental. Apenas me cuenta nada.

—Igual es que nunca te has interesado realmente en ella —soltó Diana como quien no quería la cosa.

—¿Qué quieres decir?

—Llámalas —la tentó Diana—. Llámalas como amigas, y pregúntale qué tal le va con Isabel.

—¡No puedo hacer eso! Quedaría raro.

—¿Por qué quedaría raro que le preguntaras a tu mejor amiga qué tal le va con su novia?

Soraya se dio por vencida.

—Porque nunca lo he hecho —respondió en un susurro.

—¿Nunca le has preguntado a tu mejor amiga por sus parejas?

—Yo qué sé. Es tan reservada... Pensaba que Cris no quería hablar de su vida privada.

Además, siempre va de chica en chica. Hace tiempo que perdí la cuenta.

A Soraya siempre le había parecido que tener una conversación sobre relaciones sentimentales con Cris era como caminar sobre cajas de huevos: no sabía si estaba con alguien, si lo acababa de dejar, si estaba dolida o liberada. Tenía miedo de tocar la tecla justo cuando no tocaba. Las relaciones entre mujeres le parecían tan complicadas.

—Ay, pobre Cris —lamentó Diana.

—¿Pobre Cris?

—Si ni su mejor amiga se ha interesado por su vida privada, habrá pensado que no es importante.

—¿Crees que por eso no ha tenido una relación estable en su vida?

Diana se llevó la mano a la barbilla, pensativa.

—Puede ser —Diana exhaló.

—¿Soy una mala amiga?

—Últimamente no estás muy fina, la verdad.

La sinceridad de Diana le dolió, pero también le alivió. Era el poder que Diana tenía sobre ella: le ponía frente a un espejo. La miró. Cuando la noche que salió con Cris se fue con la mujer que bailaba bien, luego no fue capaz de quitarse a Diana de la cabeza. Sabía que aquella mujer de pelo fucsia y ademanes atolondrados le iba a cambiar la vida. ¡Era tan diferente a lo que había conocido! ¡Tan diferente a su ex marido! Diana era decidida, valiente e intensa. Félix era más cauto, prevenido, sibilino a veces. Tras años de matrimonio, Soraya se había acostumbrado a buscarle la vuelta a las cosas, a darle un sentido retorcido, a destapar la doblez. “Nadie hace nada porque sí”, solía decir su ex.

Algo debió reflejarse en su cara porque Diana se apiadó de ella.

—Vale, la llamo. Pero, ¿qué excusa le pongo?

—Dile que me quieres hacer un regalo y que necesitas el consejo de Cris, que te la pase.

—¿Lo tenías pensado ya? —le preguntó la maquilladora al verla con tanta seguridad.

—Se me acaba de ocurrir. Palabrita.

Diana meneó la cabeza

—Está bien —La maquilladora buscó su móvil perdido entre los pliegues de la manta. Marcó. Soraya la miraba como si llevara una semana sin comer y ella fuera un pollo asado—. Isabel, ¿qué tal? Bien, no nada. Esto... —Soraya la animó a continuar la conversación—. ¿Estás con Cris? ¿Me la puedes pasar? —Diana apartó el móvil de la cara—. Está con ella.

—Sácale información. Pregúntale dónde están, qué hacen —dijo Soraya en un murmullo.

Diana fue a contestarle que no iba a indagar más, cuando Cris le contestó.

—¡Hola, Cris! Raro que te llame, ¿eh? Ya, sí. Tú y yo hemos hablado poco. Lo sé, lo sé. El caso es que necesito tu ayuda y, claro, no tengo tu teléfono. Es que le quiero hacer un regalo a Soraya y necesito consejo. Tú que eres su amiga y la conoces mejor, podrías ayudarme. Ah, claro, claro.

—¿Qué dice?
—Que pensaba que te conocía, pero luego saliste del armario y ella fue la última a la que se lo contaste —bisbiseó Diana.
—Oye, qué rencorosa.
—¡Claro que Soraya te quiere! —siguió Diana—. Se preocupa por ti.
Soraya saltó. ¿Qué era eso de que Cris pensaba que no la quería?
—Claro que la quiero —le dijo al cuello de su pijama.
—Entonces, ¿qué me recomiendas que le regale? —Diana escuchó atenta—. Sí, es buena idea. Eso también le gustaría. ¡Es cierto! Eso le encanta —rio.
Con cada réplica, Soraya reaccionaba.
—¿Qué te dice?
Diana se llevó el índice a los labios.
—Oye, pues muchas gracias. Me has dado un montón de ideas. Y muy originales. Seguro que le encantan. Se nota que la conoces mucho. Claro, muchos años de amistad, sí. Tenemos que volver a quedar las cuatro. Sí, sin el Party esta vez. Muchas gracias de nuevo. Adiós, adiós —colgó y dejó el móvil a un lado—. Pues efectivamente estaban juntas. Había ruido de fondo, así que imagino que estaban en un restaurante o algo.
Pero a Soraya ya no le interesaba eso. Ahora le interesaba otra cosa.
—¿Y qué ideas de regalos te ha dado?
—Eso es sorpresa —Diana saltó sobre ella y le mordió el cuello hasta que de nuevo los pasos de unos pies desnudos se acercaron al salón.

EL teléfono pendía sobre los canapés de vuelta a su dueña.
—¿Qué quería? —preguntó Isabel recogiendo en su bolso.
—Diana le quiere hacer un regalo a Soraya y me pedía ideas.
La presentadora asintió.
—Qué raro, ¿no?
Cris se encogió de hombros.
—Estoy comiendo canapés de caviar en el palco VIP del Asogan Areba después de haber discutido con Isabel Romero —dijo—. Hace días que vivo en una simulación.
Le hizo gracia.
—No hemos discutido.
—¿Ah, no? —Cris la miró esperanzada.
—No. Tú has sido una imbécil y yo me he enfadado.
La estocada no entró tan profunda como pretendía a juzgar por la media sonrisa de Cris.
—Tienes razón. Soy una imbécil.
Isabel dio un sorbo a su copa de vino blanco. Los taninos terminaron por despertarle el paladar, de activarle el sentido del gusto. El resto de sentidos se activaron por pura envidia. El rumor de la gente charlando sobre cualquier cosa menos fútbol, el olor del hojaldre mezclado con pescado, las condensación de la copa filtrándose por sus huellas dactilares. Se lamió un dedo bajo la atenta mirada de Cris.
—Igual mi prima tenía razón —dijo sin soltarle los ojos.
—¿Mati? —Volvió a sonreír. Había algo de ironía en el brillo de sus labios. Chascó la lengua—. Mati te ha dicho que no soy de fiar, ¿verdad?
Asintió mientras su lengua repasaba la yema del dedo anular.
—Pero no te dijo por qué.
—No me hace falta, doña “manos calientes, corazón frío”.

Ahora sí, Cris rio a carcajada limpia. Algunas personas interrumpieron su conversación para ver qué era tan gracioso. Cuando vieron que sólo era Isabel Romero hablando con una mujer con dudoso gusto para la ropa, volvieron a sus cosas.

Entonces, Cris se acercó. Como si ella también fuera consciente de que cualquier movimiento que hiciera estaría vigilado por mil ojos.

—Tu prima y yo tuvimos una noche de pasión. Eso no te lo ha contado, eh.

La presentadora abrió los ojos tanto como la boca. Un besugo incapaz de creerse lo que estaba oyendo.

—No te creo —dijo como si se lo estuviera diciendo a Perla tras haberle contado un chisme de algún nuevo famoso.

Cris asintió con suficiencia.

—Le dije lo que había: sólo sexo. Pero... —Abrió las manos dando a entender que la prima no lo entendió, que quedó rendida a sus encantos y que la persiguió porque quería más. Y cuando Cris insistió en que sólo había sido una noche para ella, Mati se disgustó. Todo eso con un sólo movimiento de las manos y un gesto de la cara—. Yo nunca voy diciendo con quién me acuesto o dejo de acostarme. Son las mujeres las que se lo cuentan entre ellas.

—Qué caballera.

Cris se encogió de hombros.

—En realidad, yo soy muy discreta. Y estoy acostumbrada a que hablen de mí —dijo como si quisiera mostrar sus credenciales a novia de famosa. Luego suspiró—. Eso no quita que cuando abra la boca, efectivamente, sea una imbécil. Te pido mil disculpas por haber insinuado que Emilia y tú...

Dejó la frase colgando. Una azafata las interrumpió y las invitó a ir a su box. A Isabel no se le pasó por alto la mirada de Cris hacia el trasero de la chica. Entornó los ojos en una representación de su propio meme, y se rio de sí misma.

CASI pierde el paso en un escalón por estar mirando donde no debía. Cris apartó los ojos del culo de la azafata, le sonrió y se sentó.

—Eso te pasa por mirar donde no debes —le dijo Isabel.

No pudo evitar sonrojarse.

—Toda la razón

Se acomodaron. Había tres personas más en el palco. Unos tipos trajeados que hablaban en susurros para hacer negocios o política. O ambos. Cris colocó el pie en el asiento de delante y apoyó su codo en la rodilla.

—Aunque va a ser un buen partido, en realidad es intrascendente por que la liga ya está decidida...

Isabel le puso una mano en la pierna y la miró seria.

—Me importa una mierda el partido —dijo—. Yo he venido aquí para estar contigo. Para hablar contigo.

Se le cayó el pie del susto y tuvo que acomodarse para disimular que el estilo directo de la presentadora le había puesto cachonda.

—Tú dirás —dijo.

—Emilia y yo.

—No tienes por qué...

—Ya lo sé que no tengo por qué, pero quiero contártelo. Emilia y yo—repitió Isabel. El árbitro hizo sonar su silbato para iniciar el partido—. No hay nada. Ni brasas ni fuego. Lo comprobé durante la entrevista. Si acaso, un poco de resentimiento. Y tristeza por lo que pudo

ser. Pero sobre todo hay mucho agradecimiento.

—¿Agradecimiento?

Isabel la miraba con una complicidad inédita en ella. No era su expresión de las entrevistas, ni siquiera la manera en cómo miraba a Diana cuando hablaba con ella. Era algo nuevo, extraordinario, como ver un acontecimiento astronómico que se repite cada cien años. Ante Cris, Isabel Romero comenzó a hacerse pequeña y desde esa voz infantil siguió hablando.

—Sí. Pese a todo, ella me enseñó a ser una mujer enamorada de otra mujer. Fuimos felices en nuestra burbuja. Hasta que explotó.

—Es lo que tienen las burbujas. No pueden mantenerse mucho tiempo —dijo Cris. Se llevó la reflexión a su propia experiencia.

—Exacto —Isabel volvió la cabeza hacia el césped y Cris se preguntó si volvería a ver al cometa Halley que habían sido la mirada de Isabel.

Estuvieron un rato en silencio, siguiendo los lances del juego. De vez en cuando, los hombres gritaban para luego volver a conspirar en susurros.

—Lara y yo —siguió Isabel, aunque esta vez no la miró.

—Isabel, de verdad, no tienes por qué contarme las relaciones con tus ex. Si lo tengo que hacer yo...

—Lara y yo —repitió la presentadora que, esta vez sí, se giró a verla. El cometa Halley se estrelló directamente en el pecho de Cris—. Esa sí la tengo clavada. Y si Lara viniera aquí y me dijera que quisiera volver —Chascó los dedos—. Volvería con ella. Sin dudarlo.

—Guau —La determinación de la presentadora impactó a Cris.

De nuevo, un silencio. Isabel la seguía mirando, pero no abría la boca. Algo la atenazaba por dentro. Cris le cogió una mano y se la apretó. Volvió a la fiesta de despedida del hombre del tiempo. Le acarició con el pulgar. Miró a su alrededor para asegurarse que sus manos entrelazadas quedaban ocultas desde cualquier tiro de cámara.

—¿Puedo preguntar qué pasó?

Isabel tenía la mirada perdida en un punto indefinido, más allá del césped. Asentía, pero seguía sin decir nada.

—Fue la chica con la que te pillaron en Nueva York, ¿no?

El Asogan marcó un gol y los hombres de traje se convirtieron en gorilas. Ellas, sin embargo, permanecieron sentadas, ajenas a la celebración.

—Nos hicieron fotos besándonos en la calle —Pese al jaleo, Isabel hablaba bajito—. Yo pensaba que estábamos a salvo, pero no. Salieron en todos los medios. Webs, revistas, televisión. Mis propios compañeros de cadena —dijo la presentadora con la voz rasgada—. Estaba claro que nos habían seguido porque estaban tomadas en diferentes momentos. Me sacaron del armario, me quitaron la potestad de declarar mi propia identidad. Me dolió muchísimo.

—Normal.

—Pero a Lara la jodieron más. La acosaban cuando iba al trabajo, le sacaban fotos cuando salía de marcha con sus amigos, cuando hacía la compra. Fue insoportable para ella. Lo sería para cualquiera. Me sentí culpable por haberla empujado a este pozo de mierda que es la televisión —Los ojos de la presentadora se encharcaron. Los mantenía abiertos, esperando que se le secaran y evitarse el gesto de limpiarse una lágrima que pudiera ser capturado por alguna cámara. Cris se acercó a ella. En caso de que eso ocurriera, estaba dispuesta a cubrir el flash con su propio cuerpo—. Hice un editorial en mi programa defendiendo mi identidad y su privacidad, pero fue en vano. Era como echarle más leña al fuego. Lara acabó dejándome. No la culpo. Ahora está casada y tiene gemelos. Son preciosos. Ellas son preciosas. Recibo su postal navideña

todos los años.

Se hizo el silencio. Los ojos de Isabel eran escurridizos y Cris echaba en falta que la mirara con el anhelo que le había dedicado apenas unos minutos antes.

—Lo siento mucho, Isabel.

Estaban tan cerca que sus palabras iban de una boca a otra directamente.

Isabel tragó saliva con fuerza. El gesto le cambió de manera radical. Del dolor pasó a la rabia y, cuando se encontró con la mirada dulce de Cris, tornó a la calma.

—Me recuerdas a ella.

—¿A Lara?

—Sí —sonrió—. Ella tampoco me dejaría comprarme esa casa tan grande para mí sola.

Cris le devolvió la sonrisa. No sabía por qué le estaba contando todo eso. Parecía tan íntimo. Ninguna mujer se había abierto con ella. Metafóricamente hablando. Literalmente quizá demasiadas. Hasta se había tirado a la presidenta de la Asociación de Mujeres Profesionales.

—Cris —Isabel se acercó a ella. De nuevo, el cometa Halley—, si te cuento esto es porque...

La presentadora se acercaba cada vez más a ella y con cada centímetro su aureola de famosa perdía brillo, dejaba de deslumbrarla. Era Isabel, y nada más. La que le ayudaba a espiar a su mejor amiga, la que necesitaba a alguien a su lado para no gastarse dos millones en una casa, la que tenía tres hermanas más y una madre siempre decepcionada. El espacio entre ellas desaparecía. Era como si en lugar de estar sentadas en butacas diferentes lo estuvieran en un único asiento, apretadas, casi sin espacio para respirar. Se respiraban la una a la otra. Se miraban la boca. Se olían el perfumen. Cris extendió la mano para acariciar la piel aterciopelada de Isabel. Quería asegurarse de que aquello era real. Sus dedos en la cara de la presentadora, en la barbilla, en los labios. Las cosquillas corroían el deseo de Isabel. Entreabrió la boca. Paseó su lengua para humedecerse los labios.

Iban a besarse. En un sitio público. Con miles de personas delante. Con cámaras de televisión ajustando el enfoque. La grada aumentó los decibelios. Un jugador del Asogan se aproximaba al área contraria. El delantero golpeó el balón con su pierna mala. Daba igual. Era un cara a cara con el portero descolocado. El gol estaba casi hecho.

Cris también se relamió los labios que anticipaban el beso húmedo de Isabel. Brillaban de deseo. Parecían las luces de neón de la fiesta de Charlie.

El delantero hizo un escorzo para golpear con su pierna buena. Le dio con el exterior, salvando la salida del portero.

La grada rugía, retumbaba en el cuerpo de las dos mujeres. Cris cerró los ojos. Ya notaba el aliento de vino blanco y caviar en su boca. Menudo lujo.

—¡Uyyyyyyyyy! —gritó la grada. El balón golpeó el palo y se salió del campo.

Al mismo tiempo, el teléfono de Cris comenzó a vibrar en su bolsillo como un martillo hidráulico. Dio un salto. Isabel también rebotó en su asiento. La burbuja se pinchó.

PLUF!

Isabel tardó unos segundos en situarse de nuevo. Sentía que caía y dio un brinco en su asiento.

—Mierda —dijo Cris cuando vio su móvil.

La presentadora echó un ojo por encima de su hombro. De repente, Cris estaba a kilómetros de ella. Ante las narices de la fisio, los mensajes de WhatsApp se sucedían.

Mientras Cris se preguntaba quién la había metido en un grupo sin su permiso, ella

miraba a los lados con la mano en el pecho. La gente parecía cabreada por haber fallado una ocasión tan clara. Pero sobre todo vio cámaras. Cámaras por todas partes. Y una, concretamente, la pinchaba a ella. En la pantalla que tenían en el palco repetían la jugada. Vio ahí lo que no había visto en directo. Pero también las vio a ellas. El realizador se había guardado la escena para emitirla a continuación. “Vaya, parece que alguien más ha fallado una ocasión manifiesta de gol, jojo”, se imaginaba que decía el narrador del partido.

—¿Qué ha pasado? —se preguntó de manera genuina. Hacía unos segundos estaba en una nube y ahora se sentía llena de barro y suciedad.

Cris le puso su móvil delante de las narices.

—“Reunión colegio Agustinos generación del 83”.

—Me ha metido Soraya. Sin preguntarme, por supuesto. Quieren hacer una quedada el finde que viene. ¡Qué pereza me dan estas cosas! —refunfuñó Cris.

La fisio iba entrando en los números y abriendo las fotos de perfil, intentando ver en ellos al niño que fueron y reconocer alguna cara. Entonces, abrió la de Soraya y se quedó un rato mirándola.

Isabel le puso la mano en el muslo.

Pluf!

—Ahí lo tienes, Cris.

—¿El qué tengo?

Se aseguró de imprimirle dureza a su voz, a su cuerpo, como si, en lugar de empujar a Cris lejos de su vida llena de cámaras y chismorreos, estuviera entrevistando a un político que odiara.

—Tu última oportunidad para enamorar a Soraya.

Luego cruzó las piernas hacia el otro lado y le dio la espalda a Cris, que seguía ofuscada intentando seguir el hilo de la conversación.

Capítulo 7

El de la generación del 83

EL olor era el mismo, a suavizante y tabaco, pero se había sumado un nuevo olor más químico, como del flúor que les daban de pequeñas en el colegio. Soraya acompañó a Cris hasta el interior de su casa. El *horror vacui* de la generación de sus padres las llevó hasta el salón. Las paredes con cuadros, molduras en el techo, las grandes librerías con recuerdos de bautizos, bodas y comuniones cimentaban los hogares de muchas familias.

—Mamá, mira quién ha venido. Es Cris.

Cris se acercó a darle dos besos a la mujer. Aunque Soraya le había advertido de su aspecto cadavérico pudo ver en su amiga el impacto que le produjo la imagen. Su madre tan enérgica como llena de bilis cuando la esperaba en la puerta del colegio era ahora apenas un esbozo de vida. Cuando Cris se inclinó para darle un beso, le pareció ver una sombra negra moverse a su espalda.

—¿Qué tal estás? —preguntó la madre, y sin dejar contestar a Cris, continuó—. Me acuerdo mucho de tus padres. Pobrecillos, sin nietos.

—¡Mamá! Cris puede tener hijos perfectamente aunque sea lesbiana.

La mujer torció el gesto para dejar claro que desaprobaba tal afirmación.

—Aunque mira Soraya, casada con un buen hombre y tampoco me ha dado nietos.

Le quedaba un hilo de voz y lo pensaba seguir usando para torturar a su hija hasta el último aliento.

—¿Quieres un coca-cola, un kas, un té? —ofreció el padre de Soraya.

Tampoco él tenía la energía de antaño. Los cuidados se alimentan de energía a una velocidad pasmosa.

—No gracias. Estoy bien —respondió Cris.

—Gracias, papá, pero sólo hemos venido a por mis pantalones —Soraya agarró la muñeca de Cris y la arrastró a su habitación. Un gesto que habían repetido infinidad de veces en su adolescencia, pero que ahora cobraba un significado diferente.

—Joder, parece una cápsula del tiempo —dijo Cris.

Comenzó a mirar las cosas de Soraya. Tenía una pila de *cassettes* y CDs junto a una minicadena plateada. Repasaba con sus dedos largos y tatuados las carátulas, repetía nombres que le traían recuerdos, canturreaba canciones. Soraya la seguía con la mirada. Su amiga sacó un disco de la pila.

—¿Puedo? —le preguntó Cris señalando la minicadena con el CD metido en el dedo como un donut.

—No sé si funcionará.

Con un ritual casi olvidado, Cris encendió la minicadena. Las luces LED comenzaron a brillar. La trampilla del lector de CDs se abrió con su característico chirrido mecánico. Caribe Mix 2000. Esperaron pacientes a que la minicadena lo engulliera y lo leyera. A los pocos segundos comenzó a sonar “I Got a Girl”, de Lou Bega.

—¡Qué horror! —exclamó Soraya.

—Tengo que ponerme en el *mood* de fiesta —se justificó Cris antes de seguir con la inspección de la habitación.

De la pila de música saltó a la estantería de libros. Hizo un comentario cuando vio el libro

de Filosofía. Algo como que odió la asignatura pero luego le había servido de mucho en la vida. De ahí saltó a los posters de la pared, algunos descoloridos pero todavía reconocibles, que se mezclaban con un mapa de España y con un marco con la foto de Soraya de pequeña. En una esquina de esa foto, una foto de carné de la propia Cris.

—Dios, estoy feísima —exclamó—. No sé cómo puedes seguir guardando esto.

Soraya le arrebató la foto de las manos.

—A mí me gustas.

—Pero si parezco una prófuga de la justicia.

—Claro, por eso me gustas.

Cris cogió un Piolín de la cama y se lo tiró a la cara. Rieron durante un rato, hasta que se escuchó a la madre de Soraya toser al otro lado de la casa y pararon.

—Está... —comenzó a decir Cris.

—Sí.

—Lo siento mucho.

Soraya colocó la foto de Cris en la esquina del marco. Luego pasó un dedo por el mismo llevándose con la yema el polvo acumulado.

—Lo tenemos asumido ya. Sólo es cuestión de tiempo. Días, quizá.

—Sigue sin saber lo tuyo con Diana, me imagino.

—¡Por supuesto que no lo sabe, Cris! —soltó Soraya de mala gana. Su madre iba a morir sin conocer esa parte de ella. Aunque era mejor así—. Perdón. Últimamente estoy un poco irascible.

—Como en casa de Isabel.

Soraya se dejó caer en su cama, boca abajo, hundiendo su cara en la colcha de florecitas.

—Ahora la reina de las mañanas me odia —dijo Soraya con la voz ahogada.

—Me encantaría decir que no, pero...

Se giró sobre el colchón.

—Soy lo peor. Diana se rebotó conmigo. Otra vez. No la culpo.

—¿Otra vez?

—Sí, bueno, hemos tenido algunos bacheillos. Imagino que tú e Isabel también tendréis vuestros ratos malos.

Cris se encogió de hombros.

—De momento, no.

—Pero es porque estáis al inicio de la relación. Ya llegará. Aunque... Nada.

—Aunque ¿qué? —quiso saber Cris.

Soraya se sentó en el colchón. Acogió a Piolín en su regazo y le acariciaba la cabeza.

—Pues... Que se me hace raro veros juntas. No pegáis nada. Sois de mundos diferentes.

—¿Y?

—Pues que tengo miedo de que se esté aprovechando de ti.

—Igual soy yo la que me estoy aprovechando de ella. O nos estamos aprovechando la una de la otra.

—¿Cómo? ¿Qué sacas tú de tu relación con Isabel?

Cris estaba apoyada en el escritorio en el que tantos ratos pasó Soraya. Miraba alrededor, como si buscara las respuestas en aquella cápsula del tiempo que era su habitación.

—Con ella he estado en lugares en los que no había estado antes —respondió Cris, y aunque seguro que lo decía de manera literal, Soraya temió que se refiriera en un sentido figurado a lugares más íntimos. Nunca había visto a Cris enamorada. En su fuero interno,

siempre pensó que aquella Cris sólo le correspondía a ella, como un amor platónico nunca desarrollado, guardado en su cueva, a buen recaudo. Sin embargo, había sido ella misma la que había traicionado el pacto no escrito saliendo de la cueva atraída por otras luces.

Se puso en pie como un resorte.

—¿Sabes qué? Nada de parejas esta noche, ¿vale? Vamos a pasárnoslo bien.

Del armario sacó dos pantalones.

—¿Cuáles me pongo? —preguntó Soraya. En una mano, un pantalón de campana de unos vaqueros claritos muy desgastados. En la otra, otro pantalón de campana de color negro con los bajos roídos de tanto arrastrarlos.

—No me puedo creer que sigas guardando la ropa de cuando ibas al instituto —dijo Cris.

A Soraya le vino el recuerdo de una tarde de lluvia en el parque, resguardadas bajo el quiosco esperando a que escampara la lluvia, sus gafas salpicadas de gotitas y la risa ahogada después de una carrera.

—Y lo mejor es que todavía me quedan bien.

Nada más decir esto, Soraya comenzó a quitarse su pantalón. Se le bajó un poco la braga. Se desprendió de la pernera con unas patadas y cazó la figura incómoda de Cris. Nunca le gustó salir por ahí. Se sentía siempre fuera de lugar. Para Soraya, cada sábado por la noche era una nueva oportunidad para encontrar a un chico guapo que bailara medio bien y con el que alimentar sus fantasías románticas durante la semana. Para Cris, rodeada de chicas hetero babeando por chavales que acababan de aprender atarse los corones de las zapatillas, era una pesadilla.

—Tía, no te arreglas ná. Píntate un poco. Toma mi pote.

—No quiero pote.

—Entonces, ¿cómo se va a fijar en ti ningún chico?

Cris se encogía de hombros.

De fondo escuchaban las Spice Girls, los Backstreet Boys o Bon Jovi. La cinta de *cassette* saltaba de canción en canción sin apenas respiro, siempre cortadas por la voz del locutor que se empeñaba en hablar hasta el inicio de la letra.

Ahora sonaba otra canción de algún verano de los 2000 que apenas recordaban pero de la que se sabían la letra de memoria.

—¿Qué tal? —Soraya dio una vuelta sobre sí misma con el pantalón negro.

—Perfectos.

—Y ahora la camiseta —Se quitó la camisa para ponerse la camiseta que habían diseñado para la cena. Cris volvió a desviar la mirada hacia los posters de Héroes del Silencio y Britney Spears—. Listo.

La camiseta era blanca con un logo de stock al que habían añadido “Agustinos 1983”.

—Lo único... —dijo Cris—. Parecemos gemelas.

Soraya se percató de que ella también llevaba los pantalones negros, aunque pitillos.

—Joder, tía, es verdad.

Se quitó los pantalones. De nuevo, una nalga asomando. Otra vez, la mirada huidiza de Cris, mirando el corcho con sus recuerdos del pasado. El carné de la biblioteca con la foto de carné que usó durante toda su adolescencia (el pelo con mechas rubias recogido en una coleta, las horquillas de colores, los dos mechones a los lados), una *polaroid* de una noche de fiesta, una entrada para un concierto. Aunque la tinta no había superado el paso del tiempo, el recuerdo de aquel concierto seguía fresco en su memoria.

—Alejandro Sanz —dijo Soraya.

Cris se vio sorprendida.

—¡Qué va! Fue Enrique Iglesias.

—¿Enrique Iglesias? Pero si a ti no te gustaba. Fue Alejandro Sanz.

—Fue Enrique Iglesias. Y claro que no me gustaba, pero te acompañé porque a Lucía Brabo la castigaron y no querías ir sola. Tuve que comprarle la entrada a precio de taquilla.

Soraya estaba segura de que fue el concierto de Alejandro Sanz porque cada vez que lo escucha ahora le venía el recuerdo de cómo Cris le cogía por detrás de la cintura.

Buscó entre la pila de CDs y encontró uno de Alejandro Sanz. El dedo en el agujero, el chirrido mecánico, la espera. Comenzó a sonar una canción y Soraya, todavía en bragas, se acercó a Cris. Se colocó delante de ella, tomó sus manos y se las colocó en la cintura.

—¿Te acuerdas ya?

En un instante fugaz, las manos de Cris pasaron de ser cálidas y suaves como terciopelo a sentirse secas y toscas, como si se volvieran torpes al contacto con su piel.

Manos frías, corazón caliente.

Cris se adueñó de sus manos. Carraspeó. Tenía las mejillas encarnadas. No sabía dónde meterse. Soraya no dejó de mirarla mientras se cambiaba de pantalón.

—¿Mejor?

Cris asintió.

—Parece que tengo delante a la Soraya del 98 —dijo.

Soraya se giró para mirarse en el espejo de su armario.

—Si hubiera sabido entonces lo que sé ahora... Otro gallo hubiera cantado.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que soy bisexual. Hubiera ligado el doble —bromeó.

Cris se levantó y se colocó a su espalda. Las dos en el reflejo volvieron a ser las niñas de entonces. Cris le colocó las manos en la cintura, esta vez de manera más firme y decidida. Tiró de su cadera para acercarla a su pelvis.

—De eso nada —le susurró en el cuello. El tono grave de su voz la sobrecogió—. Te habrías ocultado. Habrías ocultado esa parte de ti para sobrevivir, como hice yo.

Soraya se dio la vuelta. Quedaron cara a cara, boca a boca.

—Quizá lo intuía ya, pero no quería entenderlo.

Demasiado juntas. Soraya pudo ver los destellos grisáceos de los ojos de Cris. Nunca se había fijado en ellos. Quizá eran cosas de la edad, como si fueran canas en el iris. Su mejor amiga dio un paso atrás. Parecía intimidada. Arrepentida quizá. Se sentó en la cama. Carraspeó. Otra vez, la mirada huidiza. Esa no era la Cris segura y ligona que conocía. Era otra, como si se hubiera tomado como algo literal hacer el *remember* de los años 90.

—Viendo cómo me trataban a mí, escarmentaban a los demás.

Soraya se sentó a su lado y le colocó una mano en el muslo. En la parte alta, casi en la cadera. Ardía.

—Nunca te he preguntado cómo lo supiste tú.

Cris volvió a retorcerse. Se colocó de medio lado y la mano cayó. Ahora lo que ardían eran las mejillas. Parecían dos quinceañeras.

—Oye, chicas, os traigo un “sándwich” —preguntó el padre asomado a la puerta.

—¡Papá, llama a la puerta! —gritó y le lanzó el peluche de Piolín que compró en el viaje de fin de curso que hicieron a Eurodisney.

El hombre lo esquivó.

—Hija, que tienes 40 años ya. Haz el favor.

CUANDO Isabel le abrió la puerta con el moño deshecho y en pijama, Diana supo que había hecho bien en ir a buscarla a su casa sin previo aviso. Levantó el *pack* de cervezas que tenía en la mano y sonrió a la presentadora.

—Vengo a salvarte.

—¿Salvarme de qué?

—De ti misma.

Sin pedir permiso, entró en el ático y fue directa a la televisión. Un frame congelado de Elisa Wilson en un clásico de esos en Technicolor que ya ni reponían en televisión. Cogió el mando y apagó la tele.

—¡Oye! La iba a ver —protestó Isabel.

—Es noche de amigas. Cris y Soraya están teniendo la suya. Nosotras tendremos la nuestra.

Diana husmeó en la cocina, a ver si por casualidad había algo de comida en aquella casa. Nada.

—De verdad, necesitas alguien que te quiera y te llene la nevera.

—No necesito a nadie que me llene la nevera.

—¿Cris no cocina?

Le pareció una pregunta sencilla, pero su amiga tardó en responder.

—Aún no hemos llegado a ese punto.

—Menudas lesbianas de palo sois. ¿Cuánto lleváis juntas? ¿Dos meses? —dijo.

Dejó las cervezas en la encimera y desde su posición oteó el piso. No había rastro de Cris. No es que esperara una invasión de sus cosas, pero sí algún detalle. Unas zapatillas, algún complemento, un olor diferente. Luego fue al baño.

—¿Qué haces? —le preguntó Isabel.

Diana se fijó en el cubilete del lavabo. El cepillo de dientes de Isabel descansaba solitario junto a la pasta especial para encías sensibles.

—Isabel...

La presentadora estaba a su espalda. La había seguido hasta el baño.

—Diana.

—Tienes que dejar entrar al amor en tu vida.

—¿A qué viene eso ahora?

—Tienes esta —Diana movió las manos acariciando una pared imaginaria entre ellas— barrera desde lo de Lara que te impide abrirte a otras mujeres.

Isabel protestó.

—Y tú tienes esta... —La presentadora le agarró la trencita que le nacía de la nuca.

—Ve a cambiarte —dijo Diana antes de que Isabel siguiera. No había ido allí a que le hicieran un examen psicológico. Había ido para llevar a su amiga a emborracharse.

La presentadora siguió protestando mientras Diana la empujaba a su habitación ignorando sus quejas.

—No te arregles mucho. Donde vamos, no hace falta.

—¿A dónde vamos? —preguntó Isabel desde su habitación.

—Sorpresa.

La presentadora no le hizo caso y salió con camisa, tacones y una americana de Armani.

Diana negó con la cabeza.

—Cambia la camisa por una camiseta. Los tacones por unas zapatillas, y tenías una chupa, ¿verdad?

—Estás muy mandona.
Pese a las quejas, Isabel volvió a su habitación y al poco rato salió con el nuevo atuendo.
—¿No voy muy lesbiana? —preguntó.
—Es lo que eres.
Isabel le hizo un momo.
—Me maquillo y me peino, y nos vamos.
—No, no hace falta.
—¿Cómo que no hace falta? ¿Pero dónde vamos? ¿A un centro penitenciario?
—Son sólo unas birras. No hace falta que te pongas de punta en blanco. Iríamos descompensadas. Además, vamos a un sitio discreto. No habrá mucha gente.
La presentadora examinó su presencia y decidió confiar en ella.
Sólo espero que no haya mucha gente. No me apetece que me pidan fotos con estas pintas.
Diana apretó los labios y negó con la cabeza.
—Tranquila.

LA cena tenía lugar en un restaurante que, para sorpresa de nadie, pertenecía al antiguo compañero de clase que había organizado la reunión. La gente iba llegando a la zona de bar del restaurante con sus “oh, estás igual”, “vaya, ¡cuánto has cambiado!” y sus “tío, estás desaparecido”.

Soraya y Cris entraron al local, una más entusiasmada que la otra.
—¡Cristina Higuera y Soraya Hernández! Las gemelas de Sweet Valley —dijo uno nada más entrar.
Todas las caras se giraron a ellas. El tipo se acercó a Cris y le agarró del hombro.
—Monolo González —dijo Cris con desgana.
—¡Cuanto tiempo, eh!
—¿Ahora somos amigos?
El hombre se despegó de ella y movió sus manos llenas de anillos.
—No, no, aquí sin rencillas, eh, que somos adultos. Vamos a olvidar el pasado.
Soraya tiró de Cris para llevársela a otro grupo de personas.
—No te pongas ahora en modo vengativa. No quiero un Kill Bill social esta noche —le reprendió.
—Yo no... —Cris quiso protestar, pero una docena de rostros conocidos invadieron su espacio personal. Algunos los conocía, a otros le costaba más ubicarlos en su memoria.
—A ver, ponme flequillo —le dijo un hombre con la cabeza totalmente despejada.
—¿El novio de Anne?
—No... —Casi podía verse el orgullo del hombre romperse en mil pedazos por no ser reconocido.

Por lo visto, Cris era bastante recordada, aunque todos se mordieran la lengua por el motivo. Cristina Higuera, la bollera, una joven inolvidable.

Por fin, un rostro conocido y al que quería volver a ver.
—¡Tony! —Se abrazaron y fue como si no hubiera pasado el tiempo. Si hasta usaba la misma colonia dulzona y empalagosa que en el instituto—. Te agradezco que hayas venido. Necesitaba un apoyo del colectivo aquí —le dijo en ese abrazo.

—Ya ves, hay que hacer fuerza.

Soraya se acercó a ellos. No recordaba que Cris y Tony fueran tan amigos en el colegio y

miró a su amiga como esperando a que la presentara.

—Soraya, con Tony me veo de vez en cuando. Coincidimos en festivales y algún concierto.

Se dieron dos besos.

—Ahora vendrá Bea —dijo Tony moviendo las cejas arriba y abajo con una sonrisa pícara.

—¿Bea Ortiz?

—Sí, Cris y ella se han liado un par de veces últimamente.

—¿Qué? —Soraya se volvió a Cris—. No... No me has dicho nada.

—Bueno, es que si te tuviera que contar con todas con las que se lía —dijo el hombre sacudiendo la mano.

—¡Tony! No seas exagerado. No le hagas caso, Soraya, solo han sido un par de veces. Y fue hace tiempo.

—Uy, ni que Soraya fuera tu novia para andar justificándote.

Tenía la frente más despejada que en sus años de adolescente, pero Tony seguía teniendo la mirada pícaro y la sonrisa abierta que tanto gustaba a las chicas.

Las personas iban llegando y cada vez hacía falta gritar más para hacerse entender. Era difícil llevar una conversación. Lo mismo que en el grupo de WhatsApp, vaya.

—Pues lo cierto es que yo también soy... —comenzó a decir Soraya, pero entre la falta de valentía y el ruido, apenas se la escuchó.

Tony se acercó a ella. En una mano tenía un tubo de cerveza que sujetaba junto a su cuerpo como si alguien se lo fuera a quitar o a derramar por encima.

—¿Que eres qué?

—Bi... Bisexual —repitió Soraya—. Lo he descubierto hace poco. Me he separado de mi marido, y...

Una copa cayó al suelo y se hizo el silencio un segundo. El suficiente para que a Tony se le escuchara perfectamente.

—Ah, que eres bisexual.

Todo el mundo se giró hacia Soraya que quiso hacerse pequeña y meterse en el bolsillo del vaquero de Cris.

González se acercó a las chicas y las rodeó con los brazos por encima de sus hombros. Su barriga las separaba.

—No me jodas que sois novias.

—No —respondió Cris. —Sí —dijo Soraya a la vez.

Cris la miró sorprendida.

—¡Qué va! Si Cris está con la Romero —dijo una voz entre la gente—. La vi el otro día por la tele, en el partido del Asogan. Las enfocó la cámara cuando se iban a besar.

Entonces, fue Soraya quien miró a Cris extrañada. Cris le hizo un gesto como que qué pasa, es mi novia, ¿no? Y Soraya otro como que sí, que es verdad, pero no sé, pensaba que no iba en serio, yo qué sé.

—¿Qué pasa, pipiolos?! —se escuchó por encima de todos.

—Hostia, Bea Ortiz. Ya estamos todos.

La tal Bea fue saludando a todos y soltando todas las puyitas y comentarios que no se atrevió cuando estaba en el colegio.

—De pensar no te habrás quedado calvo, eh, González. Madre mía, Lucía Brabo, te pareces a tu madre un montón. ¿Qué tal está? Oh, vaya, lo siento mucho. Descansarás en paz, por

fin. Pero si están aquí “Los gemelos se drogan dos veces”...

No dejaba a títere con cabeza. Mientras, Cris y Tony se reían de cada una de sus ocurrencias, Soraya no sabía dónde meterse. Ella quería reconciliarse con su yo del pasado y aquello tenía pinta de acabar en una carnicería reputacional. Era una especie de venganza de los abusos. Físicamente, Bea no se parecía en nada a la del colegio. Tenía el pelo azul y se había puesto un pendiente en la nariz. Psicológicamente, también había cambiado la coleta repeinada que le hacía su madre por un pelo colorido y rebelde que la empoderaba en las multitudes.

—Un poco borde, ¿no, Bea? —le dijo una.

—Hasta que te haga sentir lo mal que me lo hiciste pasar a mí en el colegio, anda que no te queda noche—. Llegó hasta Cris y Tony y se percató de Soraya—. Tía, estás igual —Le plantó dos sonoros besos—. Me alegro de que hayas venido.

—Igualmente —respondió Soraya un poco aturdida por la energía de Bea. La recordaba sentada en un rincón de la clase, en silencio, dibujando monstruos en los márgenes de sus cuadernos.

Luego, Bea comenzó a hablar con Cris. Fue una conversación que no comenzó de cero, sino que arrancaba desde unos meses atrás, la última vez que se vieron.

—¿Cómo vienes hoy, Cris: soltera, en pareja, en pareja pero no mucho, enamorada pero sin pareja...?

La pregunta iba con segundas, pero el tono iba con primeras intenciones. Casi le da una tortícolis por apuntar hacia Soraya.

—Sí, estamos juntas —volvió a decir Soraya que se sentía fuera de toda aquella complicidad *queer*.

Al grupo de cuatro se habían acoplado algunas personas más.

—Oye, deja de decir eso, porque no es verdad —“Y además me estás haciendo daño”, se abstuvo de decir Cris—. Vengo soltera. Digo... En pareja. En pareja.

—Sale con Isabel Romero —le informó Tony.

—¿La que se quemaba las puntas con un mechero?

—No, esa es Isabel Montero —dijo la aludida, que ponía oreja en la conversación desde hacía un rato. De repente, Cris se había convertido en la persona más interesante de la sala—. Y ya no lo hago, que conste.

—Isabel Romero, la presentadora de 5TV —matizó Tony.

—Ah, esa —Bea silbó como si fuera a soltar un misil—. Menudo braguetazo. Ya me dirás cómo la has engañado.

—Pues es... conocida de Soraya.

—Anda, ¿y tú de qué conoces a Isabel Romero?

—Pues es amiga de mi pareja —Tragó saliva—. De mi novia.

—No me jodas que también eres de las nuestras.

Soraya asintió.

—¿Lo sabe tu madre? Porque menudo genio tenía —Y sin esperar a que Soraya le respondiera, siguió: —Me acuerdo que ella y la madre de Lucía Brabo —la señaló— se ponían en la puerta a criticar a las niñas delante de sus madres de manera nada sutil. Si se mordían la lengua se hubieran envenenado. De hecho, la madre de Lucía se ha muerto, ¿lo sabíais?

Tony intentaba mandarle señales a Bea para que se callara, pero cuando cogía carrerilla no paraba. Era como si ahora hablase todo lo que no le habían dejado de pequeña.

—Mi madre también se está muriendo —dijo Soraya.

—Uy, lo siento mucho —dijo Bea en el mismo tono en el que había soltado toda la

retahíla anterior. Consciente de ello, cambió a un tono más grave—. Lo siento mucho, de verdad.

No hubo tiempo para mucho más. Como un rebaño de ovejas, mandaron a los ex alumnos al salón del restaurante para que se fueran sentando. Bajo el mantel de papel había varias mesas empalmadas de punta a punta del salón. Enseguida vio Cris que aquella disposición y el jaleo general no iban a ayudar a una conversación, y se sintió aliviada. Había botellas de agua y vino cada pocas sillas y también algunos rotuladores negros esparcidos por la mesa.

—Por si os da por ser tan creativos como en el cole y queréis pintar en las mesas —dijo el dueño del local.

Hubo bromas sobre lo exigente que era la profesora de dibujo y sobre que ahora nadie podría hacer una perspectiva en condiciones. Alguno lo tomó como reto y comenzó a dibujar en la mesa. A Tony lo cogieron por los hombros y se lo llevaron a un lado de la mesa. Pidió ayuda en silencio y Bea fue a su rescate. Ya no se separó de él en toda la cena. Soraya y Cris se sentaron juntas en la parte central, rezando por que la persona que se colocara frente a ellas no fuera un cretino integral.

—Buenas noches, chicas —dijo un hombre de espaldas anchas y cintura gruesa.

—¿Campos? —dijo Soraya—. Con esa barba no te había reconocido—. ¿Qué tal?

—Bien, acabo de llegar ahora, que he dejado al crío con mi mujer y he tenido que esperar hasta que dejara de echarme la bronca por no sé qué.

—¿Separado? —preguntó Lucía Brabo que se sentó a su lado. Tal y como había dicho Bea, a antigua compañera de pupitre se había convertido en un calco de su madre.

—Divorciado.

—Ya somos dos —dijo Soraya.

—¿Hijos?

—No...

—Vaya. Quiero decir... —dijo Campos—. No es que sea obligación tenerlos, pero siempre es una experiencia bonita y lamento que no la hayas vivido, si es que querías.

Soraya encogió los hombros.

—Me da la sensación de que nunca he sabido bien lo que quería.

—Aún no nos han puesto los entremeses y esto ya se ha puesto profundo —bromeó Lucía colocándose la servilleta en el regazo.

—Sí, lo siento. Tampoco quiero amargaros la cena.

—No, no, por mí bien —dijo Campos—. Al final se trata de eso, ¿no? De saber qué ha sido de nosotros, cómo hemos cambiado con los años.

—Bueno, algunos se han quedado anclados en el instituto —dijo Cris.

González había traído un megáfono y hacía casi imposible la comunicación entre la gente. Alguien le reprendió lanzándole un trozo de pan, pero hasta que no le trajeron el primer plato, no paró de dar la murga.

—Con gente como González era difícil pensar, ¿verdad? —dijo Campos—. Siempre hablando en clase, en el recreo, a la gente. Tenías que escucharle aunque no quisieras. Yo hasta soñaba con él —se rio.

—Pues eras de su cuerda, eh, Campos.

—Lo sé, lo sé —Cogió su servilleta y dejó sitio para que le pusieran el plato de comida—. Pero como Soraya, yo tampoco sabía muy bien qué quería. Además, por lo visto, era TDAH. Me lo diagnosticaron hace nada, porque fui con mi hijo a lo mismo. Pero claro, entonces no te lo diagnosticaban. Simplemente eras un niño tonto o muy movido o un rebelde. Cuando me lo dijeron, cuando me explicaron que por ser TDAH me costaba más concentrarme, me costaba el

doble aprender las cosas, y todo eso, me explotó la cabeza. No era tonto; simplemente soy lento.

A Soraya se le abrieron los ojos.

—Claro, claro —dijo. Extendió la mano por el mantel, que en su lado aún permanecía impoluto, y le cogió la mano a Campos—. Es como yo con lo de ser bisexual. Hasta que no me lo han diagnosticado era como si no entendiera una parte de mí.

—La bisexualidad no es una enfermedad —apuntó Lucía Brabo.

—Ya, bueno, pero me entendéis. Viví el instituto a medias.

—¡Pues qué hubieras hecho si lo hubieras vivido al 100%! —le gritó González a su espalda.

El alcohol y otras sustancias corría por las venas de los que habían comenzado la reunión con el vermut y González era uno de ellos.

—Tú, sin embargo, sigues anclado en el colegio, por lo que veo —dijo Cris.

Fue como blandir una antorcha frente a un T-Rex para distraer su atención. El dinosaurio de González se desplazó de la silla de Soraya a la de Cris con sus garras encogidas.

—El rencor te va a envenenar —le dijo.

Y ojalá Cris hubiera sido un Dilophosaurus porque le hubiera escupido ese supuesto veneno en la cara.

—Gracias por preocuparte ahora por mi salud, González. Pero estoy bien, de verdad.

El hombre se acercó todavía más a Cris y golpeó la pata de la mesa con el pie. El agua de los vasos dibujó una onda.

—¡González, vuelve aquí, que se te enfría el entrecot! —le gritaron desde el otro lado de la mesa. Era otra antorcha iluminada, pero esta vez el T-Rex tenía clara su presa y no atendió a la nueva señal.

—Ay, Cris, Cris, Cris —le agarró un carrillo. Apeataba a roncola—. Tú sí que estás anclada en el instituto con todo esos malos recuerdos. Dales una vuelta, eh, que igual no eras tan santa como creías.

—¿De qué hablas? Aparta, anda, que me estás llenando la ensalada de perdigones.

González estiró la espalda. La camiseta blanca con el logo de stock rediseñado se le deformó por la parte del pecho.

—Estás rabiosa conmigo porque te levanté a la chica, es eso, ¿no?

El rostro de Cris se tornó carmesí. Soraya se dio por aludida.

—Yo no fui la chica de nadie —dijo.

—González, aire —intervino Lucía Brabo—. Ya somos mayorinos para saber cuándo molestamos, eh.

—¿Estoy molestando? Disculpad. Señoritas, caballero —González se acarició la tripa. Estaba por irse cuando Cris habló.

—Vives anclado en el colegio porque fue el último momento en el que fuiste alguien, González. Debe ser jodido descubrir que alcanzaste la cumbre de tu éxito personal a los 16 años.

No iba a permitir que se fuera de rositas. Necesitaba tener la última palabra. A juzgar por las patadas que tanto Soraya como Lucía y Campos le dieron por debajo de la mesa, sus compañeros de cena no opinaban lo mismo.

—¡González! —volvieron a llamarle desde el otro lado.

El tipo esbozó media sonrisa y volvió a acariciarse la barriga.

—Puede ser —reconoció—, pero no soy el único de los dos que vive anclado en los tiernos años del instituto.

Se aguantaron la mirada unos segundos, aunque ya ninguno dijo nada más.

—Imbécil —susurró Cris cuando por fin González se largó.
Soraya se apresuró a reiniciar la conversación con un tema diferente.

ERA difícil pero no iba a renunciar a ello. Sonreír para la enésima foto que le pedían en el metro y a la vez matar con la mirada a Diana.

Que no iba a ver mucha gente, dijo.

La gente la miraba dudando si esa señora con el moño mal hecho y sin maquillar era la misma que veían en la tele por las mañanas o en los cortes más destacados en redes sociales.

—¿Eres Isabel Romero? ¿Nos podemos hacer un ‘selfi’? —le preguntó una joven.

—Sí, claro —sonrisa para la foto, mirada asesina a Diana.

Y así una docena de veces. Mañana se desinstalaría todas las *apps* para no verse a sí misma haciéndose viral con esas pintas.

—¿Puedes poner los ojos en blanco como en el meme? —le preguntó otra chica.

—No, eso ya no.

Foto, sonrisa, y una palada más a la tumba de su reputación como una de las mujeres más elegantes del país.

Diana parecía disfrutar.

—Te mato.

Una chica se acercó y no le pidió una foto. Hizo algo peor.

—Es muy importante para el colectivo lo que estás haciendo.

—¿El qué estoy haciendo? —preguntó Isabel confusa porque no recordaba estar haciendo nada fuera de lo común.

—Lo de salir con tu novia. La visibilidad y eso. Por fin, ¿no?

—Ah, eso.

El comentario le sentó como un jarro de agua fría. Era un fraude. Su relación, su visibilidad, su activismo eran un fraude. Media vida negando ser lesbiana y, cuando la sacan del armario, otra media puesta en duda su sexualidad.

No había manera de ser una buena lesbiana.

CON el estómago lleno y las conversaciones a medias, el grupo de los ex alumnos se desplazaron a un bar.

Soraya bailaba en un sándwich hecho por Bea y Tony. Jugaban a ser bailarines de Britney Spears aunque de fondo sonara Chayanne. El DJ intercalaba estrellas internacionales con otras más de ir por casa volviendo literalmente loco a ese grupo de cuarentones que había ocupado el garito. Los demás clientes habían ido saliendo del bar poco a poco. Los movimientos de brazos y piernas que González hacía para bailar habían hecho de aquel sitio un lugar hostil para propios y extraños. De vez en cuando, arrimaba cebolleta en ese trío de bailarines que eran Bea, Soraya y Tony. La gente o estaba realmente borracha o colocada, o se lo hacía. Definitivamente, era el año 1999.

Acodada en la barra, Cris observaba el espermatozoide. Deseó que dieran las doce para que los relojes de los ordenadores no supieran pasar al 2000 y todo colapsara. Miró el reloj. Era la 1 de la madrugada.

Con las manos, Soraya le pedía que se uniera a la pista de baile. Cris alzó su cerveza para indicar que estaba bebiendo. Desde lejos no se apreciaba que el botellín estaba vacío y que, por tanto, ella hacía *playback* de alcohol. Soraya salió del sándwich y fue a por ella. No había bebido tanto como para estar lo borracha que decía estar. Cris la conocía de sobra. Soraya hacía eso para

poder ser ella misma entre un montón de borrachos. Podía atreverse a cosas, lanzarse a algún chico que le gustara, decirle cuatro cosas a la lagarta de turno, vestir con más escote o con más ombligo al aire. Si alguien le llamaba la atención siempre podía pedir disculpas y achacar su comportamiento al alcohol que no había bebido.

—Ven a bailar. No seas sosa.

Tenía gotitas de sudor en la frente y en el labio.

—No me apetece estar rodeada de gente que no tiene el control sobre sí misma.

Soraya se secó el sudor con la manga. Se apoyó en la barra y pidió al camarero un Malibú con piña.

El hombre gesticuló.

—No sé si tengo de eso.

—¿Y Licor 43?

—¿Qué?

Soraya se dio por vencida.

—Ponme un Martini con limón —Se acodó en la barra—. ¿Te lo estás pasando bien?

—Pse.

—A ver, hay alguno que madre mía, pero en general está guay volver a vernos.

—Soraya, la mayoría de esta gente me hizo *bullying* por ser lesbiana cuando yo ni siquiera lo sabía.

—Ya, bueno... Pero, ¿no puedes pasar página?

—¿Pasar página? —Era difícil mantener una conversación seria con Sonia y Selena de fondo, pero Cris mantuvo el rictus serio—. Ahora muchos de ellos votan a partidos de ultraderecha porque no pueden soportar que la gente a la que acosaban ahora son ministros, o actores, o, simplemente, son felices con sus derechos.

—Está bien. Lo entiendo.

El camarero puso una mano en el hombro a Soraya. Cuando se giró, Soraya pudo ver que tenía una polvorienta botella de Licor 43 en la mano. Le levantó el pulgar.

A pesar de la animadversión con algunos ex compañeros, Cris se había mostrado segura y, sobre todo, sobria. Le había costado 40 años encajar dentro de sí misma, acomodarse en un lugar desde el cual poder hablar sin miedo, argumentar, articular un discurso más o menos claro de casi cualquier cosa. Viendo a sus ex compañeros entendió que tenía una ventaja sobre ellos: era una persona *queer*. Es más, era una mujer *queer*. Necesitaba un discurso sobre el que apoyarse para poder explicarse su existencia, presente y pasada. Y eso es algo que ellos no tenían. Ellos habían seguido su tiempo: habían tenido pareja en la adolescencia, se habían casado en sus 20, habían tenido hijos en sus 30, y ahora, en sus 40, tenían estos resquicios de libertad, estas fiestas que eran como grietas espacio-temporales para volver a su adolescencia y fingir que su reloj aún no había dado las doce.

—No me dijiste que te habías liado con Bea —dijo Soraya tras darle un primer sorbo a su Licor 43 con piña.

Cris alzó las cejas. No es que ella como mujer lesbiana no tuviera estas grietas espacio-temporales. De hecho, fue en una de ellas en las que coincidió con Bea. Una fiesta para mujeres lesbianas. Allí, como aquí, todas fingieron ser adolescentes y acordaron tácitamente actuar como tales porque no pudieron hacerlo en su día.

—Sí, pero no tuvo importancia. Fue como un juego.

—¿Un juego?

—Sí, Soraya, un juego —Cris comenzó a irritarse ante la falsa ingenuidad de Soraya—.

Nos encontramos en una fiesta y bromeamos sobre qué hubiéramos hecho si nos hubiésemos atrevido a ser lesbianas en el cole. Jugamos a que éramos adolescentes otra vez, a que estábamos en el baile de fin de curso e íbamos juntas, a que nos besábamos delante de todos —Cris señaló la pista de baile, donde sus antiguos compañeros de clase seguían la coreografía de Coyote Dax.

—¿Estaba yo? —preguntó Soraya. De repente, estaba muy cerca de Cris. El aliento le olía a piña—. En el juego, ¿estaba yo?

—Sí, estabas.

Cris lo dijo tan bajito que Soraya tuvo que leerle los labios.

—¿Y qué hacía?

—Te arrepentías —respondió Cris. Le miraba a la boca, dulce y a la vez espinosa como la piña—. Como todas. Te arrepentías de no haber escuchado con más atención a esa parte de ti.

—No era fácil —Soraya señaló al altavoz—. En nuestra adolescencia había demasiado ruido.

Los politonos, los cambios de voz, los gritos desde la calle, el teléfono de casa, la campana extractora, los tubos de escape, la sirena del cole, los gritos de los niños en el recreo cantando gol, la música en la que todos los instrumentos sonaban a la vez, al mismo volumen.

Y de repente, el silencio.

Miraron a su alrededor, las dos veían lo mismo. Todo moviéndose despacio, envuelto en un eco lejano, como en un agujero negro. Las caras de los demás deformándose, confluyendo en un único punto, el cubata arrastrándose por la barra, el líquido saliendo para meterse en el agujero, el camarero desempolvando la botella de Licor 43 con la cabeza alargada, los hombros, el torso...

Se miraron a sí mismas: Cris tenía el pelo por los hombros, encrespado, porque Jennifer Aniston aún no había puesto de moda las capas, acné en torno a la nariz, y una grapa plateada y brillante en su colmillo rebelde como último resquicio del aparato que llevó durante años. Soraya tenía la cara naranja por el maquillaje, como una máscara que dejaba el cuello al descubierto. Las pestañas negras y separadas, exceso de colorete en las mejillas, brillo en el párpado inferior y un *piercieng* en el labio. Faltarían años hasta que el *contouring* calara en la plebe.

Se miraron a sí mismas y sonrieron.

—¿Jugamos? —le preguntó Soraya.

O quizá no, quizá había dicho otra cosa, pero fue lo que Cris entendió. Jugar a ser adolescente como jugar a que vives en un chalet con cinco habitaciones y tres baños con una famosa periodista de la tele.

Pero esto no era un juego.

Esto era real.

Debió serlo hace tiempo y ahora únicamente se plasmaba como lo inevitable que tenía que ser. Aunque el resto del mundo hubiera tenido que ser absorbido por un agujero negro.

Soraya se acercó a ella y ella se acercó a Soraya. La gravedad inevitable 30 años después. Los tiempos astronómicos es lo que tienen, pero es que su amor era sideral.

El aliento de piña, las manos en su nuca despejada.

Cris cerró los ojos antes de que la imagen de Soraya se le deformara. Soraya los mantuvo abiertos, no quería perderse el aterrizaje, el momento cumbre de aquella misión espacial.

Un pequeño paso para una mujer, un gran paso para...

—¿No jodas que os vais a liar?

El agujero negro explotó en sus narices y la figura de González emergió de él. Su cara entre la de ellas. Un marciano en Júpiter.

El *big-bang* estalló. Toda la rabia cósmica esparcida por el bar. Cris cerró el puño y se lo estampó en el hueco entre la nariz y el pómulo de González. No es que hubiera apuntado ahí. Simplemente encogió el brazo para coger fuerza y cuando estiró el codo, ese hueco estaba en su trayectoria.

ERA la primera vez que Isabel estaba en mitad de una plaza abiertas, pública, llena de gente y no se sentía observada. La noche había caído y las ramas podadas de las higueras de aquel solar hormigonado de extrarradio parecían dedos de bruja, nudosos y oscuros. La noche era cálida, suave, agradable. Había un rumor de conversaciones en la calla que se rompía de vez en cuando con algún grito, una madre llamando a cenar a su hijo, un amigo hablando con otro de un lado a otro de la acera, una conversación telefónica con mala cobertura.

—¿Ves? Te dije que nadie te molestaría —dijo Diana—. Están pensando: “Parece ella, pero es imposible que esté en este barrio”.

Isabel asumió la lógica.

Estaban sentadas en el respaldo de un banco, bebiendo cerveza y comiendo pipas.

—¿Qué estarán haciendo Soraya y Cris? —preguntó la maquilladora.

A Isabel le corroía la culpa. Ella sabía lo que, siguiendo los deseos de Cris, debían estar haciendo.

—Seguro que están bailando con éxitos del pasado.

—Yo muchas veces me imagino cómo sería Soraya de pequeña. Sobre todo cuando la veo jugar o escribir con Nerea.

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿Tú nunca te has imaginado a Cris de pequeña?

Se había imaginado a Cris de muchas maneras pero no precisamente de pequeña. De lo contrario, estaría enferma.

—Yo creo que Soraya de pequeña debía ser muy buena, por supuesto, rubita, con coletas, quizá con aparato porque tiene los dientes perfectamente alineados.

Diana enumeraba las cualidades de la pequeña Soraya y su voz sonaba melosa. Estaba hasta las trancas por Soraya lo que hundía más a Isabel en su culpa. Comió una pipa y escupió la cáscara al suelo.

—Cris debía ser un trasto. Me ha dicho que tiene no sé cuántos puntos de sutura en el cuerpo.

—¿Y cuántos de esos puntos le has visto? —Diana la empujó con el hombro, buscando su complicidad.

—¿No habíamos dicho que nada de novias esta noche?

—Es verdad, perdón.

Se quedaron comiendo pipas, como si no tuvieran ya nada más en común, como si no llevaran trabajando juntas los últimos siete años.

—He oído que te coronaste con el maquillaje y la peluquería la noche de la fiesta de jubilación de Charlie.

Diana abrió los ojos y echó la cabeza para atrás.

—Ya había olvidado aquel infierno.

Ahí empezó todo. O terminó. Recordó la cara que puso Soraya cuando vio aparecer a su amiga de la infancia de la mano con una figura de la tele. Isabel seguía hablando de lo bien que se lo pasó aquella noche, que no había disfrutado tanto en la vida y que, en gran parte, fue a que iba acompañada de Cris. Se giró hacia ella. Isabel era un primer plano nítido contra un fondo urbano borroso y nocturno.

—Me aportó un lugar seguro, ¿sabes? Era como estar en una burbuja.

Diana la miró fijamente. Luego espetó.

—Lo vuestro es falso, ¿verdad?

La cara que puso Isabel también la recordaría durante mucho tiempo.

—¿Qué?

—Cris y tú. Estáis fingiendo una relación.

Los labios de Isabel se pusieron en forma de o, lista para negarlo. Diana bajó la cabeza y la miró con recelo, con el iris en todo lo alto, con las pupilas saltando por encima de sus cejas.

A Isabel se le cayeron los hombros. Su perfil se emborronó y el fondo pasó a ser nítido. El ruido del tubo de escape de una moto centró todo el foco.

—Sí y no —comenzó Isabel—. Empezó siendo un juego, y ha terminado como algo real. Al menos para mí. Y pensaba que para ella también hasta que...

Enmudeció.

—¿Hasta que qué? —la instó Diana.

De un salto, Isabel bajó del banco. Sus pies pisaron las cáscaras de pipas que habían engullido. De repente, notó la boca seca, los labios cortados por la sal.

—Yo...

Isabel titubeaba y eso siempre era mala señal. No era capaz de inventar una salida, de sacarse un recurso de la manga. Sin luces ni cámaras pendientes de ella, se hacía torpe.

—Yo necesitaba una historia. Y una pareja. Cris simplemente apareció.

—Apareció —repitió Diana—. ¿Qué historia es esa?

Los ojos de la presentadora eran huidizos. Diana repitió la pregunta con más intensidad. Casi le quitó el protagonismo al tubo de escape.

—La historia de Cris y Soraya.

—¿Hay una historia de Cris y Soraya? —preguntó la maquilladora escandalizada.

Isabel se encogió de hombros.

—Al menos hay una historia de Cris hacia Soraya —recalcó la preposición con un movimiento de las manos.

—¿Y de Soraya hacia Cris?

—No lo sé. Tú eres su novia. ¿La hay?

Diana se puso en pie. Fue una mala idea. Le dio un vahído. Una conspiración a dos bandas la llevaba de un lado a otro. Por un lado, su novia, celosa de la nueva relación de su mejor amiga con Isabel Romero; de otro lado, su amiga siendo cómplice de una treta para activar los celos de Soraya.

—No entiendo...

¿Cómo podía ser? Otra vez. ¿Cómo podía traicionarla alguien a quien consideraba de plena confianza. Ya no lo decía tanto por Soraya, que también, sino por Isabel. La presentadora quiso tocarla pero se zafó. Dios, pensaba maquillarla horrible el próximo programa.

—No pensaba que Soraya iba a ser tan importante para ti —se disculpó la presentadora.

—Tenía que haberme dado cuenta. Por supuesto que lo tuyo con Cris era una farsa. No pegáis nada—. Diana se detuvo en seco e Isabel estuvo a punto de chocar con ella—. ¿Haces algo sincero alguna vez en tu vida o sólo actúas de cara a la galería todo el rato?

—Para farsa lo tuyo, que te fusionas tanto con tus parejas que ya no sé ni cómo es tu pelo.

—Pues soy pelirroja, Isabel.

—¿Pelirroja? No lo hubiera dicho.

—Sí, pelirroja. Y me llamaban zanahoria de pequeña, así que perdona si quiero dejar pasar esa etapa de mi vida.

—¿Y lo de hacerte la trencita? ¿Y lo de vestirme igual que Soraya? Por favor, que el beige te sienta fatal a tu color de piel.

—Ya sé por dónde vas, ¿y sabes qué? Tienes razón, Isabel —dijo Diana—. Tienes razón: copio a mis parejas porque no creo ser suficiente para ellas. Me pierdo en ellas, me dejo absorber por ellas, por su personalidad porque sé que es mejor que la mía.

—Joder, tu ex mujer te dejó fatal, eh.

—¡Pues claro que me dejó fatal, tía! Tuvimos una hija que yo no deseaba sólo por complacerla, por mantenerla a mi lado. Y luego se fue con la vecina. Y ahora no soy capaz de tener una relación porque estoy convencida de que todas me van a dejar al final. Por eso las dejo yo antes. Y para una que me iba medio bien, vas tú y se la pones en bandeja a otra mujer.

—Oye, que para mí tampoco ha sido fácil, eh —protestó Isabel.

—Ay, la pobre estrella de la tele, que se seca sus lágrimas con billetes de 500 y se tiene que apartar a las mujeres como si fueran moscas —soltó Diana—. No me das pena.

—Pues que sepas que estoy enamorada de Cris así que estoy igual de jodida que tú.

Diana arrugó el cuello y la papada se le encogió como un acordeón.

—¿En serio? No te pega nada.

—Pues igual esa es la clave, Diana —Isabel mantuvo el mismo tono indignado. Luego bajó la intensidad—. No sé, pero estoy jodida. Me encerraría en casa a ver películas y comer helado si no hiciera eso prácticamente todas las noches.

La maquilladora bufó varias veces. Parecía un tren a vapor que emprendía el viaje lejos de la estación. Miraba de hito en hito a Isabel que seguía roja, incapaz de oxigenar su cerebro. El bufido se entrecortó y se tornó en risa.

—Tía, somos unas pringadas —dijo—. Aquí llorando en una plaza por mal de amores como dos quinceañeras.

Al principio, Isabel la seguía mirando con las cejas juntas y el labio apretado. Luego se dejó contagiar por su risa. Ahora sí, la gente del barrio se solidarizó con ellas y la risa pareció correr por la plaza.

Estuvieron un rato riéndose de su propia miseria hasta que la realidad volvió a estallarles en la cara.

—¿Tú crees que se estarán liando?

Isabel frunció el ceño.

—No sabría decirte... Cris siempre ha querido que su primer beso fuera especial. Igual hacerlo delante de sus ex compañeros de instituto le tira para atrás.

—¡O le da más morbo!

—No, ella no es así. Además... Na, déjalo —dijo Isabel.

—Además, ¿qué?

—Es una tontería.

—Ahora mismo necesito mucha tontería, así que raja por esa boquita —insistió Diana apuntando con el índice al suelo.

La presentadora se mordía el pulgar.

—Pues que igual Cris se da cuenta de que la que le gusta soy yo y deja pasar a Soraya.

La hipótesis fue como un salvavidas para Diana, y se aferró a él como Rose se aferró al tablón de madera en 'Titanic'.

—Entonces, ¿hay una pequeña esperanza de que no se estén comiendo la boca ahora

mismo? —preguntó Diana.

Isabel se encogió de hombros.

Ya eran dos en la tabla deseando que aguantase a flote para no perecer en el frío hielo del desamor.

GONZÁLEZ perdió el equilibrio y si no llega a chocar con Campos hubiera caído al suelo redondo.

—¿Pero de qué vas, tía? —dijo cuando se recuperó del impacto, físico y emocional.

—¿De qué vas tú, gilipollas? —le increpó Cris.

—Cris, déjalo —Soraya la agarró del brazo, pero su amiga era ya una fuerza incontrolable.

Movió su brazo como una culebra y se soltó.

—“Cris, déjalo” no. No estamos en el colegio. Ya no. No tengo por qué aguantar a gilipollas de este calibre. Bastante los he soportado ya.

González le encaró. Se había retirado la mano de la cara y la llevaba llena de sangre. Se la había restregado por toda la cara y parecía más escandaloso de lo que era.

—¿Quieres pelea?

—Sí —respondió Cris.

—¡No! —dijo Soraya inmediatamente.

—Como en el ‘Street Fighter’.

—Pero esta vez de verdad. Y sin límite de monedas.

Los dos salieron a la calle y nadie, salvo Soraya, parecía preocupado. Buscó a Bea y Tony y la acompañaron afuera para intentar parar aquel despropósito.

González y Cris estaban en posición de lucha. Se notaba a la legua que lo más cerca que habían estado de una pelea era, precisamente, en el ‘Street Fighter’ de la máquina de los recreativos.

—Venga, flacucha, demuestra lo que sabes.

—González, no me infravalores. Soy todo fibra.

Los ex compañeros habían formado un círculo alrededor. Aunque sus pieles ardían, la noche estaba fresca. Al día siguiente, todos caerían malos en la cama, con resaca y resfriado, pero hoy eran jóvenes e indestructibles.

—¿Pero es que nadie va a parar la pelea? —preguntó Bea.

—¿Qué pelea? —dijo uno—. Si aquí ninguno suelta ni una mísera patada.

Llevaban en posición de alerta unos minutos, haciendo amagos, pero sin llegar a atacar.

—Venga, flacucha —decía González todo el rato.

—González, González, no me calientes, que te tengo muchas ganas —le respondía Cris.

—Van a acabar cada uno en un extremo de la calle, si siguen así.

Ante la falta de espectáculo, el círculo se fue disipando. Sólo Soraya se quedó como espectadora de la no-pelea. Tenía los brazos cruzados, tiritaba.

—¿Ya? —preguntó.

González y Cris se vieron a sí mismos desde fuera. Eran un Ryu y una Chun-Li ridículos. Se limpiaron la camiseta de un polvo imaginario.

—Te hubiera machacado —dijo González.

—¡Por favor! Si te agachas a anudarte los cordones y ya te levantas resollando.

—Y tú eres una tirillas.

—Pues bien que te he partido la nariz.

—No me has partido nada. Me sangra con cualquier roce porque tengo el tabique nasal muy delicado.

—¿Por qué será?

Los Ryu y Chun-Li de feria volvieron a la posición de ataque.

—¡Basta ya! —gritó Soraya. Se acercó a ellos, una mano en cada pecho—. González, ve con el resto y sigue la noche. Y lávate la cara.

González guardó sus puños y levantó el pectoral con orgullo.

—Aquí os quedáis.

Fue a decir algo más, pero se mordió la lengua.

Cris se frotó los brazos. De repente le había venido el frío y todavía sudaba por la tensión.

—Me voy a casa —dijo—. No quiero seguir más con esto.

Aquel “con esto” encerraba muchas cosas y no estaba segura de que Soraya las comprendiera todas.

Emprendió el camino hacia el autobús. La sola idea de tener que esperar una hora hasta que llegara un nocturno que la acercara a su barrio le revolvía el estómago. Una náusea le recorrió la garganta.

—Cris —la llamó Soraya.

Sintió sus dedos alrededor de la muñeca. Soraya tiró de ella y sus cuerpos chocaron. Como en el bar, Soraya le agarró la nuca y atrajo a Cris con delicadeza. Por miedo a que apareciera de nuevo algún imbécil del pasado, la besó sin esperar a crear ese momento mágico en el que todo a su alrededor desaparecía. Al fin y al cabo, estaban solas en la calle.

Cris atrapó con su boca la boca de Soraya. Después de tantos años de espera, de deseo, ahí estaban las dos, labio a labio. Después de 30 años, el tiempo se detuvo. Aspiró su aroma, llenándose el pecho. El calor la inundó. Había imaginado ese momento miles de veces y todo lo que imaginó, todo lo que soñó, no era nada comparado con aquel instante. Abrió los ojos. Ante ella, Soraya estaba totalmente abandonada al beso. Le acarició la barbilla, la mandíbula. Soraya abrió los ojos. Echaba de menos sus labios.

—¿Qué pasa? —preguntó con miedo.

—Nada —Cris sonrió y se le marcaron los hoyuelos de las mejillas.

Luego volvió a besarla, esta vez, con más anhelo. Notaba la sangre latiendo en la sien como una celebración de la paciencia, del deseo y del amor a través de los años. Cris la rodeó de la cintura con un brazo y colocó la otra mano en su cuello. Soraya se vio obligada a caer ligeramente a un lado, pero Cris la sostuvo, aguantó el peso de su cuerpo. Era todo fibra. Habría podido machacar a González sin problema. Se besaron. Fue torpe y tierno al principio, agradable y húmedo después. Fueron 30 años de deseo comprimidos en un beso. La vida ante sus ojos. Las risas en el patio del colegio, los cigarros compartidos a escondidas, la defensa acérrima de la otra cuando González se metía con una de ellas.

Cris deseó que aquel beso durara otros 30 años para recuperar el tiempo que les habían robado.

Sobre A. M. Irún

A. M. Irún nació en Zaragoza a principios de los años 80, lo que implica dos cosas evidentes: está en torno a los 40 años y posee una determinación tan fuerte como los adoquines.

Es periodista, licenciada por la Universidad Complutense de Madrid, en una época en la que la facultad era igual de gris por dentro que por fuera. También estudió guión de cine y documental, atraída por la idea de contar historias. No fue hasta su regreso a Zaragoza cuando, casi como una revelación y con el objetivo de entenderse a sí misma, publicó su primer libro lésbico, «Nico, por favor».

Desde entonces, ha escrito numerosos libros y relatos protagonizados por mujeres lesbianas o bisexuales, recibiendo siempre una respuesta positiva por parte de las lectoras. Sus historias sobre lesbianas no solo la ayudaron a comprenderse mejor a sí misma, sino también a cientos de chicas que encontraron en sus novelas un tipo de literatura lésbica que echaban en falta: fresca, divertida y, muy importante, con final feliz.

Otras novelas de A. M. Irún

- La gran sonrisa (2023)
- Todos los besos que no di (novela corta, 2021)
- Mi mentira más sincera (2021)
- Una estrella danzante (2018)
- Último atardecer en Lisboa (2017)
- Sea (2017)
- Los libros de Nico y Carla:
 - Nico, por favor (2015)
 - El sentido de la vida de Carla Pi (2016)
 - Aquí se quisieron Carla y Nico (2016)
 - Si quiero (amor condicional) (2022)

Descúbrelas en **nicoporfavor.com**